

# UNA ROSA DE INVIERNO



ELA VALDECÁN

# UNA ROSA DE INVIERNO

## Ela Valdecán

# UNA ROSA DE INVIERNO

## Ela Valdecán



Corrección de  
Cristina Saavedra

*Para quienes pierden el sueño persiguiendo imposibles.  
Cuidaos mucho, el sendero está lleno de trampas.*

## NOTAS DE LA AUTORA

### Organización política de los reinos

Reino del Norte: régimen totalitario.

Gobernado por el rey Gorath desde hace siglos. No hay relevo en el trono.

Existen las Casas y la Nobleza, pero apenas tienen poder ni plena disposición de su territorio. Todo se rige bajo el control absoluto del rey,

Reino del Este: régimen oligarca.

El poder está en manos de los alquimistas de las Altas Torres de Alquimia. Existe un proceso de votación interno para elegir al Alquimista Supremo que es quien dirige y dicta la normas en el Reino durante su mandato.

Existen Clases en virtud de las aptitudes que se tengan para manipular los elementos a base de alquimia.

Reino del Oeste: monarquía.

El derecho a gobernar es hereditario. Los cambios de Casas en el trono van ligados a guerras civiles o conflictos internos.

El territorio está dividido en diez ducados, gobernados por representantes de las diez Casas con más poder en el reino. Los duques tienen bastante poder de decisión en sus territorios.

Reino del Sur: ...

Hasta hace poco había estado gobernado por el Señor Oscuro, que había convertido a sus habitantes en criaturas demenciales.

Genoveva de la Casa Velaryan, reina del Oeste, lo ha liberado recientemente y se encuentra en proceso de reconstrucción.

Esta novela se desarrolla fundamentalmente en el Reino del Norte, pero se hacen alusiones a los demás reinos, de los que considero importante conocer estas nociones básicas.

## Otros datos de interés

En este viejo Continente existe la capacidad de lanzar Conjuros. Todo el mundo puede hacerlo, solo es necesario consumir *materia*, una sustancia que se extrae de la tierra a través de excavaciones mineras.

Los Conjuros no son sino una manera de alterar la composición de los elementos —alquimia— y adaptarlos a las necesidades personales de cada uno. Existen diferentes tipos de conjuros según su magnitud y alcance, pero no todo el mundo puede lanzar todas las clases de conjuros, ya que dependen de la habilidad innata y/o de los estudios alquímicos de cada uno.

No descubro nada si digo que, cuanto más acceso a la *materia* tenga una persona, más fácil será su vida, pudiendo incluso llegar al extremo de conseguir alterar la propia genética y volverse inmortal —aunque este nivel de conjuración exige mucho conocimiento y solo está al alcance de una minoría—.

Por cada conjuro lanzando, un tatuaje se dibuja en la piel con un símbolo que recuerda el beneficio conseguido. Además, es importante saber que la exposición prolongada a la *materia* genera dependencia y un deseo insaciable por seguir anclando a ella.

Es, por lo tanto, la *materia* un elemento de gran discriminación en este continente, especialmente ahora que empieza a desaparecer.

En algunos libros muy antiguos se habla de un linaje extinto, de un pueblo capaz de conjurar sin consumir materia... pero esa ya es otra historia.

¿O no?

# REINO DEL NORTE



# PARTE I

# 1

## La ruptura

No recuerdo cuándo he empezado a correr, solo sé que ya no puedo parar.

El aire duele al entrar en los pulmones. Es demasiado frío y me araña por dentro. Intento respirar más despacio, pero no lo consigo. El corazón me golpea con fuerza, desbocado; no solo por el esfuerzo, también por el miedo.

La nieve me llega casi a las rodillas y cada paso cuesta más que el anterior. Mis botas se hunden y tiran de mí hacia abajo, obligándome a avanzar a trompicones.

No sé a dónde voy.

Lo único que tengo claro es que he de seguir, que no debo mirar atrás. Son sus últimas instrucciones.

Aun así, no puedo evitarlo y giro la cabeza. Sin embargo, no veo nada. Solo oscuridad. Árboles. Sombras.

Y, a lo lejos, el resplandor tembloroso de las antorchas de la fortaleza de Taurenhold. Hay mucha distancia, pero temo que no sea suficiente. El sonido de la refriega llega hasta mis oídos: gritos, golpes, choque de metales...

Me quedo quieta un instante, aunque sigo pensando que no debería hacerlo.

Mi respiración suena demasiado fuerte en el silencio.

Escucho.

No pasa nada. Nadie se acerca.

Entonces me giro y sigo avanzando. Cada vez me cuesta más mantener el equilibrio porque yo no estoy hecha para esto, nunca he tenido que moverme así.

Nunca he tenido que huir.

El pie se me engancha en algo oculto bajo la nieve y caigo.

El impacto me deja sin aire. Abro la boca, pero no sale ningún sonido. Durante unos segundos, no puedo moverme. El frío atraviesa el lino del camisón y se clava en mi piel.

Permanezco ahí, inmóvil, con la cara pegada a la nieve.

No tengo fuerzas para levantarme... y tampoco quiero.

—Vamos, Camila —me digo con voz débil—. Muévete.

Apoyo las manos en la nieve. Me tiemblan, no responden bien, y tardo en incorporarme. Las piernas tampoco quieren reaccionar, torpes, ajenas.

Trato de calmarme e inhalo profundo por primera vez.

Entonces, el mundo se desliza delante de mis ojos y el recuerdo me sacude...

\* \* \*

Me despiertan unos golpes en la puerta. Son bruscos, urgentes.

Me incorporo de inmediato, aunque tardo un momento en entender lo que ocurre. La habitación está en penumbra, el fuego de la chimenea casi se ha extinguido.

Otro golpe más fuerte.

—¿Quién...? —Mi voz suena rara, lenta.

—Abrid, señora. Es urgente.

Reconozco la voz que habla al otro lado de la puerta y el sueño se evapora de un plumazo. El miedo a que alguien pueda descubrirlo llamando a mi alcoba a estas horas es lo primero que me pone en alerta.

—Camila. —Vuelve a llamar—. Han asaltado la fortaleza. Tenéis que huir.

Por un momento, no entiendo lo que está diciendo.

—¿Cómo? —atino a preguntar.

Me levanto y abro. Él no espera, entra con la premura del que no tiene un segundo que perder. Nunca lo hace así, sin pedir permiso, así que la sensación de irrealidad se acentúa.

Sujeta una antorcha y su luz muestra unas facciones desencajadas.

Cierra la puerta detrás de él con un movimiento rápido. Su pecho se agita con violencia.

Sin poder evitarlo, mis ojos se deslizan hasta la mancha oscura que humedece su capa de soldado.

—Tenéis que marcharos —dice—. Ahora.

—¿Qué pasa, Lucian?

Se acerca y me sujeta por los hombros. El gesto me sorprende porque no estoy acostumbrada a esa rudeza.

—Nos atacan.

Parpadeo. No tiene sentido.

—¿Cómo...? —balbuceo—. ¿Quiénes?

—El Norte.

El nombre me atraviesa.

Contengo un gemido mientras me llevo las manos temblorosas a la boca.

—Tenéis que huir —insiste.

El miedo me paraliza. ¿Huir? ¿Dónde? La fortaleza de Taurenhold está en mitad de un desierto blanco. El pueblo queda a pocos kilómetros, pero es noche cerrada y hay ventisca. Siento que me desmorono y las lágrimas llegan sin aviso.

Miro a Lucian, cuyo gesto sigue expresando horror y urgencia.

—Ven conmigo —le suplico—. Salgamos juntos. Los dos podemos...

—Camila —dice mi nombre y todo se detiene, igual que siempre.

Su mano sube hasta mi rostro. Está fría, aunque el gesto es suave. Dejo de pensar.

—Bajad al patio y salid por la puerta de las cocinas. Desde ahí parte un sendero hacia el bosque. Seguidlo y no os detengáis.

Intento entender lo que me está diciendo, pero me siento incapaz.

—No prestéis atención a nada. Simplemente, no miréis atrás.

—No sé si seré capaz...

—Lo seréis. —Sus ojos no se apartan de los míos—. Escondeos donde podáis y yo iré a buscaros más tarde.

Eso sí lo entiendo, es lo único que comprendo.

—¿Lo prometéis?

Duda. Es solo una fracción de segundo, pero lo veo.

—Lo prometo.

Asiento. Quiero creerlo, necesito hacerlo.

Ancla la antorcha en la sujeción de la pared y envuelve mis manos con las suyas. Son grandes, ásperas. Firmes. Afuera empiezan a escucharse los primeros ecos de la lucha, aunque ahora mismo solo puedo prestar atención a este contacto.

—Siempre he querido deciros algo —susurra.

El corazón me da un vuelco.

—¿Ahora? —Nada tiene sentido.

—Puede que no haya otro momento.

Mi pulso se me acelera y reconozco esta sensación. Es la misma que siento en los pasillos, en las miradas, en las frases a medias que callan más de lo que dicen.

—Camila... —Su voz se rompe—. Os amo.

Todo se queda en blanco. El latido acelerado de mi corazón es lo único que escucho en mi cabeza. No sé qué decir...

Si se enterara el duque, nos mataría a los dos.

—Yo... —Lo intento, pero no sale nada.

Nunca he tenido que decir algo así.

Apoya su frente contra la mía y siento su respiración muy cerca.

—No hace falta que digáis nada. —Su mano asciende por mi espalda y me acaricia el cuello.

Sí hace falta, porque lo siento aquí, en el pecho. Pero no sale...

—Vuelve a por mí —susurro en su lugar—. Por favor.

Cierra los ojos.

—Lo haré —exhala.

Y entonces se aparta y todo se desvanece.

\* \* \*

Abro los ojos y tomo consciencia de nuevo de dónde estoy: el bosque, la nieve, la noche... Y hay algo más. Un sonido que no estaba antes. Un susurro que se arrastra sobre la nieve y se acerca.

Me pongo en movimiento. Las piernas se quejan, pero sigo.

He de seguir las instrucciones de Lucian, buscar un sitio para esconderme y él vendrá a buscarme cuando toda esta locura pase. El valiente soldado sabrá encontrarme.

Algo cruje muy cerca y me giro por instinto.

—¿Hola?

En cuanto lo digo, sé que no debería haberlo hecho.

Algo se mueve, pero no lo veo bien.

Una sombra se acerca demasiado rápido y no me da tiempo a reaccionar.

Una mano me tapa la boca y aprieta. No puedo gritar. Intento zafarme, pero me agarra con fuerza y me levanta del suelo. El mundo se descoloca.

Pataleo. Trato de morder... pero no sirve de nada.

—No lo empeores, niña —oigo decir a una voz ruda.

No puedo respirar bien, el pánico inunda mis pulmones.

Niego con la cabeza.

No. No. Por favor.

Miro hacia el tenue resplandor de la fortaleza y espero verlo venir corriendo, que cumpla con lo que ha dicho. Sin embargo, no hay nadie, solo nieve. Solo oscuridad.

Una tela cubre mis ojos y el mundo desaparece.

Y yo con él.

## 2

### El castillo de Vhalzar

No sé cuánto tiempo pasa antes de abrir los ojos. He sentido movimiento, he oído voces, pero el pañuelo sobre mi rostro me ha impedido ver nada de lo que sucedía alrededor. Al final he caído en una especie de duermevela plagada de pesadillas... hasta ahora.

Todo está oscuro. No... no es oscuro. Es gris.

Un gris apagado que parece pegado a las paredes, al techo, al aire mismo. Me cuesta enfocar y siento la cabeza pesada.

Tardo en darme cuenta de que sigo respirando.

El aire ya no es frío, es lo primero que noto.

Lo segundo... la quietud. No es el mismo silencio del bosque de Taurenhold. Este es cerrado, oprimido.

Trago saliva y la garganta me arde.

Hago el intento de incorporarme, pero tengo el cuerpo agarrotado. Los músculos de los brazos, de las piernas, incluso los dedos, están tan tensos que me cuesta moverlos.

Poco a poco, consigo deslizar una mano. La superficie es áspera. Tela rugosa.

Abro más los ojos.

Estoy en una habitación pequeña. Las paredes son de piedra desnuda, basta, oscurecida en algunas zonas por la humedad. La ventana es una rendija alta por la que se cuela la luz pálida del amanecer.

Cuando al fin consigo levantarme, todo me da vueltas. Me llevo una mano a la cabeza para intentar contener el mareo.

Estoy viva, pero no sé si eso me reconforta.

Miro a mi alrededor.

No hay muebles, solo una especie de camastro con pieles ásperas sobre el que me encuentro. Ya no llevo el camisón húmedo con el que me atraparon. Alguien me ha cambiado y esa idea me recorre la espalda como un escalofrío y hace que me encoja sobre mí misma.

No sé quién me ha traído hasta aquí, ni por qué... ni lo que quiere.

Veo la puerta, de madera blanca, pero no me acerco. No quiero huir, no sabría cómo hacerlo tampoco y, en el fondo, tengo miedo de lo que pueda haber al otro lado.

El tiempo pasa o eso creo. Aquí dentro es imposible saberlo. No hay ruido, ni voces. Nada.

Empiezo a pensar que quizá me han olvidado. La idea debería tranquilizarme, pero no lo hace, me encoge el pecho.

—Lucian... —susurro.

No reconozco mi voz. Suena más pequeña de lo habitual.

Nadie me responde y aprieto los labios.

Me dijo que vendría... me lo prometió.

Cierro los ojos un momento y me concentro en visualizarlo. Tengo que creerlo.

Entonces, un sonido rompe el silencio. Me sobresalto y miro hacia la puerta, que se abre mientras emite un gemido lento, ensordecedor.

Me quedo inmóvil al tiempo que el corazón comienza a latirme con fuerza otra vez. Por un instante, la esperanza se enciende dentro de mí.

Lucian. Tiene que ser él.

Me levanto y doy un paso hacia la puerta con el cuerpo tenso. Sin embargo, cuando se abre del todo, me doy cuenta de que no es él.

Se trata de una chica.

Se queda bajo el umbral unos segundos, observándome. Es joven, más o menos de mi edad, quizás un poco mayor. Lleva el pelo castaño recogido en una trenza gruesa que cae por su espalda. Viste

ropa sencilla: un vestido de lana verde oscura y unas botas de cuero que tienen la puntera mojada.

Su piel pálida le da el aspecto de una aparición. Sin embargo, su expresión no es hosca ni desagradable, lo que me desconcierta más que la propia interrupción.

—Has despertado —dice con voz cantarina.

Su suavidad no va acorde con el lugar.

No sé qué responder. Tampoco sé si debería hacerlo.

Retrocedo el paso que he avanzado y me vuelvo a sentar sobre el camastro.

—¿Dónde...? —empiezo, pero la voz se me entrecorta—. ¿Dónde estoy?

La chica entra despacio, teme asustarme. Cierra la puerta a su espalda con cuidado.

—Tranquila —dice—. No voy a hacerte daño.

No sé si creerla. Su frase no suena bien aquí, entre estas paredes de piedra rugosa, con la escasez de luz... No parece un lugar seguro.

—¿Dónde estoy? —repito, con más urgencia.

Parece dudar un instante, aunque luego responde.

—En Vhalzar.

El nombre no me dice nada, pero suena mal. Frío, hostil.

—Es la residencia principal del rey Gorath —añade—. En el reino del Norte.

El nombre me atraviesa y me hace recordar el ataque. Es lo que dijo Lucian.

—Pero... no puede ser. —Siento cómo el pecho se me cierra—. El rey Gorath y el duque se visitaban a menudo... ¿por qué atacarnos?

Ella no se acerca más, mantiene la distancia, y decide ignorar mi pregunta.

—Te trajeron anoche —dice cambiando de tema—. Estabas inconsciente.

Me llevo las manos a los brazos, como si pudiera sostenerme a mí misma.

—¿A cuánta distancia estamos del reino del Oeste? ¿De Taurenhold?

La chica se encoge de hombros.

—Un día. Tal vez dos.

Aún hay tiempo, entonces. Lucian llegará en un día. Dos a lo sumo.

—Él va a venir —digo, casi sin darme cuenta—. Me lo ha prometido.

Espero alguna reacción en ella, pero no llega. Solo me mira de una manera que no sé interpretar. No es pena ni burla. Es otra cosa.

—Aquí las promesas no valen demasiado —dice al final. Su mirada se clava en la mía más tiempo del necesario.

—Vendrá —repito, más bajo. Y no sé si lo digo para convencerla a ella o a mí.

El silencio se alarga.

—Sé que eres princesa del Oeste y duquesa de Taurenhold —dice—. Pero ¿cuál es tu nombre?

No entiendo por qué quiere saberlo. Aun así, respondo.

—Camila. Aunque, técnicamente, aún no soy la duquesa. Me desposó en una semana.

No sé por qué se lo cuento, quizás percibo en ella más de lo que se ve a simple vista.

Asiente despacio.

—Yo soy Keira —añade—. Te traeré algo de comer. Has estado inconsciente mucho tiempo.

Sin embargo, no tengo hambre, solo miedo y ganas de salir corriendo.

—No me apetece —susurro.

Keira no insiste.

—Él vendrá en un rato —dice, y se gira hacia la puerta.

—¿Él...? —La forma en la que lo ha dicho me hace estremecer—. ¿Quién es él?

Se detiene un segundo antes de salir.

—Por tu propio bien, no intentes resistirte.

El tono sigue siendo suave, aunque ya no se trata de una sugerencia. Es una advertencia.

Abre la puerta y la luz del pasillo entra un instante. Luego desaparece y vuelvo a quedarme sola.

La quietud regresa. Sin embargo, ya no es igual. Ahora tengo constancia de dónde estoy y eso empeora las cosas.

Me encojo de nuevo sobre el camastro e intento no pensar demasiado en lo que ha dicho.

*No intentes resistirte.*

¿De qué? ¿De quién?

\* \* \*

Por el alto y estrecho ventanal entra el sonido de un viento gélido. Es un susurro constante que me recuerda el rumor del río Verde a su paso por Lirien. Cierro los ojos y me concentro en ese sonido para tratar de volver a casa, pero la atmósfera es demasiado opresiva. Nunca me sentí así en Lirien.

Estoy sentada en el camastro, con la espalda apoyada en la piedra fría y las manos alrededor de mis rodillas, cuando la puerta se abre de nuevo.

Me sobresalto, aunque me lo esperaba.

No es Keira quien entra esta vez. Es un hombre, y con solo verlo sé que algo va mal. Muy mal.

Es alto, pero no es eso lo que me hace pegarme contra la pared como si quisiera desaparecer dentro de ella. Es su rostro... o lo que queda de él. La piel tiene un aspecto irregular: tirante en unas zonas y hundida en otras. En la sien izquierda, donde debería haber carne, no la hay. Se le ve el hueso del cráneo. Y, un poco más abajo, el ojo tampoco está.

No puedo dejar de mirarlo.

Él sonríe, como si se sintiera orgulloso de la reacción de rechazo y miedo que provoca.

—Celebro ver que tenéis buen aspecto, mi lady —dice, y en su voz hay un timbre desagradable.

Trato de echarme más hacia atrás, pero la pared me lo impide.

—¿Quién sois? —susurro, aunque en realidad no quiero saberlo.

—Un amigo.

Y sonrío de nuevo, pero en su gesto no hay nada amable.

Da un paso hacia mí, y yo me pego aún más a la pared.

—Ven —dice, como si fuera una invitación—. No tardaremos mucho.

Niego con la cabeza.

—No... por favor... Solo quiero volver a casa.

No parece ofenderse ni sorprenderse, más bien se muestra interesado.

—Ahora esta es tu casa, querida.

Antes de que pueda reaccionar, una mano se cierne sobre mi brazo y me levanta a la fuerza. Se trata de un soldado al que no he visto entrar. Lleva el emblema del rey Gorath en la casaca: un dragón de dos cabezas.

Nada en él se parece a Lucian. Su agarre es demasiado fuerte, doloroso, y sin vacilación. Intento soltarme.

—¡No! ¡No, por favor!

No sirve de nada. El soldado tira de mí para obligarme a andar, pero las piernas me fallan.

—Ten cuidado —le reprende el hombre del rostro incompleto—. La necesitamos entera.

El pánico me invade.

—¿Para qué? —atino a preguntar, casi sin voz.

Nadie me responde, solo me arrastran fuera de la habitación.

El pasillo es largo, estrecho, iluminado por antorchas que proyectan sombras alargadas en las paredes de piedra. No hay tapices ni mobiliario, únicamente el muro desnudo, y multitud de soldados apostados cada pocos metros.

Huele aún peor que en Taurenhold. A humedad y a hierro.

Intento memorizar el camino por si se me presentara la ocasión de escapar, pero no lo consigo. Todo se mezcla: las puertas, los giros, los pasillos... el sonido de mis propios pasos torpes.

—¿Dónde me lleváis? —Mi voz hace eco en los pasillos vacíos.

Nadie me escucha o no les importa.

Bajamos por unas escaleras y el aire se llena de un olor picante, ácido, que provoca que mi miedo descienda aún más, que enraíce más profundo.

Me conducen hasta una sala amplia. Los ventanales aquí son más grandes y están cubiertos con cristales. La luz blanca del día penetra con fuerza y puedo ver el exterior. Hay nieve por todas partes.

Sin embargo, no es la visión de lo que hay fuera lo que me horroriza. Es lo que hay dentro. Es un laboratorio de alquimia.

Los he visto antes, en los subterráneos del castillo de Lirien, dirigidos por el Consejero y alquimista Seldrin. Siempre fueron un lugar prohibido, lleno de secretos, crueldad animal... y quizás también humana.

Distingo mesas de metal cubiertas de instrumentos que no reconozco, pero cuyo aspecto hace que mi estómago se revuelva. Frascos, probetas, líquidos de colores apagados... Algunos burbujan con suavidad, otros permanecen en estanterías con objetos flotando en su interior. Objetos que recuerdan demasiado a los dibujos de órganos que he estudiado en los manuales de Anatomía.

En una esquina hay algo cubierto con una tela. No miro demasiado, no deseo saber lo que es.

—Hemos llegado, mi lady —dice él, satisfecho.

El soldado me empuja hacia el centro de la sala, donde hay una gran mesa vacía. Sin embargo, al mirarla mejor, comprendo que no es solo eso. Tiene bridas... para sujetar.

Doy un paso atrás, pero el soldado ubicado detrás de mí no titubea. Me empuja contra la superficie fría.

Trato de resistirme. Grito. Me retuerzo.

—¡Por favor! ¡Dejadme!

No sirve de nada. Él es grande y fuerte y yo... yo soy una princesa que solo ha sido educada para sonreír y ser complaciente. Me inmoviliza con facilidad y me suelta sobre la mesa. Mi espada golpea el metal con un crujido que me retumba por dentro.

Me sujeta las muñecas y luego los tobillos.

No puedo moverme.

El corazón me late tan fuerte que me duele.

—Tranquila —dice el hombre del cráneo al aire, acercándose—. Cuanto más te agites, más incómodo será.

—No me hagas daño... —suplico, como si fuera a servir de algo, como si en el rostro de aquel hombre pudiera ver algo que no fuera crueldad.

Se inclina sobre mí y descubro que de cerca es mucho peor. El único ojo que le queda está surcado de pequeñas venas rojas que forman un entramado similar al de una tela de araña. Su iris, negro, no brilla. Alrededor de la herida del cráneo, la masa de carne late roja, supurante.

—Estate quieta y será más sencillo para todos.

Se dirige a la mesa de los instrumentos y coge una jeringuilla. La aguja es larga. No puedo apartar la mirada.

—De momento, solo será un poco —añade.

Me agito, desesperada. El soldado se inclina sobre mí y me sujeta más fuerte. Siento el dolor del pinchazo. Agudo. Breve.

Cierro los ojos mientras las lágrimas caen a ambos lados de mis sienes.

*¿Por qué me está sucediendo esto? ¿Qué es lo que hice mal? Por Mae... ayúdame.*

Oigo el sonido del líquido caer sobre vidrio. Luego se agita y algo borbotea.

—Interesante... —lo oigo murmurar.

Abro los ojos sin querer y veo que está observando una probeta. En su interior hay parte de mi sangre mezclada con algo más. Algo que reacciona y forma burbujas... hasta que, de pronto, una chispa estalla y la sangre se vuelve negra. Colapsa y se desintegra en una pequeña voluta de humo.

Frunce el ceño.

—¿Qué ha pasado?

Su tono cambia, se vuelve irritado y me asusta.

—No puede ser.

Golpea la mesa con el puño y varios frascos se vuelcan y ruedan hasta acabar en el suelo. No parece importarle, solo presta atención a la probeta de ensayo vacía, con los restos de humo pegados a las paredes.

Entonces la puerta se abre con ímpetu y los dos hombres se paralizan.

No me hace falta mirar para saber que alguien importante acaba de irrumpir en el laboratorio.

Lo siento en la forma en la que el soldado se tensa, en la manera de inclinar la cabeza del hombre de rostro incompleto.

—Majestad.

Avanza y entra en mi campo de visión. Y cuando mis ojos lo encuentran, desearía no haberlo hecho.

El rey Gorath, de la casa Excelsius. He visto su rostro dibujado en los Anuarios. Libros que tienen más de cien años de antigüedad... y él sigue ahí, igual que en las imágenes. Oscuro. Depravado. Obsesionado con la inmortalidad.

Sus ojos se posan en mí y siento que me atraviesan. Tienen un brillo de locura difícil de ocultar.

—¿Esta es? —pregunta. Su voz es grave, controlada; pero hay una inquietud de fondo que no está contenida del todo.

—Sí, mi señor —responde—. Pero hay un problema.

Una sombra cruza su rostro.

—¿Qué ocurre, Cráneo?

—Su sangre no es estable.

Gorath me mira como si no fuera más que un trozo de carne que puede manejar a su antojo. Soy insignificante.

Me fijo en que lleva una especie de collar de púas en el cuello. Algunas de ellas se le han clavado en la carne y la sangre brota de las heridas como rubíes carmesís.

—Entonces lo estás haciendo mal —dice sin alzar la voz.

—He seguido el procedimiento documentado en los libros. —Se justifica con cierta arrogancia.

—¿Tuviste en cuenta el catalizador? —pregunta, cortante—. ¿El dolor?

No entiendo lo que quieren decir, pero mi cuerpo reacciona igualmente. El miedo crece y comienzo a temblar.

—Hazla reaccionar.

En la boca de Cráneo aparece una sonrisa que muestra todos los dientes.

—No quería hacerlo sin vuestro permiso, Majestad —dice, y su voz ha adquirido un matiz agudo, chirriante.

—Procede de una vez.

Se inclina sobre la mesa de instrumentos y, cuando se vuelve, veo lo que sostiene en la mano. No sé lo que es, pero su aspecto amenazador no necesita presentación.

Vuelvo a suplicar, esta vez con un hilo de voz ahogado por las lágrimas. Necesito despertar de esta pesadilla y volver, aunque sea a Taurenhold. A la opresión de unos muros que conozco, de una oscuridad que controlo... a un lugar donde todavía queda algo de esperanza de regresar a Lirien. Pero aquí no hay nada, ni esperanza.

Cráneo agarra el instrumento del horror y lo coloca sobre mi piel.

Noto frío un segundo. Y entonces... el dolor.

Es un estallido que recorre todo mi cuerpo de golpe. Un latigazo que me parte en dos. Grito sin poder contenerlo.

El aire vibra, arde... No puedo pensar, no puedo respirar. Siento que me desintegro...

Y, de repente, se detiene y la calma regresa... pero no a mi cuerpo. Estoy temblando de arriba abajo, sin control. Las lágrimas saltan de mis ojos sin que me dé cuenta.

—Otra vez —dice Gorath.

No.

No.

Soy incapaz de abrir la boca.

Otra descarga y el dolor vuelve mucho más fuerte, más profundo. Grito otra vez, sin parar, hasta que ya no sé si sigo gritando o solo creo que lo hago.

Cuando todo se detiene, ya no siento el cuerpo. Solo la angustia.

—Prueba ahora.

La voz llega lejana, como dentro de una pecera.

Siento la aguja penetrar en mi piel otra vez, pero no tengo fuerzas para resistirme. No me queda energía para nada.

Entre la neblina, veo algo que me asusta: mi sangre destella en la probeta. Brilla como si llevara dentro pequeñas esquivas de oro. La observo gotear por el cristal hasta mezclarse con una especie de polvo rojo.

Se produce un momento de silencio en el que ambos elementos se mezclan. Cráneo contiene la respiración.

—Sí —dice con éxtasis—. Ahora sí...

No veo bien. Todo está borroso, pero parece que ahora mi sangre no explota. Se une al polvo rojo y la mezcla se estabiliza.

Gorath sonríe y eso me altera.

—El dolor siempre es la solución a todo —dice.

Y, en mi interior, algo se retuerce. Una sensación punzante que siempre había estado dormida y ahora, por fin, despierta.

—Puede que no tenga la potencia que necesitamos —dice Cráneo—, pero mi máquina lo solucionará.

Se acerca a la tela de la esquina y acaricia lo que hay debajo con un gesto que roza la lascivia. No hace falta que la levante para percibir la amenaza de lo que esconde.

—Pues date prisa. —Gorath se da la vuelta, dispuesto a abandonar el laboratorio, pero a medio camino parece recordar algo—. ¿Llegó el cargamento de *materia*?

—Sí —responde Cráneo—. Pero los barriles cada vez entran más vacíos. Habrá lo justo para las raciones de este mes.

—Preparadlas sin demora. —Ahora sí cruza el umbral de la puerta—. Mi hermano llega mañana.

Yo cierro los ojos y me abandono a la inconsciencia. No quiero ver ni sentir nada. Sin embargo, eso no evita que tome consciencia de que no tengo escapatoria.

Ni de aquí. Ni ahora. Ni de esto.

### 3

#### Un vistazo desde las murallas

La noche cae sin que apenas me dé cuenta. Dentro de esta estancia el tiempo no existe, solo cambia la luz.

Se vuelve más débil, más fría, hasta que la rendija del ventanal deja de arrojar una franja gris sobre los muros y se convierte en una sombra apenas visible.

Estoy tumbada en el camastro, de lado, con los ojos abiertos porque soy incapaz de dormir.

Cada vez que los cierro, vuelvo allí. A la mesa, al dolor, a su voz...

Agito la cabeza y trato de alejarlo, pero no funciona.

¿Por qué me han traído hasta aquí? ¿Qué quiere el rey Gorath de mi sangre? ¿Van a volver a hacerme daño? Demasiadas preguntas y ni una sola respuesta.

—Lucian... —Una nube blanca se escapa de mi boca—. ¿Por qué tardas tanto?

El silencio opresivo de aquel lugar se asienta sobre mi pecho y no deja espacio para la respiración.

Me encojo un poco más bajo las pieles, aunque el frío se cuela igual.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando lo oigo por primera vez.

Al principio creo que es el rumor del viento, que se filtra por la rendija del ventanal en un murmullo bajo e irregular.

Sin embargo, enseguida comprendo que no se trata de eso.

Me incorporo despacio y mis músculos se quejan, todavía doloridos por las descargas del hombre loco.

Escucho.

Ahí está otra vez, más cerca.

No viene de fuera, procede de la puerta.

Mi pulso se acelera. Es una respiración lenta y profunda. Demasiado potente para ser humana.

El aire entra... sale... y arrastra algo en cada exhalación. Un sonido grave, húmedo, que se pega a la madera blanca de la puerta.

Me quedo paralizada. El corazón me late tan fuerte que temo que, lo que quiera que sea, pueda oírlo desde el otro lado.

Un gruñido se cuela por la rendija junto al suelo. Fuera hay algo que me ha detectado.

Siento el impulso de levantarme y acercarme. A pesar de que me muero de miedo, en mi interior palpita una sensación extraña que... tira. Una presión leve en los músculos; un latido que no es exactamente el mío.

Frunzo el ceño porque es irracional.

Cierro los ojos llevada por un instinto que no reconozco. Y entonces...

*Oscuridad*, pero no la de la estancia. Otra más densa. Siento movimiento. *Nieve*. Su crujido bajo un peso que no es el mío. *Aire frío entrando en los pulmones*.

Me muevo y la percepción ajena se desvanece... aunque no del todo.

Algo está ahí fuera y es grande. Muy grande. Se mueve despacio y acecha.

Pero entonces, tal y como ha aparecido, la respiración desaparece y el silencio cae, pero no durante demasiado tiempo. Un sonido lejano la reemplaza: un aullido largo y profundo. Su eco atraviesa el aire, entra por la rendija del ventanal y vibra dentro de mí.

El sonido es demasiado grande para tratarse de lobos, y el recuerdo de las leyendas me hace removerme inquieta en el camastro. Historias sobre animales salvajes, de enormes colmillos y pelaje gris. Parecidos a los lobos, pero mucho más voluminosos.

Huargos.

Niego con la cabeza. No puede ser... pero la idea ya está ahí.

Miro de nuevo hacia la puerta y, aunque ya no escucho nada al otro lado, siento que no estoy sola en la fortaleza. Que algo me ha encontrado.

Trato de convencerme de que son solo fantasmas producidos por el dolor, por el miedo, por la noche... pero, en lo más profundo de mi ser, soy consciente de lo que he escuchado.

Cierro los ojos e intento dormir.

Sigo sin conseguirlo.

Y sé que, en algún lugar dentro de este castillo, algo continúa escuchando.

\* \* \*

La puerta se abre de nuevo entrada la mañana.

El estómago me duele, vacío. No recuerdo la última vez que comí.

Keira entra despacio, igual que la vez anterior, y cierra con cuidado a su espalda. Lleva la misma ropa que ayer, pero se ha dejado el cabello suelto, y cae en ondas castañas alrededor de su rostro níveo.

Sujeta una bandeja entre las manos. El olor llega antes que ella: pan, caldo caliente, especias, carne...

Me incomoda reconocerlo, pero necesito esa comida.

—Hoy no admito una negativa —dice, dejando la bandeja sobre el camastro.

Miro los alimentos unos segundos. Tienen buen aspecto y todavía humean.

Cedo sin pensarlo mucho más.

Cojo el cuenco con las manos, que aún me tiemblan y doy el primer sorbo. El calor me recorre la garganta. Me quema un poco, pero no me detengo. El hambre puede más. Como deprisa, con ansia, como si alguien fuera a quitármelo en cualquier momento. Si mi madre me viera comer así, se escandalizaría.

Sin embargo, Keira no dice nada. Solo observa.

Cuando termino, busco una servilleta con la que limpiarme, pero no la hay. Utilizo un trozo del puño del vestido.

—Gracias... —murmuro.

Supongo que, incluso en el lugar más horrible del mundo, hay que mostrar agradecimiento por un gesto de humanidad.

Ella asiente levemente. Se levanta, pero no coge la bandeja. La deja a los pies del camastro.

—Te han dado permiso para que puedas salir un rato.

Alzo la vista hacia ella.

¿Salir? La palabra suena extraña.

—¿A dónde?

—A pasear. —Se encoge de hombros—. Por las murallas.

Dudo porque todo en mí quiere quedarse y esconderse, como me pidió Lucian. Pero necesito sentir el aire libre. Alejarme, aunque solo sea un rato, de la opresión de estas paredes.

Asiento.

—Déjame que te peine un poco. —Se coloca en el camastro detrás de mí—. Tienes el pelo enredado.

Utiliza sus dedos para quitar nudos y colocar mechones rebeldes. Tira fuerte, pero resisto las ganas de quejarme. No estoy en la Corte. Aquí hay cosas que duelen mucho más que unos tirones de pelo.

Cuando termina, enrosca la trenza alrededor de mi cabeza y coloca algunas horquillas que saca de un bolsillo de su vestido.

—Coge las pieles —dice, agarrando las mantas del camastro—. Hace mucho frío fuera.

\* \* \*

El aire exterior me golpea en cuanto cruzamos la puerta del torreón que conduce a lo alto de las murallas.

Es mucho más frío que en Taurenhold, pero lo agradezco. Respiro y mi pecho se abre.

Las murallas de Vhalzar son altas, imponentes. Levantadas con bloques de piedra negra que despuntan en el desierto blanco como

una herida en la nieve. Desde aquí arriba el mundo se extiende en una estepa blanca que parece no tener fin.

Hasta donde me alcanza la vista, solo hay nieve.

El viento sopla constante, arrastrando pequeños remolinos que se estrellan contra los muros.

Me aproximo un poco más al borde, con cuidado. No quiero caer.

Keira se coloca a mi lado y la miro de reojo.

—No te acerques más —me dice—. El viento es traicionero en este lugar.

Su rostro permanece tranquilo, pero sus ojos no lo están. Me vigilan.

—¿Siempre has vivido aquí? —le pregunto.

—Nací sobre la nieve y la paja de las caballerizas. Toda la familia que conozco pertenece a este lugar. Uno de mis hermanos murió hace tres años en una batalla contra vuestro reino.

—¿En Derlham? —Es la única contienda reciente que recuerdo.

Ella asiente mirando al horizonte nevado.

—Mi hermana comandaba nuestro ejército —digo. No puedo evitar que una punzada de resentimiento impregne mis palabras.

Ella se da cuenta.

—¿Es cierto que os entregó al duque de Taurenhold para ganarse su favor en esa batalla?

—Ella es la reina —corto, para no dejar espacio a suposiciones—. Hizo lo que tenía que hacer.

—Conozco a Rhogar, el duque de Taurenhold. No parece un buen marido.

Guardo silencio. Se me antoja que aquella vida queda tan lejos, tan apartada del dolor de las últimas horas, que me siento incapaz de referirme a ella.

—¿Es a él a quién esperáis para que os rescate?

Niego con la cabeza. Evito hablar para que el nudo que se me ha formado en la garganta al recordar a Lucian no se afloje. Aun así, una pequeña lágrima se desborda por mi ojo. Es aplastada enseguida por el frío viento que sopla entre las murallas.

Un grupo de soldados acaba de irrumpir en el patio. Proceden de los establos y llevan rostros cansados. Parecen regresar de un viaje largo. Sus armaduras oscuras destacan sobre la nieve, igual que el castillo, y emiten un rumor metálico que llega hasta nosotras.

—¿Quiénes son? —pregunto.

Keira tarda un segundo en responder.

—Es el hermano del rey, Lord Corwan, y sus hombres.

Miro de nuevo.

En el centro del grupo hay un hombre que se mueve diferente. Tiene una especie de elegancia salvaje: la de permanecer siempre alerta, aunque no lo parezca. Luce un rostro menos cansado que el resto.

Su capa de pieles cae pesada desde los hombros y el viento no logra moverla del todo.

Por un instante, levanta la cabeza y mira hacia nosotras. No sé si puede vernos, pero el aire se me queda atrapado en los pulmones.

Doy un paso atrás sin darme cuenta.

—¿Ocurre algo? —pregunta Keira.

Niego de nuevo con la cabeza, aunque esta vez el motivo es distinto. Me he quedado sin palabras.

No sé qué me ha pasado. Algo que no reconozco se contrae dentro de mí.

Keira me observa.

—Ten cuidado —dice al final.

Y no entiendo a qué se refiere. Ella prosigue.

—Lord Corwan puede tener un aspecto magnético, pero sofoca rebeliones con la misma crueldad que su hermano.

—¿Rebeliones?

Keira baja la voz.

—Cuando un rey piensa solo en sus propios intereses, el pueblo acaba pasando hambre.

El grupo cruza unas bastas puertas de madera y desaparece en el interior del castillo. Sin embargo, la sensación no lo hace. Se queda dentro de mí como un eco que vibrara en mis entrañas.

—¿Y tú? —La pregunta sale sola—. ¿Estás a favor del rey?

Se gira hacia mí antes de responder.

—Yo estoy a favor de mí misma.

No es una respuesta, pero es lo único que me da.

El viento sopla más fuerte, y entonces una voz se alza sobre nosotras.

—¡Tú! —Es seca, cortante.

Un soldado se acerca por la muralla.

—Debes venir.

La orden es ruda y desconsiderada.

—¿A dónde? —pregunto, aunque en el fondo ya lo sé.

—Cráneo os reclama.

Siento un dolor en el pecho y las lágrimas empiezan a correr sin que pueda hacer ya nada por evitarlo.

Miro a Keira, pero no dice nada. No se opone ni interviene. Solo me sostiene la mirada un instante y luego la aparta.

Lo entiendo. Estoy sola.

—Vamos —dice el soldado.

No me resisto. No serviría de nada.

Y mientras descendo al interior del castillo, la sensación regresa. Leve, lejana, pero inconfundible. Es un latido ajeno que se cuela bajo mi piel y se confunde con el mío.

\* \* \*

El laboratorio huele peor que el día anterior. Algo se ha quemado, y el rastro ácido se ha vuelto más agresivo, se queda pegado a la garganta y no desaparece.

Nada más cruzar el umbral, mi cuerpo se estremece al recordar el dolor del día anterior.

El alquimista está ajustando algunos cables de la máquina que estaba oculta bajo la tela.

—Hoy tardaremos menos —dice, y debería sonar tranquilizador, pero la visión de aquella máquina lo enturbia todo.

Se alza en un rincón de la estancia con una estructura hecha a base de placas metálicas que se curvan hacia dentro, formando una cavidad estrecha. En su interior, una maraña de pequeñas púas

recubre cada superficie con una precisión enfermiza. No son lo bastante largas para matar... pero sí para atravesar.

Conectada a la estructura hay una red de tubos finos que serpentean hasta una maquinaria compuesta por engranajes, probetas, líquidos que brillan y sustancias que palpitan como si estuvieran vivas.

Trato de retroceder, pero el soldado me sujeta antes de que pueda pensar en huir.

—No me hagáis más daño, por favor —suplico.

Cráneo sonrío, parece que mi reacción le satisface.

—Tu sangre es volátil —explica mientras se acerca—. Pierde potencia en cuanto la extraemos, por eso es necesario aumentar su potencia y estabilizarla sin perder un segundo.

Todo mi cuerpo se agita en una sacudida nerviosa.

—Le he añadido una cápsula a mi máquina. —Su expresión refleja orgullo—. Con ella conseguimos las dos cosas: estímulo con un fuerte componente de dolor y conexión instantánea con los estabilizadores.

Me horroriza que hable con esa tranquilidad del dolor. De mi dolor.

El soldado me empuja hacia la estructura.

El metal de las púas brilla bajo la luz pálida que entra por los ventanales. Frío. Inmóvil. Esperando.

Intento zafarme. Mis manos buscan algo a lo que aferrarse, pero no encuentran nada.

—Si no te resistes, será más rápido —añade.

Sin embargo, yo no quiero que sea rápido, simplemente no quiero que ocurra.

Me quitan el vestido y me introducen a la fuerza. Las puntas metálicas presionan contra mi piel a través de la camisa de lino que llevo bajo la ropa. Su contacto me arranca el aire.

Evito gritar. No deseo darles eso, pero, cuando las paredes empiezan a cercarse a mi alrededor, no puedo reprimirlo más.

Se cierran despacio, como si disfrutaran del proceso.

Siento cada una de las púas atravesarme lo justo. En todas partes. La sensación punzante se extiende, se multiplica, se

convierte en algo que no puedo abarcar.

Y grito.

Sin poder controlarlo.

El aire vibra dentro de la estructura, atrapado conmigo.

—Eso es —oigo la voz de Cráneo, lejana—. No lo reprimas.

¿Cómo hacerlo? Todo arde. Me desgarras.

Siento la sangre abandonar mi cuerpo, colarse por las decenas de agujas que me perforan, y entrar en su máquina.

—Ahora sí... —le escucho susurrar en una especie de éxtasis frenético.

No sé cuánto tiempo pasa. El dolor crece, se deforma, pierde sentido... hasta que, de pronto, cesa. Las paredes se separan y el frío vuelve a entrar.

Mi cuerpo no responde. No tengo fuerzas para sostenerme y caigo. El golpe contra el suelo apenas se siente entre todo lo demás.

—Sácala de aquí —apremia Cráneo, sin mirarme—. Lord Corwan está a punto de llegar.

El soldado me arrastra fuera del laboratorio y me deja caer sin cuidado. Me arroja el vestido encima.

—Vístete —me ordena, como si fuera sencillo.

La piedra del pasillo está fría, raspa la piel. La sangre que aún brota de los pinchazos tiñe el suelo de rojo y dorado.

La puerta se cierra a mi espalda con un golpe seco.

Me encojo sobre mí misma y cierro los ojos. Solo deseo que todo se detenga. Desaparecer. Pero nada de eso ocurre. Los agujonazos siguen ahí, recorriendo cada centímetro de músculo, de piel... retorciéndose hasta las entrañas.

Escucho unos pasos acercarse.

No me importa. Solo necesito que el dolor pare, que la humillación se desvanezca.

Se detienen frente a mí y no puedo evitar alzar la cabeza. Las lágrimas no me dejan enfocar de inmediato.

Su silueta corta la escasa luz del pasillo.

No se mueve; solo me observa. Hay algo en su forma de hacerlo que inmoviliza más que cualquier atadura.

No es como el rey, ni como Cráneo. Su mirada es afilada, sí, pero no veo en ella la ambición desmedida que he contemplado en los otros dos. Y, sin embargo, todo en él me impone.

Casi sin darme cuenta, el dolor da paso a otra sensación más sorda, más profunda... aunque todavía no sé ponerle nombre.

Su mirada recorre mi piel: las marcas, la sangre aún fresca. Yo intento cubrir mi humillación con el vestido, pero no hay tela suficiente para tapar lo que me han hecho.

Trato de incorporarme. Mis manos resbalan contra la piedra. El cuerpo me falla y caigo de nuevo.

Él da un paso, pero se detiene a medio camino. Parece luchar consigo mismo.

Entonces la puerta del laboratorio se abre de nuevo. La voz de Cráneo chirría en mis huesos.

—Adelante, Lord Corwan —dice—. El suero está preparado.

Sus ojos se mantienen fijos en mí con una intensidad que me obliga a bajar la mirada. La oscuridad de su iris me perturba.

—No se preocupe. Enseguida vendrán a por ella.

Él se gira entonces y se dirige hacia el laboratorio.

Cuando su presencia desaparece, el dolor vuelve a ocuparlo todo, como si solo hubiera estado esperando.

## 4

### Las cocinas

El daño no desaparece al día siguiente; solo cambia de forma. Se esconde bajo la piel y se enrosca en los músculos. Amenaza con instalarse. A ratos parece remitir, pero basta un movimiento, una respiración más profunda, para que vuelva a abrirse paso.

Estoy sentada en el camastro, observando el lento avance de la franja de luz que proyecta la rendija en el muro. Es blanca. Debe ser de día, aunque no recuerdo haberme dormido.

Paso los dedos por el antebrazo y palpo las marcas que ha dejado sobre mi piel la máquina del alquimista. Algunas ya no sangran; otras sí. Son pequeños puntos oscuros que pinchan al contacto.

Un golpe suave en la puerta me hace sobresaltarme.

—¿Camila? —La voz de Keira llega amortiguada desde el otro lado—. ¿Estás despierta?

No respondo enseguida. No estoy segura de que quiera que nadie me vea así: perdida, derrotada. Sin embargo, la puerta se abre igualmente y Keira entra con la misma cautela de siempre. Vuelve a llevar una bandeja de comida entre las manos.

La deja sobre el camastro y se aparta un paso, como si yo fuera un animal que necesitara su espacio.

Me observa las heridas, pero no me pregunta qué ha pasado. Supongo que se trata de la discreción del norte y yo agradezco no tener que volver a ese momento.

Agarro el cuenco. Está caliente y me arde en la garganta cuando doy el primer sorbo, pero sigo. No me doy cuenta de lo rápido que como hasta que el cuenco está vacío.

Keira permanece de pie, en silencio.

—Gracias —murmuro al final.

Sin embargo, mi estómago no parece haberse quedado satisfecho y gruñe pidiendo más comida.

Ella alza una ceja con incredulidad.

—Comes mucho para lo delgada que estás —dice, entre divertida y desconcertada—. Ven conmigo, quizás podamos solucionarlo.

Mi cuerpo protesta ante la idea de moverme, pero hay algo en su voz que me anima a hacerlo. De verdad quiere ayudarme.

Me levanto despacio. Las piernas me tiemblan al principio, pero consigo mantenerme en pie. Me pongo el vestido y vuelvo a colocarme sobre los hombros las mantas de pieles del camastro.

Si alzo el mentón aún puedo recuperar algo de dignidad. Aún puedo hacer notar que soy la segunda en la línea de sucesión al trono del Oeste.

\* \* \*

El castillo tiene actividad, aunque no me lo pareciera al principio. Los pasillos están llenos de movimiento: soldados que van y vienen, criados de mirada huidiza y voces que se alzan y se apagan con rapidez.

Nadie me mira directamente, pero noto cómo cuchichean cuando pasamos. Como si todos supieran quién soy... menos yo.

Keira camina con paso firme entre los soldados. Parece moverse con soltura, y nadie sale a nuestro paso para detenernos. Eso también me llama la atención.

Atravesamos un patio interior cubierto de nieve. Bajo la alfombra mullida, siento la tierra congelada. Tal vez en primavera, con el deshielo, este lugar se vista de verde y asomen las flores. Por un instante, imagino cómo sería, para tratar de ahuyentar esa

desolación que lo envuelve todo. Pero por desgracia no tengo tanta imaginación.

Hay hombres sentados contra un murete de piedra. Algunos lucen vendas; otros tienen la mirada perdida. He aprendido a identificar el olor a sangre, y aquí está presente.

—Han vuelto del este —dice Keira sin que yo pregunte.

—¿Las rebeliones?

Asiente.

Uno de los soldados levanta la vista cuando pasamos y sus ojos se detienen en mí. El color azul me recuerda demasiado a Lucian, y el corazón se me encoge al reparar en la venda cubierta de sangre que cubre su cabeza.

Aparto la mirada y acelero el paso.

Cruzamos el patio y atravesamos un umbral que conduce a una escalera que desciende.

El calor llega antes que el sonido.

A medida que bajamos, el aire se vuelve más húmedo y se carga de olores que al principio no reconozco. Aunque, poco a poco, empiezan a tomar forma: carne caliente, brasas, especias... el aroma de algo dulce.

Mi estómago vuelve a reaccionar.

Keira empuja una puerta de madera oscura y el mundo se transforma al otro lado.

Las cocinas están llenas de vida, y el contraste con la quietud dolorosa del patio me golpea. Aquí no hay lamentos ni suspiros lanzados al aire; hay voces y movimiento. Fuego crepitando en los hornos, utensilios chocando unos con otros, líquidos bullendo en las ollas, órdenes gritadas sin contemplación.

Durante un instante, me quedo en el umbral, mirando. Dudo si entrar a perturbar aquel caos organizado.

Algunos se detienen a saludar a Keira y su atención luego se dirige hacia mí. Las expresiones no son como las de arriba. Aquí no muestran recelo, solo curiosidad.

—Volved a lo vuestro —ordena Keira, tirando de mí para que la siga.

Y aunque obedecen, noto que siguen pendientes de mis pasos.

—Ven —me dice.

Caminamos entre fogones y mesas con vegetales a medio picar y carnes en salazón. El calor se pega a mi piel y tengo que deshacerme de las mantas. Mi cuerpo pierde rigidez y mis músculos se aflojan. No sabía que estaba tan tensa.

Nos detenemos frente a una mesa larga cubierta de platos y utensilios de madera. Al otro lado, un hombre levanta la vista.

Es grande y ancho de hombros. Peina su pelo blanco hacia atrás y la piel de su rostro está cubierta de sudor y grasa. Tiene las manos enormes, marcadas por quemaduras recientes y antiguas. Su delantal está manchado, pero más limpio de lo que estaría el mío en las mismas circunstancias.

Sus ojos marrones miran a Keira y luego se detienen en mí.

—¿Esta es la princesa?

Keira asiente.

—Y duquesa de Taurenhold —añade.

—Todavía no —corrijo—. Las nupcias iban a celebrarse esta semana.

—Entonces estarás contenta de estar aquí —dice el hombre—. El duque Rhogar no aparenta ser un hombre con el que una quiera quedarse a solas.

Se ríe y, aunque yo no le encuentro la gracia, el sonido extravagante de su risa me recuerda que aún pueden existir momentos de luz dentro de la oscuridad.

—Me llamo Rufus. Te estrecharía la mano, pero... —Las levanta y muestra las manchas propias de su trabajo.

—No te preocupes —respondo, y un amago de sonrisa se dibuja en mis labios.

—El caldo que le preparaste le supo a poco —interviene Keira—. ¿Tienes por ahí algo más que pueda comer?

Rufus gruñe y me mira de arriba abajo.

—Pensaba que las princesas comían poco y cotilleaban mucho.

No sé si es un simple comentario o una ofensa. Prefiero pensar lo primero.

—No en el Oeste, al menos —respondo.

—Siéntate —me dice, señalando un banco junto a la mesa—. Te prepararé algo más.

—No la entretengas demasiado —dice Keira, y se aleja para hablar con otra mujer.

Rufus empieza a moverse con presteza entre las diferentes ubicaciones de la cocina: la mesa de vegetales picados, la alacena, las estanterías con sartenes, los fogones. Yo le observo, hipnotizada por la destreza con la que ejecuta cada movimiento. Parece que llevara toda su vida metido entre aquellas paredes.

Al final, sirve algo en un plato y lo coloca delante de mí. No sé muy bien lo que es, pero huele... Mi estómago vuelve a rugir.

—Come. —Y me tiende un tenedor.

No lo dudo.

Cojo el tenedor y pincho unos brotes verdes que crujen dentro de mi boca. El sabor lo inunda todo. Cálido. Intenso. Real.

Cierro los ojos un instante y me parece haber vuelto a Lirien.

Una lágrima se desliza por mi mejilla.

—Gracias —digo.

Él sonríe de forma distinta. Descubro algo de tristeza y comprensión en su gesto.

Como despacio, consciente de cada alimento que me meto en la boca, degustando cada matiz, cada sabor.

Rufus me observa mientras sigue trabajando.

—Creo que nunca había visto a nadie disfrutar así de mi comida.

—No debes haber mirado mucho —respondo—. Es imposible que alguien se quede indiferente ante un plato como este.

Sin querer, apoyo mal el tenedor y cae al suelo. Cuando me agacho a recogerlo, la tela del vestido se mueve y deja al descubierto las marcas que la máquina de Cráneo ha dejado sobre mis hombros.

Al incorporarme, la expresión de Rufus ya no es la misma.

—¿Te duele? —me pregunta.

No respondo. No quiero recordarlo ahora que por fin había dejado de pensar en ello. Sin embargo, mi gesto debe ser suficiente para que él deduzca una respuesta.

Se agacha bajo la mesa, haciendo que busca entre bandejas y cuencos, pero en realidad se aproxima mucho a mí.

—Escucha bien —murmura.

Mi cuerpo recupera de inmediato la tensión perdida.

—Esta noche, en el cambio de guardia, ven hasta aquí.

Parpadeo.

No entiendo.

—¿Qué...?

Niega, casi imperceptible.

—Escucha tras la puerta de tu habitación. Estará abierta. Sabrás cuando es el momento.

Noto que mi pulso se acelera. Necesito preguntar más cosas, pero Keira regresa en ese momento.

Rufus se levanta con un cuenco de madera en la mano y golpea la cáscara de huevo sobre él. Actúa con tanta normalidad que me hace dudar de que haya ocurrido de verdad.

—¿Has comido? —pregunta Keira, y mira mi plato vacío.

—Y lo ha disfrutado —responde Rufus con orgullo.

Keira asiente.

—Bien. Tenemos que volver ya.

Me levanto y la sigo hacia la salida, pero antes de cerrar la puerta a mi espalda, lanzo una última mirada al cocinero, que sigue inmerso en su tarea, y me pregunto si no me lo habré imaginado.

\* \* \*

En cuanto la puerta se cierra a mi espalda, el calor de las cocinas desaparece y el aire vuelve a enfriarse. Se cuela por las costuras del vestido y tengo que colocarme de nuevo las pieles sobre los hombros para protegerme.

El ruido queda atrás y el silencio opresor del castillo regresa.

No volvemos sobre nuestros pasos. Sigo a Keira a través de un pasillo estrecho que se abre antes de llegar al patio. El sabor del plato de Rufus se resiste a abandonarme. Intento aferrarme a esa sensación breve de normalidad... y a sus palabras. Me han dado

esperanza. Quizás no debería aferrarme a ellas, pero lo hago. Como un náufrago a una tabla.

—¿Te gusta leer? —dice Keira de pronto.

La miro. No sé por qué me lo pregunta.

—Sí —respondo.

—Tenemos una pequeña biblioteca. Quizás pueda conseguir que te dejen venir de vez en cuando.

Me dispongo a responder, pero unos pasos interrumpen mi pensamiento y una silueta aparece en el otro extremo del pasillo. Reconozco su forma de moverse antes de verlo con claridad.

Lord Corwan avanza hacia nosotras con paso firme, sin prisa. Envuelto en el mismo aire místico y peligroso que la vez anterior.

Keira se endereza a mi lado. Es una reacción sutil, pero lo noto.

—Mi señor —dice, inclinando ligeramente la cabeza cuando se acerca lo suficiente.

Él no responde. Sus ojos están puestos en mí.

Se detiene frente a nosotras y percibo algo en su presencia que lo llena todo, que desplaza el aire y hace que el resto del mundo se vuelva secundario.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta al fin.

Es la primera vez que oigo su voz y algo dentro de mí reacciona sin que me dé cuenta. Me vibra en los huesos.

—Solo la he llevado a comer —responde Keira—. Se había quedado con hambre.

Corwan sigue mirándome. Sus ojos se deslizan un instante hacia mi clavícula, a las marcas que el vestido no logra ocultar del todo.

Su escrutinio provoca que el rubor incendie mis mejillas.

—No la pasees demasiado —dice al fin—. El castillo no es seguro para alguien como ella.

Keira asiente.

—Sí, mi señor.

Yo no me atrevo a levantar la cabeza. Estoy avergonzada de mi turbación.

Él mantiene la mirada un segundo más y luego se gira para alejarse. Sin embargo, mi pulso ya late acelerado y ha dejado en mi boca una sensación amarga.

—¿Estás bien? —pregunta Keira en voz baja.

—Sí —miento.

Hay preguntas que ya no puedo seguir callando. Me vuelvo hacia ella.

—¿Qué ha querido decir con “alguien como ella”? ¿Por qué estoy aquí, Keira?

Me observa un instante en el que parece dudar, pero luego se encoge de hombros.

—Solo sé que eres importante para el rey... pero lo podrías ser para alguien más. Ha ordenado la muerte de cualquiera que se acerque a ti sin permiso.

Me quedo paralizada.

Sentencia de muerte... Acercarse sin permiso...

—¿Por qué? —La pregunta nace y muere con rapidez en mis labios. La murmuro sin convicción, sabiendo que nadie va a responderla.

Retomamos el camino y siento que la inquietud en mi interior crece. Por mi futuro, por mi destino y por el extraño latido que nace en mi pecho cada vez que él está cerca.

## 5

### El silencio de la noche

El resto del día transcurre tranquilo.

Se desliza entre mis dedos casi sin darme cuenta, pese a que cada hora se me antoja lenta bajo aquella luz blanca que parece no mermar.

Keira cumple su palabra.

La biblioteca es pequeña, pero suficiente para perderse. Los libros huelen a polvo y a años, a las manos de todos los que los han sostenido antes que yo. Me refugio allí como quien se esconde bajo una mesa durante una tormenta. No entiendo todo lo que leo. Algunas palabras pertenecen al lenguaje antiguo, anterior al Gran Cataclismo. Es otro mundo, pero me aferro a ellas igual.

Cualquier cosa es mejor que pensar demasiado, que recordar.

A ratos, salimos a las murallas.

El viento es más fuerte hoy. Arrastra la nieve y golpea la piedra de los muros con insistencia. El paisaje sigue siendo una extensión infinita de blanco. No hay rastro de vida. No se ven soldados con el estandarte de Taurenhold ni del reino del Oeste. Mi esperanza empieza a quebrarse.

¿Tan poco le importo a mi hermana que no manda ni un batallón a rescatarme? ¿O es que han masacrado hasta al último soldado de Taurenhold y nadie ha podido dar la noticia de mi secuestro?

No sé cuál de las dos opciones me aterra más.

Keira habla poco. Y yo menos.

Sin embargo, hay algo en su silencio que ya no me resulta hostil. Entre nosotras se ha formado un vínculo. Todavía es frágil, pero siento cierta tranquilidad cuando ella está cerca.

Cuando me conduce de regreso a la habitación, el día casi se ha apagado por completo.

Y, con la noche... todo cambia.

Intento mantenerme sentada en el camastro, pero estoy demasiado nerviosa.

Presto atención a los ruidos que proceden del otro lado de la puerta, tal y como me indicó Rufus, aunque no distingo gran cosa. El movimiento del día ha disminuido y las voces se han apagado, pero aún puedo escuchar los pasos espaciados y pesados de los soldados en el pasillo.

¿Puedo fiarme de él? Keira me ha dicho que podría haber alguien más interesado en mí. Pero ¿quién? ¿Por qué?

¿Qué es lo que todos saben de mí que yo desconozco?

Me levanto despacio.

El suelo está frío bajo mis pies descalzos. Camino hasta la puerta y apoyo la palma de la mano contra la madera. Está helada.

Durante un instante, dudo si desistir, darme la vuelta y meterme bajo las pieles a esperar que alguien venga a rescatarme. Aunque cada vez sea más improbable.

Entonces, lo oigo.

Es un redoble de campanas. No es la primera vez que lo escucho en estos dos días, pero hasta ahora no me había parado a pensar en su significado: el cambio de guardia. Pasos que se apresuran y se alejan. El ritmo se altera y mi pulso también.

Es ahora.

No sé si estoy preparada. No debería...

Abro la puerta. Como dijo Rufus, no tiene cerrojo.

El pasillo está en penumbra. Solo algunas antorchas permanecen encendidas, proyectando sombras largas que se estiran sobre la piedra.

No hay nadie.

Salgo.

Cada paso que doy resuena amplificado. Intento pisar con cuidado, pero el eco me persigue igual.

Avanzo.

Reconozco el camino a medias. Solo lo he recorrido una vez con Keira y estoy tan nerviosa que podría confundir pasillos o puertas sin darme cuenta. En la oscuridad de la noche todo es distinto. Más estrecho. Más afilado.

Encuentro el patio donde esa misma mañana soldados se resentían de sus heridas. Por suerte, ahora está vacío. Veo el cielo cubierto de estrellas al cruzarlo y, durante un momento, me permito admirar la belleza de las constelaciones norteadas. Pero es solo un segundo, al instante siguiente recuerdo dónde estoy y el peligro que corro.

Bajo las escaleras hacia las cocinas y, poco a poco, los olores regresan, pero ya no me resultan tan agradables.

Me detengo antes de abrir la puerta.

El corazón me late tan fuerte que me cuesta respirar.

¿Y si alguien me descubre? ¿Y si esto es una trampa? ¿Y si Rufus es peor que Cráneo? ¿Y si...

Un sonido estalla en otro lugar del castillo, no muy lejos de donde me encuentro. Es un ruido violento que hace temblar el suelo bajo mis pies. Algo metálico que se resquebraja. El estruendo se expande por el castillo como una onda expansiva.

Después se oyen carreras y gritos.

—¡Ha sido en el laboratorio de Cráneo!

—¡Rápido!

—¡Que nadie salga del castillo!

El pánico me atraviesa. Si alguien me ve allí podría pensar que he tenido algo que ver con lo que ha sucedido.

Retrocedo. Mi respiración se descompone.

No me da tiempo a pensar en nada. Me doy la vuelta y empiezo a correr.

Los pasillos se deforman a mi alrededor. Todo se vuelve confuso. Las sombras, las puertas, los recovecos... no sé si estoy yendo en la dirección correcta.

Los gritos siguen resonando cada vez más cerca. El castillo ha despertado y yo estoy en medio. Necesito desaparecer.

Doblo un pasillo y luego otro.

La puerta de mi habitación aparece al final. Nunca la había visto tan lejos.

La alcanzo. Entro y cierro. Apoyo la espalda contra la madera blanca y dejo que mi cuerpo resbale hasta el suelo.

Me abrazo las piernas y meto la cabeza entre las rodillas. Intento respirar, pero el aire no entra bien. Todo me tiembla.

Los pasos siguen resonando en el exterior. Voces. Órdenes. El eco del estruendo aún vibra en mis oídos.

Y, poco a poco, una idea empieza a abrirse paso entre el miedo. Rufus.

No sé lo que ha hecho ni lo que está pasando, pero en lo más profundo de mi pecho siento que algo acaba de cambiar y que no hay vuelta atrás.

\* \* \*

Pasan horas hasta que dejo de temblar.

En algún momento, el ruido en el pasillo disminuye, las voces se alejan y el castillo vuelve a cerrarse sobre sí mismo. En el nuevo silencio que nace, parece que nada hubiera ocurrido.

Sin embargo, yo sé que no es verdad.

No puedo dormir. Me tumbo en la cama y cierro los ojos, pero el sueño no llega. Mi cuerpo sigue vibrando con el estruendo, con los gritos y las voces que le han seguido. El miedo a ser descubierta no se marcha. Se ha asentado dentro de mí y lo ocupa todo.

La luz que se proyecta desde la rendija se empieza a volver violácea. Amanece.

Sigo tumbada en la cama cuando llaman a la puerta. Dos golpes secos. Mi cuerpo se tensa, Keira no llama así.

—Cubríos, voy a entrar.

Me incorporo con torpeza y me coloco la manta sobre los hombros. Tengo el cuerpo aterido por los nervios.

—Adelante —digo, pero mi voz tiene la consistencia de un graznido.

Un soldado aparece tras la puerta. No me mira a los ojos.

—Sal —ordena.

Se gira, dando por hecho que lo seguiré. Y lo hago, no porque quiera, sino porque es lo que me han enseñado. A obedecer.

Los pasillos están más concurridos que nunca. Hay soldados apostados en cada tramo, los criados caminan deprisa con la cabeza baja. Nadie habla.

El soldado me conduce hasta el patio de armas. El aire exterior me golpea en cuanto cruzamos la puerta. Es más frío que nunca, más despiadado. Me encojo bajo la manta.

Hay mucha gente aquí fuera. Forman un círculo amplio ocupando todo el patio. Soldados, sirvientes, algunos rostros que reconozco de estos días.

Nadie se mueve. Todos miran expectantes hacia el centro del círculo. Yo no quiero hacerlo, pero lo hago.

Rufus está allí, de rodillas y con las manos atadas a la espalda. Tiene el rostro hinchado y cubierto de sangre seca. Uno de sus ojos está completamente cerrado. El otro busca algo... o a alguien.

Cuando me encuentra, se detiene. Y, durante un segundo, sonrío con alivio. Es apenas un pequeño gesto, pero reconozco al Rufus de las cocinas, el que cocinó el plato más exquisito que he probado en el norte, el primero que me habló como si no fuera una prisionera...

No puedo sostener su mirada... La aparto mientras siento la impotencia de no poder acercarme.

A su lado hay una figura envuelta en pieles negras cuya aura ocupa todo el patio. El collar de espinas sigue haciendo sangrar su cuello.

—Que todos observen —resuena la voz de Gorath.

El murmullo cesa de golpe.

—Así es como se castiga la traición.

Por su tono de voz, diría que disfruta. Siento náuseas.

—Esta es la consecuencia de sabotear el laboratorio de nuestro Alquimista Mayor —continúa el rey—, y poner en riesgo algo que

ninguno de vosotros es capaz de entender.

Su mirada recorre a los presentes y se detiene en mí el tiempo suficiente para que comprenda que todo tiene que ver conmigo.

—Que sirva de ejemplo.

Hace un gesto y un soldado avanza entre la multitud. Lleva una espada en la mano. El sonido del acero corta el aire.

Rufus no se mueve. No suplica ni grita. Solo me mira otra vez, y en su gesto veo una fortaleza que no tiene sentido a las puertas de la muerte. A no ser que siempre hubiera sabido que este sería su destino.

Inhala profundo... y empieza a cantar.

Es apenas un hilo de voz al principio. Roto, grave, pero claro.

La melodía se abre paso entre el silencio del patio como una grieta sobre un lago helado. No la reconozco y, sin embargo, una calidez me inunda el pecho como si me resultara familiar. Habla de campos dorados, de viento cálido, de una casa que espera... y de volver. Siempre volver.

Se me forma un nudo en la garganta.

Rufus alza un poco más la voz... Y entonces el filo cae y la canción se corta de golpe. De una forma tan brusca que me hiela la sangre.

Poco a poco, la calidez de mi pecho se desvanece, aunque el eco de la canción se instala en mi cabeza. Se niega a desaparecer.

—Retíradlo. —La voz de Gorath vuelve a imponerse en el patio.

Nadie dice nada mientras dos hombres se llevan el cuerpo del cocinero. Parecen ignorar que hace apenas unos segundos esa carne contenía vida.

La nieve se tiñe: rojo sobre blanco. Demasiado brillante para tratarse de una pesadilla.

El suelo se inclina bajo mis pies y me tambaleo. Siento que no puedo seguir manteniéndome en pie. Voy a caer.

Sin embargo, no llego al suelo. Una mano firme me sujeta del brazo, me obliga a erguirme.

Alzo la vista y veo a Corwan. No sé cuánto tiempo lleva aquí. He estado demasiado concentrada en Rufus para darme cuenta de lo que sucedía a mi alrededor.

Sus ojos no están en mí, se dirigen hacia el lugar que ocupaba el cocinero hace un momento. Oscuros. Inmutables. Hay algo contenido en ellos. Algo que no entiendo.

Su mano sigue en mi brazo. Sólida, cálida. Contraria al frío que lo envuelve todo.

—Llévatela de aquí —le dice al soldado que me ha custodiado hasta el patio.

—Pero Su Majestad ha ordenado que estuviera presente...

—Y lo ha estado —le interrumpe sin contemplaciones—. Ahora obedece y sácala de aquí.

No me mira al hablar. Actúa como si yo no estuviera presente, como si no acabara de sujetarme para que no cayera.

El soldado asiente y me arrastra hacia el interior.

Mientras me alejo, no miro atrás. No quiero ver más. Pero el eco de la canción sigue ahí. Rota, inacabada...

*Donde el trigo besa el viento,  
y el sol cae sobre el mar,  
hay un nombre que me llama...  
y no me deja olvidar.*

*Si la noche cierra el camino,  
si la nieve cubre el hogar  
[...]*

## 6

### El horror del Norte

Permanezco de pie frente a la puerta de mi habitación, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Espero que Keira entre en algún momento para contarme qué ha pasado, para decirme que todo tiene una explicación... y que no ha sido culpa mía. Así podré librarme de este peso que me aplasta el pecho y no me deja respirar...

Sin embargo, no lo hace.

Y el silencio de aquellas cuatro paredes es cada vez más insoportable.

Aunque trato de vaciar mi mente, la imagen vuelve una y otra vez, nítida, inalterable: Rufus, su sonrisa, la canción, el golpe seco que acabó con todo...

La estancia está impregnada con el olor metálico de la sangre que mancha mis manos.

—Lo siento... —susurro, aunque ya no haya nadie que pueda oírme.

El vapor se escapa de mi boca en nubes blancas. Estoy helada.

No paro de pensar en por qué lo hizo, qué pretendía conseguir...

Las preguntas se amontonan, pero ninguna encuentra respuesta. Solo crecen, se retuercen, se clavan.

Me llevo las manos a la cara para contener las lágrimas. Aún escucho la canción. Es algo más que un recuerdo, se ha instalado en mí. Palpita en mi interior. Incompleta. El acorde cercenado por la

espada resuena en mis oídos como un lamento que se niega a morir. Y siento la urgencia de averiguar cómo termina la melodía.

Un aleteo en la estrecha ventana de la alcoba me sobresalta.

Alzo la cabeza y veo una silueta negra moviéndose en el alféizar. Sus garras arañan la piedra con un sonido seco.

Su sombra se proyecta sobre las baldosas del suelo, a escasa distancia de mis pies. No hay duda, se trata de un cuervo.

En el Reino del Oeste tenemos la firme convicción de que estos animales no auguran nada bueno. Son mensajeros de muerte, de desgracia, de finales... Sin embargo, en el Norte se usan como aves mensajeras... Puede que se haya desorientado.

Me aparto un paso de su sombra, pero entonces él se cuelga por la ventana y se posa sobre el camastro.

Ahogo un grito de sorpresa.

El ave se gira para observarme. Sus ojos son oscuros y brillantes. Inclina la cabeza hacia un lado como si fuese capaz de entender mi turbación y se riera de ella. Lo cierto es que no me provoca el miedo que debería.

Trago saliva y, aunque no tendría que acercarme, siento que algo en mi interior me empuja a hacerlo. Es la misma sensación que tuve hace dos noches, cuando escuché husmear al otro lado de la puerta. Ese tirón del pecho.

Doy un paso hacia el camastro sin pensar demasiado en lo que hago, solo me dejo llevar por mi instinto. Luego otro y me acerco más.

El cuervo no se mueve. Parece aguardar con paciencia.

Siento que mi respiración cambia... que mi visión se vuelve brillante, que mi cuerpo pierde peso.

—¿Qué haces aquí...? —murmuro.

Durante un instante, me siento estúpida por haber lanzado la pregunta a un cuervo, pero entonces... lo noto.

No es un sonido exactamente. Es una especie de roce suave que se abre paso dentro de mi cabeza con una calma que contrasta con todo lo demás. Y luego aparece una imagen, fugaz y distorsionada.

*Sangre.*

Y después la idea de una caída, de pérdida... de muerte.

Me llevo una mano a la sien, ahí donde siento que el roce es más intenso.

—¿Qué me quieres decir? —susurro, confundida.

El cuervo emite un graznido potente, pero no me asusta. Entiendo su intención pese a no ser pronunciada de forma explícita: urgencia, peligro. Algo se avecina.

El animal da un salto y baja al suelo. Avanza hacia mí y yo me arrodillo para estar más cerca. Sus alas se estiran como si estuviera a punto de alzar el vuelo.

La sensación se intensifica y una idea se forma nítida en mi cabeza: *huida*. Esa es la palabra.

Me incorporo de golpe, sobrecogida por la situación: por la advertencia, por la forma en la que la he recibido, por el peligro que se avecina...

El cuervo abre las alas y alza el vuelo.

No me da tiempo a más, unos golpes en la puerta acaparan mi atención. Sea lo que sea... ya está aquí.

El eco de la advertencia sigue resonando en mi cabeza —huida— mientras dos soldados me sacan de la habitación y me escoltan por unos pasillos del palacio por los que nunca he pisado antes.

Mis piernas se mueven sin que me dé tiempo a pensar cómo escapar de esta situación.

Subimos por unas escaleras cubiertas de una alfombra mullida de color azul. Es el primer vestigio de calidez que observo en la decoración del castillo. El pasillo en el que desembocan es más amplio que todos los que he visto hasta ahora y las antorchas más grandes. Su fuego arde con fuerza.

Nos detenemos frente a una gran puerta de madera oscura con un elaborado grabado. En la parte superior, luce el blasón de la casa Excelsius: el dragón de dos cabezas.

Uno de los soldados empuja la puerta y parte el blasón en dos. Se abre en silencio y entro.

La sala es amplia y está dominada por un trono de oro macizo envejecido por los siglos. No hay más tapices ni adornos que la alfombra azul que muere a los pies del trono. Ahí sentado está Gorath.

Tiene los ojos cerrados y los brazos apoyados sobre el trono. Respira despacio y profundo. Lleva una capa de pieles sobre los hombros, unas botas de aspecto pesado y el collar de espinas alrededor del cuello.

A su lado está Keira. No esperaba verla allí. No entiendo qué hace en este lugar, junto al rey. ¿Para qué es todo esto?

Un poco más allá, bajo la sombra que proyecta el trono, de pie e inmóvil, está Corwan. Observando. Sus ojos pasan por mí apenas un instante, pero es suficiente para que ese extraño latido despierte de nuevo en mi pecho.

—De rodillas. —Su voz, rasposa, retumba en el salón.

Uno de los soldados me empuja hacia delante, me agarra del cuello y me fuerza a inclinarme. Las botas del rey quedan a dos palmos de mi cara. Estoy tan aterrada que soy incapaz de quejarme.

—No dejo de sorprenderme de lo poca cosa que es.

El comentario me atraviesa por su crueldad, por el tono de decepción y desprestigio.

Alza la bota y empuja mi mentón hacia arriba. Me obliga a levantar la cabeza y a mirarlo. Lo que veo en sus ojos no es solo ira, es locura. Una necesidad feroz de someter, de quebrar, de dominarlo todo.

En la sombra, los ojos de Corwan también están puestos en mí. Su postura es tensa. Contenida. No parece disfrutar de estar aquí.

—Ha sido un completo inconveniente que ese malnacido destruyera la máquina de Cráneo —dice sin permitirme apartar la cabeza. El cuello me empieza a doler—. Sobre todo para ti, porque has perdido todo el valor que tenías. Pensé que tal vez servirías para darme hijos, pero esas estrechas caderas jamás podrían albergar mi sangre.

Levanta más la bota y mi cuello cruje. Mi respiración se entrecorta. Al aire le cuesta fluir por la tráquea forzada. Gimo, pero apenas sale sonido alguno.

—Te has convertido en un estorbo... y ahora me pregunto qué hacer contigo.

La vista se me nubla. Mi cuerpo pierde sensibilidad y el suelo se vuelve de cartón bajo mi peso.

Entonces Keira da un paso hacia delante.

—Recordad, mi rey, que es la hermana de la reina del Oeste. —  
Suenan tan firme delante de él, que me descoloca.

Gorath gira la cabeza muy despacio hacia ella y por fin baja el pie. El aire vuelve a entrar por mi garganta y toso. No demasiado fuerte, no quiero volver a llamar su atención.

—¿Crees que necesito que me recuerdes quién es? —espeta—. Pero si Genoveva no está aquí ya con sus ratas embutidas en brillantes armaduras y sus *come-hierbas* de Faerín es porque debe importarle bien poco esta chusma.

—Quizás no haya venido porque sabe que la mantendréis con vida —insiste Keira—. Si la matáis, se querrá cobrar su venganza. Genoveva ya controla también el Reino del Sur, y nuestros informadores dicen que quedaba allí más gente y más recursos de los que imaginábamos. Su poder no deja de crecer. No es prudente provocarla.

Gorath se levanta de un salto, incómodo. Hay algo en su expresión que cambia. Es irritación.

—¿Desde cuándo te preocupa la prudencia?

Keira no se aparta pese al avance impetuoso de Gorath hacia ella.

—Desde que las decisiones imprudentes empiezan a costarnos más de lo que ganamos.

Cae un silencio denso, peligroso. Yo tiemblo sin poder contenerlo. Me horroriza el atrevimiento de Keira, temo que acabe como Rufus y pierda mi único lugar seguro en esta horrible tierra.

Entonces, Gorath sonríe. No es un gesto agradable; es lento y cruel.

—Todavía no me has perdonado que mandara a aquel necio soldado a pelear en Bröswick, ¿verdad?

Los labios de Keira se tensan.

—Bröswick era una misión suicida —dice entre dientes—. Lo mandaste a morir.

—Era la única manera de alejarlo de ti. —Su voz adquiere el tono de una sentencia—. No era la compañía adecuada para mi hija.

La palabra me golpea con tanta fuerza que tengo que aferrarme al suelo para no caer.

*Su hija.*

Parpadeo. No puede ser.

Miro a Keira, pero no reacciona. Sigue ahí, de pie, manteniendo su postura frente al imponente rey del Norte. Y entonces comprendo de dónde viene su atrevimiento.

—Eso es lo que ocurre cuando alguien me estorba. —Gorath vuelve a girarse hacia mí—. Y ahora es ella quien lo hace.

El desprecio en sus palabras es absoluto. Y comprendo que, si no intento remediarlo, voy a morir aquí mismo.

—Dejadme marchar, os lo suplico. —Mi voz sale antes de que pueda detenerla. Temblorosa, desesperada, débil... Odio cómo suena—. Si ya no os sirvo para nada, dejadme ir y os prometo que mi hermana no tomará represalias.

Jamás me atrevería a lanzar una amenaza, pero me doy cuenta, por la forma en la que Gorath ensancha los orificios de su nariz, que ha tomado mis palabras como tal. Regresa hacia mí y, con cada paso, el suelo tiembla.

—¿Creéis que temo a vuestra hermana? —grita, preso de la ira—. Ella y sus huestes no durarían ni diez minutos asediando esta fortaleza.

Comienza a pasear de un lado a otro del salón. Su pesada capa de pieles sisea arrastrada sobre la piedra del suelo. Murmura para sí, aunque capto palabras sueltas.

—Ha visto demasiado... podría informar... es un peligro en manos enemigas... no tiene nada que ofrecer...

Cuando por fin se detiene frente a mí, algo en su actitud me indica que ya ha tomado una decisión. Inclino de nuevo la cabeza y cierro los ojos. La advertencia del cuervo fue clara: sangre, caída, muerte.

—Has estado en mis instalaciones —dice frío y cortante—. Has visto y escuchado cosas que podrían ser utilizadas contra mí. Eres una fuente de información.

—No lo soy —niego, con un hilo de voz—. No entiendo nada de lo que he visto...

—No hace falta que entiendas —me interrumpe—. Es suficiente con que lo cuentes.

Intento tragar saliva, pero el miedo me paraliza.

—Además —añade—, tu sangre es algo que no estoy dispuesto a dejar caer en manos enemigas. Sean las que sean.

Mi pulso se descontrola.

—No... no... por favor. —Las lágrimas empiezan a caer—. No sé nada. No soy nadie...

—Basta. —La palabra cae como un mazo—. Matadla.

Entonces, el mundo se rompe. La opresión en el pecho no me deja respirar, me ahogo... Siento que uno de los soldados se acerca para sujetarme las manos. Levanto la cabeza hacia Keira, le imploro con la mirada, pero ella aparta sus ojos vidriosos. No va a interceder más.

Todo se apaga.

Oigo desenvainar una espada y el sonido de la cabeza de Rufus golpeando el suelo nevado vuelve a mí y me paraliza. Así es como va a acabar todo. No en una cama, no junto al hombre que amo, no rodeada de mi descendencia... Acaba aquí, en un salón frío y húmedo rodeada de enemigos.

El filo silba en el aire. Una sombra entra en mi campo de visión. Por un instante creo que va a detener esta locura, pero es una voz procedente de la entrada la que paraliza la mano del soldado.

—Majestad.

Reconozco al instante ese timbre desagradable.

Cráneo.

—Si no has venido a decirme que puedes arreglar tu máquina en menos de una semana, márchate —exclama Gorath.

—Puedo conseguir lo que necesitamos en menos de una semana.

Gorath cambia de postura. Parece que el alquimista ha captado su atención.

—Habla.

Los pasos de Cráneo resuenan en el salón. Considero una burla del destino que ahora mi esperanza resida en él. Se detiene frente al

rey. Alzo un poco la cabeza y distingo el terrible agujero que deja su calavera al descubierto.

—Mi mentor, Concilius Klan —dice—, trabajó durante años en una instalación muy al norte del reino. A tres kilómetros de Kulum, la última aldea habitada.

Sus labios se curvan en una sonrisa que no le alcanza los ojos.

—Él desarrolló una máquina más rudimentaria, pero que servía para un propósito similar. Con algún pequeño retoque, creo que podríamos utilizarla para extraer su sangre y estabilizarla, igual que en mi laboratorio.

Mi estómago se contrae al recordar el dolor de las agujas.

—Podríamos trasladarla allí —añade—, y continuar el trabajo de forma segura. Los asentamientos rebeldes están aquí, en el sur. No se aventuran tan al norte.

Me pregunto durante cuánto tiempo más tendré que soportar esa tortura y si no hubiera sido preferible que la espada del soldado hubiese caído sobre mi cabeza.

Gorath guarda silencio. Lo está considerando.

—¿Qué probabilidades hay de que funcione?

—Muchas —responde Cráneo. En el tono afilado de su voz hay una excitación mal contenida. Me repugna.

El rey asiente lentamente.

—Entonces preparad el viaje —ordena—. Partiréis al amanecer.

El aire se escapa de mis pulmones con un gemido. ¿Cómo me encontrará Lucian ahora? Cuanto más me aleje de la frontera con el Reino del Oeste, más difícil será que una partida de rescate siga mi rastro.

Cráneo inclina la cabeza, satisfecho.

—La escoltarás tú con dos soldados —dice Gorath. Después sus ojos se deslizan hacia Keira—. Tú los acompañarás.

Si está molesta o agradecida, no lo exterioriza.

—Sí, padre.

Y, por último, se gira hacia su hermano.

—Corwan.

El nombre vibra en mi pecho. Giro mi cabeza hacia él y lo veo mirando a Gorath con la misma postura tensa.

—Irás con ellos y te asegurarás de que ningún escarceo rebelde pone en peligro la misión.

Corwan asiente, aunque no puede evitar que su gesto se contraiga en una mueca de desagrado.

—Tienes una semana, Cráneo. —Se vuelve hacia el alquimista—. Si en una semana no he tenido noticias de vuestro éxito, no os molestéis en volver. Ni tú ni ella.

Aprieto el suelo con los dedos mientras un sentimiento de rabia, que nunca había experimentado, me invade. De nuevo, otra voluntad se alza para imponerme un destino sin que yo pueda intervenir. ¿Para esto he venido al mundo? ¿Para ser solo una herramienta en manos de otros?

Mientras el sonido de las botas del rey se aleja por el salón, una certeza crece en mi interior: Lucian no va a venir a rescatarme. Estoy sola frente a un destino marcado por un hombre al que no le tiembla la voz al decidir quién vive... y quién deja de hacerlo.

Un soldado se acerca, es hora de regresar a esa habitación que se ha convertido en una celda. Sin embargo, Keira se interpone.

—Yo me encargo —le dice, y el soldado se retira.

Se inclina y me ayuda a levantarme.

—Ven —me ordena, y no lo hace para imponerse, sino para que yo reaccione—. Demos un último paseo por las murallas.

\* \* \*

El sol se apaga lentamente sobre la estepa.

No me doy cuenta del momento exacto en el que desaparece. Solo se disuelve, retira su luz con cautela, y deja atrás un rastro violáceo que se extiende sobre la nieve.

Estamos sentadas sobre las murallas, con las piernas colgando en el hueco entre almenas. Tengo las manos entumecidas por el frío y por el miedo, y la mirada perdida en ese horizonte que no cambia nunca. Blanco, infinito, silencioso... sin rastro de estandartes del Oeste.

El viento sopla constante y levanta pequeños remolinos de nieve que se deshacen antes de tomar forma. Me azota el rostro y arrastra

mechones de mi cabello, pero no me muevo. Necesito sentir algo que no sea el eco de esa sala. El recuerdo de su voz...

*Matadla.*

Me revuelvo incómoda y Keira se gira hacia mí.

—Y esto es todo, ¿verdad? —la oigo decir.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Has aceptado su voluntad sin pelear.

Me froto las manos, heladas.

—¿Qué querías que hiciera? Es lo que llevo aceptando toda mi vida. Soy la segunda en la línea de sucesión al trono. Un instrumento político. He acatado siempre lo que los demás decidían sobre mí: mi padre, mi hermana, el Consejo. Y ahora... tu padre es uno más.

Suspiro con resignación.

—Solo soy la que se casa con quien conviene, la que se mueve cuando lo ordenan, la que... acepta.

Keira guarda silencio durante un rato. Luego pone su mano sobre la mía en un gesto que pretende ser cálido, pero está demasiado fría también.

—Eso no significa que tenga que seguir siendo así —dice al final.

—Es que no sé hacerlo de otra manera.

La confesión pesa y, a la vez, libera. Llevo toda mi vida sintiéndome así, pero es la primera vez que lo expreso en voz alta.

—Entonces aprende.

Me giro hacia ella.

—¿Es lo que tú hiciste?

Keira esboza algo parecido a una sonrisa que no llega a serlo.

—Yo lo tuve claro desde el principio. —Sus ojos se desvían hacia el horizonte, hacia algo que no puedo ver—. Si no me revolvía, acabaría sirviendo a otros. Por eso no puedo dejar de demostrarle lo que valgo.

Sigo su mirada.

—¿Cómo es... ser su hija?

La pregunta es osada para mí, pero sale antes de que pueda detenerla.

Ella tarda en responder.

—Es como caminar sobre el filo: aprendes a convivir con el miedo de caer en cualquier momento, pero luchas cada instante por no hacerlo nunca.

El frío parece intensificarse.

—He visto el collar que lleva... —Mi mano asciende de manera instintiva hacia el cuello.

Su cabello castaño se agita.

—Es una herramienta —dice—, para mantenerse siempre despierto, siempre alerta. Su cabeza nunca para de maquinarse. Cree que eso le da ventaja sobre sus enemigos, pero lo único que consigue es ver fantasmas por todas partes.

—¿Cuánto tiempo...? —Un escalofrío me recorre la espalda—. ¿Cuánto tiempo lleva sin dormir?

Keira se encoge de hombros.

—Siempre lo conocí así.

La idea me horroriza. ¿Cómo es posible que una persona aguante tanto tiempo despierta? Solo hay una respuesta posible y tiene que ver con la *materia*.

—¿Y tu madre? —pregunto.

Ella niega con la cabeza y decido no insistir.

—Tengo hermanos —dice al cabo de un rato, y observo que sus dedos se tensan, apoyados sobre la piedra—. Más de los que podría recordar, pero soy la única que sigue aquí.

La miro.

—¿Por qué?

—Porque aprendí a serle útil.

La palabra suena cruel y, en cierta medida, me siento identificada. Útil es la palabra que ha definido mi existencia y mis obligaciones durante la mayor parte de mi vida.

—Ha visto en mí algo que podría servirle. —Sus labios se aprietan—. Estrategia, inteligencia, anticipación... Quiere que sea su mano derecha cuando comience la guerra.

Por un instante, mi pecho se contrae.

—¿La guerra...?

Ella asiente, muy despacio, mientras el viento arrastra nieve entre nosotras.

—Planea asaltar tu Reino, Camila.

Siento que la contracción del pecho aumenta. Empieza a doler.

—¿Por qué? —pregunto de nuevo.

—Porque es el único sitio del continente donde aún queda lo que él necesita. —Se gira para mirarme—. *Materia*.

La palabra queda suspendida en el aire. El sol hace tiempo que se ha ocultado, pero pese a la oscuridad que nos rodea, soy capaz de percibir la sombra de consternación que le deforma el rostro.

Miro hacia la estepa y, de pronto, ya no parece solo desolación.

—Lo hemos agotado todo —dice ella, y su voz se endurece—. Tierra, recursos... gente. Pero a él no le importa. Invertirá lo que le queda al reino en esa ofensiva. Aunque eso signifique dejar morir a los suyos aquí.

—Y... ¿Rufus?

Sus ojos se elevan hacia el cielo estrellado.

—Ellos son la última resistencia —dice—. La lucha activa por decidir, por no ser solo piezas...

Las palabras se clavan dentro. Afiladas.

—Como tú.

Pausa.

—Y como yo.

Un cuervo atraviesa el cielo nocturno sobre nosotras. Su silueta negra apenas se recorta a la moribunda luz de las antorchas del patio. Puede que porte mensajes de estrategia de guerra, de ofensivas, de muertes...

—Aún no es tarde para convertirnos en aquello que deseamos ser.

Me mira, pero yo soy incapaz de desviar los ojos de mis manos temblorosas.

—¿Y si estoy tan acostumbrada a no ser —la voz se me quiebra—, que ya no sé qué en qué podría convertirme?

Ella envuelve mis manos de nuevo y calma mis sacudidas.

—Tu naturaleza te encontrará —susurra—. Solo tienes que prestar atención.

Cierro los ojos y escucho... pero lo único que percibo es el graznido de los cuervos.

## 7

### Susurros en la noche

—¿Estás segura?

Keira tira de mí y me ayuda a levantarme. Es hora de volver dentro del castillo. El frío se ha vuelto insoportable, incluso para ella.

Más allá de las murallas solo queda oscuridad. Vacío. Y el lamento de los carroñeros nocturnos.

—Es nuestra última noche bajo la protección de estos muros. Nos merecemos dormir en una habitación decente, sobre todo tú.

—¿Y si alguien me ve? —Me horrorizo solo con pensarlo.

—Caminas al lado de la hija del rey, que no se te olvide.

En el interior todo está en silencio y el ambiente, aunque también es húmedo y frío, resulta más agradable que el exterior.

Keira camina delante de mí y me guía hacia la zona noble. Las antorchas arden bajas, respetando el descanso de los que se permiten dormir.

—La alcoba junto a la mía está vacía —dice sin volverse—. Puedes quedarte ahí.

Se lo agradezco en silencio.

Avanzamos por un corredor estrecho que desemboca en una galería más amplia. El suelo está alfombrado y el eco de nuestros pasos se amortigua. Aquí el aire es más cálido, pero también más denso, cargado de un olor que no consigo identificar al principio.

Algo agrio. Desagradable.

Entonces pasamos frente a una puerta entreabierta. La luz se derrama desde el interior en una franja oblicua sobre la alfombra

carmesí.

Keira no se detiene, pero yo sí. No puedo evitarlo. Es solo un instante, lo justo para mirar.

Dentro, Corwan está de pie, de espaldas a la puerta. Su silueta ocupa casi todo el espacio. La capa de pieles y la camisa no están, y puedo contemplar su musculatura expuesta. Nunca había visto un cuerpo así. No en un hombre, solo esculpido en obsidiana.

La mitad de su espalda está cubierta por un gran tatuaje. Se trata de un enorme lobo que acecha en la sombra... pero está incompleto. Parece la marca de un conjuro que no hubiera terminado de ejecutarse.

Cráneo está frente a él y sostiene una jeringuilla de cristal con una aguja demasiado fina. En su interior, un líquido blanco y lechoso palpita con una luz antinatural.

—No te muevas —oigo decir a Cráneo, con esa voz suya que parece arrastrarse.

Corwan no responde. No se resiste.

Cráneo clava la aguja en su brazo con una precisión ritual. El líquido desaparece poco a poco bajo la piel.

Entonces, todos los músculos de su espalda se tensan... y algo dentro de mí también responde. No sé qué es, pero me aterra.

Mi respiración se entrecorta.

Él gira la cabeza de golpe y sus ojos se dirigen hacia la puerta. Hacia mí.

Me quedo atrapada en su oscuridad.

El mundo se detiene.

No debería estar aquí, mirando, pero no puedo girarme. Y él tampoco lo hace.

Keira tira con suavidad de mi brazo.

—Vamos —susurra.

Sin embargo, no puedo, estoy pegada a sus ojos. Hay algo en ellos que no entiendo... que no me deja apartarme. Su mirada me recorre de arriba abajo, en silencio, mientras Cráneo retira la aguja.

—Con esto tendrás suficiente... de momento —dice, satisfecho.

Corwan no responde. Sigue observándome.

Keira me arrastra despacio y la puerta queda atrás.

El pasillo vuelve a expandirse delante de nosotras, pero su mirada no me suelta. Se queda bajo mi piel.

—¿Qué era eso...? —murmuro.

Keira tarda en responder.

—Algo que no te conviene entender.

No insisto, pero la pregunta se queda conmigo.

¿Para qué necesita esa inyección? ¿Para mantenerse despierto... como Gorath? ¿O es para algo peor...?

Keira abre la siguiente puerta.

Da a un dormitorio pequeño, pero más grande y cálido que el que he usado las últimas noches. Hay mantas gruesas sobre la cama, de la que cuelga un dosel con brocados de oro. Una ventana amplia se abre al exterior. Veo velas encendidas, una palangana con agua y alfombras mullidas sobre el suelo.

Al fondo distingo otra puerta... si la orientación no me falla, comunica con la habitación donde he visto a Corwan.

Keira adivina mis pensamientos.

—No te preocupes —dice—. Está cerrada por ambos lados.

Hace una pausa.

—Esta habitación perteneció a lady Mirriam, la esposa de Corwan.

Una nube me oscurece el ceño.

—¿Y dónde está?

—Murió. Junto con el hijo que esperaban.

Algo me aprieta en el pecho. Fuerte. Inesperado.

—Oh... no lo sabía. —Es lo único que atino a decir.

Entro y miro alrededor. No sé exactamente qué es lo que espero encontrar: sangre, lágrimas, vestigios del dolor pasado... Por supuesto que no hay nada de eso ahí dentro. Solo una cama con mantas pulcras, colocadas con esmero.

—Intenta dormir —dice Keira desde la puerta—. Lo que viene no va a ser fácil.

Asiento.

—Keira... —dudo. No sé si será demasiado atrevida mi pregunta—. ¿Sabes por qué Cráneo quiere mi sangre?

Ella niega con la cabeza.

—Hay asuntos de mi padre que ni siquiera yo conozco. —Parece sincera.

Después, la puerta se cierra.

Y me quedo sola con todo lo que he visto.

\* \* \*

Me tumbo y cierro los ojos.

Intento dejarme arrastrar por el cansancio, pero no llega. El cuerpo está agotado, pero la mente no. La imagen de Corwan vuelve una y otra vez.

La aguja.

La *materia*.

Su mirada. Ese instante en el que...

No.

Aprieto los párpados. No quiero pensar en ello...

Imagino el rostro de Lucian... su mano acariciando mi cabello... su voz susurrándome que mantenga un poco más la esperanza...

El sueño llega tarde y, cuando al fin lo hace, no hay descanso.

\* \* \*

Estoy sobre la nieve. Su filo me muerde en la piel expuesta.

Camino. No sé hacia dónde. A mí alrededor todo es nieve y arbustos helados. El sol está en lo alto de un cielo gris ceniza. Resplandece con fuerza, aunque no calienta.

Siento una presencia que me acecha. Sé que no estoy sola.

De pronto, un crujido seco a mi espalda.

Me vuelvo y lo veo. Es enorme. Más grande que cualquier animal que haya visto jamás.

Su pelaje es oscuro, espeso y está cubierto de escarcha. Los colmillos brillan bajo la luz pálida del sol. Sus garras podrían partirme por la mitad sin esfuerzo.

Es un huargo.

Él avanza, pero yo soy incapaz de moverme. Apenas puedo respirar.

Cada paso hunde la nieve con un sonido seco.

Obligo a mi cuerpo a reaccionar, a correr, pero no sirve de nada.  
El huargo salta y me derriba contra la nieve. Su peso me aplasta. Su aliento caliente choca contra mi rostro cuando sus fauces se abren...

Voy a morir, lo sé.

Cierro los ojos y contraigo mi cuerpo, en espera de un dolor que no llega. Solo hay silencio.

Los abro y contemplo los suyos anaranjados, muy cerca. Tan cerca que debería ver hambre, debería ver furia; pero no hay nada de eso. En su lugar, distingo otra cosa. Algo que no me espero: tristeza. Profunda. Antigua. Y... soledad.

El aire se queda atrapado en mi pecho.

Parpadeo.

Y el mundo se deshace.

\* \* \*

Me despierto de golpe con el corazón desbocado y la respiración agitada.

La habitación está en silencio y la llama de las velas casi consumida.

Tengo la sensación de que no se ha tratado solo de un sueño... de que hay alguna conexión con la realidad que todavía no alcanzo a comprender.

Me giro hacia la puerta que conecta con la habitación de Corwan y me llevo una mano al pecho.

Y entonces lo sé con una certeza abrumadora...

Él está al otro lado de esa puerta. Apoyado contra la madera. Con la respiración igual de agitada que la mía.

## 8

### La partida

Aún es de noche cuando llaman a la puerta.

No hace falta que nadie me anuncie nada, sé que ha llegado el momento.

El frío entra conmigo en cuanto abro, parece haber estado esperando al otro lado. Se cuela bajo la tela de mi ropa interior, hasta los huesos.

Keira está en el pasillo.

—Partimos —dice.

Me entrega un bulto que apenas distingo en la oscuridad.

—Es ropa limpia. Creo que te quedará bien.

—Gracias.

Ella asiente.

—Date prisa. Nos esperan.

\* \* \*

El patio de armas está sumido en una penumbra azulada. El alba todavía no ha roto, pero el cielo empieza a clarear en el horizonte. Una línea pálida que apenas logra imponerse a la noche.

El aire corta, pero ya me he habituado.

Las ropas que me ha prestado Keira me quedan bien. El vestido azul es cómodo y pese a su grosor, no pesa. Lleva cristales incrustados formando pequeñas estrellas de nieve. Es muy bonito. Lástima que no pueda lucirlo en los salones de Lirien... que no brille bajo la mirada de Lucian...

Los caballos resoplan, inquietos. Su aliento se condensa en nubes blancas que se disipan demasiado rápido. Hay pocos hombres, pero tampoco espero un séquito de despedida. Apenas se habla; no es necesario.

Todo está preparado.

Miro hacia arriba. Las torres de Vhalzar se alzan oscuras contra el cielo. Inmóviles. Imponentes. Durante un segundo, me parece imposible que haya pasado solo unos días entre esos muros. Siento que ha sido una vida entera.

O varias.

Keira se acerca a mí y me ofrece las riendas de un caballo. Tiene el pelaje blanco y las crines grises.

—Moveos. —La voz de Cráneo rasga el aire.

Hostiga desde atrás, a lomos de su caballo. Va envuelto en una capa carmesí, con las manos ocultas. Su mirada pasa por mí sin detenerse. Para él no soy más que un objeto dentro de un proceso que solo él y Gorath conocen.

Keira le dirige una mirada que no llega a convertirse en reproche.

—Ya vamos.

Corwan está al otro lado del patio, junto al portón de salida. Prepara su caballo, un semental negro de ojos brillantes.

La luz incierta del amanecer dibuja su silueta con bordes bastos. Lleva una capa de pieles sobre los hombros. Sus manos firmes sujetan las riendas mientras su gesto se mantiene concentrado.

Todo en él es control.

A mi mente regresa el recuerdo de sus ojos recorriéndome la noche anterior, de su espalda desnuda... Mi respiración se entrecorta. No entiendo lo que me pasa.

Agito la cabeza para alejar de mí esos pensamientos.

Me aproximo a mi montura para subir, pero el corcel se agita nervioso. No me reconoce. Trato de calmarlo susurrándole al oído, como hacíamos Genoveva y yo en las clases de equitación en Lirien... pero eso lo empeora.

Se encabrita y está a punto de tirarme al suelo.

Retrocedo un paso por instinto y mi espalda choca contra algo.

Corwan.

No sé en qué momento se ha aproximado. Agarra las riendas y tira con fuerza y determinación. No de forma brusca. Solo sin titubeos. El animal se calma bajo su mano.

—Aquí las bestias no responden a palabras suaves —dice con la vista puesta en el caballo. Su voz es tormenta en mi interior—. Subid.

No me ofrece apoyo para montar, solo me sujeta la silla.

Cuando pongo el pie en el estribo y me aúpo, mis dedos rozan un instante los suyos. Ambos llevamos guantes, pero siento como si el mundo se redujera a ese leve contacto.

Frío.

Calor.

Palpitación.

Retiro la mano, asustada.

Él no dice nada. Solo se asegura de que la silla está bien colocada y se aleja sin haberme dirigido la mirada.

—Partimos —ordena.

Su voz atraviesa el patio sin necesidad de alzarse.

Las puertas del castillo se abren con un sonido grave y lento. La nieve acumulada en los bordes cae en pequeños bloques que se rompen al tocar suelo.

Delante de nosotros se extiende... el infinito.

La estepa se prolonga más allá de donde la vista me alcanza a ver. Blanca y hostil. Sin refugio. Sin camino definido.

Keira se coloca a mi lado en otro corcel blanco. Cráneo avanza unos metros por delante y Corwan cierra la formación. Se unen dos soldados más, uno protege el frente y otro la retaguardia.

Parece la comitiva de un reo peligroso al que conducen al cadalso. En cierta medida, puede que seamos eso.

Salimos.

Los caballos avanzan, sus cascos se hunden en la nieve. Y, con cada paso que me aleja del castillo, la esperanza de que Lucian me encuentre se desvanece.

El viento se levanta más fuerte y frío. Se cuela entre las costuras, en cada pensamiento. Y, poco a poco, todo lo que conozco

desaparece.

Solo queda la estepa.

Y ese latido, que no es del todo mío, y que ahora me acompaña.

\* \* \*

El ritmo del viaje se impone pronto.

No hay lugar para las pausas ni para la conversación.

Solo se escucha el sonido constante del crujir de la nieve bajo nuestro peso y el silbido del viento, que no deja de aumentar desde que nos alejamos del castillo.

Intento acompasar mi respiración al movimiento del caballo, pero me resulta imposible. Cada paso del equino es un golpe seco e irregular que asciende por mi columna y se instala en la base del cráneo.

No estoy hecha para esto.

Nunca terminé las lecciones de equitación. Me dolía el cuerpo demasiado al día siguiente para que mereciera la pena. Además, ¿por qué iba a tener una princesa que montar a caballo? Ya estaban las carrozas para los desplazamientos largos.

Nunca pensé que me vería obligada a emprender un viaje así, falto de lujos, de comodidades... falto de todo a lo que estoy acostumbrada. Incluso en la fría Taurenhold me trataron con más respeto que aquí.

Al menos Keira me acompaña. Cabalga a mi lado, envuelta en pieles, como todos, y la vista siempre al frente.

Delante de nosotras, la figura encorvada de Cráneo se recorta contra el blanco infinito como una sombra deformada. De vez en cuando murmura algo, pero el viento arrastra las palabras antes de que pueda comprenderlas.

—Afloja los dedos —oigo decir a Keira—. Si te agarrotas, será peor.

Me miro las manos y tomo consciencia de la fuerza con la que mis nudillos se enroscan alrededor de las riendas. Tanta, que mis manos tiemblan.

Intento hacerle caso, pero estoy demasiado nerviosa para que funcione del todo.

\* \* \*

El terreno cambia sin previo aviso.

La nieve deja de ser uniforme. Bajo la capa blanca se esconden placas de hielo que reflejan la luz mortecina del día. El caballo duda, y yo también. No sé leer el suelo como los demás, y menos anticiparme.

Uno de los cascos resbala.

El mundo se inclina.

Intento sujetarme a la silla, pero mis manos están demasiado entumecidas para que el agarre sea firme. Mi cuerpo pierde el equilibrio... y, de pronto, el suelo se acerca.

Caigo.

El golpe contra la nieve es menos brusco de lo que esperaba, aunque su frío me atraviesa la ropa como si estuviera desnuda.

Durante un instante, no puedo moverme.

—Camila.

La voz de Keira se cuela entre el gemido del viento.

Siento sus manos cogerme por los brazos y tirar de mí hacia arriba antes de que consiga reaccionar por mi cuenta.

—¿Te has hecho daño?

Niego con la cabeza, aunque el cuerpo entero protesta. No está de acuerdo.

—Estoy bien —miento. No quiero que nadie lo note.

Keira me sacude la nieve de los hombros con rapidez.

—Tienes que mirar bien el terreno —dice en voz baja—. Si brilla demasiado, esquívalo.

Asiento mientras intento recomponerme, ignorar el ardor en las mejillas.

El caballo se ha apartado unos pasos, inquieto.

—Si no sabes guiar a tu montura, dilo antes de provocar un accidente.

La voz de Corwan llega desde atrás. Sigue a lomos de su caballo, sin moverse.

Levanto la cabeza con la dignidad que me queda, que no es mucha, y me atrevo a mirarlo, a pesar de todas las alarmas que se desatan en mi interior.

—No es necesario que os preocupéis, mi lord —respondo, con más firmeza de la que siento—. No volverá a ocurrir.

Sus ojos oscuros me sostienen la mirada. Impenetrables. Aun así, parece incómodo.

—No todos nacimos en la nieve —finalizo.

Él inclina la cabeza hacia delante.

—No —dice—. Pero ahora cabalgáis sobre ella, así que aprended a hacerlo.

Suena a reproche, pero hay algo más. Algo que se asemeja demasiado a la preocupación. Enseguida me lo quito de la cabeza.

Keira me mira de reojo, como si esperara que responda, pero no lo hago. En realidad, no sé qué decir. Por un lado, creo que me ha menospreciado, pero por otro... hay algo en cómo me ha mirado, en cómo no ha apartado los ojos, que se queda dentro de mí. Molesto. Persistente. Igual que una herida pequeña que no deja de escocer.

Camino hacia el caballo y Keira me ayuda a montar de nuevo.

Esta vez agarro las riendas con más firmeza. No por seguridad, sino por orgullo.

## La fortaleza de Glasbow

La aldea aparece cuando el sol empieza a caer.

No es más que un puñado de edificaciones agrupadas alrededor de una elevación rocosa. Las piedras de las paredes, de color ocre, contrastan con el blanco de la nieve. En la cima se alza una fortaleza modesta. Nada que ver con Vhalzar. La construcción, de muros gruesos y oscuros, solo cuenta con una torre.

—Glasbow —susurra Keira.

Y me da la sensación de que no suena muy aliviada.

Atravesamos una calle estrecha que asciende hacia la cima. Las casas se agolpan a un lado y a otro, sin demasiado orden. Las ventanas son muy pequeñas para evitar la pérdida de calor, y el aire está cargado de un agradable olor a leña y brasas.

El soldado que abre la marcha se asegura de apartar a los aldeanos para que no obstaculicen nuestro paso. Todos se quedan mirando. Primero a Cráneo, luego a Keira, y se detienen en mí. Tengo algo distinto que hace que ningún ojo me pase por alto.

—Es el pelo —dice Keira, como si me hubiera leído el pensamiento—. La gente rubia es extraña en el norte. A menudo se les relaciona con la brujería y los malos augurios.

—Es una suerte, entonces. —No sé si bromear o preocuparme.

La calle finaliza a los pies de un puente levadizo. En este momento se encuentra bajado, abierto al paso.

Hay un par de soldados custodiando la entrada, pero ninguno sale a nuestro encuentro. Cruzamos el puente como si

perteneciéramos a este lugar, sin necesidad de presentaciones ni justificaciones.

Al llegar al patio central, nos detenemos.

Un hombre desciende por las escaleras principales. Es alto, corpulento, con el rostro agrietado por el frío y una barba mal recortada. Lleva pieles. Muchas. Demasiado ostentoso para un lugar como este.

Sonríe.

—Lord Corwan —saluda, abriendo los brazos—. Pensé que el viento os había enterrado bajo la nieve.

Corwan desmonta sin responder al gesto.

—Todavía no.

Sus voces son distintas, pero hay algo común en ellas. Algo áspero, sin adornos ni contemplaciones.

El hombre ríe.

Luego pasea la mirada por el resto de la comitiva y se detiene en mí; como todos.

Su expresión cambia, muda a un interés que se desliza por mi piel como una mano sucia.

—Vaya... —murmura—. No me habían avisado de que traerías compañía del Sur.

Sus ojos recorren mi cuerpo sin disimulo pese a que vamos envueltos en pieles. Siento el impulso de cubrirme, pero no lo hago. No quiero darle esa satisfacción.

—Es un asunto del rey —responde Corwan, seco, cortante.

El hombre no parece molesto, al contrario.

—Entonces será mejor que la atendamos como se merece.

No sé qué significa eso exactamente, pero no me gusta cómo su escrutinio se demora en mi busto antes de apartarse.

Después se dirige hacia Keira.

—Lady Keira. —Hace una sutil inclinación que parece más una burla—. Habéis crecido mucho desde la última vez. Debe ser este un asunto de suma importancia si vuestro padre ha decidido enrolaros en él.

—Como siempre, veis más de lo que hay, lord Zuma —responde Keira, con la espalda rígida sobre el caballo.

El noble vuelve a sonreír, mostrando demasiado los dientes.

—Suele ser una de mis cualidades, mi lady.

Después hace una seña al servicio, que espera en lo alto de la escalera.

—Ayudadles a que se instalen.

\* \* \*

A Keira y a mí nos ubican en la misma habitación. Es un salón amplio, con una enorme chimenea presidiendo la estancia bajo un espejo de bordes oxidados. Las dos camas están en paredes opuestas, a la suficiente distancia para no escucharnos si murmuramos entre sueños.

Hay dos bañeras llenas de agua caliente. El vapor asciende hacia el techo en volutas blancas.

Mi cuerpo, encogido por el ambiente gélido y la humedad del viaje, anhela este baño con urgencia, pero siento pudor de quitarme la ropa frente a Keira. Ella, sin embargo, no tiene reparos en deshacerse de las pieles y los ropajes del camino. Se queda desnuda frente a la chimenea encendida. La luz de las llamas baila sobre sus curvas sinuosas. Admiro sus hermosos volúmenes, tan diferentes de mi cuerpo estrecho y sin forma.

Ella no parece notar mi mirada al principio. O quizás sí... y decide no apartarse.

Se acerca al fuego con naturalidad, extendiendo las manos hacia el calor. Su piel brilla bajo la luz anaranjada, viva, fuerte. Tiene pequeños tatuajes de conjuración sobre los hombros, pero la distancia a la que me encuentro no me permite distinguir de qué son.

—Deja de mirarme así —dice al cabo de unos segundos, sin volverse.

El rubor me sube de golpe al rostro.

—No... no estaba...

—Sí, estabas.

Se gira entonces.

Sus ojos me encuentran, sin reproches. No me juzga.

—Quítate la ropa.

Dudo, pero solo un instante. Mis manos tiemblan cuando empiezo a desatar los cordones del vestido. Cada capa que retiro me hace sentir más expuesta, más pequeña. Más consciente de cada hueso, de cada línea recta de mi cuerpo.

Cuando por fin me quedo en ropa interior, me abrazo de forma instintiva.

Keira frunce el ceño.

—¿Por qué haces eso?

—Me... —titubeo—. Me da vergüenza.

Si mirada se suaviza aún más. Se acerca hasta mí.

—¿Vergüenza? —repite, casi en un susurro.

Asiento, incapaz de sostenerle la mirada durante demasiado tiempo.

—Soy... poca cosa.

Ella sonríe. Parece divertirse.

—Eres delicada.

Alza la mano y sus dedos rozan mi brazo. El contacto es suave y cálido.

—Hermosa en tu frágil manera —murmura.

Sus dedos ascienden despacio hasta mi hombro, como si me pidiera permiso, como si me diera tiempo para detenerla si quisiera. Pero no lo hago.

Después recorre la línea de mi clavícula y se detiene justo donde la piel es más fina. Siento que cada punto donde me toca despierta algo dormido.

—Tu cuerpo no es débil —continúa—. Reacciona como todos. Solo que guarda la fortaleza en lugares que no son evidentes.

Sus dedos descienden por mi costado. Lentos, medidos. Hasta detenerse en mi cintura.

Mi respiración cambia. Se vuelve más corta.

—Mírate. —Se aparta para que mi cuerpo se refleje en el espejo sobre la chimenea.

No quiero, pero lo hago.

Levanto la vista y, por primera vez, no me fijo solo en las carencias. Veo la resistencia de un cuerpo que, contra todo, me ha

traído hasta aquí.

Keira se inclina hacia mi oído. Su voz apenas es un hilo.

—No tienes que ser como nadie.

El calor del fuego ya no es lo único que siento. Hay algo nuevo que no conozco. Algo que me recorre por dentro y no sé qué hacer con ello.

Keira retira la mano y el aire frío ocupa su lugar de inmediato.

—Termina de quitarte la ropa y ve. —Señala la bañera—. Te sentará bien.

Asiento, sin saber muy bien lo que acaba de pasar.

\* \* \*

El agua está demasiado caliente al principio, pero poco a poco adquiere la temperatura perfecta.

Dejo que su calor me envuelva y relaje mis músculos tensos y doloridos del viaje. Consigo que borre —aunque sea por un instante —, todo lo demás.

Sin embargo, la sensación aún permanece. Ese hormigueo recorriéndome la piel, alborotando mi estómago, cosquilleándome en el bajo vientre...

Cierro los ojos. Respiro. Y entonces aparece.

El rostro de Lucian. Sereno.

Sus manos fuertes.

Su voz.

Siento sus dedos recorrer mi cuerpo de la misma manera que los de Keira instantes antes. Su tacto es suave, conocido, seguro. Me dejo llevar por esa imagen, por ese refugio que siempre ha sido.

Mi cuerpo responde de una forma más intensa que antes. La respiración se me acelera. El agua se agita suavemente a mi alrededor.

Mis manos descienden... o tal vez son las tuyas, que recorren mi cuerpo con urgencia.

Gimo sin poder evitarlo.

Sin embargo, cuando alzo la vista, no es Lucian.

Es Corwan.

Su mirada oscura. Fija. Ardiente. La boca entreabierta, contiene un suspiro.

Me incorporo de golpe y retrocedo como si pudiera alejarme de una imagen que solo está en mi cabeza. El corazón me golpea con fuerza en el pecho.

El agua se derrama por los bordes de la bañera.

Salgo con torpeza mientras Keira me observa.

—¿Estás bien? —Su rostro refleja sorpresa.

—No... sí...

Me envuelvo con una toalla, sin apenas darme cuenta, y me siento al borde de la cama. Intento recuperar el ritmo normal de la respiración, pero me cuesta. La visión de Corwan vuelve una y otra vez a mi cabeza, eclipsando la imagen de Lucian, removiéndome por dentro.

Y me pregunto qué es lo que significa... aunque no estoy segura de querer averiguarlo.

\* \* \*

El servicio nos conduce a un gran salón para la cena. La piedra desnuda de las paredes absorbe la luz de las antorchas, que arden con una llama potente y constante. Una mesa larga ocupa el centro de la estancia, cubierta con telas de colores y platos humeantes. El calor de la chimenea contrasta con la ventisca que golpea con fuerza las ventanas.

El conde Zuma ya ocupa la cabecera. Sobre él, se exhibe un cuadro de sí mismo a caballo. La intención es que resulte imponente e intimidatorio. Y, en parte, lo consigue.

—Comed —dice, señalando la mesa—. He pedido a los cocineros que se esmeren. No todos los días recibo visitas tan... distinguidas.

Su mirada se desliza hacia mí al pronunciar la última palabra. Y tengo la seguridad de que es intencionado.

Me siento al lado de Keira. Cráneo se sitúa enfrente de nosotras y Corwan ocupa el extremo opuesto de la mesa. Está lo suficientemente lejos para no rozarnos, pero no por eso dejo de sentir su presencia.

No levanto la vista. No quiero encontrarme con sus ojos. Temo que sea capaz de adivinar el motivo de mi turbación...

Aprieto los dedos alrededor del tenedor.

Concéntrate.

—... las rutas siguen cerradas. —Está diciendo Zuma mientras se lleva un trozo de carne a la boca—. Ningún grupo rebelde ha conseguido cruzar mis dominios en semanas.

Cráneo sonrío con condescendencia.

—Puede que grupos no —dice—, pero sin duda no estáis al tanto de acciones individuales.

Zuma gruñe y enseña los dientes manchados de comida.

—¿Qué quieres decir, Cráneo? —pregunta, ofendido—. No me vengas con tus frases a medias ni tus insinuaciones...

—Uno se os escapó y consiguió infiltrarse en Vhalzar —dice mientras parte un pedazo minúsculo de carne y se lo mete en la boca—. Por suerte, ya hemos resuelto el problema.

Zuma da un golpe en la mesa con el puño y la vajilla salta. Mi copa se cae y el vino se derrama por mi regazo. Un sirviente acude raudo a secarme los brazos y el pecho con una servilleta.

Demasiado espacio.

Noto que los ojos de Corwan no se apartan de mí, de la forma en la que la servilleta se desliza por mi cuerpo...

—¡El maldito Javar! —dice Zuma, y sé que se refiere a Rufus—. Se esfumó de nuestros radares de la noche a la mañana. Tuvo que contar con ayuda de la *materia*...

—¿De la *materia*? —Cráneo vuelve a hacer gala de toda su ironía—. Pues deben de ser los únicos en el continente con acceso privilegiado a ella. Quizás hayan encontrado un nuevo yacimiento...

—¡Ya basta, Cráneo! —le reprende Corwan—. Conde Zuma, el rey Gorath y yo entendemos que lo de Javar fue un error aislado que no volverá a repetirse. Os estamos muy agradecidos por la labor de contención que lleváis a cabo sobre las acciones rebeldes.

El noble se recuesta sobre la silla y coloca las dos manos sobre la barriga, complacido.

—Más que contenerles —añade—, les estoy asfixiando.

Su tono es orgulloso.

—Ahogaremos esa rebelión.

Un silencio breve. Denso.

—¿Y no creéis, conde, que esa presión podría volverles más desesperados? —interviene Keira—. ¿Conducirlos a cometer acciones más peligrosas, como la de Javar?

Zuma sonríe.

—La desesperación también me conviene. —Sus dedos tamborilean sobre la mesa—. Un enemigo desesperado comete errores.

Bebe un trago largo. Se vuelve hacia Cráneo.

—¿Recordáis a vuestra amiga Catriona?

El alquimista se toca el agujero en la cabeza de forma instintiva y asiente. En sus ojos se ha encendido un brillo de furia inesperado y algo oscuro asoma en su expresión.

—Mis informantes me dicen que ya no es una simple insurgente más.

Cráneo arquea una ceja.

—Ha tomado el control de la facción oeste.

Corwan se inclina hacia delante en la silla.

—¿Estáis seguro?

—Lo suficiente. —Vuelve a tomar la copa y su rostro desaparece un instante detrás del líquido burdeos—. El incidente con Cráneo le otorgó reconocimiento y apoyos importantes dentro de la organización. Es lo que le ha valido para alzarse con el gobierno. A mis espías no les extrañaría que acabaran nombrándola líder del movimiento.

Corwan aprieta los dedos alrededor de la copa.

—No es una buena noticia.

—No, no lo es —coincide el noble—. Catriona es más partidaria de acciones violentas que de diálogo. Con este nombramiento parece que la deriva de los Rebeldes ha cambiado. El tiempo de las palabras ha terminado.

Coge un pedazo enorme de carne con las manos y se la mete en la boca. La sangre le resbala por la comisura de la boca.

Dejo el cubierto sobre la mesa. Apenas he comido, pero no tengo apetito.

Noto que sus ojos retornan a mí.

Yo mantengo la mirada en el plato, con la cabeza inclinada. Trato de no llamar su atención, pero no sirve de mucho.

—¿Y no vais a contarme nada de ella? —Su pregunta retumba en el salón.

—Ya os lo dije, conde. —Los tendones del cuello de Corwan se tensan. Su mandíbula se marca bajo la piel—. Es un asunto del rey.

—Un asunto bastante interesante...

Sus ojos siguen puestos en mí. Siento el tacto viscoso y sucio de su mirada adherido a mi cuerpo.

Vuelve a recostarse sobre la silla.

—Hace mucho que el rey no me agasaja con nuevos incentivos. Pareciera que empezara a acostumbrarse a que mis hombres mueran por él conteniendo rebeldes.

Es Keira la que se adelanta.

—Permíteme recordarle, conde, que el rey os adjudicó recientemente las tierras de los Claríos. Este terreno os da acceso al mar y a las rutas comerciales sin necesidad de pagar tributos de paso. Es un claro reconocimiento a vuestro esfuerzo y así os lo hicimos saber.

Zuma suelta una risotada desagradable.

—Ya entiendo un poco mejor por qué el rey ha decidido manteneros cerca... No me malinterpretéis, lady Keira. Me siento complacido por el regalo, pero estoy muy solo en estas tierras y a veces echo en falta pequeños agasajos...

Se ha inclinado hacia delante y proyecta toda su atención en mí, por si sus palabras no habían sido lo suficientemente claras.

Yo siento el calor subir por mi cuello. No sé si de vergüenza o de rabia.

—Ella no está aquí para eso —interviene Corwan.

Su voz seca corta la conversación.

Levanto la vista sin poder evitarlo y comprendo demasiado tarde mi error. Nuestros ojos se encuentran el tiempo suficiente para que el calor vuelva a encenderme por dentro. Mi respiración se entrecorta y aparto la mirada de inmediato.

Zuma sonrío, divertido.

—No pasa nada. Solo era una sugerencia.

Devuelve su atención a la comida, relajado. Como si nada hubiera pasado.

El cuchillo chirría contra el plato. Un sonido seco, incómodo.

Todos vuelven a coger los cubiertos y a concentrarse en sus platos. Todos menos Corwan, que sigue mirando al noble. Algo en su postura ha cambiado. Algo que me dice que esto aún no ha terminado.

## 10

### Un golpe en la noche

Keira y yo abandonamos el salón a la vez.

No soporto más las miradas y los comentarios soeces del conde y Keira se da cuenta. Nos disculpa a ambas y nos retiramos a nuestra habitación.

El fuego de la chimenea se ha reducido a brasas y su calor ya no abriga como antes. Apenas resiste frente al frío que se filtra por las paredes.

Me siento al borde de la cama. Keira camina hasta la ventana y mira hacia la oscuridad exterior. La ventisca sigue golpeando el cristal con insistencia, deseosa de entrar.

Ninguna de las dos habla al principio. Todo lo que se ha dicho durante la cena está suspendido entre nosotras.

—No me gusta ese hombre —me atrevo a decir al fin.

Yo misma me sorprendo de mi propia voz.

Keira no se gira.

—A nadie le gusta Zuma —responde—. Pero es útil.

—Me ha parecido... peligroso. Incluso para Cráneo, para... —el nombre se me atasca—, para lord Corwan.

—En este reino —dice—, utilidad y peligro suelen ir de la mano.

Me froto las manos, inquieta.

—Cuando me miraba... —No consigo terminar la frase.

Keira se vuelve entonces.

—Lo sé.

Hay algo en su expresión que no me tranquiliza.

—Necesito saber por qué estoy aquí, Keira. —Mi voz se quiebra de angustia. No sé cuánto tiempo más voy a mantener mi entereza—. Para qué me quieren.

Ella no responde de inmediato.

Se acerca despacio y se sienta a mi lado.

—Solo sé una cosa. —Sus manos se colocan sobre las mías—. Pero te ha de bastar para comprender la magnitud de lo que se avecina: el ataque al castillo de Taurenhold... no fue casual.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué... quieres decir?

—Sea lo que sea lo que mi padre y Cráneo buscan en tu sangre, es lo suficientemente importante para haber atacado el Reino del Oeste y haber roto alianzas con Rhogar de Taurenhold. Y ambas sabemos que era una alianza poderosa, puesto que ambos quieren despojar a tu hermana de la corona.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Todo ha sido... ¿por mí? —Trato de asimilar lo que significa, pero las consecuencias de la revelación escapan a mi control.

El rostro de Lucian acude a mí sin que me dé cuenta.

Si murió allí, fue por mi culpa.

No puedo evitar ponerme a llorar. El dolor de haber provocado su muerte me aprieta tan fuerte que el aire deja de entrar. Sin embargo, lo peor de todo es no conocer el motivo, no saber qué es eso que tengo que resulta tan valioso.

—¿Y si se han equivocado? —pregunto de golpe—. ¿Y si no soy lo que piensan?

Keira me sostiene la mirada durante un instante que se me antoja eterno.

—Entonces dejarás de serles útil.

La boca se me seca y siento que el calor me abandona.

—Dijiste que esperabas a alguien. —Keira se da cuenta del horror que me invade—. Quizás sea el momento de que aparezca.

—Ya debería estar aquí. —Mi voz apenas se oye—. Y si no viene...

Por fin estoy dejando salir todo el miedo, toda la desesperación... Por fin puedo mostrarme tal cual soy.

—Entonces tendrás que salvarte tú sola.

Se levanta, y el apoyo en el que creía estar sosteniéndome se desvanece bajo mis pies.

—Ayúdame —le suplico en un susurro.

Ella compone un gesto que parece de dolor mientras desvía la mirada.

—No puedo. —La voz se le quiebra—. Todos tenemos nuestros propios intereses.

Y la observo alejarse hacia su cama hasta que la penumbra se la traga.

\* \* \*

No sé cuánto tiempo llevo dormida cuando un golpe seco rompe la quietud.

Mis ojos se abren.

Veo a Keira incorporarse al instante.

La puerta se abre sin previo aviso y una figura irrumpe en el interior. Al instante distingo su voluminoso contorno.

El conde Zuma.

El olor a vino llega antes que él.

—Pensé que dormiríais mejor con compañía —dice, cerrando la puerta tras de sí.

Keira se pone en pie.

—Salid de aquí.

Su voz es firme, tensa. Pero Zuma no la mira. Su atención está en mí.

—No seáis descortés, pequeña Keira —dice, como quien reprende a un niño—. Solo quiero continuar lo que hemos empezado abajo.

Me encojo bajo las pieles de forma instintiva.

—No habéis empezado nada —responde ella, y corre a interponerse entre él y yo.

Zuma gruñe, molesto por tener que detenerse.

—Siempre pasa lo mismo —dice—. Primero os indignáis, pero luego agradecéis.

Keira da un paso hacia el conde, con seguridad. Envidio su arrojo y su valentía.

—Os he dicho que os marchéis.

El impacto es rápido y brutal. El sonido resuena en la habitación.

Keira cae al suelo, aturdida.

Salto de la cama y trato de llegar hasta ella, pero es un error. Zuma me intercepta. Su mano se cierra alrededor de mi muñeca.

—¿Dónde vas, niña? —su voz grimosa me eriza la piel—. Tú te quedas aquí.

Intento zafarme, pero mi fuerza no es suficiente.

—Suéltame —digo con más fe que ímpetu.

Él sonríe.

—Me gusta cuando suplicáis.

Me empuja contra la cama y me golpeo en las costillas. El dolor me recorre como un relámpago. Me impide incorporarme.

Quiero empujarle, pero mis manos dudan... no responden. Como si no fueran mías.

—¡Camila, defiéndete! —grita Keira desde el suelo.

Giro la cabeza y veo sus ojos. Arden de desesperación. Se arrastra unos centímetros para agarrar algo y lo lanza hacia mí.

Un destello cruza el aire y cae sobre la cama.

Un cuchillo.

No sé de dónde ha salido, quizás lo llevara ella como protección, pero ahora está ahí, a escasos centímetros de mi mano.

Lo tengo ahí, solo tengo que cogerlo.

Solo...

Sin embargo, no lo hago. Mi mano tiembla demasiado y se queda suspendida. Inútil.

Zuma lo ve y se ríe.

—Pobre niñita del Sur —se mofa—. Ni siquiera te enseñaron a defenderte.

Sus dedos tiran del camisón y desgarran la tela. El frío entra y con él una sensación peor. El tacto de sus manos viscosas tratando de abarcar mi cuerpo.

Quiero gritar, pero no sale nada. Es Keira quien pide socorro por mí.

Un dolor agudo estalla en mi hombro. Sus dientes se clavan y la sangre brota. Un hilo caliente resbala por mi clavícula.

El mundo se contrae. Ya no hay duda, va a cruzar ese límite y yo soy incapaz de detenerlo. Trato de apagar mi cerebro para no grabar esta sensación, para que la imagen de su rostro lascivo no venga a mí una y otra vez durante el resto de mi vida... pero mi consciencia sigue aquí, gritándome que reaccione y coja el cuchillo, aunque mi cuerpo no responda.

Me sujeta por la espalda contra la cama y levanta el camisón hasta la cintura.

Justo cuando creo que nada va a pararlo, la puerta de madera estalla. Se rompe hacia dentro.

Alzo la cabeza para ver una sombra entrando en la habitación. No necesito verle el rostro, sé de quién se trata.

Corwan mira alrededor y le basta medio segundo para entender lo que ocurre. Se lanza hacia el conde. Lo agarra por el cuello y lo arranca de encima de mí para lanzarlo contra la pared.

El impacto hace temblar la estancia.

Zuma grita.

—¿Qué demonios haces?

Sin embargo, Corwan tiene su vista fija en mí.

Me he dejado caer hasta el suelo y las lágrimas brotan de mis ojos nublados. La sangre de mi hombro tiñe el camisón de rojo carmesí.

Los ojos de Corwan se detienen ahí, y se encienden con un brillo que no es humano.

Se gira y golpea de nuevo al conde. Un impacto seco. Directo a la cabeza.

Zuma gime. No puede hacer mucho más, porque Corwan no se detiene. Golpea otra vez. Y otra. Rápido y fuerte.

El conde intenta defenderse, pero no puede. No a ese ritmo y con ese ímpetu.

—¡Corwan, basta! —grita Keira.

Pero no la escucha. No está aquí, está en otra parte.

Zuma se tambalea y escupe sangre.

El último golpe cae con una fuerza desmedida y el sonido que produce es hueco.

El cuerpo del noble cae... y ya no se mueve.

El silencio que sigue es demencial.

Keira se queda inmóvil.

—¿Qué has hecho...?

Corwan vuelve a girarse hacia mí. Su pecho sube y baja con rapidez. Una gota de sudor se desliza por su sien.

Nuestros ojos se encuentran y mantenemos la mirada el tiempo suficiente para notar que mi corazón se acelera hasta sentir su misma agitación.

Jadeo.

Él retrocede un paso, y luego otro. Como si yo fuera el peligro... o lo fuera él.

Se da la vuelta y sale de la habitación sin decir nada más. Sin mirar atrás.

La puerta rota queda abierta y el viento entra. Frío.

Yo me quedo allí, con el cuchillo aún sobre la cama, la sangre caliente en la piel y el pulso desbocado. Y no entiendo si Corwan acaba de salvarme... o ha firmado mi sentencia de muerte.

\* \* \*

Esa noche nadie duerme.

Keira no deja de moverse. A ratos se sienta en la cama. A ratos pasea de un lado a otro. Se muerde las uñas. Murmura.

Yo estoy sentada en la cama, con la vista perdida en la oscuridad que asoma al otro lado de la ventana. En mi cabeza no deja de repetirse la escena: Zuma, el tirón de la tela, sus manos, los gritos de Keira... Corwan, sus ojos, su ímpetu, su respiración agitada...

Un aullido rompe la noche.

Me incorporo y me acerco al cristal.

Tras los muros de la fortaleza, en el límite donde muere la luz de las antorchas y comienza el acantilado, una silueta descomunal alza la cabeza mientras exhala nubes de vapor.

Se queda quieta.

Y, aunque está demasiado lejos, juraría que me está mirando.

# 11

## Consecuencias

El cuerpo del conde Zuma yace en mitad de la habitación, cubierto con una tela que no logra ocultar su forma. A la escasa luz que trae el amanecer, distingo sus manos, rígidas a ambos lados del cuerpo.

Esas manos que estuvieron a punto de...

Meneo la cabeza.

No levanto la vista para no ver a Corwan, que está de pie junto a la puerta, inmóvil. Cráneo observa la sábana con un malsano interés. Y Keira sigue dando vueltas por la estancia, igual que lleva haciendo desde que todo se precipitó.

Aún nadie en la fortaleza sabe que Zuma está muerto. Solo nosotros.

Yo sigo sentada sobre la cama, tratando de asimilar lo ocurrido. Desde aquí, he visto entrar a Cráneo y a Corwan. Ninguno de los dos me ha mirado. Ahora mismo, conducirme al norte es la menor de sus preocupaciones.

—Has matado a un aliado clave —escupe al fin Keira.

Corwan no responde.

—Contenía el avance de los rebeldes —continúa—. Evitaba que se acercaran a Vhalzar, que les llegaran refuerzos del Oeste.

Silencio.

—Ahora ese control se debilita. ¿Eres consciente de lo que hará mi padre cuando se entere? Por Mae, ¿no podías contenerte? Cráneo, se supone que tú te encargas de eso...

Corwan gira la cabeza lentamente hacia ella. Parece que va a responder, pero Cráneo se le adelanta.

—Lo que ha sucedido no tiene por qué ser un inconveniente.  
Keira lo fulmina con la mirada.

—¿Puedes explicármelo? —pregunta, con los dientes apretados.

—Zuma estaba acumulando demasiada... relevancia —responde de forma sibilina—. Dudo que al rey le hubiera convenido esta relación de dependencia a largo plazo. Las muertes bien utilizadas... generan oportunidades.

Keira entrecierra los ojos.

—Un reemplazo por alguien más fácil de moldear —dice.

Y Cráneo asiente.

Corwan se acerca a la ventana y mira a través de ella. Hacia la estepa.

—Cuando los rebeldes se enteren de esto —dice—, se moverán rápido para aprovechar la ausencia de liderazgo.

—Debemos actuar con cautela, pero sin perder un segundo. —Keira hunde los dedos en las sienes y cierra los ojos—. Si los hombres del conde se enteran de este asesinato, pensarán que hay un motivo político detrás y podrían volverse contra nosotros.

—O contra el rey —apunta Cráneo.

—Es lo mismo.

Da dos pasos hacia un lado de la habitación y luego regresa sobre ellos. No levanta la vista del suelo.

—Debemos enviar un mensaje —dice Keira—. Controlar la narrativa antes de que se extienda.

Cráneo sonríe.

—Ah... ahora sí estamos hablando de algo interesante.

—Calla —le corta.

Se acerca al cuerpo. Se arrodilla y levanta ligeramente la tela. Durante un instante, todos guardan silencio.

—Diremos que fue un ataque rebelde.

Se levanta y se acerca a mi cama, donde el cuchillo todavía reposa sobre las pieles. Lo agarra y, volviendo al cadáver de Zuma, se agacha, apoya el filo en su cuello y traza un corte limpio.

—Que murió en un acto cobarde. A traición.

—Tiene la cara destrozada por los golpes —apunta Cráneo—. No encaja con esa versión.

—Se ensañaron luego con él —responde Keira—. Nadie dudará de la historia del hermano y la hija del rey.

Keira mira a Corwan. Y este asiente.

—Avisad a nuestros dos soldados —le pide a Cráneo—. Que vengan a por el cuerpo y lo dejen en su cama sin ser vistos. Yo escribiré a mi padre y esperaremos sus instrucciones. Nadie se va a mover de aquí hasta que el reemplazo del conde haya llegado.

No hay protestas.

En cuanto los soldados salen, Keira y Cráneo se marchan con ellos para asegurarse de que la escena refleje un ataque rebelde.

Sin embargo, Corwan se queda en la habitación, apoyado en el alfeizar de la ventana. Mirándome.

La luz violácea del amanecer incide en su perfil y agranda sus sombras.

Yo permanezco en el borde de la cama, con el camisón pegado a la piel y la herida ardiendo bajo la tela. No consigo moverme. Una parte de mí sigue atrapada en el forcejeo, en el peso de Zuma, en el sonido de la puerta al romperse.

Y en él.

Nuestros ojos se encuentran y algo en mi pecho se tensa con una fuerza inesperada. Debería apartar la mirada... y él también. Pero ninguno de los dos lo hace.

Su atención desciende despacio hasta mi hombro, hasta la mancha oscura que se extiende sobre la tela. Su mandíbula se tensa y, durante un instante, creo que va a marcharse de nuevo. Pero se contiene.

Da un paso hacia mí y luego se detiene. Duda. Como si ese simple movimiento ya fuera demasiado.

—¿Qué eres?

Lanza la pregunta al aire. No quiere que yo conteste, sabe que no tengo la respuesta.

—¿Por qué me generas esta... violencia?

Alza las manos delante de su rostro y veo que tiemblan.

—No consigo apartarte...

Vuelve a moverse y esta vez no se detiene. Se agacha hasta que nuestros ojos quedan a la misma altura. Tan cerca que puedo sentir

el calor de su cuerpo. Su presencia lo ocupa todo.

Debería apartarme. Mi cabeza grita para que recuerde lo ocurrido: los golpes al conde, la falta de control, el peligro... Pero estoy demasiado absorta en su proximidad para hacerle caso.

Levanta la mano hacia la mancha de sangre de mi camisón y desliza la tela para ver la herida.

Reprimo un jadeo cuando sus dedos rozan mi piel con una suavidad que no esperaba de alguien como él. Su pulgar recoge una pequeña gota de sangre y la observa con una intensidad que me inquieta.

Y entonces, de pronto, su mano se cierra y se aparta como si se hubiera quemado.

Se levanta y retrocede hasta la puerta. Se pasa una mano por el rostro, tenso, contenido. Parece luchar contra algo que no alcanzo a ver.

Alza el índice y me señala con una mano que no deja de temblar. El gesto contraído en un rictus de esfuerzo desmedido.

—Tú. —Su voz rota—. Aléjate de mí.

Se gira sin añadir nada más y se marcha por el hueco de la puerta rota.

Yo me quedo donde estoy, con la piel aún ardiendo donde me ha tocado y el pulso acelerado.

Ahora hay algo que me asusta más que la muerte. Es un sentimiento... Y no sé qué hacer con él.

## 12

### Calma tensa

El patio de la fortaleza guarda un silencio expectante cuando salimos.

Los hombres del conde Zuma se han reunido frente al portón principal a petición de Keira. Algunos llevan las armas colgadas al cinto, como si aguardaran el anuncio de una contienda.

El aire corta la piel. El viento arrastra nieve desde los muros y la hace girar en pequeños remolinos antes de asentarse.

Keira se adelanta.

Corwan permanece a su lado, unos pasos por detrás.

Yo aguardo bajo el umbral del portón. Semioculta entre sus sombras. Aun así, noto sus miradas clavarse en mí, preguntándose quién demonios soy y qué hago allí...

—El conde Zuma ha muerto esta noche. —La voz de Keira se alza firme, clara, sin titubeos.

Un murmullo bajo y contenido recorre al grupo. Hay gestos de sorpresa, de consternación, de desánimo...

—Ha sido un ataque estudiado —continúa—. Un acto cobarde, ejecutado por los rebeldes mientras descansaba en sus aposentos.

El murmullo crece. Se intercambian miradas. Hay quien frunce el ceño.

El capitán de la guardia se adelanta, alto, de hombros anchos; con una cicatriz que le cruza el pómulos izquierdo y desaparece bajo la barba.

—¿Por qué estáis tan segura de que han sido los rebeldes? —Su voz se oye clara desde la primera fila.

—Había una rosa de invierno junto al cadáver.

El murmullo rompe en voces mal contenidas. Esta vez sí hay sorpresa.

—¿Podéis enseñarla? —insiste el capitán.

—¿Por qué motivo? —Keira alza la frente—. ¿Dudáis de nuestra palabra?

—No, mi señora. —Aunque sus ojos dicen otra cosa—. Pero los asentamientos rebeldes están controlados. No se ha visto movimiento que justifique este ataque.

Keira levanta la barbilla, altiva.

—Entonces tenemos un traidor en Glasbow.

La palabra queda suspendida en el aire. Peligrosa.

El capitán endereza la espalda y pone la mano sobre la empuñadura de su espada.

—Eso es imposible —replica, con los labios apretados.

—En Vhalzar también ocurrió —dice, clavando la mirada en él—. Un infiltrado destruyó parte del trabajo de Cráneo.

El capitán no se mueve.

—Con todos los respetos, mi señora, esto es Glasbow. Y aquí no pasa nada sin que lo sepamos.

—Eso creíamos en Vhalzar —corta Keira.

Se produce un silencio tenso durante el cual el capitán sopesa las palabras de Keira. Al final, baja la mano de la empuñadura y asiente muy despacio con la cabeza. De momento, concede a Keira el don de la duda.

—El rey ya ha sido informado —continúa alzando la voz hacia la multitud—. En breve nombrará a un nuevo conde de Glasbow. Hasta entonces, vamos a revisarlo todo: servicio, soldados, oficiales... capitanes. Nadie se queda fuera.

Se produce un revuelo nervioso en el patio.

—Si alguien ha traicionado esta fortaleza —añade—. Lo encontraremos.

El capitán aprieta la mandíbula. Su mirada se endurece y se desplaza. Su línea de visión cambia lo suficiente para que me alcance.

Siento el veneno antes de que lo lance.

—Curioso —dice despacio—, que los rebeldes ataquen justo cuando llegan forasteros.

No hace falta que diga nada más ni que señale. Todas las miradas se vuelven hacia mí. Afiladas.

Doy un paso hacia atrás, por instinto, para refugiarme más en las sombras de la fortaleza.

Es Corwan quien reacciona. Se adelanta. El sonido de sus botas sobre la piedra rompe la quietud.

—Cuidado con lo que insinúas, capitán —dice sin alzar la voz.

El soldado le sostiene la mirada durante unos instantes y luego inclina la cabeza. Apenas una insinuación.

—Mi lord.

Sin embargo, no es sumisión. No del todo.

Keira retoma el control.

—El conde será velado como corresponde —dice—. Y vengado.

Su voz no tiembla.

—Hasta entonces, nadie abandona la fortaleza. Nadie entra. Nadie sale sin mi autorización. —Hace una pausa—. Y todos seréis examinados.

El grupo se dispersa poco a poco, sin orden. Sin embargo, la tensión no se va con ellos, se queda pegada a mí. Permanezco inmóvil unos segundos más, sintiendo aún esas miradas, esa hostilidad real.

Espero a que alguien venga a buscarme para escoltarme a mi habitación, como lleva sucediendo desde que llegué al Norte, pero no sucede. Todos están demasiado ocupados con lo que ha ocurrido para preocuparse por mí.

Cuando por fin me atrevo a moverme, alzo la vista y veo que Corwan sigue allí, con la atención puesta en el lugar donde el capitán estaba hace un instante. Después se gira, dispuesto a entrar, pero su mirada me encuentra. Entonces, retrocede y se marcha en dirección contraria.

Yo me quedo allí parada unos segundos más. Perdida. Sin saber qué hacer ni a dónde dirigirme, hasta que el chirrido de una voz conocida se escucha a mi espalda.

—¿Podéis acompañarme, mi lady? —Su tono grimoso se me pega a la piel.

Me giro y veo a Cráneo acompañado de los dos soldados. No es una petición, es una orden.

—¿Qué queréis?

—Lo que he querido siempre —sonríe de esa forma tan horrible que altera mis nervios—, vuestra sangre.

\* \* \*

La estancia a la que me conducen ha sido alterada para servir a sus necesidades.

Es pequeña, con paredes de piedra desnuda y una única mesa de madera en el centro. Ha desplazado la escasa decoración de la superficie y ha dispuesto sus instrumentos con una precisión obsesiva: frascos de vidrio, cuchillas finas, pequeños recipientes que contienen líquidos en tonos turbios...

Aquí no hay máquina, pero parece que no la necesita para lo que se propone hacerme... sea lo que sea.

—Túmbate.

Miro alrededor. No hay nada donde hacerlo.

—En el suelo.

La indiferencia con la que me habla me resulta dolorosa.

Obedezco porque sé que resistirme no cambiaría nada. Los dos soldados, apostados a ambos lados de la puerta, se asegurarán de hacer cumplir sus órdenes.

El suelo está helado bajo mi cuerpo cuando me tumbo.

Cráneo se aproxima sin prisa, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Se me escapa una lágrima. En ella viaja mi humillación, mi angustia, el miedo por lo que viene a continuación.

—A ver cómo reaccionas al dolor psicológico. Desnudadla.

Los dos soldados se miran. Hay un instante de duda. Incluso para ellos, la orden es desmedida.

—¿A qué esperáis? —les arenga—. Esto es un asunto del rey.

Hasta que no los veo avanzar no tomo conciencia de lo que está a punto de suceder.

Trato de levantarme para escapar, pero uno de ellos me sujeta por las muñecas y me ancla al suelo mientras el otro me despoja del vestido sin miramientos. Se detiene cuando me deja en ropa interior.

Vuelve a dudar.

—Toda la ropa —insiste Cráneo.

El soldado traga saliva y, durante un segundo, creo que no lo hará... pero lo hace.

Sus manos regresan a mí. Más rápidas esta vez, más torpes. Quiere acabar cuanto antes.

La tela cede. Primero las calzas, luego la túnica de lino blanca... hasta que no queda nada.

El frío es apenas una ligera molestia. Lo que duele es la exposición, la vulnerabilidad... la sensación de estar siendo invadida.

Ni siquiera me permiten encogerme para proteger mi desnudez. Un soldado me sujeta de las muñecas y el otro de los tobillos.

Cierro los ojos con fuerza para no ver sus miradas, pero las siento sobre mi piel. Sobre cada parte de mí que no debería estar a la vista... Lascivas... Sucias.

Y, de golpe, he regresado. Las manos bruscas hurgando en mi cuerpo, el aliento agrio sobre mi espalda, el peso sobre mi cuerpo.

Mi respiración se acelera.

—Parad... —susurro, apenas.

Intento moverme, pero sigo anclada al suelo. Mi cuerpo se bloquea... igual que anoche. No quiero volver ahí, revivirlo de nuevo... Un temblor oscuro, primitivo, me recorre entera.

Siento que Cráneo se agacha a mi lado. Creo que va a terminar lo que Zuma no pudo. Grito y él se ríe complacido.

Sin embargo, lo que noto es un pinchazo en el brazo.

Abro los ojos para ver la excitación de Cráneo a mi lado. Sin embargo, no observa mi cuerpo, sino mi sangre llenando un frasco.

Brilla tan intensa que arroja sombras sobre las paredes.

No se detiene cuando rebosa el frasco. Llena otro. Y otro.

El mundo comienza a diluirse. El frío se vuelve insoportable.

—Más... —lo oigo murmurar.

Ya no puedo pensar.

El cuerpo pesa.

Los sonidos se alejan.

A través de mi visión borrosa, creo atisbar un movimiento rápido y pequeño a ras del suelo.

Unos bigotes grises... unos ojillos rojos... una cola larga y rosada...

Creo que me mira.

*Va a matarte.*

Cráneo no la ve. Está demasiado concentrado en drenar mi sangre. La rata se acerca y desaparece entre sus piernas. Entonces un chillido rompe el aire y Cráneo se aparta de forma abrupta, sacudiendo una mano.

—¡Maldita alimaña!

Se levanta y mi sangre deja de fluir. Pero ya no siento nada. El vacío es lo único que me rodea.

Todo se disuelve, menos el dolor. Físico. Mental.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que aparecen los brazos que me levantan.

Siento el movimiento... el calor... la cama. El peso de las mantas y la oscuridad.

\* \* \*

Los días se deshacen unos dentro de otros. No sé cuántos pasan.

Duermo.

Despierto.

Vuelvo a caer.

Pero esa presencia siempre está ahí. Al principio es solo una sombra, después toma la forma de un lobo enorme. Un huargo.

Se mueve alrededor de la cama, como si me velara.

Me observa. Sus ojos naranjas... no quieren devorarme. Solo muestran tristeza... y una soledad que duele.

## 13

### El nuevo conde de Glasbow

Keira me ha sacado de la cama pese a mis quejas. Dice que ya ha pasado demasiado tiempo, que debo estar recuperada... Lo que ella no sabe es que mis heridas no se pueden ver.

El salón está lleno de hombres y mujeres de mirada atenta. Todos pendientes de la puerta de entrada, que ahora está cerrada.

Esperan que el nuevo conde de Glasbow entre de un momento a otro. Poco se sabe sobre su identidad, por eso la expectación es máxima.

Keira y Corwan están frente a la puerta. También aguardan en silencio, con una calma construida. Forzada.

Yo no debería estar allí, pero lo estoy.

Apoyada en uno de los pilares de piedra, envuelta en una capa que no logra expulsar el frío que se me ha quedado dentro. El cuerpo aún no me responde del todo, y cada pulso es lento. Siento que algo me arrastra hacia abajo.

Unos pasos se escuchan al otro lado de la puerta. Firmes sobre la piedra. Hay algo en ese eco que reconozco antes de querer hacerlo.

Contengo la respiración sin saber muy bien por qué.

La puerta se abre y entra un soldado portando un estandarte. Un bisonte negro sobre un fondo rojo. Detrás de la tela, otra figura ha cruzado el umbral. Solo atino a ver una capa oscura. Una espada a la cintura. Una casaca roja...

Da un paso hacia delante para acercarse a Keira, y entonces veo al nuevo conde de Glasbow.

Y reconozco su rostro.

Es Lucian.

¿Qué significa esto? Él era fiel a Taurenhold. Al conde Rhogar. ¿Qué hace detrás de ese estandarte?

El corazón se me desboca.

Se detiene frente a Keira y hace una leve inclinación de cabeza.

—Lady Keira. —Su voz... es su voz—. Por orden del rey Gorath asumo el control de Glasbow hasta nuevo aviso.

Keira le devuelve el saludo.

—Sois bienvenido, lord Lucian. El rey Gorath ha sido justo con la elección.

—¿Disteis con el traidor que orquestó la muerte del anterior conde?

—Lo hicimos —responde—. Fue el propio capitán de la guardia. Encontramos más rosas de invierno entre sus pertenencias.

Me llevo una mano a la boca para ahogar un grito. Es mentira. Pero no puedo decirlo o todos los soldados se echarán sobre nosotros.

—¿Dónde está el traidor? —pregunta Lucian, paseando su mirada entre los presentes.

Sus ojos me encuentran y un latido salta en mi garganta. En las sienes. En cada rincón de mi cuerpo.

Sin embargo, no veo reacción en él. Ningún gesto. Ningún titubeo. Su mirada se desliza sobre mí como si no me conociera.

—En los calabozos de la fortaleza —responde Keira.

—Entonces sacadlo de ahí. —Su voz es firme—. Lo ejecutaremos al amanecer.

Un murmullo recorre el salón. Y yo solo puedo sentir cómo algo dentro de mí se rompe. Porque está aquí, pero no es él.

Y eso duele más que no haberlo recuperado.

\* \* \*

Los veo abandonar el salón sin una sola palabra más.

Lucian, Keira y Corwan atraviesan las puertas y se internan en el corredor sin detenerse. Sus botas rozan la piedra con un susurro áspero que se pierde en la penumbra. Hablan en voz baja, pero sus gestos contenidos son suficientes para intuir la tensión.

Los sigo.

Sé que no debería hacerlo. Es una imprudencia, pero la presencia de Lucian es demasiado poderosa para estarme quieta.

El cuerpo todavía se queja y las piernas responden con torpeza. Sin embargo, la necesidad de saber es más fuerte que el cansancio y tira de mí.

Llegan al final del pasillo y entran en la última habitación.

Corwan se gira para cerrar la puerta y me ve.

No dice nada, solo sostiene mi mirada un instante, y tengo la impresión de que está a punto de decir algo... pero no lo hace. Luego me da la espalda y cierra la puerta en mis narices.

El golpe de la madera resuena en mi pecho.

Me quedo ahí, quieta. Sintuéndome exactamente lo que soy para ellos: algo que se usa... Nada más.

Me giro, dispuesta a marcharme, y veo que la puerta contigua está abierta.

No lo pienso demasiado y me deslizo dentro.

Es una estancia amplia, aunque vacía. Un muro grueso y desnudo la separa de la otra. Me acerco y apoyo la oreja contra la piedra con la esperanza de captar algo de la conversación.

Sin embargo, la decepción llega enseguida. Solo escucho un murmullo apagado e ininteligible.

Frustrante.

Me aprieto más contra el muro y cierro los ojos.

Y entonces siento de nuevo ese tirón extraño, ese intento de mi esencia de querer salirse del cuerpo.

El mundo se desplaza. La piedra tras mi cuerpo desaparece y empiezo a flotar...

Oscuridad.

Un sonido similar al crujir de huesos. Me siento confusa, desorientada.

Luego...

*Un movimiento rápido y ligero.*

*La piedra fría bajo mis extremidades.*

*Un latido acelerado.*

*El olor abrumador de... todo.*

*Veo el mundo a través de unos pequeños ojos de color rojo.*

*Me detengo bajo una mesa y escucho...*

*—... no estaba al corriente.*

*Distingo la voz de Lucian, pero el tono es tan diferente al que escuchaba en Taurenhold que me cuesta reconocerla.*

*—No era necesario. —responde Corwan.*

*—Fue caótico y desorganizado —replica Lucian—. Murió demasiada gente. Si hubiera conocido de antemano el ataque habría sido más limpio.*

*Hay un filo en sus palabras que me deja sin aliento.*

*No, no puede ser él quien dice eso.*

*—Aun así, has cumplido con creces tu deber —interviene Keira—. Nos has informado con regularidad y discreción durante todos estos años y mi padre lo sabe.*

*—Es un honor servir al rey Gorath.*

Las palabras me golpean con tanta fuerza que estoy a punto de perder la conexión con el interior.

*—Y por tu gran labor has sido recompensado —continúa Keira.*

*—Por fin.*

*No hay alivio en su voz, solo un anhelo furioso que me asusta.*

*—Necesitamos esta posición bien asegurada —dice Corwan por primera vez.*

*—La tendréis —responde Lucian—. Pero quiero saber por qué está aquí la princesa del Oeste.*

Mi respiración se corta. La conexión se pierde durante unos instantes. Después de todo, sí me ha reconocido.

Cierro los ojos y me concentro de nuevo para volver dentro.

*—... asunto tuyo —está diciendo Corwan.*

*—Es asunto mío si está en Glasbow.*

*—No por mucho tiempo. Partiremos de inmediato.*

*Lucian se mueve por la estancia, pensativo.*

*—En Taurenhold se oyeron rumores —dice al fin—. Sobre el poder de su sangre.*

*Keira asiente.*

*—Cráneo está experimentando con ella, pero aún no ha obtenido los resultados que esperábamos. —Hace una pausa—. El rey cree que puede ser la clave.*

*—¿La clave de qué?*

*El silencio se extiende durante unos instantes que se me antojan eternos. Me da la impresión de que Keira no va a responder, pero sí lo hace.*

*—De la guerra contra el Oeste.*

*Las palabras retumban en la estancia.*

*—La materia se agota —continúa ella—. No es algo nuevo. Sin ella, no hay alquimia. No hay poder. La vida del rey depende de esa sustancia blanca. La reina Genoveva ha abierto un paso a las prohibidas Tierras del Sur, y Gorath cree que en su interior se esconde un gran potencial de materia. Hará lo que sea para llegar hasta allí... aunque implique declarar la guerra abierta a la reina del Oeste.*

*—¿Y cuál es el papel de ella? —pregunta Lucian, y sé que se refiere a mí.*

*—Su sangre; si Cráneo consigue tratarla, debería delimitar la contienda hacia nuestro lado. Pero no conozco más detalles.*

*El aire se espesa. La visión se nubla.*

*La rata se mueve y sale de debajo de la mesa.*

*Y la conexión se rompe.*

*Vuelvo de golpe. El muro. El frío. Mi cuerpo.*

*Caigo hacia atrás. Mi cabeza bulle con las revelaciones, trata de adivinar las consecuencias. Pero el latido en mis sienes no me deja pensar con claridad.*

*Algo en mi interior grita que nada de esto puede ser verdad. Sin embargo, lo es.*

Lucian nunca fue quien creí, y yo... soy algo que aún no entiendo, pero que ellos están dispuestos a usar.

\* \* \*

Hay demasiado ajetreo en la fortaleza para que alguien repare en mis movimientos. Cuando la puerta se cierra a mi espalda, el sonido seco resuena más de lo que me esperaba.

La estancia que tengo delante de mí es amplia y sobria. Una mesa de madera maciza ocupa el centro, cubierta con mapas extendidos y pequeñas piezas que marcan posiciones. Hay una chimenea encendida para luchar contra el frío. Y, en una de las paredes, cuelga el estandarte que he visto en el salón principal: el bisonte negro sobre el fondo rojo.

Nadie se ha dado cuenta de que lo seguía mientras caminaba a sus aposentos y ahora Lucian está de espaldas a mí, inclinado sobre la mesa. Sus dedos se apoyan a ambos lados de un mapa para mantenerlo abierto. No se gira de inmediato. Parece que me esperaba.

—No me puedo creer que seas tú de verdad —dice al fin.

Su voz... es la misma, y no lo es.

Se gira y, en ese instante, sí lo reconozco. La suavidad de sus ojos, la forma en la que me mira, el quiebre leve en su expresión.

—Camila.

Mi nombre en sus labios deshace algo dentro de mí. Camino hacia él sin pensar. Mi cuerpo recuerda el camino mejor que mi cabeza.

—He pensado en ti todo este tiempo, anhelando que vinieras a buscarme.

—Ya estoy aquí.

Hay un matiz contenido en su voz que no termino de entender. Pero cuando se acerca un paso, cuando su mano se alza y roza mi mejilla con una delicadeza que me resulta insoportablemente familiar, todo lo demás deja de importar.

Cierro los ojos y me dejo llevar. Por fin.

—Lucian... —Mi voz se quiebra—. No sabes todo por lo que he pasado.

Su mano se detiene. No se aparta, pero tampoco avanza.

—Cuéntamelo.

Y lo hago.

Las palabras salen atropelladas al principio, luego más claras. Le hablo de Cráneo. De la sangre. Del laboratorio en Vhalzar. De cómo me han tratado. De lo que me han hecho en esta misma fortaleza.

No entro en detalles porque no quiero volver a revivirlo todo, pero no hace falta para que él entienda.

—Y el capitán... —añado al final, con la respiración agitada—. No fue él. Lo han acusado para tapar lo que ocurrió de verdad. No podéis ejecutarlo.

Busco su mirada. Necesito verla, encontrar en ella algo a lo que aferrarme.

—Tienes que detener esa injusticia.

El silencio que sigue es demasiado largo.

Algo en su expresión cambia. Es sutil, apenas perceptible, pero lo suficiente para que note que su calidez se apaga como una brasa que se enfría.

Retira la mano de mi rostro y compone una mueca de dolor.

—No puedo.

Parpadeo, sin entender.

—¿Qué?

—No puedo detenerlo.

El corazón me golpea fuerte en el pecho.

—Pero... eres el nuevo conde. Sabes que es inocente...

Lucian menea la cabeza mientras se gira.

—Esto no tiene nada que ver con la justicia —dice—. Es algo necesario.

La frase cae demoledora entre nosotros.

—¿Necesario? —repito, incapaz de reconocer mi propia voz.

Lucian se aparta. Rodea la mesa con calma, buscando distancia para pensar... o para no sentir.

—No podemos permitirnos perder el control de los hombres de Zuma —dice—. Tenemos que darles un culpable.

—Pero ¿por qué él? —digo, dando un paso en su dirección—. No ha hecho nada más que ser leal a su superior.

Lucian alza la vista, y lo que veo en sus ojos ya no es duda, es una feroz determinación.

—Si no es él, será otro. —Hace una pausa—. Pero nunca Corwan.

Retrocedo un paso.

—Este... —titubeo—. Este no eres tú. No eres el leal y fiel soldado que conocí en Taurenhold.

—Es lo que debo ser.

El silencio se espesa.

—Lucian... —Mi voz se quiebra en algo parecido a la súplica—. A mí también me van a matar, solo que más despacio.

Un brillo oscuro parpadea en su mirada. Algo que parece reflejar dolor... pero no dura mucho.

—No van a matarte —responde con seguridad.

—¿Ah no? —La incredulidad tiñe mis palabras—. Me están vaciando, Lucian. Me usan como si...

No puedo terminar la frase.

—Cráneo está haciendo su trabajo —dice.

Las palabras tardan un segundo en encontrar sentido dentro de mi cabeza.

—¿Qué...?

—Tu sangre, Camila, es muy valiosa —continúa, con una calma que me hiela la sangre—. Puede desequilibrar la balanza a nuestro favor.

Siento que el suelo se desplaza bajo mis pies.

—Me están torturando... y a nadie parece importarle. —Un vacío se me abre en el pecho—. Pero qué puedo esperar, si ni siquiera a mi hermana le preocupo.

Lucian duda un instante, pero al final toma conciencia mi sufrimiento y decide apiadarse un poco de mí.

—La reina Genoveva no está aquí porque no se preocupe por ti —dice—. Es estrategia política.

Si pretendía que fuera un consuelo, no me resulta como tal.

—El reino de Este es neutral por naturaleza —continúa—, pero se posicionará en contra de quien declare la guerra abierta. Si tu hermana mueve un solo ejército... el continente entero arde. Es lo que Gorath espera. Es lo que tu hermana está tratando de evitar.

—Es decir, no solo soy el recipiente de una sangre que me es ajena, sino un instrumento político contra mi propia sangre.

El golpe es más fuerte que cualquier bofetada.

Me quedo mirando a Lucian, intentando encontrar al hombre del que me enamoré en ese rostro que ahora me resulta extraño. Espero una palabra de consuelo, un destello que me dé esperanza de recuperarlo.

—Ayúdame a volver a casa —le pido como último recurso.

Apelo a su corazón, a eso que una vez sentimos.

Se acerca y toma mis manos entre las suyas. Hay un calor familiar en este contacto, el recuerdo de noches en Taurenhold, de miradas huidizas junto al fuego, de sonrisas veladas por los pasillos.

—Camila... —dice en voz baja—. Déjame protegerte a mi manera.

Quiero creerle tan desesperadamente que casi me duele.

—Hablaré con Cráneo —continúa—. Intentaré que detenga los experimentos durante unos días.

Un halo de esperanza me ilumina el rostro.

—¿Y el capitán?

Lucian baja la mirada un instante.

—Haré cuanto pueda.

Sé que no es una promesa, pero asiento porque necesito aferrarme a esta esperanza que acaba de nacer dentro de mí.

Sus dedos acarician mis nudillos con suavidad.

—Confía en mí.

Asiento una última vez y me aparto.

—Pasea con libertad por la fortaleza —dice Lucian—. Ya no eres cautiva de nadie en este lugar.

Ojalá tenga razón.

Salgo de la estancia y cierro la puerta tras de mí mientras el eco de sus palabras me persigue por los pasillos helados de Glasbow.

## 14

### Cae la tarde

La fortaleza se me antoja distinta ahora que Lucian está en ella.

Este reencuentro es lo que llevo esperando desde que desperté en la solitaria celda de Vhalzar y, sin embargo, no siento la explosión de felicidad que pensaba que sentiría. Supongo que tiene que ver con la forma en la que ha aparecido y lo que representa ahora. Sin embargo, eso no significa que no pueda seguir siendo la persona que me salve de este destino.

La presencia de Lucian ha llenado los corredores de soldados entrando y saliendo de las diferentes salas, de mensajeros cubiertos de nieve, cuervos esperando en las almenaras y criados que corren con braseros encendidos.

Camino sola por una de las galerías exteriores mientras la tarde avanza.

Nadie me detiene ni me vigila. Disfruto de la libertad de sentirme invisible.

Apoyo las manos sobre la piedra helada de la balaustrada y observo el patio interior. Abajo, varios soldados entrenan sobre la nieve. El acero choca una y otra vez mientras los gritos de los instructores atraviesan la fortaleza. Al fondo se alzan las murallas oscuras de la fortaleza dominando el paisaje.

—Así que es aquí donde te escondes.

La voz de Keira me sobresalta.

Aparece detrás de mí con el gesto cansado y varios pergaminos bajo el brazo.

—No me escondo.

Ella resopla.

—Claro.

Se coloca a mi lado y también observa el patio. Ninguna de las dos habla al principio.

—Es él, ¿verdad? —pregunta al cabo de un rato.

Es imposible que trate de disimular. Lo llevo pintado en la cara.

—Me parece que has elegido mal tu carta de rescate. —No hay sarcasmo en su tono.

Aprieto las manos contra la piedra de la balaustrada.

—No estés tan segura.

—¿Qué te ha prometido?

Ahora sí detecto un leve deje de condescendencia.

Abajo, en el patio, los metales siguen chocando y los gritos de los soldados se elevan hasta nosotras.

—Ya lo verás. —Sonrío de medio lado.

Me encantaría decírselo, contarle que Lucian va a detener esa ejecución injusta, que va a impedir que Cráneo siga haciéndome daño, que va a ayudarme a volver a casa... pero temo que, al decirlo en voz alta, me dé cuenta de lo imposible que suena y toda mi esperanza se desmorone.

Keira se aparta para marcharse.

—Si buscas un sitio donde pasar el tiempo hasta que nos marchemos, hay una biblioteca en lo alto de la torre.

—¿Una biblioteca?

Keira sonríe al observar mi reacción.

—Sí. Ya sabes que en el Norte también aprendemos a leer.

Le lanzo una mirada molesta y hace una leve inclinación de cabeza antes de alejarse por el corredor.

Yo permanezco unos minutos más observando el movimiento del patio y termino levantando la mirada hacia la torre.

\* \* \*

La biblioteca ocupa una estancia circular bajo la cúpula de piedra.

Es la más pequeña de cuantas he visitado, pero conserva esa sensación de calidez que me transmiten todas. Las estanterías ascienden hasta el techo y están cargadas de volúmenes envejecidos.

El olor característico a cuero me envuelve nada más entrar y dejo de estar en Glasbow. De golpe he vuelto a ser la chica que pasaba horas escondida entre libros mientras Genoveva atendía a lecciones de política y el mundo parecía todavía sencillo detrás de la protección de nuestro padre.

Paso los dedos por algunos lomos: historia de las Casas del Norte, tratados de guerra, navegación, y alquimia. Estos últimos siempre estuvieron prohibidos para nosotras en Lirien. Mi padre se aseguró de que nunca hubiera lecciones sobre conjuros, *materia* y alquimia en palacio... Y empiezo a entender la razón. La voluntad del hombre se quiebra con facilidad frente a estas artes.

La tarde termina deslizándose lentamente mientras permanezco allí, refugiada entre libros y silencio. Dentro de aquellas paredes, la sensación de sentirme a salvo parece casi real. Por eso apuro todo el tiempo posible, hasta que ya noto que los párpados me pesan demasiado para seguir despierta.

Cuando abandono la biblioteca, la fortaleza de Glasbow ya duerme.

Las antorchas proyectan sombras largas sobre los pasillos de piedra y apenas quedan soldados haciendo guardia.

Camino despacio hacia mi habitación y, cuando doblo en uno de los corredores, me lo encuentro de frente. Corwan avanza en dirección contraria y va solo.

Mi pie trastabilla contra la piedra y me detengo. Él también titubea. Soy consciente del instante en el que la duda cruza su rostro y considera darse la vuelta. Sin embargo, decide avanzar.

Cada paso suyo retumba demasiado fuerte en el corredor.

Yo también reanudo la marcha.

Seguimos caminando el uno hacia el otro mientras el pasillo se estrecha a nuestro alrededor.

Corwan lleva la capa oscura abierta sobre los hombros y el cabello negro todavía húmedo por la nieve. Luce un aspecto

agotado.

Cuando por fin llegamos a la misma altura, ninguno de los dos dice nada, pero el dorso de sus dedos roza apenas mi mano y una sacudida brutal me agita la respiración. Noto cómo él también se remueve.

No ha sido un contacto casual, él lo ha buscado.

El corredor queda suspendido en un silencio irreal.

Corwan baja la vista un segundo hacia nuestras manos y luego aprieta la mandíbula.

Sin decir una sola palabra, reanuda el paso y sigue caminando. Pero el calor de ese roce permanece pegado a mi piel mucho después de que desaparezca al final del corredor.

Cuando llego a mi habitación, Keira todavía no ha regresado.

Me cambio despacio y me meto bajo las mantas, pero el sueño está lejos de regresar. El tacto de sus dedos lo ha espantado.

## 15

### El capitán de la guardia

El ruido de voces inquietas me despierta. Todavía no ha amanecido, y la penumbra en la que está sumida la habitación me impide recordar dónde estoy durante unos segundos.

El murmullo asciende desde el patio de la fortaleza y se cuela a través de la ventana.

Me incorporo despacio, todavía aturdida. El roce de mis dedos con las mantas calientes me devuelve de golpe al recuerdo del pasillo.

Corwan.

Su tacto vuelve a agitarme con esa violencia incómoda.

Meneo la cabeza. No voy a permitirme pensar en él ni un instante más.

Aparto las mantas y me levanto. Cruzo la habitación y separo la cortina de la ventana. El espectáculo se muestra ante mí de inmediato. El patio interior está lleno: soldados, criados, habitantes de Glasbow... forman un círculo silencioso alrededor de una plataforma central montada para la ocasión.

Es una horca.

Un oscuro presentimiento me repta por la piel.

Busco con desesperación entre la multitud hasta encontrarlo. El capitán de la guardia está arrodillado sobre la nieve, a pocos metros del cadalso, con las manos atadas a la espalda. Tiene el rostro magullado, pero mantiene la cabeza alta.

Lucian aparece entre los soldados. Lleva una capa oscura sobre los hombros y una casaca con el escudo de su casa en el pecho. Su cabello rubio ondea mientras avanza hasta colocarse frente al capitán.

El silencio se ha adueñado del patio.

Lo único que escucho es mi pulso latir con fuerza contra mis sienes.

Lucian está ahí para detener la ejecución... tiene que ser eso.

El nuevo conde de Glasbow se detiene frente al condenado y realmente creo que va a parar todo aquello, que mis esperanzas tienen una base sólida a la que agarrarse.

Su voz se eleva en el patio. Potente. Autoritaria.

—Abusaste de la confianza que el conde Zuma había puesto en ti y lo traicionaste, no solo a él, también al rey. ¿Qué tienes que decir?

El capitán de la guardia levanta la vista hacia él. No hay miedo en sus facciones, solo orgullo y determinación.

—No traicioné a nadie.

Lucian sostiene su mirada y no responde.

Desde aquí arriba, soy capaz de intuir la lucha interior que está librando. En algún lugar dentro de él, sabe que lo que está a punto de ordenar es una aberración, una condena a su alma de la que no habrá retorno. Pero, aun así, va a permitirlo.

Dos hombres se adelantan y conducen al capitán a la plataforma. Lo obligan a situarse sobre la trampilla y colocan la cuerda alrededor de su cuello.

Desearía apartarme de la ventana y no mirar, pero no puedo, porque necesito saber si finalmente Lucian no va a intervenir, si va a quedarse de brazos cruzados mientras se ejecuta esa gran mentira.

Keira y Cráneo también están entre la multitud, observando, asegurándose de que se cumple su voluntad y la de Gorath. A quien no veo por ningún lado es a Corwan.

El capitán mira hacia la multitud y sus ojos encuentran a alguien, no sé a quién, pero sonrío. Es una sonrisa pequeña, digna. Como la que Rufus me dirigió a mí antes de que la espada le cercenara la cabeza.

Luego la trampilla se abre y el crujido de su cuello al partirse resuena seco en todo el patio.

La mayoría de los presentes aparta la vista.

Yo me separo de la ventana de golpe y siento una náusea violenta retorciéndose dentro de mí.

No ha intentado detenerlo. Ni siquiera ha vacilado lo suficiente.

Me apoyo contra la pared, respirando deprisa, y allí permanezco durante horas, rememorando una y otra vez la forma antinatural del cuello del capitán y el rostro impasible de Lucian contemplando la escena.

Al cabo de un rato decido salir. No soporto más el silencio asfixiante de esa habitación.

Recorro los pasillos con la sensación de que todo luce más oscuro, más hostil. Como si el aura de Gorath hubiera invadido la fortaleza durante la noche.

Necesito hablar con Lucian, entender cómo ha podido hacerlo.

Los pasillos están llenos de actividad desde primera hora. La nueva organización tras la muerte de Zuma debe completarse cuanto antes para evitar perder la posición frente a los rebeldes.

Encuentro a Lucian en la armería. Está solo revisando el inventario de espadas. Cuando alza la vista y me ve, su expresión se demuda en tristeza.

—Camila...

Cierro la puerta tras de mí.

—No has hecho nada.

Lucian se desploma sobre una de las sillas dispuestas por la sala.

—Intenté detenerlo.

—No lo empeores y no me mientas a la cara. No has movido ni un dedo.

Mi reproche alcanza su rostro y compone un gesto de dolor.

—No entiendes cómo funciona esto. —Se pasa una mano por la frente para quitarse el sudor pese a las bajas temperaturas—. No puedo posicionarme abiertamente en contra del discurso de Keira o de Corwan...

—¿Discurso? —No entiendo de qué demonios me está hablando —. Se trataba de impedir el asesinato de un inocente.

Lucian se levanta de la silla y se aproxima a mí despacio.

—Todavía no tengo suficiente poder para enfrentarme a ellos.

—Entonces, ¿quién gobierna realmente aquí?

El silencio responde por él. Baja la mirada.

—¿Crees que no me afecta? —murmura—. He pasado toda la noche viendo su rostro cada vez que cerraba los ojos.

Me coge de las manos y las acaricia con suavidad. He anhelado tanto este contacto que por un momento me siento tentada a dejar de pelear. Solo quiero reencontrarme con el Lucian que conocí en Taurenhold.

—Estoy intentando sobrevivir, Camila.

La tristeza de su voz me atraviesa porque entiendo exactamente lo que quiere decir.

Entonces Lucian me besa, con dulzura, y yo le respondo, porque necesito recordar que una vez fui otra persona... que una vez amé algo sencillo.

—Si me das tiempo —dice cuando nos separamos—, prometo hacerte condesa conmigo en este lugar.

Retrocedo despacio. El vértigo me sacude por un instante. ¿Condesa? ¿De Glasbow? Me quedo sin palabras, sin saber si es eso lo que quiero o si me horroriza la idea.

—¿Y Cráneo? —pregunto en su lugar—. ¿Qué pasa con sus experimentos hasta entonces? ¿Harás lo mismo que con el capitán?

El silencio cae de nuevo. Pesado. Definitivo.

—Necesito tiempo, Camila —me responde, más bajo—. Y, de momento, tú eres demasiado importante para Gorath en esta guerra.

Es entonces cuando lo entiendo. No va a ayudarme. Bajo ningún concepto.

Algo dentro de mí se rompe con un sonido limpio. Sin estridencias. Sin lágrimas. Solo... se quiebra.

Asiento despacio.

—Claro.

Me doy la vuelta antes de que vea lo que hay en mis ojos. O más bien, lo que ya no hay.

Doy dos pasos hacia la puerta.

—Camila.

Me detengo, pero no me giro.

—No eres una víctima. —Su voz me alcanza, firme—. Eres nuestra oportunidad de futuro.

Aprieto los puños hasta que se me clavan las uñas. No voy a volver a suplicar.

Luego abro la puerta y salgo sin mirar atrás.

## 16

### Futuro inmediato

Abandono la habitación del nuevo conde de Glasbow con un vacío desolador en el pecho. El pasillo se deforma a mi alrededor: una boca negra que quiere tragarme. Cada palabra de Lucian sigue latiendo dentro de mi cabeza, golpeando una y otra vez contra mis sienes.

*Eres nuestra oportunidad.*

Me sujeto a una pared para tomar aire.

Nunca he estado más sola que ahora: ni Genoveva, ni Lucian... nadie va a poner en peligro su estabilidad por mí. Van a sacrificarme por lo que consideran un bien mayor. No soy más que la pieza prescindible del tablero. La ofrenda necesaria para la victoria...

Cojo una bocanada de aire y doblo la esquina del corredor. Me detengo en seco.

Cráneo, escoltado por los soldados, flanquea el pasillo y bloquea cualquier salida. Aún tiene una mano vendada por el mordisco de la rata.

—Perfecto —dice, sonriendo con esa satisfacción malsana—. Justo iba a mandar buscarte.

Doy un paso atrás.

—Hoy terminaremos lo que tenemos pendiente.

Los soldados avanzan... y algo dentro de mí termina de despertar. La idea brota en mi cabeza de manera natural, como si siempre hubiera estado ahí, y solo esperara el momento de salir a la luz.

Si no me salvo yo, no va a salvarme nadie.

—Cogedla.

—No —digo. Y esta vez no es una súplica, es una decisión.

Me doy la vuelta y echo a correr en dirección contraria. A mi espalda, escucho sus botas golpear contra el suelo y el metal de sus espadas contra el cinto.

No sé hacia dónde me dirijo, solo sé que tengo que escapar de ellos.

Veo una puerta abierta y me cuelo dentro de la estancia. Hay muchos muebles. Cierro a mi espalda y coloco una silla para bloquear la puerta. Los soldados arremeten con fuerza contra ella. Es cuestión de segundos que venzan.

Miro a mi alrededor. Hay otra puerta en el otro extremo. Me dirijo hacia ella, pero entonces noto el tirón. Esa grieta que ya he notado antes. La fisura por la que mi esencia quiere escapar.

Cierro los ojos y me dejo fluir.

*Penumbra.*

*Bigotes temblando.*

*Visión roja.*

Cuando abro los ojos la rata está ahí, en el otro extremo de la habitación, arañando el extremo de un tapiz gigante que cuelga de la pared.

*Por aquí.*

Le hago caso. No es el momento de preguntarme si estoy loca por entender lo que me ha dicho. Levanto la tela, mientras la madera cruje bajo las embestidas de los soldados, y descubro otra puerta.

Cuando acciono el manillar, se abre y deja a la vista unas escaleras que descienden.

Miro sorprendida a la rata, pero el animalillo ya ha comenzado a bajar.

Le sigo.

Dejo atrás las voces de los soldados que parecen haberse multiplicado. El corazón me golpea tan fuerte que siento que voy a romperme por dentro.

Descendemos al amparo de una oscuridad que me resulta amiga y enemiga a la vez.

La rata se detiene un instante al final de las escaleras, en una puerta entreabierta. Se asegura de que la sigo, y luego desaparece al otro lado.

Y la imito. El aire helado me golpea en el rostro. Hemos llegado a un patio lateral. En el otro extremo, el portón de entrada de mercancías me conduce a la libertad. Solo tengo que dar unos pasos más...

—¿A dónde crees que vas?

Me quedo congelada.

Corwan está a mitad de camino. Tiene una espada en la mano y el rostro sudoroso. Tan solo lleva puesta una fina camisa negra con los cordones desabrochados y unas mallas. Está entrenando.

—Apártate —digo.

La nieve cae entre nosotros con una suavidad impropia para este momento.

Su figura se recorta contra la luz gris del cielo. Imponente. Inevitable.

—¿Estás tratando de escapar?

Da un paso hacia mí. El instinto me pide que retroceda, pero me mantengo firme.

—No voy a volver —digo—. No voy a dejar que me toquen otra vez.

Algo cruza su mirada mientras se acerca. Oscuro, violento, pero contenido.

—No entiendes lo que está en juego.

—Creo que empiezo a hacerlo.

La respuesta sale sin pensar, pero es cierto. Nunca he sido tan consciente del coste político en el Continente como ahora.

Corwan se detiene a un par de pasos de mí. Su sombra me cubre y, por un instante, siento el calor de su cercanía.

—No puedo dejarte ir —dice en voz baja—. Lo sabes, ¿verdad?

Alarga la mano. Mi cuerpo me pide retroceder de nuevo, pero tampoco lo hago. Hay algo más profundo que me grita que me quede.

Sus dedos se cierran alrededor de mi muñeca y el mundo estalla. No es un simple contacto, es un choque. Mi cuerpo responde. Violento. Incontrolable.

Nuestras respiraciones se entrecortan.

—¿Qué...? —empiezo.

Sin embargo, no termino; porque su agarre se tensa y me arrastra hacia él.

Entonces todo se vuelve físico. Lucho por soltarme: empujo, araño, me retuerzo... Pero él es más fuerte.

—¡Basta! —gruñe—. Vas a hacerte daño.

—Entonces, suéltame.

Mi rodilla impacta contra su muslo. Él apenas se mueve, pero su agarre vacila un segundo. El tiempo suficiente para liberarme medio paso... pero no lo consigo. Se inclina un poco y vuelve a atraparme. Más cerca esta vez.

Su brazo rodea mi espalda y el otro me sujeta la muñeca. Mi cuerpo choca contra el suyo y todo se detiene. Está demasiado cerca. Puedo sentir su respiración en mi cuello. Su pulso en el pecho. Desbocado.

—No hagas esto —dice.

Sus ojos se deslizan por mi rostro, con la avidez de un hambriento buscando alimento. Se detienen un instante en mi boca. Y luego suben hasta que nuestros ojos se encuentran. Veo una grieta. Una duda. Ese instante en el que deja de ser el hombre que obedece... y se toma la licencia de ser el hombre que siente.

—Entonces no permitas que me haga más daño —susurro.

La nieve sigue cayendo alrededor y el mundo contiene el aliento.

Sus dedos se tensan sobre mi espalda, sobre mi muñeca. Y luego... vacilan. Apenas un instante, pero suficiente para percibirlo.

Y lo aprovecho.

Me retuerzo con todo lo que tengo. Mi cuerpo se desliza entre sus brazos. Pierdo el equilibrio y caigo sobre la nieve del patio, pero no me detengo. Ruedo y me levanto.

Corro sin mirar atrás. No quiero ver si me sigue. No quiero ver si me deja ir.

Cuando la puerta del patio cede y se abre hacia la estepa helada del norte, solo mis pasos resuenan en la fría escarcha del suelo.

# PARTE II

## 17

### El hielo

El viento aúlla a mi alrededor.

No es un sonido constante. Va y viene, como si el Norte me respirara en la cara, como si la propia estepa tuviera vida y decidiera cuándo dejarme avanzar... y cuándo recordarme que no pertenezco a este lugar.

Cada paso es más difícil que el anterior.

La nieve se hunde bajo mis pies, traicionera, ocultando el hielo afilado que amenaza con hacerme caer en cualquier momento. Las botas están empapadas. No siento los dedos de los pies... tampoco los de las manos.

Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo caminando.

El mundo se ha reducido a blanco y gris. A ráfagas de viento que me golpean el rostro para arrancármelo. Tengo la sensación constante de que, si me detengo, aunque solo sea un instante, no volveré a levantarme.

Cada respiración es un cuchillo helado que me quema los pulmones.

Sigo un poco más... durante lo que me parece una eternidad. Hasta que las piernas empiezan a temblar. Y a fallar.

Caigo de rodillas sobre la nieve.

El impacto apenas duele. El frío lo anestesia todo, incluso el miedo.

Apoyo las manos en la nieve para incorporarme, pero no me sujetan. Se hunden, torpes. No parecen mías.

La ventisca arrecia. Me rodea. Me envuelve. Me borra.

Y entonces tomo consciencia de lo que se avecina. Aquí termina todo.

Cierro los ojos y me abstraigo de todo lo demás... Busco dentro de mí y, por primera vez desde que salí de Lirien, usada como moneda de cambio por mi hermana, no siento pánico.

Atrás quedó la angustia de ver cómo me sujetaban, cómo me abrían la piel, cómo decidían por mí... El pensamiento se asienta en mi interior con una calma extraña: si muero aquí, será porque yo lo he querido.

Nadie me habrá utilizado. Nadie habrá decidido por mí.

Una risa débil se escapa de mis labios agrietados.

Qué ironía. He tenido que llegar al borde de la muerte para sentir, por primera vez, que soy libre.

Mis fuerzas se agotan.

El cuerpo se inclina hacia delante y la nieve me recibe. Fría, silenciosa. Final.

Sin embargo, antes de apagarme... siento una presencia. Algo totalmente diferente a todo lo que he sentido hasta ahora. Es pesada, violenta, antigua... Como si el más puro instinto de supervivencia cobrara forma y se acercara.

Abro los ojos.

Al principio no distingo nada. Solo formas que se mueven en la ventisca. Sombras dentro del blanco.

Pero, poco a poco, va tomando forma.

Es enorme. Mucho más que el huargo que he visto estos días. Su silueta detiene el viento como un muro. Avanza hacia mí con una rapidez que no es natural. No parece de este mundo... y me pregunto si no será el ángel de la muerte que viene a reclamar mi alma.

Intento incorporarme, pero es imposible.

Da igual. No da tiempo. Llega hasta mí antes de que pueda pensar una manera de escapar.

Veo dos puntos rojos en la tormenta. Dos ojos fijos en mí. Esperando... y el tirón responde. Mi mente se escabulle hacia esa presencia. Y la alcanza.

*Brutalidad.*

*Salvajismo.*

*Calor.*

*Un latido inmenso.*

*Y hambre.*

*—Yo no soy tu comida.*

La bestia ruge y se aparta. Su aliento forma nubes densas en el aire. Su tamaño bloquea la ventisca.

Lo que tengo delante es la Bestia de un Morador del Hielo. Podría matarme, pero no lo hace, porque puede sentirme igual que yo la siento a ella. Y la curiosidad es más fuerte que su instinto de caza.

Un sonido rompe el momento.

Una voz a mi espalda.

—Por el Dios Helado, ¿qué demonios...?

Elevo despacio la cabeza. Todo lo que puedo, que no es mucho.

Una figura emerge entre la tormenta. Es alta y va envuelta en pieles. El viento agita su capa, pero no consigue ocultar su silueta firme.

Se acerca y se inclina sobre mí. Una expresión de sorpresa contrae su rostro al verme.

—Si es una chica... y está viva.

Yo solo puedo fijarme en sus ojos.

Azules. Tan claros que parecen blancos. Como la nieve. Como el hielo en el que sobreviven.

Me ven. Me atraviesan.

Yo intento decir algo, pero no lo consigo.

El mundo se oscurece y lo último que veo es su expresión: el asombro ha dado paso a una curiosidad extraña.

Luego, todo se desvanece.

\* \* \*

Un segundo antes de despertar, creo que he vuelto a Glasbow. Ya no hay ventisca, ni aullido del viento, ni nieve helada arreciando contra mi rostro.

Huele a pelo de animal mojado y a carne en salazón.

Abro los ojos y me incorporo de golpe.

Durante un instante no entiendo lo que veo. Todo es difuso. Sombras que se mueven en paredes que no son de piedra... ni de madera.

Parpadeo y el mundo se ordena.

Me encuentro en una estancia excavada en el hielo. Las paredes son translúcidas, con vetas blanquecinas que atrapan la luz de pequeñas piedras lunares amontonadas en el centro. Sus reflejos danzan en el techo del refugio.

Estoy cubierta con pieles. Son pesadas y calientes.

Mi cuerpo protesta cuando intento moverme. Un dolor sordo se extiende por mis extremidades, pero es soportable. Al fin y al cabo, estoy viva.

Una voz se alza en el silencio.

—Por fin despiertas.

Me incorporo y alzo la vista. Él está sentado al otro lado del fuego. Reconozco al instante los ojos tan azules que rozan el blanco. Aquí, en la penumbra, parecen aún más irreales.

Está inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas. Y me observa.

Su bestia yace detrás. Dormida. El calor que desprende calienta el refugio.

—Creí que no ibas a hacerlo —añade.

Su voz es grave, baja. Tiene algo áspero, como el hielo cuando se quiebra.

Las pieles resbalan ligeramente cuando me muevo. Las sujeto para mantener el frío lejos de mí.

—Gracias —digo.

Mi voz suena más fuerte de lo que esperaba.

Él no responde, solo me mira durante demasiado tiempo. Me incomoda.

—¿Quién eres? —pregunta sin adornos. Tiene un acento cerrado que suena hostil—. ¿Por qué mi Bestia no te ha devorado?

No puedo decir la verdad. No sé a quién tengo delante ni lo que podría hacer si se entera de lo que soy en realidad.

Pienso rápido.

—Iba en el cortejo del nuevo conde de Glasbow y me perdí en la ventisca.

Las palabras salen más fluidas de lo que esperaba. Suenan casi creíbles.

Casi.

Él ladea un poco la cabeza. Hay algo en su expresión que me dice que no le convence mi explicación.

—¿Nadie te vio desaparecer?

—No.

Sostengo su mirada, no puedo permitirme un gesto de duda ahora.

—Los perdí.

La Bestia resopla a su espalda y las paredes del refugio tiemblan ligeramente.

—Ya. —Se incorpora.

Es alto. Mucho más de lo que parecía sentado. Las pieles que lleva sobre los hombros se mueven con él, pesadas, curtidas. No hay ostentación en su forma de vestir. Todo en él es práctico y funcional.

Los ojos blancos son un rasgo distintivo de los Moradores del Hielo, y la Bestia que lo acompaña, una especie de rata gigante y musculada que camina a dos patas; están unidos por un vínculo complejo: mitad biológico, mitad alquímico. Las Moradoras los gestan a la vez, y dan a luz por partida doble: un humano y una bestia, que viven en simbiosis hasta la muerte de uno de ellos.

—Eso sigue sin responder a mi pregunta. —Sus extraños ojos se clavan en los míos.

—¿Qué pregunta?

—¿Por qué mi Bestia no te devoró?

Un silencio tenso se instala entre nosotros.

—¿Qué le hiciste? —No hay acusación en el tono de su voz, pero tampoco es una curiosidad inocente.

Niego con la cabeza, intentando aparentar incredulidad.

—Nada.

Entrecierra los ojos.

—No sabes mentir bien.

Aprieto los puños debajo de las mantas. No sé qué decir. No me sale nada.

—No lo sé —insisto en mi versión—. Yo solo... estaba a punto de morir.

Sus ojos me recorren en silencio. Observan mi postura, mi pelo rubio, mi piel fina... Trata de adivinar lo que estoy ocultándole.

—No eres una simple extraviada —afirma.

Vuelvo a apretar los puños para liberar la tensión.

—Tú tampoco pareces un simple Morador —respondo antes de pensar—. ¿Dónde está tu manada?

Se produce un silencio breve y luego sus labios se curvan un poco. No es una sonrisa, pero se le parece mucho.

—Draven —dice al fin.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo?

—Mi nombre —aclara, y la forma en la que lo dice no suena del todo a presentación—. Es Draven.

Se gira y recoge algo del suelo. Se trata de una lanza corta, de madera oscura. La ajusta a su espada con naturalidad.

—No puedo dejarte aquí —dice—. Y menos sin saber qué hiciste ahí fuera.

El estómago se me contrae.

—No hice nada.

—¡Oh! Ya lo creo que sí, pero no lo decidiré yo.

Se dirige hacia la salida del refugio. Una apertura baja, cubierta con pieles gruesas que se mueven con el azote del viento exterior.

—Vamos. —Me tiende la mano.

—¿A dónde?

Su mirada vuelve a atravesarme.

—A ver a Catriona. —Pronuncia el nombre con orgullo—. Ella decidirá qué hacer contigo.

Luego silba con fuerza y la Bestia se mueve.

Cuando pasa por mi lado, me reflejo un instante en sus ojos rojos. Su atención pasa por mí sin detenerse, aunque siento que me reconoce. Que me acepta.

Draven vuelve a dibujar un gesto confuso. Parece que le cuesta asimilar lo que está viendo.

—Increíble. —Es lo último que musitan sus labios antes de desaparecer al otro lado de la cortina de pieles.

Yo me levanto y le sigo. No tengo más opción que esa o probar suerte de nuevo en la muerte helada de la estepa. Y, de momento, sigo eligiendo vivir, aunque eso signifique enfrentarme al futuro incierto de no saber quién soy en realidad.

## 18

### El asentamiento

Me coloco junto a Draven, detrás de su Bestia. El tamaño colosal de su musculatura frena el impacto del viento y nos permite avanzar con cierta facilidad.

El calor del refugio se ha ido demasiado rápido y el frío vuelve a instalarse en mis huesos como si nunca se hubiera marchado.

No puedo ver lo que tenemos delante, pero a los lados he empezado a notar un cambio. Hay algo más de vegetación. Árboles. Se alzan hacia el cielo desnudos, sin hojas; luciendo una corteza blanca y plateada que parece papel.

Bajo mis pies, la nieve deja de hundirse en la tierra húmeda. Mis botas encuentran una superficie rígida debajo. Es madera. Una pasarela. El suelo se convierte en una planicie helada sobre la que despunta vegetación salvaje. Es una especie de cenagal congelado.

La ventisca también remite y puedo asomarme para ver más allá de la Bestia.

Unos metros más adelante descubro estructuras bajas, excavadas en la nieve y reforzadas con madera oscura y pieles tensadas. No sobresalen demasiado de la isla de tierra que se yergue sobre el pantano; quieren permanecer escondidos.

El asentamiento no es grande, pero hay movimiento.

Veo figuras envueltas en capas gruesas desplazándose entre las construcciones.

Cuando la plataforma de madera acaba y nos internamos entre ellos, vuelvo a experimentar esa desagradable sensación de ser

observada por todos. Miradas que se cruzan, cuchicheos, silencios forzados...

—No te separes —dice en voz baja.

—No pensaba hacerlo.

Atravesamos el asentamiento en silencio.

Draven es el único Morador. No veo más ojos blancos ni Bestias alrededor. Y me pregunto cómo ha acabado distanciándose de su pueblo.

Lo miro de reojo y contemplo su perfil. Nariz afilada, quijada fuerte, barba poblada, ojos grandes... Es un Morador, sin duda, pero ¿dónde está su Comunidad?

Llegamos a una estructura más grande que el resto. No hay ostentación en su diseño, pero está más protegida. Dos hombres custodian la entrada e impiden el paso.

—Me gustaría ver a Catriona —dice Draven en tono neutro—. La he encontrado en la estepa. Sola.

Los dos hombres me observan y componen una expresión casi idéntica. Empiezo a estar cansada de que me miren como a un ejemplar extraño.

—Pasad —dice uno de ellos.

La cortina de pieles se aparta y el calor me golpea de nuevo. Es más intenso que en el refugio, pero no veo ninguna fuente que lo irradie. No sé cómo lo consiguen.

El interior es amplio. Más de lo que aparentaba desde fuera. Y, allí dentro, el rumor del asentamiento se silencia.

La luz procede de varias lámparas de aceite dispersas por el suelo y de una oquedad central que actúa como lucernario. Hay pieles colgando de las vigas del techo y mobiliario funcional dispuesto por toda la estancia: una mesa, varias sillas, una cama, un aparador, un espejo...

Y, al fondo, con el brazo metido dentro de un puchero que todavía humea, hay una mujer.

Es grande. Corpulenta. Su cabello oscuro cae en una trenza gruesa sobre un hombro. Entre las hebras de pelo, se cuelan pequeñas cuentas metálicas que brillan como estrellas. Lleva pieles, como todos, pero en ella parecen una armadura.

Sus ojos también son oscuros.

—¿Qué quieres, Draven? —pregunta con cierta molestia—. ¿No ves que estoy comiendo?

Su voz es tosca. Rasga cuando emerge.

Draven me coge de la cintura y me obliga a dar un paso adelante.

—He traído algo que deberías ver.

Entonces sus ojos reparan en mí y me alivia percibir que su reacción no se parece a las demás. Ella me estudia con serenidad. Su atención va saltando de un sitio a otro de mi cuerpo: el pelo, los ojos, la boca, las manos, los pies... Y finalmente regresa al puchero.

—No sé cómo lo has hecho, Draven, pero te has superado —dice, y no hay ni pizca de sarcasmo en su voz—. Acabas de encontrar a la princesa Camila, de la Casa Velaryan.

Por un instante, siento que el pulso me abandona y tengo que sujetarme a Draven para no caer.

—¿Cómo...? —Soy incapaz de continuar.

—¿Cómo lo he sabido? —Alza una ceja sin dejar de comer—. Como líder de la Resistencia, es mi deber estar al tanto de todos los movimientos políticos que se producen en el Continente. He sabido que la hermana de la reina Genoveva desapareció hace unos días en un ataque de los hombres de Gorath a la residencia del duque de Taurenhold. Ahora aparece aquí una chica, a todas luces de territorios del sur. Manos finas, sin señales de trabajo físico. Anillos con piedras preciosas en los dedos... ¿Queréis que siga?

Siento las manos de Draven titubear en mi cintura. Lo que sujetan ha adquirido ahora un valor distinto.

Catriona sigue comiendo, como si nada de lo que ha dicho tuviera la menor importancia.

Entiendo enseguida que es inútil que niegue nada. Todo encaja demasiado bien.

—Solicito asilo. —Es lo único que ahora mismo me interesa—. No me devolváis con él.

Catriona suelta una carcajada que hace temblar los cimientos de la construcción.

—¿Devolverte con él? —pregunta, incrédula—. Niña, eso sería lo último que haría. Mis últimos enfrentamientos con su alquimista mayor me han creado mala fama entre sus hombres.

Suelta la cuchara a un lado y por fin deja de prestar atención a la comida. En sus ojos veo un brillo peligroso.

—Pero puedo encerrarte en la Celda y olvidarme de que estás ahí —dice, y durante un instante estoy segura de que es eso lo que hará—. A menos que me cuentes por qué el rey Gorath ha decidido mandar su ejército al Oeste para secuestrar a su princesa.

Su amenaza no admite evasivas... ni silencios.

Mi pulso se acelera. Aquí se decide todo.

Al principio, siento el impulso de decir la verdad, de soltarlo todo: Cráneo, las agujas, la sangre, los experimentos... Pero luego me freno. Recuerdo lo que Lucian me ha dicho que soy: un arma. Aunque todavía no tenga claro de qué tipo. Y en el Continente todos parecen tener sus propios intereses.

Incluida la mujer que tengo delante.

—No puedo responder a eso —digo al final.

Catriona curva sus labios finos y chasquea la lengua.

—Venga, vuelve a intentarlo.

—No lo sé —repito, esta vez con más firmeza—. Los soldados entraron. Escapé... pero me apresaron en la nieve y me condujeron a Vhalzak.

No dejo que mi voz tiemble ni mi vista se desvíe. Estoy diciendo la verdad. Toda la verdad que puedo contar.

—¿Y una vez allí? —insiste Catriona.

—Me confinaron en una habitación, pero no me encerraron como a una prisionera. Me traían comida, me acompañaban a pasear por las murallas...

*Toda la verdad que puedo contar.*

Catriona ladea la cabeza. Siento que está midiendo cada palabra, cada gesto, cada respiración.

—¿Pretendes que me crea que eso es todo?

—Eso lo es todo. —La miro sin titubear. Segura de mí misma. Y repito lo que me dijo Lucian—. Creo que Gorath espera que mi hermana responda; que ataque para rescatarme. Esto romperá la

posición neutral del Reino del Este y encontrará aliados para invadir el Oeste y llegar al Sur... al yacimiento de *materia*. Mantenerme con vida es todo lo que necesita para seguir su estrategia.

La sonrisa del rostro de Catriona se ensancha hasta mostrar los dientes.

—O eres muy lista... —dice—. O estás muy bien entrenada para mimetizarte. Si descubro que mientes, la muerte será el menor de tus problemas.

Draven se remueve inquieto detrás de mí. Por un segundo, creo que va a decir algo más... algo que podría echar por tierra toda mi pantomima. Pero al final se contiene.

—No tengo más tiempo para ti. —Se levanta. Es casi tan alta como Draven—. Hay otros asuntos que requieren mi atención.

Levanta el brazo y nos señala la puerta.

—Pero no te creas que he terminado contigo. —El dedo de su otra mano me señala—. Mandaré a buscarte mañana. Hasta entonces, Draven, está bajo tu protección.

El Morador asiente y tira de mí hacia la salida.

Yo me dejo llevar. Estoy deseando abandonar el escrutinio de esa mujer inteligente.

—Una cosa más —dice antes de que salgamos—. Que nadie sepa quién es. El rey Gorath tiene oídos en todas partes y no podemos fiarnos ni de nuestros propios hombres.

\* \* \*

El aire vuelve a golpearme en cuanto cruzamos la cortina de pieles. La Bestia de Draven espera fuera y, al vernos salir, vuelve a adelantarse para servirnos de refugio. Se abre paso entre la nieve con una facilidad que me resulta casi insultante. He tratado de volver a sentirla, de establecer el vínculo, pero no lo he conseguido. Ese... *destello* es caprichoso y solo parece mostrarse en los peores momentos.

Me ajusto la capa y trato de no perder el equilibrio sobre el suelo helado.

Sigo a Draven a través del asentamiento. No creo que esté muy contento de tener que hacer de cuidador de una desconocida, que además llama la atención por dónde pasa.

Una mujer aparta a su hijo al verme cruzar.

—¿Qué pasa, Draven? —dice un hombre, acercándose. El aire frío de cada palabra se condensa en una nube—. ¿Qué has pescado esta vez en la nieve?

Lleva dibujada una sonrisa de superioridad que dan ganas de borrarla a golpes.

La Bestia gruñe. Está de acuerdo conmigo.

—Un regalo para Catriona —dice sin detenerse—. Se ha mostrado más complacida que con el tuyo de la semana pasada.

La sonrisa del hombre se convierte en una mueca y se queda ahí, farfullando.

Después de eso, nadie más se acerca a hablarnos. Y yo aprovecho.

—Gracias —digo en voz baja, para que solo él pueda oírme.

Draven no responde de inmediato. Avanza haciendo crujir la nieve bajo su peso como si no me hubiera oído.

—Por no decir nada —añado—. A Catriona.

Gira entonces la cabeza, lo suficiente para que sus ojos claros me alcancen por encima del hombro.

—No lo he hecho por ti. —Parece un poco molesto, no sé si por el comentario anterior del hombre o por tener que responsabilizarse de mí—. Esa información es relevante, pero si la hubiera transmitido ahora no habría obtenido ningún beneficio.

No aparta la mirada de la mía cuando añade:

—Ya decidiré cómo usarla para sacarle partido.

No sé si sentirme aliviada o más en peligro que antes.

Atravesamos un tramo más amplio del asentamiento. Las construcciones se separan unas de otras y desembocamos en lo que parece una plaza central. El suelo aquí vuelve a estar reforzado con tablones anchos de madera que crujen bajo nosotros. Varias personas se reúnen alrededor de una estructura más grande que las demás.

Mi atención se fija en ella.

Sobre la entrada, tallado en un tablón de madera oscura, hay un emblema.

Es sencillo. Casi tosco.

Una especie de tallo vertical del que nacen hojas alargadas y curvadas hacia los lados. En la parte superior, una forma cerrada, compacta, como un capullo o una espiga. No es exactamente una flor, pero tampoco otra cosa.

—¿Qué representa? —pregunto, sin apartar la vista.

Draven sigue mi mirada.

—Nuestro símbolo.

—¿Es... —dudo—, una flor?

Él suelta una risa breve, seca.

Nos acercamos un poco más a la construcción, lo suficiente para que yo pueda ver mejor el dibujo.

—Es una rosa de invierno.

La revelación se asienta en mi interior y todo encaja de golpe.

—Entonces... —susurro—. Estamos en un asentamiento rebelde.

Draven menea la cabeza mientras sonrío.

—No nos gusta que nos denominen así —dice, con la vista puesta en el emblema—. Preferimos ser la Resistencia.

Yo alzo los ojos de nuevo hacia la talla.

—Nunca he visto una —digo, con el ceño fruncido—. Una rosa de invierno.

Esta vez sí emite una risa completa. Más clara, divertida.

—Claro que no. —Se apoya en uno de los postes de madera de la construcción y se cruza de brazos frente a mí—. Porque no es una rosa de verdad. Es una idea. Un concepto.

Guardo silencio. Esperando.

—Una rosa —continúa—, es frágil, hermosa, fácil de arrancar. —Hace una pausa—. El invierno aquí, en cambio, lo devora todo. Arrasa. Mata. No deja nada en pie.

Sus ojos se deslizan por mi rostro, estudiando mis reacciones.

—Pero imagina una flor que no se destruye. Que no se marchita. Que, en lugar de morir con el frío, se aferra a la tierra y sobrevive.

El viento levanta un poco la nieve a nuestro alrededor. Subraya sus palabras.

—Eso es una rosa de invierno —concluye—. Algo que no tiene sentido que resista... pero lo hace.

Miro de nuevo el símbolo, y ya no me parece tan simple.

—Así sois vosotros —digo, casi sin darme cuenta.

Draven asiente.

—Débiles frente a Gorath —añade—. Pero lo bastante obstinados como para no desaparecer.

El silencio que sigue no es incómodo. Está cargado de significado.

Draven se separa del poste y vuelve a caminar.

—Ven. Mi refugio está por aquí.

Lo sigo otra vez, pero ahora el asentamiento se siente distinto. Ya no es solo una sucesión de construcciones levantadas sin propósito. Ahora comprendo el desafío. La resistencia.

Más allá de Glasbow hay algo que no está completamente en manos de Gorath. Ni de Corwan. Ni de nadie más. Salvo, quizás, de aquellos que se niegan a desaparecer.

## Draven, el Morador del Hielo

La abertura del refugio se cierra detrás de nosotros y el viento queda fuera, convertido en un murmullo lejano que golpea las pieles tensadas. El cambio es inmediato. El aire aquí dentro es denso, cálido, cargado de ese olor a animal y carne en salazón que ya empiezo a asociar con la supervivencia.

Avanzo unos pasos hasta el centro del espacio mientras Draven desaparece tras otra cortina, en una estancia aledaña. Su Bestia se tumba en la puerta para evitar que el frío se cuele dentro.

El espacio es más pequeño que el de Catriona. El techo es bajo. Íntimo. El mobiliario está reducido al mínimo: apenas una mesa tosca, un par de bancos y pieles amontonadas en un rincón que hacen las veces de lecho.

—No tienes que quedarte de pie —dice cuando regresa a la estancia principal.

Se ha quitado las pieles de la travesía. Debajo luce una especie de casaca cobriza con tachuelas de metal y unos pantalones negros de cuero. Lleva un cinturón sobre la casaca del que cuelga una daga y una bolsa de arpillera.

Su musculatura es fuerte, y me sorprende a mí misma comparándolo con Corwan. El último forcejeo con él vuelve a mi cabeza y siento que el calor incendia mis mejillas. ¿Por qué esto ahora?

Tomo asiento en uno de los bancos y entrelazo las manos sobre las piernas.

—Será mejor que te quites eso —dice, señalando la capa.

Frunzo el ceño.

—Estoy bien.

—No —responde—. Está húmeda. Si te quedas así, enfermarás.

Decido hacerle caso. Después de todo, ellos son los que llevan toda su vida sobreviviendo en el hielo. Me desabrocho la capa y la dejo a un lado. El frío muerde un instante antes de que el calor del refugio lo sustituya.

Draven me mira de arriba abajo y luego sonrío.

—¿Se puede saber qué es eso tan gracioso? —pregunto, molesta.

—Es increíble que hayas aguantado en la estepa con ese cuerpo tan... pequeño.

Me remuevo en el asiento y alzo un poco el mentón.

—Te sorprenderías de las cosas que he resistido —digo, con cierto orgullo.

—Me encantaría escucharlas.

Se acerca a coger mi capa para tenderla y su mano roza sin querer la mía. Tarda en retirarla un instante más de lo necesario. Es un contacto breve, pero que me acelera el pulso. Sin embargo, no es como con Corwan. No es ese choque brutal que me arrasa por dentro. ¿Por qué vuelvo a pensar en él?

—Apenas te conozco —le respondo mientras él todavía está muy cerca—. No voy a contarte mi vida.

—Te la he salvado —dice, como si eso fuera suficiente para exigirme respuestas.

—No —le corrijo. Sus ojos blancos se oscurecen un poco. No parece acostumbrado a que le lleven la contraria—. Tú solo me sacaste de la estepa. Mientras siga en el Norte, mi vida corre peligro.

Draven se aleja hacia el centro del refugio. Hay un agujero horadado en el suelo. Se inclina y golpea las piedras lunares entre sí para activar su brillo. Empieza a anochecer, y las tinieblas se comen el mundo.

—Has dicho que Gorath quiere mantenerte con vida. —Agarra el otro banco y lo gira para sentarse frente a mí—. Eso es más seguridad de la que ninguno de nosotros tenemos.

—¿Y qué crees que pasará si mi hermana no responde y dejo de serle útil?

El silencio se extiende entre nosotros, como la penumbra que comienza a conquistar el refugio.

—¿Lo haría? —En su expresión se dibuja una sombra.

—Mi padre le enseñó que el trono exige sacrificios y que, por encima de todo, ha de ser reina... aún a costa de sus propios intereses.

—Eso es un sí.

Asiento con dolor. Por suerte, el interés de Gorath en mí va más allá de querer quebrantar el equilibrio político del Continente. Si no fuera así, yo ya estaría muerta.

—Lo siento. —Parece sincero—. No hay soledad más grande que cuando la familia te falla.

La Bestia se remueve en la entrada y la mirada de Draven vuelve a nublarse. Deduzco que sabe de lo que habla, pero no es el momento de preguntar. Necesito jugar mis cartas primero.

—Tenéis que ayudarme, Draven. —Me inclino hacia delante, buscando la complicidad de sus ojos—. He de regresar al Oeste. Es la única manera de quitarle a Gorath la iniciativa en la guerra que se avecina.

Él esquiva mi mirada.

—Eso lo decidirá Catriona.

Se levanta del banco y se aparta. Y comprendo que mi oportunidad ha pasado.

—Estarás hambrienta —dice—. Prepararé algo de cenar.

\* \* \*

Draven coloca un cuenco entre nosotros. Humea. Algo espeso, oscuro, y con un olor fuerte que me recuerda a carne colgada del techo. Me ofrece una cuchara. Creo que quiere que ambos comamos del mismo cuenco.

Experimento una sensación de rechazo, pero luego mi estómago ruge y comprendo que ahora estoy lejos de los finos modales de la corte. Que, si quiero seguir sobreviviendo, tengo que adaptarme.

Mete él primero la cuchara y luego sigo yo. Me sorprende lo sabroso que está. En las condiciones tan extremas en las que viven, tiene que resultar complicado conseguir materias primas con las que llenar las ollas.

—Está muy bueno.

Él alza la cabeza y sonrío.

—Si crees que alabando mis platos vas a conseguir que te ayude, estás muy equivocada.

Sonrío también.

—Me has pillado. —Tomo un par de cucharadas con avidez. Ya casi se me ha olvidado que compartimos cuenco—. No, en serio. De lo mejor que he probado últimamente.

—Teniendo en cuenta que vienes de Vhalzak, me lo tomaré como un cumplido.

El rumor apresurado de unas voces en el exterior interrumpe la conversación.

La Bestia de Draven se incorpora de golpe en la entrada. Sus músculos se tensan, en alerta.

Draven ya está de pie.

—Quédate aquí.

Por supuesto... no lo hago.

Cuando él aparta la cortina de pieles, el frío entra de golpe... y yo salgo tras él.

El movimiento del asentamiento ha cambiado y ahora converge hacia la plaza central. Sombras que se desplazan deprisa portando antorchas, voces que se alzan, expectación...

—Han vuelto —murmura alguien a mi lado.

Avanzo junto a Draven.

Entonces los veo. Una partida de jinetes emerge entre la nieve, atravesando la pasarela de madera sobre el pantano congelado. Caballos oscuros, cubiertos de escarcha, resoplando vapor. En sus lomos van hombres y mujeres tan envueltos en pieles que es difícil avistar una parte de sus cuerpos. Solo se distingue el brillo de sus armas: cimitarras curvadas.

Frenan sus caballos en la plaza y el sonido de los cascos se apaga.

Catriona aparece desde su refugio. Se acerca sin prisa. Todos se apartan cuando ella pasa. Y se planta frente a los jinetes.

Uno de ellos desmonta.

No es excesivamente alto, aunque sí ancho de hombros. Cuando se desprende de la capucha y de la tela gruesa que le protege la mitad inferior del rostro, veo la cicatriz que le cruza la mejilla y desaparece bajo el cuello de la casaca. Sus ojos pequeños recorren el asentamiento con rapidez antes de detenerse en Catriona.

—Hukus —dice ella.

Él inclina apenas la cabeza.

—Catriona.

No hay muestras de afecto en el saludo.

Hukus se limpia el vapor condensado de la respiración de su rostro.

—¿Cómo fue la incursión? —pregunta la líder.

—Creo que hemos conseguido sortear la vigilancia de Glasbow.

Catriona levanta las cejas. Parece que no acaba de creerse lo que oye.

—Si nos damos prisa, podemos enviar una comitiva al Oeste. — El corazón me da un vuelco. Tengo que convencerles para que me dejen ir con ellos—. Ahora están demasiado ocupados con otra cosa.

—¿Qué cosa? —Catriona entrecierra los ojos.

Hukus sonríe y el destello que se enciende en sus ojos no es agradable.

—Gorath ha perdido algo.

El murmullo que se enciende no consigue acallar el latido nervioso que resuena en mis oídos.

—¿El qué? —pregunta alguien entre la multitud.

—No lo sé —responde Hukus—. Pero es importante. Sus hombres están por todas partes. Registrando, destruyendo, rebuscando... pero nadie sabe de lo que se trata realmente. —Hace una pausa—. Se dice que está desesperado.

Siento la mirada de Draven posarme un instante sobre mí. Luego creo que Catriona le va a hablar sobre mí, pero no lo hace.

—Esta distracción puede ser nuestra oportunidad de enviar un mensaje de ayuda al Oeste —añade Hukus.

Catriona asiente.

Una potente ráfaga de viento agita el asentamiento. Draven me ofrece su capa para que me proteja, pero no es suficiente. Las estalactitas que cuelgan de los aleros tiemblan y varias de ellas caen. No dañan a nadie, pero una de ellas se clava a un centímetro de los cascos de un caballo.

El animal se asusta y se encabrita. El jinete cae al suelo, sorprendido, y el caballo sale disparado hacia adelante. Desbocado.

Y viene directo hacia mí.

El pánico se extiende en oleadas por mi cuerpo. Si nadie lo detiene, me aplastará. Y esta vez no habrá manos que me sujeten. No habrá nadie que me aparte de un empujón. El mundo se reduce al sonido de sus cascos golpeando la madera y a la masa de músculo que se precipita hacia mí.

Antes de conseguir pensar siquiera en apartarme, el tirón estalla en mi pecho. Esa grieta que me conecta con el cosmos y que aún no entiendo de dónde viene.

Suspiro profundo, con toda la calma que soy capaz de encontrar, y cierro los ojos.

Entonces, lo alcanzo. Entro en él.

Como si su *miedo* y el *mío* fueran el mismo.

*Confusión.*

*Un latido salvaje.*

—Tranquilo —susurro, aunque no sé si lo digo en voz alta o solo dentro de mí.

El impacto no llega.

Abro los ojos.

El caballo está a escasos centímetros de mí. Sus cascos se han clavado en la madera. Su cuerpo tiembla. Su respiración sigue agitada, pero ya no está descontrolada.

Sus ojos me miran con calma.

Un silencio expectante cae sobre la plaza. Nadie se mueve. Nadie respira.

—¿Qué...? —murmura alguien.

El caballo baja la cabeza, despacio, y se acerca. Como si quisiera tenderme sus riendas.

Yo retrocedo, en parte asustada por lo que acaba de pasar. En parte no.

Entonces el mundo vuelve en forma de un estallido de murmullos. Las miradas caen sobre mí, una tras otra.

La más afilada siento que procede del centro de la plaza. Hukus me observa con una curiosidad que se clava en mi retina.

La voz de Draven se cuela en mitad del caos, cerca de mi oído.

—Si lo que querías era salir de aquí —dice—. Acabas de lograr justo lo contrario.

## 20

### Celebración

La bienvenida a los jinetes se convierte rápido en una especie de celebración. En el edificio central, al amparo de la Rosa de Invierno, se han encendido varios braseros y el humo asciende en columnas densas hasta el techo de madera. El olor a carne asada se mezcla con el de la nieve húmeda y el sudor de los caballos.

Es una fiesta por el éxito de su regreso. Por el camino que han abierto hacia el Oeste.

Yo también celebro en mi interior. Es la mejor oportunidad que tendré para volver a casa. Solo tengo que conseguir convencer a Catriona de que me deje marchar con la partida que viaje al Oeste a pedir ayuda. Saben que soy la hermana de Genoveva, nadie mejor que yo para interceder por ellos ante la reina.

Draven no se separa de mí mientras la construcción empieza a llenarse. Su mano permanece cerca, no sobre mí, pero lo suficiente para hacerme saber que está ahí si lo necesito. O si alguien más se acerca demasiado.

Nos movemos hacia uno de los braseros. Una mujer menuda — la primera que veo que mide menos de metro ochenta en este lugar — vierte un líquido oscuro en copas de madera que pasan de mano en mano. Hay risas, empujones, voces que se elevan por encima del crepitar de las brasas. Durante un rato, todo parece normal.

Sin embargo, no lo es.

Cada vez que alguien repara en mi presencia, su gesto cambia. Las reacciones son diversas: curiosidad, sorpresa, desconfianza,

hostilidad...

No les culpo. Yo reaccionaría igual en su situación.

—¿Quién es? —oigo a mi espalda.

Alguien me tiende una copa llena de ese líquido oscuro. La acepto por cortesía. El calor me quema las manos a través de la madera.

Me vuelvo a la vez que Draven.

Una chica de mi edad —quizás un poco mayor— está plantada detrás de nosotros. Lleva el pelo negro recogido en varias trenzas pequeñas pegadas a la cabeza. Sus ojos son oscuros, vivos, curiosos. Tiene una marca oscura en el labio inferior que aumenta su atractivo salvaje.

—¡Helena! —dice Draven con entusiasmo mientras le golpea el brazo con familiaridad—. Ya oí que la campaña fue todo un éxito.

—Todas lo son desde que te retiraste para dedicarte a cazar —responde ella.

—Rata desagradecida —Draven sonríe—. Fui yo quien te enseñó todo lo que sabes.

Ella sonríe de vuelta y entonces me mira. Sin disimulo.

—¿Esto es lo que encontraste en el hielo esta semana?

Me tenso ante su escrutinio descarado.

—Se llama Camila —dice Draven antes de que yo pueda hablar.

—De la Casa Velaryan —puntualizo ofreciéndole la mano.

Ella no pierde su sonrisa.

—Yo soy Helena —dice, estrechándomela—. Lamento no tener una Casa con la que adornar mi nombre.

Enseguida me arrepiento de mi actitud. No quería ser arrogante, solo expresar que me había molestado que Draven hablara por mí.

—He visto lo del caballo —añade—. Ha sido excepcional. ¿Os enseñan a hacer eso en las Casas nobles?

Detecto la ironía, pero decido no corresponder. Después de todo, he sido la primera en importunar con mi comentario.

—No ha sido nada —respondo.

Ella arquea una ceja.

—Claro.

El silencio que sigue es breve, pero incómoda.

—Ten cuidado —dice al final, bajando un poco la voz—. Aquí no nos gustan las cosas que no entendemos. —Después devuelve la vista hacia Draven y levanta su copa—. Voy a por un poco más de *kürsh*. Regreso enseguida.

La sigo con la mirada mientras se pierde entre la gente.

—No parece que le haya caído bien —murmuro.

—Te aseguro que no le caes mal —responde Draven—. Solo está pensando en cuánto podrías complicarnos la vida.

Eso no me tranquiliza.

—¿Ella y tú... sois pareja?

Draven arquea una ceja.

—¿Te interesa?

Siento una oleada de calor ascender desde el pecho hasta mis mejillas. Me ruborizo.

—No... o sea... —me trabo—. No quería entrometerme...

—Tranquila —dice, pero la sonrisa que se dibuja en su rostro hace de todo menos tranquilizarme—. Lo intentamos un tiempo, pero no salió bien.

Tampoco eso me resulta un consuelo.

El ruido aumenta cuando varias personas se acercan al brasero central. Entre ellos distingo a Hukus. Se ha quitado parte de las pieles y ahora se le ve mejor. Lleva el pelo cenizo recogido en una coleta con los laterales rapados. Tiene símbolos tatuados debajo, pero en la distancia solo distingo el emblema de la Rosa de Invierno. La cicatriz de su rostro parece aún más profunda a la luz de las antorchas.

Habla con Catriona.

Están demasiado lejos para oír lo que dicen, pero no hace falta. Sus posturas lo dicen todo. Evaluación. Estrategia. Decisiones...

En un momento dado, Hukus alza la vista y me encuentra.

Aparto la mirada. No quiero llamar su atención, aunque temo que ya sea un poco tarde para eso.

De reojo, veo cómo se vuelve hacia Catriona y le dice algo al oído. Ella también se gira hacia mí. Noto sus ojos clavarse como agujas afiladas.

Alguien empieza a cantar al otro lado de la plaza. Es una melodía que ya conozco y que me trae un recuerdo doloroso. Los demás le siguen poco a poco. Las voces se suman. Algunas afinadas y otras no tanto, pero juntas crean algo... fuerte. Unido.

Resistente.

*Donde el trigo besa el viento,  
y el sol cae sobre el mar,  
hay un nombre que me llama...  
y no me deja olvidar.*

*Si la noche cierra el camino,  
si la nieve cubre el hogar,*

Y por fin, escucho cómo termina la canción y siento que algo en mi corazón se enciende.

*seguiré la voz que arde...  
hasta poder regresar.*

Cuando la melodía cesa, miro a mi alrededor. Veo rostros sonriendo, compartiendo bebida. Tocándose los hombros. Celebrando haber sobrevivido un día más.

La Rosa de Invierno.

Frágil... y obstinada.

—¿Siempre es así? —pregunto en voz baja.

—Solo cuando no hay bajas —dice—. Ven, sentémonos ahí un rato.

El calor de las brasas me alcanza en la cara, aunque por dentro sigo sintiendo el frío de sus miradas.

A nuestro lado hay un hombre pelirrojo, de barba densa y pecas sobre la nariz, que habla con otro más corpulento y de tez morena.

—Que el invierno sea largo —saluda Draven.

—Más que el miembro de nuestro Señor —ríe el pelirrojo—. Vienes bien acompañado.

—¿Quién eres? —me pregunta el hombre moreno sin ningún tipo de pudor.

—Mi nombre es Camila —me presento, y esta vez omito nombrar mi Casa—. Procedo del Oeste.

—Yo soy Hugho, Camila del Oeste; y el pelirrojo es Gregory. Acércate al fuego, echarás de menos el calor de tu tierra.

—Gracias.

Si alguno de los dos ha presenciado el incidente con el caballo, se cuidan de mencionarlo. Y yo se lo agradezco en silencio.

Helena regresa y se sienta con nosotros.

—¿Todavía no has bebido? —Señala mi copa.

Tomo un trago. El calor me baja por la garganta y se expande por el pecho con una intensidad inesperada. Es más fuerte de lo que parecía y el sabor a especias no ayuda a que pase mejor. Me hace entrecerrar los ojos un instante.

—Así se hace —ríe Gregory, divertido.

—Cuidado que puede dejarte en el suelo —añade Hugho.

Helena le da un codazo.

—No le hagas caso. Este tiene un aguante ridículo.

—Eso lo dices por aquella vez que me caí —protesta.

—No lo decía por el alcohol —dice ella con una sonrisa traviesa.

Las risas estallan a nuestro alrededor. Son contagiosas. Por un momento, incluso yo sonrío, aunque no estoy segura de haber entendido el chiste. El calor de las brasas, la bebida, las voces... todo crea una peligrosa ilusión de normalidad.

De pertenencia.

Draven me observa de reojo. Y sonrío también.

Helena da un trago largo a su copa y se limpia la boca con el dorso de la mano.

—Entonces, Camila —dice, apoyando los codos en las rodillas—. ¿Cómo has acabado aquí?

La pregunta parece inocente, pero, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, no lo es.

—Tuve que huir —respondo.

Hugho resopla.

—Entonces, bienvenida. Todos tuvimos que huir de una manera u otra.

Se produce un instante de silencio en el que todos inclinan un poco la cabeza.

—Querían obligarme a luchar —dice Gregory—. Por el rey, exclamaban. Pero para mí no hay más rey que mi hijo ni más reino que mi hogar. Tuve que escapar con mi familia para poder preservar ambos. Catriona nos dio cobijo y respetó mi decisión de no luchar. Le estaré por siempre agradecido.

Brinda al aire y vacía su copa en la garganta.

—Sois desertores —digo, y al instante me doy cuenta de lo que implica esa palabra aquí.

Gregory escupe a las brasas, que chisporrotean.

—No se puede desertar de un rey que no se preocupa por su pueblo —responde con aspereza.

Hugho se inclina un poco hacia delante.

—Desde que la *materia* comenzó a escasear, el único interés del rey Gorath ha sido encontrar nuevos yacimientos donde extraerla. Ni a él ni a su hermano, el Azote del Norte, les ha importado expulsar a gentes de sus tierras, instigar guerras civiles entre Casas para controlar su tráfico, mandar incursiones a los bosques de Faerín para robarla... Están obsesionados.

—Pero... ¿por qué? —No me resisto más a preguntar.

—Porque es la base de su vida inmortal —responde Helena. Posa sus ojos en mí y no los aparta—. La *materia* es la sustancia fundamental para practicar Alquimia. Y es el dominio absoluto de la Alquimia lo que les ha granjeado esa larga vida de la que no quieren desprenderse.

—Pero la *materia* se agota —le complementa Hugho—. Y el rey comienza a ponerse nervioso... violento. Será capaz de cualquier cosa por conseguirla. Incluso condenar a su pueblo a la pobreza y la extinción.

—Llámanos desertores si lo prefieres —dice Gregory con acritud—. Aunque hasta hace no tanto todos amábamos a nuestra tierra y a nuestro rey. Incluso el radical Hukus fue un fiel soldado... Pero todos abrimos los ojos a la verdad: a Gorath solo le interesa su supervivencia, aunque tenga que pasar por encima de la nuestra.

—Y haremos todo lo posible por impedirlo —Draven alza su copa y el resto lo imita.

—Por la Rosa de Invierno —dice Gregory.

—Por la Rosa de Invierno —responden los demás.

Beben. Y yo les imito.

El líquido arde esta vez menos. O quizás soy yo la que ha dejado de resistirse.

Levanto la vista.

Al otro lado del refugio, calentándose en otro brasero, Hukus me sostiene la mirada.

Las brasas chisporrotean entre nosotros. Y tengo la desagradable sensación de haber cambiado una jaula por otra, aunque tengo la esperanza de que esta sirva para protegerme.

\* \* \*

El aullido del viento y su gélida temperatura nos golpean al salir del edificio.

El calor del *kürsh* sigue recorriéndome por dentro y atenúa todas las sensaciones: el frío, el crujir de la nieve bajo mis pies... incluso mis propios pensamientos.

Camino junto a Draven sin darme cuenta de que me acerco más de lo necesario. Su cuerpo actúa como un muro contra la ventisca, igual que su Bestia unas horas antes. Es... agradable.

—Cuidado —dice, sujetándome del brazo cuando resbalo sobre la plataforma de madera—. No quiero tener que recogerte del suelo.

—No estoy ebria —respondo enseguida.

Él arquea una ceja.

—Claro que no.

Su tono me molesta.

—Es que no estoy acostumbrada.

—Se nota —ríe entre dientes.

Sigo caminando más erguida, como si eso fuera a demostrar algo. Pero al dar el siguiente paso, mi pie vuelve a fallar. Tampoco llego a caer porque esta vez su mano me rodea la cintura y me sujeta.

El contacto me recorre entera.

Es menos violento que con Corwan, pero no menos intenso.

Levanto la vista. Sus ojos claros me observan desde muy cerca.

—Te tengo —dice.

Aparto la mirada para que no vea que me ruborizo de nuevo.

—Gracias.

Retira la mano despacio. No parece tener claro que deba hacerlo.

El asentamiento se va a apagando a nuestra espalda. Las voces se vuelven más lejanas, hasta que solo queda el sonido del viento y el de nuestros pasos sobre la nieve.

—Draven —digo al cabo de unos segundos.

—¿Hm?

Dudo un instante, pero el alcohol me empuja.

—¿Por qué estás aquí?

—Vivo aquí —responde sin mirarme.

—Sabes que no me refiero a eso.

Espero la respuesta, pero no llega. Sus pasos no se detienen, aunque algo en su postura cambia.

—Siempre he escuchado que los Moradores del Hielo sois muy fieles a Gorath —continúo—. Casi... radicales.

Él suelta una risa breve, sin humor.

—Se dicen demasiadas cosas sin saber.

—¿No es cierto?

Se detiene y me obliga a hacerlo también. El viento pasa silbando entre nosotros.

—Lo era, sí —dice al fin. Hay algo en su voz que me hace contener la respiración—. Todos lo éramos.

Sus ojos se pierden un instante más allá de mí. En la oscuridad del pantano que nos rodea.

—Desde que nacemos nos enseñan que el rey es quien mantiene el equilibrio. Que él nos protege y nos da nuestro poder. —Hace una pausa—. Y durante mucho tiempo... fue cierto.

Le cuesta seguir. Hay una tormenta de sentimientos rugiendo tras sus ojos blancos.

—¿Qué cambió? —le animo a seguir.

Su mandíbula se tensa.

—Ya lo sabes... La *materia* empezó a escasear... y Gorath dejó de ser un rey.

Sus ojos vuelven a los míos.

—Para encontrar nuevos yacimientos empezó a destinar hombres y recursos allí donde todavía no había llegado nadie —dice—. A los confines del Continente. Tan al norte que hasta la sangre se congela.

Su voz baja de intensidad. Se vuelve oscura.

—Al hogar de los Grizzlies.

Un escalofrío me recorre.

—Esas enormes bestias no atacan si no se les molesta —continúa—. Hacía milenios que ninguna de ellas se dejaba ver por los territorios habitados.

Hace una pausa.

—Pero él las molestó.

El viento aúlla entre las construcciones.

—Arrasó su territorio —dice—. Excavó. Destruyó. Mató.

Cierro los ojos un instante y dejo que su dolor cale en mí. Ya conozco esa historia. La he leído mil veces en los libros de Historia. Con otras palabras. Con otros actores. Pero el mismo resultado.

—Y entonces... bajaron hacia nosotros. —Sus palabras provocan que se me erice la piel—. Atacaron la Comunidad... y no estábamos preparados.

Me sorprende la entereza de su voz.

—Murieron muchos... Familia... Amigos.

Aprieto los puños dentro de la capa.

—Lo siento.

Draven niega con la cabeza.

—¿Sabes qué me duele más que sus muertes?

Aguardo con el corazón encogido, sabiendo que está a punto de abrirse en canal; que lo que viene a continuación no es solo la narración de lo que ocurrió, sino lo que de verdad le ha empujado hasta este asentamiento.

—Que los demás no quieren verlo —dice—. Les resulta más fácil seguir creyendo en lo que siempre han creído que aceptar que las

cosas han cambiado.

Asiento despacio.

—Que se ha vuelto un tirano... —digo—. Y nadie se atreve a decirlo en voz alta.

Una sombra cruza su expresión.

—Las costumbres ciegan —añade—. Y el miedo hace el resto. Cuando hablé y dije lo que pensaba, me acusaron de estar traicionando a mi gente.

Una sonrisa amarga aparece en sus labios.

—Supongo que tenían razón.

—No —digo, firme—. Tan solo tratabas de abrirles los ojos.

Me mira con sorpresa. Parece extrañarle que piense así. Supongo que para él solo soy una princesa que no sabe nada del sufrimiento del pueblo. Por suerte para él, llevo algunas lecciones aprendidas.

Y no sé qué me asusta más, que Gorath sea así... o ver en sus actos la sombra de las decisiones de mi hermana.

—El caso es que me fui. —Reanuda la marcha.

—Y ahora estás aquí.

—Ahora estoy aquí.

No añade más. Tampoco hace falta.

Llegamos a su refugio. La Bestia se levanta al vernos y se aparta lo justo para dejarnos pasar. El calor nos envuelve de nuevo al cruzar la cortina de pieles.

Me tambaleo ligeramente por el cambio drástico de temperatura.

Draven me sujeta otra vez y me guía hasta el lecho de pieles. Me ayuda a quitarme la capa, a sentarme... y se inclina un poco para acomodar las pieles a mi alrededor. Su rostro queda muy cerca del mío. Siento su respiración en mi cuello y el calor vuelve a recorrerme.

Sé que el alcohol del *krüsh* tiene algo que ver, pero no es solo eso. También es su proximidad, que enciende en mi cuerpo sensaciones que estaban dormidas hasta que Keira las activó en aquella habitación en Glasbow...

—Descansa —dice.

Su voz es más suave que antes. Un ronroneo.

Algo en mí se agita queriendo salir. Explotar.

Alzo la mano y rozo su mejilla.

Él se queda inmóvil y el aire entre nosotros fluye lento... como si el mundo esperara.

Me inclino y lo beso. Es torpe. Breve. Pero suficiente para sentir el contacto de sus labios cálidos, firmes... sorprendidos.

Y entonces, la luz cambia. Ya no es su boca. Ni su rostro. Ni sus ojos. Por un instante, no veo a Draven sino a Corwan. Su mirada oscura, ardiente, hambrienta.

Retrocedo de golpe, dejando salir todo el aire de mis pulmones.

—Lo siento... —susurro, confundida.

Draven se aparta también, avergonzado.

—No, discúlpame a mí. Me dejé llevar. —Se levanta, pero tarda un segundo más de lo necesario en girarse—. Creo... el *krüsh*... me ha afectado.

Se aleja y desaparece tras la cortina de la estancia contigua.

Me dejo caer sobre las pieles, incapaz de aguantar nada más. El mundo da vueltas. El calor. El frío. Las miradas. Todo se mezcla.

Cierro los ojos, y lo último que siento antes de quedarme dormida no es el beso. Es esa mirada.

La de Corwan.

Siguiéndome incluso hasta aquí.

No es el sol lo que me despierta, sino el frío filtrándose entre las pieles y una presencia que me incomoda. Durante un instante creo que sigo soñando, que la mirada de Corwan continúa ahí, acechando... pero cuando abro los ojos, lo que encuentro es otra cosa.

Helena.

Está de pie junto a la entrada del refugio, con los brazos cruzados y una expresión mitad curiosa, mitad evaluación constante.

No hay ni rastro de Draven. Debe seguir durmiendo en la habitación contigua.

—Catriona quiere verte.

No hay saludo. Tampoco opción.

Me incorporo despacio. La cabeza protesta por la ingesta de *krüsh* del día anterior.

—¿Ahora?

—Ahora.

No espera respuesta. Se gira y aparta la cortina de pieles.

No me queda otra que seguirla.

\* \* \*

El asentamiento ya está en marcha.

El humo asciende en columnas finas desde varios puntos, las voces se cruzan dando órdenes, las botas resuenan sobre la nieve. Helena avanza sin detenerse y yo la sigo unos pasos por detrás.

Avanza con paso firme, obligándome a apresurarme para no quedarme atrás. Atravesamos un lateral del asentamiento que no había visto aún. Está menos transitado y tiene un aspecto más funcional.

A nuestra derecha hay una hilera de casetas de madera, reforzadas con hierro, de donde procede un gruñido grave, profundo.

Me detengo.

En el interior se mueven sombras enormes.

—¿Qué es eso? —pregunto, aunque en mi interior ya lo sé... Los estoy *sintiendo*.

Helena ni siquiera reduce el paso.

—Grizzlies.

Me acerco un poco más, incapaz de evitarlo.

Por la pequeña abertura que sirve de puerta, atino a vislumbrar parte de su contorno. Es fácil adivinar el resto. Son colosales.

Sus cuerpos son masas de músculo cubiertas de un pelaje blanco y espeso. Sus cuatro patas terminan en unas enormes garras capaces de partir a un hombre por la mitad. En sus ojos no veo el brillo de reconocimiento o de cierta inteligencia que hay en la Bestia de Draven, solo hay furia.

Aun así... los percibo. Si me concentro mucho...

Encierro.

Rabia.

Impotencia.

Uno de ellos se lanza contra el cercado que protege las puertas y me saca del trance. La estructura cruje y el impacto resuena en mis huesos.

Retrocedo un paso por miedo.

—Tranquila —dice Helena, aunque su tono indica lo contrario—. No pueden salir.

—¿Por qué los tenéis aquí? Son peligrosos.

Ella se detiene entonces y se gira hacia mí.

—Queremos usarlos.

—¿Usarlos?

—Como monturas.

Mi ceño se frunce.

—Son salvajes.

—Es obvio —responde, seca—. Pero tenemos que intentarlo.

Se vuelve hacia el cercado.

—Gorath tiene a los Moradores del Hielo y a sus Bestias. Nosotros necesitamos algo que equilibre eso.

Observo de nuevo a las criaturas. No hay nada en ellas que sugiera obediencia. Ni siquiera una mínima posibilidad.

Las he sentido. Hay demasiada furia, demasiado malestar en ellas para dejarse domesticar.

—No lo vais a conseguir —digo.

Helena esboza una sonrisa ladeada.

—Eso parece.

El grizzly vuelve a embestir el cercado. Y seguimos caminando.

Un poco más allá, cuando las casetas acaban, me sorprende de descubrir en el suelo un color que no es el blanco.

Tierra oscura, removida. Fértil. Hay varias personas trabajando agachadas, con telas protegiendo su nariz y su boca, arrancando plantas con raíces largas y retorcidas.

Me detengo de nuevo.

Percibo cierto calor que emana del suelo y también un olor fuerte y desagradable. Helena se da cuenta de mi expresión de extrañeza y curiosidad y se acerca a mi lado.

—La ciénaga de debajo —dice—. Respira.

Me giro hacia ella con el interrogante pintado en la cara.

—Emite gases —aclara—. Calor. En esta zona el suelo nunca llega a congelarse del todo.

Miro los brotes verdes que recogen las personas que trabajan en la tierra. Todo cobra sentido.

—Por eso crece algo.

Helena asiente.

—Ahí abajo las cosas siguen pudriéndose y eso alimenta la tierra.

A un lado veo un montón de raíces que han sido arrancadas y parecen a punto de ser desechadas. Me acerco un poco y distingo su particular forma, casi humana.

Mandrágoras.

—¿Por qué están aquí? —pregunto.

—Envenenan el resto de cultivos.

Parpadeo.

—Pero tienen más cualidades.

Helena se encoje de hombros.

—No nos sirven para nada.

Miro cómo otra más es arrojada al montón, sin cuidado.

\* \* \*

El refugio de Catriona tiene más luz que la última vez, a pesar de que el ambiente que percibo al entrar es un poco más tenso.

La cortina de pieles se cierra a mi espalda y Helena se queda al otro lado. El sonido del exterior desaparece y ya solo quedo yo frente a mi destino.

Catriona está sentada en el mismo banco que el día anterior, solo que esta vez no hay olla junto a sus pies.

Hukus, apoyado en el banco detrás de ella, juega de forma distraída con una daga entre los dedos.

Me siento un poco intimidada por sus miradas. Me evalúan.

—Espero que hayas tenido tiempo de reflexionar. —La voz de Catriona llena el refugio—. Y de comprender que no puedes seguir mintiéndonos.

No digo nada. Prefiero esperar a ver hacia dónde dirige la conversación.

—Voy a preguntártelo otra vez. —Su tono no es agresivo, pero sí firme—. ¿Por qué Gorath te mantiene viva bajo su protección?

Suspiro. Esa pregunta es un callejón sin salida. No puedo darles más de lo que ya les conté ayer. Cuando empiezo a hablar, Catriona me corta.

—A Hukus le han informado de que viajabas con la hija de Gorath, el alquimista al que llaman Cráneo y lord Corwan —añade—. No es precisamente una comitiva cualquiera.

Veo que en el rostro del jinete se dibuja una media sonrisa ladeada.

—Curiosa compañía para alguien que solo es una herramienta política. ¿Por qué estabais en Glasbow?

Respiro hondo. Podría seguir esquivando preguntas con negativas y medias verdades, pero no me lo van a permitir. Tengo que darles algo que sea verdad, algo con lo que calmar su curiosidad y desviar el foco de atención.

—Querían dejarme bajo la protección del conde Zuma, pero Corwan lo asesinó.

Hukus alza una ceja.

—¿Por qué?

Aquí va mi verdad.

—El conde intentó sobrepasarse con Keira y conmigo; y Corwan se volvió loco. Lo mató a golpes.

Hukus se inclina sobre Catriona.

—Esa es una información muy valiosa —dice—. Podríamos utilizarla para desestabilizar a sus soldados.

La líder entrecierra los ojos y me mira con atención.

—¿Me crees tan estúpida como para contentarme con esto? —Suelta con aspereza—. Sigues sin responder a mi pregunta. Y sé que hay algo más que me ocultas. —Se golpea la nariz con el índice—. Lo huelo.

Inclino la cabeza hacia abajo para ocultar mi decepción.

—Lo que Gorath pretenda de mí no debería importaros —me atrevo a decir.

Alzo la cabeza para mirarla a los ojos con renovada determinación.

—Tenéis ante vosotros una oportunidad única para aseguraros el apoyo del Oeste. Si me dejáis formar parte de la nueva incursión...

Ambos reaccionan de golpe.

—No —responde Catriona de inmediato.

—Claro —añade Hukus—. La princesa aparece, nos ofrece salvarnos y encima quiere elegir cómo hacerlo. Qué generosa.

—Escuchadme...

—Ya lo hemos hecho —corta ella—. Y la respuesta es no. No podemos arriesgarnos a que vuelvas a caer en las manos de Gorath... sea lo que sea lo que quiere de ti.

Aprieto los puños bajo las pieles.

—Creo que no estáis viendo el potencial real de enviarme de regreso al Oeste —insisto—. Soy la hermana de la reina. ¿Lo olvidáis? Cuando vea que me habéis devuelto sana y salva, y que sus problemas diplomáticos han desaparecido, accederá sin dudarlo a ayudaros.

—O se olvidará de nosotros porque, tú lo has dicho, sus problemas diplomáticos habrán desaparecido —dice Catriona—. Prefiero que piense que sigues con Gorath para que lance una ofensiva contra él.

—¿Y sumir al Continente en un largo conflicto que no beneficiará a nadie?

La pregunta queda suspendida en el aire y, por la forma en la que Catriona se remueve en su asiento, sé que ha surtido efecto.

—¿Y por qué deberíamos creer que intercederás por nosotros ante Genoveva? —Hukus releva a Catriona.

—Porque comparto vuestra causa.

Hukus suelta una carcajada seca y se lleva una mano al pecho. En uno de sus dedos reluce un anillo de oro con un emblema que no distingo desde mi posición.

—Claro. La princesa sureña se vuelve rebelde. Muy convincente.

—He visto el precio real de las decisiones de Gorath. Cómo convierte a las personas en recursos... cómo valora la vida en función de lo que puede extraer de ella. Un hombre que necesita destruir todo lo que le rodea para seguir en pie no puede ser rey, y ha de ser eliminado.

Hukus ha dejado de sonreír.

—Pero si el Oeste interviene de forma directa y el Este se posiciona junto a Gorath —añado—, será una catástrofe y morirá mucha más gente. La única forma de ganar es desde dentro, sin permitir que el conflicto escale.

Miro a Catriona.

—Y para eso necesitáis el apoyo discreto de mi hermana... y yo os garantizo que seré igual de persuasiva con ella.

Silencio.

Noto que algo ha cambiado. En el gesto de Hukus ya no hay sarcasmo ni condescendencia. Catriona se acaricia el mentón, pensativa.

—Dejadme demostraros mi compromiso —digo, aprovechando la duda—. Antes de que perdáis esta oportunidad.

—O podríamos simplemente no arriesgarnos —dice Hukus—. Nadie echaría de menos a una princesa muerta en la nieve.

Sin embargo, Catriona alza la cabeza y se muestra interesada.

—¿Qué nos propones?

—Seros útil —respondo—. Los grizzlies.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué pasa con ellos?

—No conseguís domesticarlos, ¿no es cierto?

Ambos asienten, expectantes.

—Pero podéis influir en ellos... con las mandrágoras.

Catriona alza la mirada interrogante hacia Hukus y el jinete se la devuelve.

—Las estáis arrancando —continúa—. Pero si realizáis infusiones con ellas, podríais alterar el comportamiento de las bestias. Calmarlas. Reducir la agresividad. Ensayar patrones de conducta con ellos.

Hukus entrecierra los ojos.

—¿Quieres drogar a esas cosas?

—Quiero daros una oportunidad.

El silencio se instala. Largo. Lleno de posibilidades.

—No sé si puedo confiar en ti —dice Catriona—. Pero sí me doy cuenta de que tienes ideas demasiado valiosas para ignorarlas.

Se levanta.

—Te doy una semana.

Mi pulso se acelera.

—Si en una semana has logrado que esas bestias nos obedezcan, partirás con la comitiva hacia el Oeste.

Hukus sonríe.

—Si no te matan ellas antes.

Ignoro el comentario y me doy la vuelta hacia la salida.

Cuando aparto la cortina de pieles, el frío vuelve a golpearme... pero la partida acaba de cambiar de rumbo.

Detrás de mí, ya no soy considerada una amenaza.

Soy una apuesta.

Y ahí fuera me espera una jaula llena de bestias que podrían despedazarme. O darme el billete de vuelta a casa.

—Vaya cara.

La voz de Helena me devuelve a un mundo más liviano. Un sitio donde moverse o decir algo fuera de lugar no tiene una repercusión política.

Está sentada en una especie de caja de madera, enfrente del refugio de Catriona. Parece que lleva esperando ahí todo este tiempo.

—¿Has oído lo que hemos hablado?

Tiene una manzana verde en la mano. Se la lleva a la boca y le da un sonoro mordisco.

—Solo lo que me interesaba.

Se incorpora y me lanza otra manzana. Pero temo que no soy demasiado hábil para estos juegos y acaba en el suelo. Me agacho a recogerla.

—No todos los días Catriona apuesta por alguien que acaba de llegar —le oigo decir—. Salvo cuando cree que puede ganar algo a cambio.

No tengo claro si es un cumplido o una especie de advertencia.

—No creo que sea una apuesta.

Me acerco la manzana a la boca y también le doy un mordisco. Está bastante insípida, pero mi estómago lo agradece. Aún no he desayunado.

Un ruido de pasos urgentes interrumpe la conversación.

Draven aparece entre las construcciones, con los dientes apretados y la tensión marcada en cada músculo de su cuello. No se detiene hasta plantarse frente a Helena.

—No puedes llevártela así. —El tono con el que le habla a Helena no deja lugar a dudas. Está furioso—. Está bajo mi protección.

—Tranquilo, león —. Arquea una ceja—. Es toda tuya.

Draven se vuelve hacia mí mientras Helena se aleja.

—¿Estás bien? —Su mirada me recorre el rostro buscando alguna brecha.

—Lo estoy —respondo—. Pero que conste que no soy ningún objeto ni estoy bajo la vigilancia de nadie. Solo yo decido dónde quiero ir.

Draven se endereza y esconde su preocupación bajo una máscara inexpresiva.

—Tienes razón. Disculpa.

La tensión de su cuerpo se disipa casi por completo. Luego se pasa una mano por la nuca.

—Si me lo permites, me gustaría presentarte a alguien —dice.

—¿A quién?

Una leve sonrisa cruza su rostro.

—Es una sorpresa.

\* \* \*

Lo sigo hasta otra parte del asentamiento más apartado. Está menos transitada. Las construcciones aquí se levantan más separadas, más bajas, más protegidas del viento.

—¿Es alguien peligroso? —pregunto—. ¿Tengo que ir preparada para algo?

—Depende —responde, y alza una ceja—. ¿Tienes malas intenciones conmigo?

Me descoloca. ¿Está bromeando? ¿Va en serio?

—No —digo, insegura.

Draven chasquea la lengua.

—Es una pena —dice—, pero te llevarás bien con ella.

Nos detenemos frente a una pequeña estructura, casi enterrada en la nieve. Está formada por una pequeña cúpula central hecha de hielo y un túnel de varios metros que la conecta con el exterior.

Draven hace un gran esfuerzo para inclinarse y entrar en el túnel. A mí me cuesta menos.

Camino encorvada, detrás del Morador. El terreno desciende de manera abrupta y, según avanzamos; empiezo a percibir un agradable olor a comida. Algo se me remueve en el estómago y no es hambre.

Cuando el túnel termina, Draven se aparta para que pueda acceder a la cúpula. Desde fuera, parecía baja, pero lo que ocurre es que, dentro, el terreno está hundido para aprovechar el calor geotérmico de la tierra. En realidad, el techo se alza varios metros por encima de mi cabeza.

Noto una calidez acogedora... y familiar.

Hay telas adornando las paredes. Estanterías cubiertas de libros. Macetas con plantas que no crecen en este lugar...

También hay un pequeño altar en una esquina. Sé que es una costumbre nortea para recordar a los que ya no están. No hay muchos *charms* encima. Lleva poco tiempo construido.

Una mujer, de cabello canoso y anudado en un moño, teje en una hamaca junto al brillo que desprenden las rocas lunares. Alza el rostro al escucharnos llegar. Tiene menos arrugas de las que imaginaba por el color de su pelo.

—¡Querido muchacho! —Se levanta y deja caer las agujas de tejer—. Ya es hora de que te pasaras a verme.

Entonces repara en mí y yo en ella. Y la sensación de que la conozco se vuelve evidente.

—¿Alteza Camila? —Entrecierra los ojos y ladea la cabeza.

—Nos conocemos, ¿verdad?

Ella inclina la cabeza de inmediato y hace una reverencia.

—Sí, majestad. —Mantiene la cabeza inclinada—. Mi nombre es Arleen. Fui una de las escribas de la Corte. Primero de vuestro padre, y luego de vuestra hermana. Seguro que me habréis visto en la biblioteca baja alguna vez.

Un vago recuerdo se cuela en mi retina, pero ha pasado tanto tiempo y tantas cosas que apenas es una sombra.

Me acerco hacia ella.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Ya sabes que los escribas tenemos acceso a información privilegiada por nuestro trabajo... tanta, que tuve que huir para salvar la vida.

Una sonrisa amarga cruza su rostro

—Lamento oír eso —digo.

—La rescatamos hace un año —añade Draven—. Estaba medio muerta en mitad de la estepa. Igual que tú.

Arleen coge la mano de Draven y la estrecha con dulzura contra su pecho.

—No solo me salvaron la vida, también me acogieron y me dejaron seguir siendo útil. Pero sentaos, os serviré un poco de infusión.

Arleen se mueve de sitio a otro de la estancia: sacando cuencos de un lado, hierbas de otro, jarras con agua... Yo la observo con la envidia de ver a alguien que ha encontrado su sitio.

Al cabo de un rato, se inclina junto a una pequeña mesa baja y vierte un líquido oscuro en tres cuencos de barro.

—No calienta igual que el kürsh —dice—, pero esto no os hará perder el equilibrio.

Draven y yo nos sentamos en la alfombra de pelo grueso que se extiende bajo la mesa.

Rodeo el cuenco con ambas manos y dejo que el calor se filtre despacio entre mis dedos, reconfortante.

Durante un rato nadie habla, pero no me resulta incómodo. Al contrario. Hay algo en el ambiente que me transmite seguridad. Es la primera vez en mucho tiempo que siento que no tengo que estar en guardia constante.

Alzo la vista hacia Arleen.

—Si te marchaste hace un año, conservas un recuerdo de Lirien más fresco que el mío. —No puedo evitar el deje de tristeza en mi voz.

—Quizás prefieras mantener el tuyo.

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

Arleen deja el cuenco humeante sobre la mesa y me mira con atención.

—Nadie se pone de acuerdo en qué hacer con las Tierras del Sur. Tras la caída del Señor Oscuro, la reina Genoveva asumió su control, pero son muchas las voces que dicen que ese territorio no le pertenece, que debería devolverse a su legítimo heredero.

—¿Y quién es?

Arleen se encoge de hombros.

—Tampoco hay acuerdo en eso. —Vuelve a dar pequeños sorbos a su cuenco—. Pero todos tienen algo que decir al respecto. Hay muchos intereses en juego.

—La *materia* —deduzco, por todas las conversaciones que he tenido hasta ese momento.

Ella asiente.

—Y eso que no está muy claro la viabilidad de esa *materia*. Ha pasado mucho tiempo bajo la corrupción del Señor Oscuro y nadie está seguro de que pueda volver a usarse para ejecutar conjuros. Pero mejor hacerse con el control del territorio, por si acaso...

Puedo imaginar a los miembros del Consejo dando voces, especulando entre ellos, apostando a escondidas por otros herederos al trono del Sur, traicionándose... y a mi hermana en medio de todos ellos. Luchando por hacer valer su posición como conquistadora de aquellas tierras sobre los intereses del resto.

La compadezco.

—¿Y cómo está Genoveva? —pregunto al fin—. Supongo que demasiado ocupada para preocuparse de rescatar a su hermana de las garras de un matrimonio pactado con el conde de Taurenhold.

Lo digo en tono de broma, pero la punzada de dolor me sacude igual.

Arleen sonríe.

—Lo intentó —contesta con suavidad.

La miro, extrañada por la rotundidad de su respuesta.

—¿Y qué pasó?

—Habló con la duquesa de Maredur.

—¿Con Maireen? —Aquello me deja perpleja—. ¿La vidente?

Arleen asiente de nuevo y luego clava en mí su mirada.

—Le dijo que no debía sacarte del Norte.

Por un instante, la calidez del refugio se esfuma y el frío se instala en mis huesos.

—¿Qué?

—Que tenías un papel que desempeñar aquí —continúa—. Uno fundamental para el futuro.

La confusión me golpea de lleno.

—¿Qué sentido tiene eso? ¿Qué papel podría desempeñar yo más allá de contraer un matrimonio de conveniencia?

Arleen niega con la cabeza a la vez que devuelve la vista a su infusión. Yo aprieto el cuenco con fuerza entre mis manos.

—¿Y mi hermana... le hizo caso?

—Genoveva es vuestra hermana —responde Arleen—. Pero antes de eso es reina. Ya lo sabéis.

No necesito que diga más. Decisiones. Sacrificios. El trono por encima de todo.

Bajo la mirada hacia las hierbas que nadan en la infusión.

—Así que... me dejó aquí por una profecía.

Arleen no responde de inmediato.

—La duquesa de Maredur ha demostrado ser siempre una gran aliada para la Corona —dice al fin—. Y sus predicciones acertadas.

Un extraño brillo se enciende en su mirada.

Yo no sé de lo que habla. Al no ser la heredera directa al trono, siempre me mantuvieron al margen de las intrigas de palacio.

El silencio se instala entre nosotras antes de desviarse hacia otros asuntos más mundanos.

Draven no interviene, pero noto su atención. Observa mis reacciones, escucha... comprende lo que es vivir en una Corte.

Hablamos sobre la mano dura de mi hermana, sobre nombres que creía olvidados, rincones de Lirien que ahora parecen pertenecer a otra vida. Por momentos, incluso sonrío al escuchar los últimos chismes de la nobleza.

Noto cómo Draven lo percibe. No dice nada, pero hay algo en su expresión que muestra satisfacción. Parece que es eso exactamente

lo que buscaba conseguir.

Las horas pasan sin que me dé cuenta. Me siento a gusto y cómoda en su compañía, pero al final recuerdo que tengo solo una semana para conseguir domesticar a los Grizzlies y ganarme el derecho a viajar al Oeste.

Miro a Draven y le hago un imperceptible gesto hacia la puerta.  
Asiente.

—Tenemos que irnos, Arleen —dice—. No queremos entretenerte más de tus labores. Te prometo que volveré enseguida.

—Lo sé. —Sonríe con cariño.

Nos levantamos para marcharnos y Arleen nos acompaña hasta la entrada del túnel.

Draven ya se ha adelantado unos pasos, encorvándose para salir. Es entonces cuando Arleen me retiene. Sus dedos se cierran con suavidad alrededor de mi muñeca.

—Camila.

Me giro hacia ella.

Su expresión ha cambiado. Ya no es cálida, es seria. Casi urgente.

—Que no vean lo que eres capaz de hacer.

El corazón me golpea con fuerza en las costillas.

—¿Qué...?

—No lo muestres —insiste en voz baja.

El suelo parece licuarse bajo mis pies.

—¿Cómo sabes...?

Una leve sombra de sonrisa cruza su rostro.

—Ya sabes, los escribas tenemos acceso a demasiada información.

Mi mente se llena de preguntas. Tantas que no consigo exteriorizar ninguna.

Arleen aprieta un poco más mi muñeca.

—Escóndelo... o querrán usarlo.

Suelto el aire despacio y asiento.

—Gracias.

Su mano se afloja sobre mi muñeca.

Cuando salgo del túnel y el frío de la estepa me golpea, la tímida sensación de pertenencia que empezaba a experimentar se ha esfumado. Ha sido reemplazada por otra que creía haber desterrado.

Miedo.

A que incluso los enemigos de Gorath quieran usar eso que tengo dentro en su beneficio. A quedarme sin apoyos.

Draven me espera fuera.

—¿Todo bien?

—Sí —miento.

Pero mientras echamos a andar de vuelta al centro del asentamiento, no puedo dejar de pensar en las palabras de Arleen y en lo que significan. Gorath no es el único que podría usarme. Tal vez... nunca he estado realmente a salvo en este lugar.

## 23

### Los Grizzlies

—Ahora que me he ganado tu perdón —Draven me mira de reojo—. ¿Podrías contarme qué ha pasado con Catriona?

—¿Qué te hace pensar que te haya perdonado?

—Te he conseguido cotilleos de la Corte —dice, incrédulo.

Sonríó mientras caminamos sin rumbo definido. A nuestro alrededor, la gente pasa sin reparar demasiado en mí. He dejado de llamar la atención.

—Me ha dado una semana para domesticar a los Grizzlies.

Draven se detiene en seco.

—¿Qué?

—Si lo logro, me permitirá partir con la expedición que cruzará al Oeste por el nuevo paso.

—Entonces me parece que te tendremos por aquí mucho tiempo. —Se ríe.

Caminamos un poco más. El viento levanta polvo de nieve entre las construcciones y, a lo lejos, ya se escuchan los golpes sordos contra la madera.

—Sinceramente —digo—, me preocupa más morir aplastada bajo una de esas criaturas.

Draven me coge la mano.

—Ven —dice—. Te presentaré a la única persona que puede ayudarte.

\* \* \*

La zona de los cercados huele peor cuanto más nos acercamos. Los grizzlies desprenden un olor fuerte y picante que hace que se me salten las lágrimas.

Sus gruñidos resuenan en el pecho antes que en los oídos.

Una mujer está de pie frente a una de las jaulas. Alta, espalda recta, cabello recogido en un nudo tirante. Apenas lleva pieles encima y está sudando. Sujeta una pala que tiene aspecto de pesar bastante.

Se gira al escucharnos llegar.

—Camila —dice Draven—. Ella es Griselda.

Sus ojos me evalúan en un solo barrido.

—La sureña —responde sin acercarse. Y coloca la pala delante.

Me acerco a una de las casetas. El grizzly de su interior lanza un bramido y golpea la madera con su cornamenta. La estructura cruje.

Escucho a Draven contar a Griselda mi trato con Catriona. Yo sigo con mi atención puesta en la criatura que se lamenta dentro. Su pelaje gris y blanco tiene un aspecto sedoso. Y las garras que asoman debajo son potentes. Hermosas a su peligrosa manera.

Escucho cómo Griselda lanza una risa burlona.

—Llevamos meses intentado controlarlos —dice, dirigiéndose a mí—. ¿Cómo piensas conseguirlo tú en dos días?

—Con las mandrágoras —respondo, sin girarme.

Draven y Griselda se quedan en silencio. Esperan explicaciones. Y yo se las doy. Por suerte, las horas que mi hermana pasaba entrenando con el maestro de armas, yo las empleaba en la biblioteca, con lecciones de plantas, entre muchas otras temáticas.

Al final de mi explicación, Griselda levanta la pala y se la echa al hombro.

—Por probar. —Se encoge de hombros—. Avisaré a Jonás para que nos traiga los desechos del cultivo.

\* \* \*

Griselda pide que nos preparen la infusión con las mandrágoras. Cuando Jonás regresa con ella, el olor que desprende, acre y denso, me provoca mareos. Resulta insoportable.

Intentamos mezclarla con la carne y en la bebida, pero los Grizzlies la detectan y la rechazan. Es imposible camuflar ese olor. Les pone nerviosos y rugen y embisten. Uno de ellos está a punto de aplastar la mano de Griselda.

No funciona.

—Es tarde —oigo decir a Draven a mi espalda.

Griselda asiente mientras se limpia el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Hay que intentar esconder ese olor.

Me siento frustrada. No sé qué esperaba exactamente. Quizás que, por una vez, algo saliera bien a la primera. Que no tuviera que pelear por ello. Pero está claro que en esta vida nada se concede sin esfuerzo.

—Ahora voy —le digo a Draven.

Me acerco de nuevo a las casetas. En silencio, en soledad.

El sol es una mancha naranja al final de la estepa infinita.

Cierro los ojos y apoyo una mano sobre la pared de la caseta que tengo más próxima.

Respiro y me concentro en la última vez que sentí miedo o angustia. Retrocedo hasta el recuerdo del caballo desbocado, en la certeza de que iba a aplastarme... y el tirón me sacude.

Respiro y me cuelo por la *grieta*.

*Hay un océano de furia al otro lado.*

*Rabia contenida durante demasiado tiempo.*

*Las sensaciones me golpean en forma de recuerdo oscuro y violento... es como sentir de nuevo a Corwan.*

*Mi respiración se entrecorta.*

*No es él, aunque se parece demasiado.*

*Esa misma violencia que no estalla... pero que podría hacerlo en cualquier momento.*

—Tranquilo... —susurro, sin saber si hablo en voz alta o dentro de ese caos.

*La bestia se revuelve con violencia. No me acepta. Un rugido estalla en mi cabeza.*

*—¡Fueeeraaa!*

Caigo hacia atrás como si el empujón hubiera sido físico.

Escucho a Draven gritar mi nombre.

El grizzly embiste de nuevo y mi interior tiembla.

Estoy mareada. La desconexión ha sido tan salvaje que me cuesta volver a pensar como una persona.

Alguien me coge de la cintura y me levanta. La voz de Draven se cuela en mi cabeza y me devuelve a la realidad.

—¿Estás bien?

Respiro un par de veces seguidas y asiento.

Cuando alzo la vista, al otro lado de la hilera de casetas, veo otros ojos mirándome.

Hukus.

No sé lo que ha visto... o lo que ha creído ver. Su expresión es insondable, y eso me da mucho miedo.

Tampoco me da tiempo a pensar en ello mucho más, de pronto la actividad en el asentamiento se ha vuelto frenética. Veo a mi alrededor gente correr entre las plataformas de madera. Voces urgentes atraviesan el aire frío mientras manos señalan hacia el horizonte blanco de la estepa.

Lo primero que pienso es que el ejército de Gorath nos ataca, pero luego una palabra comienza a correr entre la multitud.

«Refugiados»

Las personas que corren hacia el límite del asentamiento cargan mantas y arrastran pequeños trineos. Siento el impulso de moverme yo también, de ser útil.

Sigo a Griselda y a Draven entre el gentío hasta la última hilera de casas, desde donde puede verse la inmensidad helada más allá de la ciénaga.

La comitiva va emergiendo poco a poco entre la ventisca. Parecen fantasmas surgidos de otra realidad. Van cubiertos de nieve: los gorros, los hombros, incrustada en cada porción de tela de sus ropas... Arrastran trineos con niños envueltos en pieles endurecidas por el hielo. La mitad apenas puede mantener en pie.

Lo más aterrador es el silencio que envuelve su marcha, ni siquiera los niños lloran.

El primer hombre que alcanza el asentamiento, sujeto de los hombros por otros dos hombres que han acudido en su ayuda, trae

las manos negras por el frío. Detrás de él, una mujer tropieza portando un bulto pequeño contra el pecho.

Creo que se trata de un saco, hasta que veo el rostro. Es un niño... y está demasiado quieto.

El horror me atraviesa de lado a lado.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Griselda a uno de los hombres que llega con la suficiente fortaleza para ayudar al resto.

—Llegaron soldados del rey pidiendo hombres para alistarse — jadea él—. La mitad nos negamos... Lo quemaron todo para que no hubiera nada donde quedarse.

Otro refugiado se desploma en la nieve junto a mí. Tengo algún conocimiento en medicina básica, puedo ayudar. Corro hacia la mujer con el niño inmóvil y me arrodillo junto a ella.

—Déjame verlo.

La mujer no responde. Tiene los labios azulados y la mirada perdida. Le quito al niño de los brazos y el miedo me sacude al comprobar lo helado que está. No puede tener más de cuatro años.

—¡Necesito agua caliente! —grito—. ¡Y mantas!

Nadie me hace caso.

Levanto la cabeza y veo a Hukus llegar acompañado por varios soldados. Observa la escena con la misma frialdad que un comandante inspeccionaría las bajas después de una batalla.

—Llevad a los hombres útiles al refugio principal —ordena—. Los demás pueden esperar.

No he debido escucharle bien. Me levanto con el niño en brazos.

—¿Qué has dicho?

Hukus ni siquiera me mira.

—Necesitamos saber cuántos se podrán sumar a la causa.

El niño pesa más entre mis brazos.

—Se están muriendo. —Me pongo delante de él para que pueda verlo.

Sus ojos bajan hacia mí con una lentitud que me parece un insulto en aquella situación.

—Todos se están muriendo. —La respuesta es fría, seca. Luego señala a varios hombres tirados en el suelo que apenas pueden respirar—. Ellos primero.

Miro alrededor y solo puedo ver niños sufriendo: una pequeña tiembla abrazada a una mujer inconsciente, otro tose sangre sobre la nieve, más allá una madre grita a su hijo para que despierte... y nadie les atiende.

No estoy entendiendo lo que ocurre, debe de ser eso.

—Pero son niños —insisto.

—Los niños no defenderán este asentamiento cuando Gorath llegue, ni tampoco detendrán su barbarie.

Odio la calma con la que me habla.

—¿Pretendes dejarlos morir?

—Pretendo salvar a quienes pueden mantenernos vivos. ¿O es que no entiendes que, si no salvo a los hombres, todos, incluso los niños, acabaremos muertos?

La tristeza es tan agónica que no me deja respirar.

—Es monstruoso. —Me llevo las manos a la cabeza.

—Así es la guerra.

Busco con la mirada alguien que lo contradiga, que haya tendido su mano hacia una mujer o un niño... pero no hay nadie. Solo ayudan a los hombres más fuertes, como si aquello fuera lo normal.

La rabia explota dentro de mí.

—Pues yo no pienso hacerlo.

Hukus me mira con la indiferencia de un insecto.

Aprieto al niño contra mi pecho y corro hacia el refugio principal. Por el camino me cruzo con Griselda y le quito las mantas y el agua caliente que lleva. Durante la siguiente hora mi mundo se reduce a una sucesión caótica de respiraciones débiles, manos pequeñas congeladas y miradas empañadas.

Intento salvarlos... por la diosa Mae que lo intento.

Recojo a cuantos encuentro en el límite del asentamiento y los llevo al refugio. Allí caliento cuerpos, froto extremidades, obligo a beber agua caliente que sustraigo de donde puedo... suplico. Pero el frío ya vive dentro de ellos.

Uno de los niños deja de respirar mientras trato de calentarlo, y luego dos más sin que haya podido acercarme todavía a ellos. Cada muerte me arranca un pedacito de mí.

La última es una niña pequeña de cabello cobrizo que tiene una muñeca hecha de tela entre los brazos. Cuando deja de respirar, me quedo inmóvil sujetando su brazo. No lloro, ni siquiera puedo, porque tengo una grieta resquebrajando la poca inocencia que quedaba en mí.

—Camila...

Es la voz de Arleen, que llega distorsionada.

No respondo.

La niña sigue inmóvil delante de mí, tan pequeña, tan ligera... apenas ha tenido tiempo de reclamar su espacio en el mundo.

—Camila...

Esta vez aparto la vista y veo al primer niño que recogí de manos de su madre exhausta. Está dormido junto al fuego bajo varias mantas. Respira con dificultad, pero sigue vivo.

Me duele tanto el pecho que siento ganas de vomitar.

Me pongo de pie de golpe y abandono el refugio antes de ponerme a llorar delante de todos. Camino sin dirección entre las plataformas de madera hasta llegar al borde de la ciénaga.

Y entonces las lágrimas empiezan a caer, silenciosas, furiosas, impotentes... El dolor auténtico no son los golpes, ni las heridas, ni el miedo. Es esto, saber que hay gente capaz de priorizar, de tasar una vida en función de su valía... saber que, aunque lo desees con todas tus fuerzas, no puedes salvarlos a todos.

Escucho pasos detrás de mí.

Vuelve a ser Arleen. La escriba se aproxima despacio envuelta en pieles oscuras. Se sitúa a mi lado y ambas contemplamos la inmensidad blanca.

—¿Cómo podéis soportarlo? —pregunto al final, con la voz rota por el llanto.

Ella tarda en responder.

—No podemos... pero aprendemos a caminar con el corazón roto. A luchar para que no vuelva a repetirse una escena como la que acababas de vivir.

—Hukus ni siquiera dudó.

Arleen suspira y cierra los ojos.

—Sobrevivir y conservar el alma no siempre van de la mano.

Miro mis manos vacías, golpeadas por el viento, todavía siento el peso de su brazo en ellas.

—Esto no está bien...

—No. —La voz de Arleen también se quiebra—. Pero Gorath tampoco lo está. Tienes que convencer a tu hermana de que haga algo... solo ella puede ayudar a esta gente.

—Estoy tratando de llegar hasta ella.

El silencio nos envuelve de nuevo. Y entonces escuchamos la canción, que se alza dentro del refugio principal. Una voz comienza a entonarla suavemente, y después se unen las demás.

Hoy la melodía suena más triste que nunca. Es una plegaria rota.

Arleen baja la cabeza.

—Es para ayudarlos a cruzar el invierno.

Me da la mano y regresamos de vuelta hacia el refugio. Los cuerpos de los pequeños muertos se han dispuesto alineados junto a un brasero, como si ya fuera a servir de algo.

Me arrodillo junto a la niña de la muñeca y, cuando la canción vuelve a elevarse alrededor del asentamiento... cierro los ojos y me uno a ella.

*Si la noche cierra el camino,  
si la nieve cubre el hogar,  
seguiré la voz que arde...  
hasta poder regresar.*

## Amenazas

La canción sigue resonando en mi cabeza muchos después de abandonar el refugio principal. Las voces de los hombres y mujeres allí congregados se mezclan con el viento y se elevan hacia el cielo.

Llevo un rato paseando sin saber adónde voy. No sé qué busco exactamente, pero el sol comienza a descender y en unas horas el frío aquí fuera será insoportable. Quizás es eso lo que persigo, un frío tan intenso que me anestesie para dejar de sentir el peso de esos pequeños cuerpos entre mis brazos.

La nieve cae a cámara lenta sobre la ciénaga helada. Las antorchas comienzan a encenderse en el asentamiento cuando percibo otra presencia cerca.

Es la bestia de Draven. Está tumbada en uno de los límites más occidentales del asentamiento. Parece disfrutar de la puesta de sol. Levanta la cabeza al presentir que me acerco, pero no se mueve.

Sus ojos claros me observan en silencio. No me juzga, solo hay calma en ellos.

Me detengo a unos pasos y la criatura vuelve a apoyar la cabeza sobre las patas delanteras. Termino sentándome sobre uno de los troncos cercanos. Y así permanecemos un buen rato, disfrutando de la puesta de sol.

Extrañamente, esto me ayuda, porque dentro de aquella bestia no hay guerras ni estrategias, no existe la crueldad fría de Hukus ni la ambición de Gorath. Solo instinto.

—Ojalá yo también pudiera pensar así de simple.

La criatura parpadea despacio, casi parece entenderme.

El sonido de unos pasos rompe el silencio poco después y Draven aparece entre la nieve con una expresión cansada. Se detiene nada más verme y luego mira a su criatura.

—Os habéis hecho amigos.

La criatura resopla con suavidad y una sombra de sonrisa amenaza mi boca.

—Creo que me cae mejor que la mayoría de las personas de este lugar.

Draven deja escapar una risa breve y se sienta a mi lado sobre el tronco. Los tres observamos el horizonte en silencio.

—Siento que hayas tenido que presenciar una de las peores caras de la Resistencia.

La opresión en el pecho regresa de inmediato.

—Han muerto muchos...

—Lo sé. —Draven asiente lentamente—. En días como hoy se hace muy difícil continuar.

—¿Y qué te dirás mañana para poder levantarte?

Draven desvía la mirada hacia el asentamiento.

—Que alguien tiene que pararlo —dice.

—Eso no hace menos horrible lo de antes.

—No.

La bestia se aproxima entonces y termina apoyando la enorme cabeza sobre mis piernas. El gesto me toma por sorpresa y me hace quebrarme de nuevo. Empiezo a llorar otra vez, con toda la rabia y la impotencia que llevo acumuladas desde que crucé el Norte.

Draven no intenta consolarme ni calmarme con palabras vacías. Sabe que lo que necesito en este momento es precisamente esto, vaciarme. Y, por alguna razón, resulta más reconfortante que cualquier mentira.

—El ataque de los grizzlies a mi Comunidad tampoco dejó apenas supervivientes de menos de diez años...

Lo miro y por primera vez soy consciente de que el dolor no es solo mío. Draven también sufre.

—Los escondimos donde pudimos, pero el poder de devastación de esas bestias no conoce límites y la mayoría murió aplastados bajo

los escombros.

La calma con la que lo cuenta resulta mucho peor que si estuviera roto en llanto, porque evidencian un corazón que lleva demasiado tiempo endureciéndose.

—Me pides una razón para levantarme cada mañana, Camila — su voz se endurece un poco—. Lo hago porque el Norte lleva demasiado tiempo enterrando niños.

Miro otra vez a la bestia apoyada sobre mí. Su respiración es lenta y tranquila, y apoyo una mano sobre su cabeza.

—Es mejor su compañía que la de las personas —digo.

Draven sonrío un poco y apoya su mano sobre la cabeza de la Bestia, junto a la mía. Me observa entonces, como si fuera alguien que merece ternura... y quizás sea eso lo que más necesito ahora mismo.

Apoyo mi cabeza sobre su hombro y contemplamos como el sol termina de abandonar el valle.

\* \* \*

Los siguientes días transcurren demasiado rápido para mi gusto. Sobre todo porque el avance con los grizzlies es escaso, por no decir que nulo. Apenas conseguimos camuflar la mandrágora en su comida. El olor es tan potente que ni siquiera para nosotros pasa desapercibido.

Las pocas ocasiones que conseguimos que consuman algo de infusión es demasiado efímera para surtir efecto, y todos mis intentos por introducirme a la fuerza en su mente resultan un fracaso tan estrepitoso que temo que acabe friéndome el cerebro a fuerza de sus exabruptos.

Arleen me visita a menudo y yo a ella. Nos gusta hablar de Lirien, de las anécdotas que recordamos cuando la vida era más fácil. Cuando mi padre, el rey Aldemar, todavía vivía y el Continente respetaba su mandato. Incluso, paso una de esas noches en su refugio. Me enseña a cocinar con los escasos ingredientes del asentamiento y me da una receta para tratar de disimular el olor de la mandrágora. Pero tampoco funciona.

Poco a poco, mis esperanzas de formar parte de la expedición hacia el Oeste se desvanecen.

Al finalizar el cuarto día del plazo dado por Catriona, Draven, cansado de escuchar mis quejas y mi desesperación, considera que es buena pasarse por el edificio principal antes de retirarnos a descansar.

—Han sido unos días complicados —dice—. Te mereces una distracción. Quizás mañana lo veas de otra manera y encuentres la solución.

El bullicio del interior me golpea en cuanto apartamos la cortina de pieles de la entrada. El contraste con el silencio y la inhospitalidad exterior es casi violento. Aquí dentro el aire está cargado de risas, de vida. Los braseros crepitan y las sombras se mueven sobre las paredes de madera y hielo.

El edificio entero respira.

Gregory y Hughó están sentados en uno de los braseros centrales, con las copas medio vacías y las mejillas encendidas. Helena está de pie, calentándose las manos con las emanaciones que ascienden del brasero.

Sonríe al vernos entrar.

—Mira quién vuelve de jugar con las bestias.

No me da tiempo a responder antes de la siguiente estocada.

—¿Siguen vivos los grizzlies? —añade, alzando la voz lo justo para que los otros dos la escuchen.

Gregory suelta una carcajada.

—A mí lo que me sorprende es que siga viva ella.

Draven y yo nos sentamos junto al brasero y enseguida siento que las pieles sobran.

—Solo hay dos resultados posibles —dice Hugo, levantando la copa—. O los doma, o la devoran.

—Mi dinero a la segunda opción —remata Helena sin mirarme, como si no estuviera presente.

Alzo una ceja.

—Podrías fingir un poco más de confianza —digo, sin acritud.

Un chico pasa con una bandeja y nos ofrece una copa de *krüsh* a Draven y a mí. La aceptamos.

—¿Para qué? —responde ella—. Así, si lo consigues, tendrás la satisfacción de restregárnoslo en la cara.

—No considero eso una satisfacción.

Noto que su postura se tensa. Yo tampoco estoy cómoda con sus comentarios punzantes.

Draven se inclina con suavidad hacia mí y me susurra al oído.

—Ignóralos.

Y lo hago. Tanto como puedo.

La bebida vuelve a calentarme por dentro, pero esta vez no me dejo arrastrar tanto. Escucho más. Observo más. Me integro.

Poco a poco.

La música empieza sin que me dé cuenta: un tambor, un instrumento de cuerda que no reconozco, palmas, voces.

La gente empieza a levantarse de sus sitios, a reír a carcajadas, y toman el centro del refugio donde nos encontramos. A nuestro alrededor estalla una especie de caos que, de alguna manera, tiene sentido.

Gregory se pone en pie.

—Vamos —dice, tirando de Hugh—.

—Ni de broma —responde él, aunque se levanta igual.

Helena ya está danzando en medio del alboroto antes de que Hugh se levante. Se gira hacia mí.

—¿Vienes, princesa?

Niego con la cabeza.

—No sé cómo se baila aquí.

—Mejor —responde—. Así no te equivocas.

Vuelvo a negar. No me siento segura.

—Otro día.

Helena no insiste. Solo se encoge de hombros.

—Como quieras.

Y desaparece entre la gente.

El ruido y el movimiento crecen y se desplazan hacia una esquina, donde hay más hueco para moverse y menos braseros que volcar.

En nuestro sitio todo se calma. Draven se queda conmigo.

—No hace falta que lo hagas perfecto —dice al darse cuenta de cómo los miro.

Me fijo sobre todo en Helena. En su gracia natural, en su manera de moverse sin importarle que el mundo entero la esté observando, sin preocuparse de que cada movimiento sea el adecuado... quizá en eso reside su magnetismo.

—Me enseñaron a ser perfecta —respondo—. No puedo hacer algo sabiendo que no estoy preparada.

—A mí me pareces bastante perfecta.

Lo miro y, por un instante, me veo como él me ve: una delicada flor que ha aprendido a sobrevivir al invierno. Una flor a la que le están saliendo espinas.

Su mano roza la mía al apoyarla en el banco. No la aparta y yo tampoco.

—Lo conseguirás —dice. Y sé que se refiere a los grizzlies.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Vi cómo detenías a mi Bestia, ¿recuerdas? Los grizzlies tampoco podrán resistirse a tu embrujo.

Levanta su dedo pequeño y lo posa con suavidad sobre el mío. Nos miramos a los ojos durante un instante que parece contener una vida entera.

Se inclina hacia mi oído.

—Ahora vuelvo —dice—. Me temo que tengo que ir al baño.

Se levanta.

—No te pierdas.

—No podría.

Sonríe. Y se aleja entre la multitud.

Me quedo observando a los demás mientras beben, bailan y ríen. Su movimiento me distrae.

Siento que alguien vuelve a ocupar el sitio de Draven. Me giro.

—Qué rápido has vuelto...

Sin embargo, la sonrisa se me congela en el rostro. No es Draven quien ha regresado. A mi lado veo a Hukus. La cicatriz de su barbilla luce más roja a la luz del brasero.

—Bonito espectáculo. —Su voz carece de emoción.

No respondo. No sé qué quiere, pero presiento que no es nada bueno.

—Pero me ha gustado más tu actuación de hoy con los grizzlies. Me muerdo el labio superior sin darme cuenta.

—Cuando consiga que se tomen la infusión de mandrágora...

—No hablo de la mandrágora —me interrumpe.

La sangre del labio se me filtra a la boca. Fuerte. Metálica.

—No sé entonces.

Sonríe, y su gesto lobuno me trae a la mente otro rostro igual de cruel. Cráneo.

—A Catriona quizás lograste engañarla —dice—. Pero a mí no.

Se gira y sus ojos se clavan en mí con una violencia que me hace estremecer.

—Gorath no manda a su hija, a lord Corwan y a su alquimista personal a escoltar a alguien sin motivo.

Su mano se cierra alrededor de mi muñeca sin que me dé tiempo a hacer nada por evitarlo. Sus dedos se cierran con la fuerza de una argolla metálica.

—No necesito saber qué es. —Aprieta los dientes mientras sus ojos se inyectan en sangre—. Me basta con saber que existe.

El anillo que lleva en el dedo pulgar reluce un instante. Y luego siento un pinchazo agudo, preciso. No me quejo, pero una mueca de dolor se dibuja en mi rostro. Me zafo de su abrazo, pero el daño ya está hecho. Una línea roja se abre en la piel.

La sangre brota lenta, brillante.

—¿Te imaginas que hubiera infusión de mandrágora en su filo?

El mundo se detiene durante un segundo. Me cuesta respirar.

—Eres una ingenua —espeta con rabia—. Una princesita jugando a heroína en un tablero de guerra descarnada. ¿Cuánto tiempo crees que aguantarás? No sabes pelear. No llevas armas...

Escupe al brasero, que lanza un siseo que suena amenazante.

Se incorpora.

—¿Crees que en tus condiciones voy a consentir que emprendas ese viaje al Oeste, sabiendo que si Gorath os ataca no te defenderás?

Mi respiración se corta.

—Prefiero verte muerta que permitir que regreses a Vhalzar.

Lo dice sin énfasis, con la frialdad de una decisión lógica.

Y después se marcha sin volver la vista atrás.

Me quedo ahí, inmóvil. Mirando la sangre resbalar lentamente por la palma de mi mano. La boca también me sabe a hierro.

Mi sangre.

Alrededor la algarabía sigue latiendo, pero ya no me siento a gusto allí. La función ha terminado.

Cojo mi manta de pieles y salgo lo más rápido que puedo.

La ventisca me golpea en cuanto pongo un pie en el exterior. La luz blanca de la luna ilumina un camino que apenas recuerdo.

El aire frío entra en mis pulmones como un castigo. Camino deprisa, sin mirar atrás, con la piel ardiendo por dentro y helándose por fuera. No sé si huyo de Hukus o de la inseguridad que ha desesperado en mí.

El ruido del asentamiento se apaga a medida que me alejo. Las voces quedan atrás, la música y esa falsa sensación de seguridad.

Cuando llego al refugio, la Bestia de Draven se aparta para dejarme pasar, aunque me cuesta apartar las pieles de la cortina. Tengo los dedos entumecidos. Una vez dentro, dejo caer la capa de mis hombros y el silencio me envuelve. Ensordecedor. Angustioso.

Me apoyo en la mesa y trato de regular la respiración. La mano me tiembla. La sangre sigue manando, despacio. Me llevo dos dedos a los labios y el sabor metálico vuelve a invadirme.

Cierro los ojos y entonces me sacude el temblor. No es frío. Viene de dentro.

Me dejo caer sobre el lecho de pieles y me encojo sobre mí misma. Sujeto la mano herida contra el pecho, como si así pudiera contener todo lo que amenaza con romperse; pero no lo consigo. La mirada sanguinaria de Hukus sigue clavándose en mí, recordándome que no estoy preparada para esto.

Las lágrimas llegan sin permiso. Silenciosas al principio. Desgarradoras después.

\* \* \*

En algún momento durante las siguientes horas, las cortinas del refugio vuelven a abrirse, con violencia.

—¡Camila!

La voz de Draven retumba en el refugio. Nerviosa. Urgente.

Se detiene en seco al encontrarme, con la respiración agitada.

—¿Cómo se te ocurre...? —El tono de reprimenda desaparece al ver la sangre en mi mano, en mis labios.

—¿Qué te ha pasado? —La rabia de su expresión se disuelve y da paso a otra cosa más peligrosa. Más... íntima.

Se acerca despacio.

—Déjame ver.

Yo me dejo hacer. No tengo fuerzas ni ganas para resistirme. Para negar la evidencia de lo que ha pasado. Le tiendo la mano.

Sus dedos la rodean con una suavidad que no esperaba. La examina con el ceño fruncido. Luego se levanta, busca algo entre sus cosas y regresa con un paño y un ungüento de olor fuerte.

—Esto va a escocer.

—¿Todavía más?

Una sombra de sonrisa cruza su rostro.

—Entonces no notarás la diferencia.

Limpia la herida con cuidado. Aun así, me tenso cada vez que sus dedos pasan por encima.

—¿Quién ha sido?

No respondo.

—Camila.

—Da igual.

Aprieta la mandíbula. No insiste, pero no le gusta.

Se inclina un poco más, concentrado en la herida. Sus dedos son firmes, pero a la vez delicados. El contraste me descoloca.

Cuando termina, envuelve mi mano con una tira de tela.

—Ya está.

Asiento, pero no me aparto. Y él tampoco.

Sus ojos blancos se deslizan entonces hacia mis labios.

—También tienes heridas aquí.

Me los toco de forma instintiva.

—Esto me lo he hecho yo.

Se acerca un poco más. Percibo su olor a invierno: a pieles secas por el humo, a madera caliente... y debajo, algo más suave. Como un bosque húmedo cuando deja de nevar. Resulta extrañamente cálido. Seguro.

Su pulgar roza mi labio superior. Un latigazo de dolor me sacude, pero mi cerebro no se inmuta. Está distraído con la manera en la que limpia mi sangre, con una lentitud que hace que el tiempo se dilate.

Mi respiración se entrecorta.

Un calor nace en mi vientre y se irradia intenso hacia partes de mi cuerpo que ni sabía que existían.

—¿Te duele? —pregunta en voz baja.

Niego.

No es dolor lo que siento ahora mismo.

Sus dedos se detienen. Nos miramos.

Ya no hay refugio, ni grizzlies, ni guerra... solo este instante.

—Camila... —dice.

No le dejo seguir. No hace falta.

Me inclino yo primero. Sin dudas.

El beso es lento. Cálido. Suave.

Sus manos descienden por mis brazos, dudan un segundo... y se detienen en mi cintura. Me atrae hacia él con cuidado, como si temiera hacerme más daño. Y ese gesto, la manera en la que me sostiene, me hace darme cuenta de que yo le importo.

Respondo y me acerco más.

El beso se vuelve más urgente.

Sin embargo, cuando su boca desciende ávida por mi cuello, y siento su respiración caliente sobre mi nuca, un relámpago me parte en dos. Oscuro e intenso. Es el destello de dos ojos negros.

De nuevo Corwan colapsando mi mente.

Me separo de golpe, jadeando. No sé qué significa, pero no puedo seguir.

Draven se queda inmóvil. Confundido.

Pongo una mano sobre su pecho, imponiendo distancia. Siento su corazón latiendo con fuerza.

—Lo siento. —No me atrevo a mirarlo—. Yo... no puedo...

No sé ni qué estoy diciendo. Solo sé que, de pronto, aquello no tiene sentido.

Draven baja la mirada y se levanta. Da un paso atrás.

La distancia deja un frío inesperado sobre mí.

—No importa. —Aunque su tono dice otra cosa.

—No... no sé qué me pasa.

Y es cierto. Estoy desconcertada.

—De verdad, Camila. No importa.

Se aleja hacia la estancia contigua y cruza la cortina de pieles. Antes de desaparecer en la penumbra, susurra un «descansa» que se me queda clavado en el pecho.

Me tumbo de nuevo sobre las pieles y dejo que el cansancio me arrulle. Pero antes de que el sueño me arrastre, una imagen regresa a mi mente. No es el beso ni el recuerdo de ese calor que me abrasó entera. Es esa mirada oscura, salvaje... y la sensación de que, por mucho que huya, una parte de mí se ha quedado con él.

## Domesticando a la bestia

Despierto con una sensación de incomodidad en el pecho. Una punzada que me recuerda que he hecho algo incorrecto.

Permanezco unos segundos tumbada, mirando el techo del refugio. La luz es tenue, filtrada por el hielo. Todo está en calma.

Y entonces regresa de golpe: el beso, el calor, las manos de Draven sobre mi cintura... Y esa otra imagen oscura. Corwan.

Me paso una mano por el rostro, tratando de apartar esta sensación, pero no se va. La tengo adherida en alguna parte de donde no se puede extirpar.

Me levanto. Las pieles resbalan por mis hombros y el frío me cala profundo. Camino hasta la cortina que separa la estancia contigua.

Dudo un instante, pero tengo que intentarlo. No puedo permitir que la sombra de Corwan afecte a lo que estoy sintiendo por el Morador.

—¿Draven? —susurro.

El silencio es la única respuesta.

Aparto la cortina.

El espacio al otro lado es más pequeño y austero. Apenas hay un camastro y un sencillo altar como el que vi en el refugio de Arleen. Sé que no debería, pero me acerco a mirar.

Está ordenado con cuidado. Distingo un mechón de cabello oscuro trenzado con hilo. Un colgante sencillo en forma de

medialuna. Un jubón blanco demasiado pequeño para pertenecer a un adulto.

El corazón se me encoge dentro del pecho.

No hace falta que nadie me explique lo que estoy viendo.

Una mujer. Un niño. Una familia.

Retrocedo un paso sin darme cuenta. Siento que he entrado donde no debía, que estoy viendo algo que no me pertenece.

Contengo las lágrimas.

—Lo siento... —susurro de nuevo, aunque no haya nadie para escucharlo.

No puedo jugar con esto. No puedo arreglar a alguien que ha perdido tanto cuando ni yo misma consigo librarme de la sombra que me persigue.

No es solo que no pueda amarle... es que, si lo hago, tendría que dejar de mirar atrás.

Y no estoy segura de poder lograrlo.

Me doy la vuelta y salgo del refugio con un sabor amargo en la boca.

\* \* \*

Encuentro a Griselda frente a los cercados, igual que el día anterior. Solo que esta vez no lleva una pala, sino un cuenco de carne cruda para alimentar a los grizzlies. Las botas le cubren por encima de las rodillas y están llenas de barro y nieve.

—Ya sé cómo hacerlo —digo antes de saludar.

Se gira despacio.

—Buenos días para ti también.

Ignoro su comentario y me acerco deprisa.

—No es necesario que ingieran la mandrágora. —Señalo el cobertizo, donde el día anterior vi todas las armas que guardaban allí —. Haremos que entre en su sangre.

Griselda me mira con atención, esperando que continúe.

Recuerdo el corte del anillo de Hukus. La amenaza de que estuviera impregnado de veneno.

—Rociaremos las puntas de las lanzas —aclaró—. Será un poco doloroso, pero no será necesario profundizar mucho. Lo justo para atravesar la piel.

Ella recapacita un momento y luego dibuja una sonrisa ladeada.

—Puede funcionar.

Se gira y grita:

—¡Jonás!

\* \* \*

El proceso es lento y más violento de lo que imaginaba.

No infusionamos la mandrágora esta vez, sino que la restregamos directamente sobre el filo de las lanzas. Suelta una especie de jugo espeso y oscuro, con un olor que se queda pegado a la garganta y obliga a toser cada pocos minutos.

El primer aguijonazo es sencillo. Desde la seguridad de fuera del cercado, el mozo llamado Jonás consigue clavar la punta a la primera en el costado de un grizzly. Pero eso no basta para adormecer a estos animales enormes. Cuando lo intenta por segunda vez, la bestia se revuelve, esquivo y parte la lanza antes de que pueda clavársela.

Tras varios intentos y tres lanzas rotas, Griselda decide entrar en el cercado.

—Es muy peligroso —le advierte Jonás, como si no fuera evidente.

Sin embargo, Griselda hace gala de una destreza que solo había visto en los espadachines más hábiles de Lirien. Los que hacían exhibiciones frente a mi padre.

Esquivo y finta un par de veces, y se tira al suelo para evitar ser golpeada por el grizzly, antes de conseguir insertar bajo su pelaje dos cabezas de lanza.

Aún tenemos que esperar diez minutos más para que las toxinas de la mandrágora hagan su efecto. Entonces, el animal se tumba y el brillo salvaje de sus ojos se amortigua.

Griselda se gira hacia mí y me abre la puerta del cercado.

—Tu turno.

\* \* \*

*No encuentro el océano de furia de los días anteriores. El veneno de la mandrágora ha contenido esa parte. Lo que hoy percibo es angustia. Desarraigo. Dolor acumulado por el territorio perdido.*

*Un instinto que no entiende por qué ha sido arrancado de su lugar.*

El sentimiento no es tan distinto al nuestro.

Poso una mano sobre su cabeza. El tacto de su pelaje es tan suave como aparenta. Seda blanca y ligera. El grizzly se remueve y trata de defenderse. No está acostumbrado al contacto humano. Gruñe.

Retrocedo y tomo aire.

Me arrodillo y le miro a los ojos. A ese brillo apagado que ya no enciende la furia. Contemplo lo que hay detrás y...

*...su dolor me traspasa. Veo máquinas derribando árboles, agujereando el suelo... fuego devorándolo todo. El cielo encendido en rojo sangre, eclipsando el brillo de las estrellas. Y tras toda esa destrucción, la figura de un hombre con una espada.*

*—Lo habéis corrompido todo.*

*—Pero no somos todos así.*

*Noto su resistencia a confiar en mí. Entonces pruebo con algo a lo que llevo días dándole vueltas. Aunque no sé si va a funcionar.*

*Me concentro y trato de proyectar mis sensaciones en él.*

*Lo transporto a Lirien. A sus calles empedradas. A las lilas y los rododendros adornando las ventanas y embriagando cada rincón con su aroma. Después lo llevo a palacio. Al calor de la chimenea. A la calidez del abrazo de mi madre, la reina viuda Alisée... A las muestras de amor que recuerdo entre ella y mi padre.*

Siento que una lágrima se desliza silenciosa por mi rostro.

*—Aquí no estás en peligro —le susurro.*

Entonces la bestia hace algo que no creo que nadie haya visto antes: repliega las garras. El filo salvaje se esconde bajo la piel y solo quedan unos dedos peludos que ya no resultan intimidatorios.

—Por todos los dioses... —escucho a Griselda murmurar a mi espalda—. Lo ha conseguido..

El resto se repliega igual. Uno tras otro, los cinco grizzlies dejan de embestir, de intentar matar a quienes se acercan. Siguen siendo peligrosos, pero ahora... han decidido confiar.

Cuando el sol empieza a caer, Griselda y Jonás siguen a mi lado junto al cercado. Parecen contener la respiración, como si creyeran que cualquier movimiento puede romper la serenidad de los grizzlies.

—¿Nos obedecerán? —pregunta Griselda con voz contenida.

—Siempre que los tratéis con respeto.

Se gira hacia mí y me observa un rato en silencio. Yo mantengo mis ojos en el interior de las casetas. En esas garras que ahora descansan.

—¿Qué has hecho? —me pregunta al final.

Yo suspiro y clavo la mirada más allá del cercado, en el horizonte lejano.

—Demostrarles que aún queda algo de humanidad en este mundo en llamas.

Ella asiente y se gira hacia el muchacho.

—Avisa a Catriona y a Hukus —dice—. Tienen que venir a ver esto.

Yo miro a las bestias. A la nieve. Y, por último, al cielo que se tiñe de naranja.

Y sonrío. Sonrío de verdad, porque a pesar de las profecías estoy muy cerca de conseguirlo. Voy a volver al Oeste.

A casa... si el mundo no decide arrebatármelo de nuevo.

## 26

### Exhibición

El asentamiento entero está allí.

La ciénaga, extensión blanca y congelada, se ha convertido en un escenario improvisado. Las pasarelas de madera crujen bajo el peso de la gente que se agolpa para ver mejor. Reina un silencio tenso, expectante.

No sé en qué momento se ha corrido la voz, pero me siento demasiado expuesta. El centro de todas las miradas.

Reconozco a Arleen, que me sonríe con cariño cuando nuestras miradas se cruzan. Tiene las manos apoyadas sobre los hombros de un niño. No me dio tiempo a verlo bien el día que llegó al asentamiento en brazos de su madre moribunda, pero estoy convencida de que se trata del niño al que ayudé en primer lugar. También sonríe, y eso me reconforta un poco y me infunde valor.

Camino junto a Griselda y uno de los grizzlies avanza detrás de nosotros. Es él quien despierta los murmullos de admiración y de sorpresa. Nosotras somos meras acompañantes.

El simple hecho de que nos siga, sin atacar ni embestir a nadie, es mucho más de lo que la mayoría creía posible.

Catriona y Hukus están sobre una de las pasarelas más elevadas, separados del resto. Su sola presencia impone respeto. Trato de imitar a Griselda y no fijarme demasiado en ellos. Nuestra concentración tiene que estar en el animal.

Respira con tanta fuerza que nos agita el pelo con el vapor que sale por los orificios de su nariz. Su tamaño es aún más imponente

al aire libre. Da la sensación de que en cualquier momento podría destruir todo el asentamiento.

Nos detenemos en mitad de la ciénaga, bajo la atenta mirada de Catriona y Hukus. Poso una mano sobre la cabeza del animal. Siento su inquietud, su alerta... Y trato de reconfortarlo mientras Griselda coloca una silla de montar rudimentaria sobre su lomo.

El grizzlie se tensa un poco más, pero resiste.

Griselda ajusta la última correa y me mira.

Asiento con la cabeza. Es el momento.

Apoya el pie en una de las cinchas y se impulsa con agilidad. Durante un instante, todo el asentamiento contiene la respiración.

Y se sienta sobre el grizzly.

El animal se remueve, incómodo ante la nueva situación. Está acostumbrado a no obedecer a nadie, a regirse solo por su instinto. Pero la supervivencia exige adaptación. Y eso me incluye a mí.

Sus músculos se tensan bajo la piel, pero no derriba a su jinete.

Griselda le da un leve golpe con el talón.

—Vamos, amigo.

Y el grizzly avanza. Un paso tras otro.

El hielo cruje bajo su peso. La criatura camina sobre la ciénaga guiada por Griselda. Es un desfile imposible.

El estallido de voces no tarda en llegar. Se mezcla la incredulidad con el asombro. También hay esperanza.

Griselda da una vuelta amplia, controlando cada movimiento con las bridas. No hay violencia ni lucha. Solo una tregua.

Desde el centro de la ciénaga, percibo la belleza de esta simbiosis.

Miro hacia la plataforma elevada y veo el gesto impresionado de Catriona. Sus ojos brillantes no pueden apartarse de la criatura.

Sin embargo, Hukus no aplaude ni se emociona. Solo me mira y da un paso al frente.

—Es un bonito espectáculo —dice, con voz lo bastante alta como para imponerse al resto de conversaciones—. Muy útil cuando todo está en calma.

El alboroto se silencia poco a poco.

—Pero estas bestias no acudirán a un campo de batalla en calma, ¿verdad?

Hace un gesto hacia un grupo de leales colocados detrás de la plataforma.

Varios soldados se posicionan frente al grizzly, formando una línea. Espadas envainadas, pero manos cerradas sobre las empuñaduras.

El animal siente la amenaza y yo con él.

El pulso se acelera bajo la piel. El recuerdo del miedo... de los que quieren quitárnoslo todo, reducirnos a meras herramientas.

—No... —susurro cerrando los ojos.

Griselda también lo nota. Tira ligeramente de las riendas improvisadas.

—Sooo... Tranquilo.

El grizzly se remueve en un instante de duda, de debate interno. Las uñas emergen bajo la piel de sus patas y se clavan en el hielo.

Sin embargo, no ataca. Atisbo en aquella noble bestia la inteligencia suficiente para comprender que lo están poniendo a prueba.

Y esa resistencia provoca un murmullo aún mayor. Está cercano al éxtasis del éxito.

Hukus es el único que no celebra. Parece... decepcionado.

Entonces hace algo inesperado. Salta de la plataforma al hielo y avanza hasta la primera línea.

—Atacad —ordena.

—¿Qué?

Sus hombres se miran unos a otros, desconcertados.

—Ya es suficiente, Hukus. —Catriona tiene las manos apoyadas sobre la barandilla de madera. Los nudillos blancos.

—¡Atacad! —insiste con más voracidad. Pero nadie se mueve. No están tan locos como para enfrentarse a esta criatura que además está demostrando gran nobleza y capacidad de contención.

Y soy consciente de cómo la ira enrojece sus ojos.

Y entonces, avanza. Y desenvaina la espada.

El sonido del acero al salir rompe el aire como un latigazo. Y todo cambia.

El grizzly ruge. Recupera un temor que procede de otro tiempo.  
De otro territorio.

Del fuego y la destrucción.

Veo lo mismo que él vio. La misma imagen. La misma figura. El hombre con la espada arrasándolo todo.

—No... —susurro. Pero ya es tarde.

El animal se encabrita.

Griselda pierde el equilibrio y salta al suelo antes de ser derribada. Cae mal y su tobillo se tuerce. El crujido y su alarido recorren la ciénaga y me ponen los pelos de punta.

El grizzly carga directo hacia Hukus. Y él no se mueve. Sonríe satisfecho. No parece comprender que esa mole de músculo y garras va a destrozarlo.

No me da tiempo a pensarlo mucho. Sé que no voy a llegar a tiempo. Y aun así corro. El hielo cruje bajo mis pies. El aire se me atasca en los pulmones... y consigo interponerme entre ambos.

El tirón no llega como las veces anteriores. Estalla. Me atraviesa y me destroza: furia, dolor, violencia, muerte.

Todo a la vez.

—¡Basta! —Mi voz se quiebra en un alarido que no reconozco como mío.

El grizzly se frena... apenas un instante.

Sus garras se clavan en el hielo y abren surcos. Su cuerpo entero tiembla, detenido a la fuerza por una mano invisible que tira de su mente hacia atrás.

La multitud retrocede. Comprendo que mi don acaba de quedar expuesto. Y ese miedo, esa mínima duda, es suficiente para que el grizzly se libere.

El animal ruge, y esa imagen vuelve: el hombre, la espada, el fuego...

La contención del grizzly se rompe en un estallido de violencia.

Una de sus zarpas se lanza hacia mí. No consigo apartarme a tiempo y el impacto me alcanza de lleno en el rostro.

Un latigazo de dolor me atraviesa. Caliente. Cortante. La sangre me cubre un ojo y la visión se me fragmenta en negro y blanco.

El mundo se inclina y caigo.

El rugido vuelve a alzarse, esta vez sin que nadie lo reprima.  
No lo veo con claridad, pero siento su rabia liberada. Sin freno.  
Intento incorporarme para alcanzar su mente de nuevo, pero fallo.

El pulso. Mi cabeza. El vínculo. Todo está roto.

Entonces escucho el silbido del acero y un golpe seco. El rugido se interrumpe de forma abrupta. Y un silencio pastoso se extiende sobre el cenagal.

La sangre me nubla la vista, pero consigo enfocar lo suficiente.

El cuerpo del grizzly se desploma sobre el hielo. Inerte. Una espada sobresale de su cuello. Hukus la arranca con un movimiento limpio y la sangre brota en un chorro oscuro, manchando de rojo el blanco sedoso de su pelaje.

Una inquietud latente recorre el asentamiento. Pero no es por lo que ha hecho Hukus, sino por mí.

Yo sigo en el suelo, con la respiración descompuesta y la sangre resbalando por mi mejilla. Y un eco de dolor que vibra dentro de mí. No tiene nada que ver con la herida, sino con la noble bestia que yace muerta en el suelo. Ella confió en mí, me creyó cuando le mostré que aún quedaba bondad en el mundo... tal vez me equivocaba.

Hukus limpia la hoja de su espada en el pelaje del grizzly luego desvía la mirada hacia mí.

Sus ojos son fríos. Calculadores.

—El espectáculo ha terminado.

El mundo se vuelve borroso... las voces se alejan.

Y mientras el mundo desaparece a mi alrededor, lo último que veo no es a Hukus.

Es la sangre oscura del grizzly extendiéndose sobre el hielo.

La prueba de que incluso confiar en una buena intención puede terminar matándote.

\* \* \*

Despierto envuelta en dolor.

Un latido constante detrás del ojo izquierdo. Violento. Como si alguien estuviera clavándome una aguja al rojo vivo dentro del cráneo.

Intento levantarme, pero un mareo me obliga a detenerme.

—Despacio.

La voz de Gregory surge a mi derecha.

Enfoco. Bueno... lo intento. Solo uno de mis ojos responde con normalidad. El otro está cubierto bajo varias capas de tela áspera.

Por la distribución de camastros y el olor a hierbas machacadas y sangre seca deduzco que estoy en una especie de enfermería. Está en penumbra y apenas distingo si hay otras camas ocupadas.

A mi lado, Gregory está sentado en un banco demasiado pequeño para su tamaño. Hughó está un poco más atrás, apoyado contra la pared trasera, con los brazos cruzados sobre el pecho y la espada cruzada a su espalda.

Ambos me observan en silencio. Y es precisamente esa contención lo que me hace comprender que las cosas van mal.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunto.

La voz me sale ronca.

—Casi un día —responde Hughó.

Lo intento de nuevo. Incorporarme. Pero el movimiento provoca un fogonazo de dolor detrás del ojo vendado.

Aprieto los dientes.

—Te ayudo. —Gregory se levanta y se vale de su fuerza para enderezarme en el camastro—. La curandera estuvo maldiciendo un buen rato mientras te cosía.

Mi mano sube de forma instintiva hacia el vendaje.

—¿Voy a perderlo?

Ninguno de los dos dice nada y eso me sirve como respuesta.

Bajo la mano despacio y me sorprende que las lágrimas no me desborden. Quizás porque todavía no soy capaz de comprender las implicaciones de todo esto... o porque una parte de mí sigue atrapada allí fuera, sobre el hielo, junto al cuerpo del grizzly.

La sangre. El rugido. La espada de Hukus atravesándole el cuello.

El recuerdo me revuelve el estómago.

—Todo el asentamiento habla de lo que hiciste —dice Hughó.  
Me estremezco.

—No hice nada. —La respuesta sale demasiado rápido, demasiado automática.

Gregory y Hughó intercambian una mirada.

A lo lejos, alguien tose y se queja en otro camastro.

—Detuviste a un grizzli desbocado —dice Gregory con calma—. Delante de todos.

—Eso no es cierto. —Mi mano vuelve al ojo. A la evidencia de mi fracaso.

La culpa me araña por dentro. A pesar de todo, no fue suficiente.

—Pues hay quien piensa que fue algo... extraordinario —insiste Hughó—. Pero en el mal sentido. Hay mucha gente nerviosa.

No necesito preguntar a quién se refiere. Sé que Hukus es uno de ellos.

Tampoco me preocupa en exceso. Voy a mantener mi versión: negarlo, reducirlo a algo casual, convertirlo en un accidente como hasta ahora... Es lo único que puedo permitirme. Si acepto delante de ellos lo que soy capaz de hacer, dejaré de ser dueña de mi destino. Y me ha costado demasiado conseguir el control como para cederlo ahora.

Desvío la mirada hacia el techo. Vigas de madera sosteniendo placas de hielo.

Nadie habla.

Escucho el crepitar suave de algún brasero lejano. El viento aullar contra los muros de la enfermería.

Y una ausencia.

Draven.

Frunzo el ceño sin darme cuenta. ¿Significa que está enfadado? ¿Qué mi rechazo lo ha herido? La idea me incomoda más de lo que estoy dispuesta a reconocer.

El cansancio empieza a hundirme otra vez. Cierro poco a poco el ojo sano.

—Descansa —oigo decir a Gregory.

Y esta vez estoy a punto de conseguirlo, pero la cortina de pieles de la entrada se aparta de golpe y el aire frío inunda la estancia.

Helena aparece recortada contra la luz blanca del exterior. Tiene nieve sobre los hombros y la mandíbula tensa.

—Por fin despiertas.

Su mirada se suaviza un poco al posarse sobre el vendaje de mi ojo. Pero enseguida vuelve a endurecerse.

—Catriona y Hukus quieren verte.

## El secreto descubierto

El trayecto hasta el refugio de Catriona se me hace más largo que nunca.

El frío golpea el lado descubierto de mi rostro y hace que el ojo vendado me palpite todavía más. Helena avanza unos pasos por delante de mí, en silencio. No intenta ayudarme ni reduce el ritmo. Supongo que esa es su manera de tratarme como a alguien fuerte.

O como a alguien que no merece compasión.

El sol aún está bajo y luce ese tono apagado propio del amanecer.

No hay demasiado ruido en el asentamiento y, lo poco que se oye, se silencia cuando me acerco. Parece que hemos retrocedido al día de mi llegada.

Tengo la sensación de percibirlo todo de forma más intensa desde el incidente con el grizzly: el viento, la nieve... el miedo. Como si perder parte de mi visión hubiera agudizado algo mucho más peligroso.

Llegamos al refugio de la líder.

Los guardias apartan las pieles de la entrada sin decir nada.

Me inclino y paso con la sensación de llevar haciéndolo toda la vida. No puede decirse que esté nerviosa. En realidad, no he hecho nada malo, no estoy aquí para que me juzguen... y, aun así, entro en este refugio como alguien que ya ha sido condenado.

Cuando los veo, tengo la sensación de estar reviviendo algo que ya ha pasado: Catriona sentada en su silla con un manto de pieles

cubriéndole las rodillas. Hukus de pie detrás, con la coleta tensa y los tatuajes vibrando a la luz de las piedras lunares. Helena aguardando en la puerta... Hay un par de hombres más, armados, junto a una puerta.

La vez anterior salí de aquí con la posibilidad de un pase hacia el Oeste. No veo por qué esta vez tenga que ser diferente.

Sin embargo, algo en su manera de mirarme me dice que esta vez no será tan sencillo.

Catriona se levanta. Su altura sigue imponiéndome. El cuero de su ropa chirría con cada paso que da hacia mí.

—Celebro que sigas viva. —Se detiene a pocos pasos. Percibo la dureza de su piel curtida por el frío.

—Queráis verme.

Acelero. Estoy demasiado inquieta para formalismos.

—¿Necesitas sentarte?

Niego con la cabeza. El ojo me late con fuerza, pero no quiero mostrar debilidad delante de ellos.

Catriona empieza entonces a caminar en círculos a mi alrededor. No sé si es una estrategia para ponerme nerviosa e intimidarme, pero es lo que consigue.

—¿Vas a seguir negando lo que vimos ayer? —suelta de golpe.

La pregunta no me pilla por sorpresa. Sé que mi actuación frente al grizzly es el motivo principal de que me hayan convocado. Sin embargo, mis respuestas siguen siendo las mismas.

—No sé qué creísteis ver, pero...

—Si vas a insistir en esa línea, será mejor que te calles. —La voz de Catriona se ha endurecido.

Da una nueva vuelta a mi alrededor. Es un depredador estudiando el mejor ángulo para atacar.

—Habías prometido domesticar a los grizzlies —continúa—. Y no lo has hecho.

—Sí lo hice —replico de inmediato—. Pero él lo estropeó.

Señalo a Hukus con la cabeza. Me inquieta que no se altere, que mantenga en su boca esa sonrisa de superioridad del que sabe que tiene todo ganado.

—Estoy de acuerdo en que las formas no fueron las más correctas —dice Catriona—, pero Hukus solo simuló una situación real de combate...

—¡Sacó una espada delante de una criatura traumatizada!

—¿Y cuántas espadas crees que habrá en una batalla?

Su pregunta me alcanza de lleno. Fría. Lógica. Cruel.

El refugio queda en silencio.

Mi respiración se acelera al comprender que mi viaje al Oeste está en serio peligro. El vendaje me oprime la cabeza como una garra.

La líder de la Resistencia se detiene frente a mí y me observa durante unos segundos eternos.

—Voy a preguntártelo una última vez, Camila.

El tono de su voz ya está desprovisto de paciencia. Solo se percibe un hondo hartazgo.

—¿Por qué te quiere viva Gorath?

Siento el peligro del abismo abrirse bajo mis pies.

No puedo responder con la verdad. Si les soy sincera, dejaré de ser solo una persona para convertirme en un recurso; igual que pasó con Gorath, igual que lleva ocurriendo toda la vida con mi hermana y con mi padre.

—Ya os lo dije —murmuro, aunque me falta convicción—. Solo soy una herramienta política. Necesito viajar al Oeste para privar a Gorath de su estrategia.

Catriona asiente.

—Viajarás —dice, y mi corazón da un brinco en el pecho—, pero no al Oeste.

Recibo el golpe al mismo tiempo que la sonrisa de Hukus se ensancha en el rostro. Y comprendo, tarde, que estoy en el punto exacto en el que él quería tenerme. Reparo entonces en las gotas de sangre que salpican sus ropas y parte de sus manos.

Catriona se gira hacia los dos hombres armados.

—Traedla.

Los soldados desaparecen un instante en una estancia contigua y regresan sujetando a una figura que apenas reconozco.

Arleen.

La sorpresa me impide darme cuenta de lo que está pasando.

Tiene el rostro amoratado. Un corte le divide la ceja y la sangre seca mancha su cuello y su ropa. Camina arrastrando una pierna.

Sin embargo, lo que de verdad me da miedo no son sus heridas, sino la vergüenza que veo en sus ojos. Cuando me mira, se echa a llorar.

—Ay, niña... —le tiembla la voz.

Quiero acercarme a ella, consolarla, pero Catriona me corta el paso.

—No.

Arleen no deja de llorar.

—Lo siento... Lo siento muchísimo.

Es justo en este momento cuando empiezo a comprender lo que ha ocurrido, y el suelo desaparece bajo mis pies.

No, no, no.

—Les dije que no hablaría... —solloza—. Pero me amenazaron con expulsarme del asentamiento... con abandonarme en la estepa.

Su respiración se quiebra.

—No tengo ningún otro lugar al que ir... no tengo a nadie...

Una náusea me sube por la garganta.

Comprendo entonces lo que significa de verdad estar atrapada.

No era el frío, ni el Norte. Ni siquiera Gorath.

Es esto. El momento exacto en el que entiendes que ya no tienes escapatoria.

Catriona se vuelve entonces hacia una pequeña mesa situada junto a un brasero. Allí descansa un papel, manchado de sangre en uno de los bordes, en el que no había reparado hasta este momento.

—Después de ser muy persuasivos con ella —dice Catriona—, nos ha entregado esto.

La escriba rompe a llorar con más fuerza.

—No quería entregarla... —balbucea—. Os lo juro... Ya tuve que huir por culpa de ella antes de poder entregarla en Maredur... Pero ya no tengo donde más esconderme. Hice lo que pude, princesa.

Catriona despliega la carta y reconozco de inmediato el sello de la Corona del Oeste. La luna y las zarzas de la Casa Velaryan. De

Genoveva.

Siento que una mano helada se cierne sobre mi espinazo.

La líder de la Resistencia empieza a leer en voz alta.

—«Querida Maireen. Una vez más, acudo a ti en busca de ayuda. Los rumores sobre nuestro linaje empiezan a sonar cada vez más fuerte y no sé durante cuánto tiempo más podré acallarlos».

Mi pulso comienza a acelerarse.

—«Yo misma he tenido que tomar la dolorosa decisión de separarme de mi hija y esconderla. Me ha podido el miedo de quienes llevamos en la sangre algo que el mundo jamás dejaría libre si llegara a confirmarse».

Frunzo el ceño. No entiendo nada.

Catriona continúa con la lectura.

—«Te suplico que olvides la profecía sobre Camila y la saques de Taurenhold. Está demasiado cerca del Norte. Demasiado cerca de Gorath. Si descubre lo que es, si hasta él llega el rumor de que el linaje de Aethryon corre por las venas de la Casa Velaryan, Camila se convertirá en la solución a sus ansias de poder... especialmente ahora que la *materia* prácticamente se ha extinguido».

«Si alguna vez os he necesitado, Maireen, es ahora».

«Siempre en deuda con vos. Genoveva, de la Casa Velaryan. Soberana del Reino del Oeste».

La voz de Catriona se extingue y la estancia queda en silencio.

Igual que mi corazón, que se ha detenido.

El linaje de Aethryon.

Su eco resuena en mi memoria como una campaña enterrada: libros antiguos, textos de alquimia, historias sin sentido...

Los Primeros Alquimistas.

Personas capaces de jugar con los elementos antes de que empezara a extraerse la *materia*.

—Pero... —murmuro—. La sangre de Aethryon es solo una leyenda.

Hukus no ha parado de sonreír en todo este tiempo.

—Ya ves que no.

Me paro a pensar... y entonces las piezas empiezan a encajar: los grizzlies, el caballo, la bestia de Draven... la rata en Glasbow, el

cuervo en Vhalzar... ¿Desde cuándo tengo estas sensaciones?

La respuesta viene sola. Desde el primer experimento de Cráneo. Desde que despertó la alquimia dormida en mi sangre.

Todo este tiempo... esa sensación de deslizarme dentro de ellos... era real.

Catriona dobla la carta con calma mientras sus ojos no se apartan de mí.

—La *materia* desaparece —dice—. Y Gorath necesita reemplazarla. Por tu sangre.

Se acerca a uno de los braseros y arroja dentro la carta. El papel se consume al instante con una breve llamarada.

—Los textos antiguos hablan de ello —continúa—. Consideran la sangre de Aethryon el único catalizador para ejecutar conjuros alquímicos sin necesidad de consumir *materia*.

Entiendo por qué Gorath me sacó de Taurenhold; por qué Cráneo me extrae la sangre; por qué necesitan tratarla para usarla como sustituto de la *materia*.

Nunca fui una rehén política.

Soy un recurso.

Siento ganas de arrancarme la piel.

—Cráneo te lleva al laboratorio de Concilius Klan, más allá de Kulum. ¿Verdad?

Es inútil que siga negando una evidencia tan grande. Asiento sin saber qué más decir.

—Y también sabes que te extraerán toda la sangre posible hasta dejarte moribunda y esperarán a que te recompongas para volver a empezar... y a eso se reducirá tu existencia a partir de entonces.

Me gustaría gritar. Explotar y dejar salir toda la angustia, pero me temo que ahora mismo solo serviría para empeorar las cosas.

Entonces Catriona hace una pregunta que consigue algo imposible. Que olvide toda la conversación hasta este momento.

—¿Cómo es tu relación con Corwan?

El corazón da un golpe tan fuerte que temo que lo hayan escuchado.

—¿Qué... qué quieres decir?

Hukus da entonces un paso adelante y se acerca a nosotras hasta situarse a la misma distancia que Catriona. Luce el gesto de una hiena. Me provoca escalofríos.

—Después de todos los experimentos a los que lo sometió Gorath para convertirlo en un arma —dice—, después de inyectarle *materia* durante años... tu sangre debe atraerle igual que la propia *materia*.

Da un paso hacia mí y percibo mejor la excitación en cada ápice de su rostro.

—Debes de estar volviéndolo loco.

Se me seca la garganta.

El recuerdo de sus ojos negros me atraviesa.

La violencia, la manera en la que luchaba contra sí mismo cada vez que me tocaba, la desesperación contenida en cada gesto...

No era deseo. Era algo mucho peor: adicción.

Hukus se inclina un poco hacia adelante.

—Y ahí es donde entras tú.

Levanto la vista.

Catriona ya no parece enfadada. Su ceño fruncido y su postura amenazante han dado paso a una calma expectante.

—Corwan es el arma más peligrosa de Gorath contra nosotros —dice con un tono mucho más relajado, casi adulador—. El Azote del Norte. Él solito ha hecho desaparecer asentamientos enteros. Es quien de verdad amenaza nuestra supervivencia.

Hukus se toca la cicatriz del mentón de forma instintiva.

—Pero incluso los hombres más peligrosos tienen un punto débil... solo que no lo habíamos descubierto hasta ahora.

Comprendo lo que van a proponer incluso antes de escucharlo, y el horror empieza a crecer dentro de mí.

—No. —Retrocedo un paso para alejarme de aquella mirada exaltada.

—Vas a utilizar lo que provocas en él para acercarte.

La frialdad de su voz me hiela la sangre.

—Una noche. Una copa. La infusión de mandrágora que usaste con los grizzlies.

Mi respiración se vuelve errática.

—Queréis que lo mate.

—Queremos que nos ayudes —corrige Catriona—. ¿No era eso lo que querías demostrar? ¿Tu lealtad a nuestra causa?

Aprieto los puños con rabia. No tienen derecho a usar mis palabras contra mí.

—Pero esto es demasiado. No funcionará.

—Lo hará —dice Hukus—. Porque te desea.

Aquella frase en su boca me provoca náuseas.

Catriona se aleja del brasero y se aproxima hacia mí hasta cogerme de las manos. No hay delicadeza en su gesto ni intención de infundir ánimos. Me aprieta con la diplomacia de quien está cerrando un trato.

—Si lo consigues —dice—, yo misma te escoltaré hasta el Oeste.

Levanto la cabeza lentamente.

—¿Qué? —Quiero asegurarme de haber escuchado bien.

—Te conduciré hasta la frontera sana y salva.

Mi corazón se encoge y duele.

Lirien.

Casa.

Genoveva. Mi madre.

La posibilidad de volver resuena en mis oídos como un canto de sirena.

Pero entonces la realidad vuelve a aplastarme.

—¿Y cómo esperáis que regrese junto a Corwan? —pregunto—. ¿Qué hago? ¿Salgo ahí fuera y espero que me encuentre en mitad de la estepa?

Hukus sonrío despacio y se limpia la sangre seca bajo las uñas.

—Eso —dice—, déjame a mí.

## Despedidas

La humedad de la Celda se me mete en los huesos. El espacio es un agujero excavado en los límites del asentamiento, donde la ciénaga cede algo de espacio a la tierra firme.

Las paredes están formadas por troncos húmedos y hielo compacto. Huele a moho, a hierro oxidado y a nieve sucia.

Hukus no exageraba cuando dijo que había que hacerlo creíble.

Todo el asentamiento debe pensar ahora mismo que soy una traidora.

Me abrazo las rodillas bajo la manta de pieles y cierro los ojos un instante. El vendaje sobre mi ojo palpita acompasado con mi corazón.

Entonces escucho pasos rápidos que se acercan.

La luz me ciega cuando el acceso a la Celda se abre de golpe. El aire helado entra como una cuchilla.

—¿Camila?

Reconozco la voz de Draven.

Vuelvo la cabeza.

Está respirando deprisa. Ha venido corriendo. Lleva nieve sobre los hombros y la mandíbula tensa.

Cuando sus ojos me encuentran dentro de la celda, su rostro palidece.

—¿Qué demonios haces aquí?

Se acerca a los barrotes que me mantienen cautiva.

—Me han dicho que Hukus te arrastró fuera del refugio de Catriona gritando que te negabas a colaborar con la Resistencia... y desvelando que eres la princesa Camila del Oeste. Ha ordenado ejecutarte al amanecer.

La rabia vibra bajo cada palabra.

—¿Qué has hecho?

Durante un instante no sé qué responder porque, de todas las personas de este asentamiento, él es la última a la que quería involucrar.

Avanzo yo también hacia los barrotes, despacio.

—Todo forma parte de un plan.

Draven frunce el ceño.

—¿Qué?

Toda su rabia se transforma en confusión.

Me acerco un poco más a los barrotes.

—Hukus quiere valerse de los espías que Gorath tiene en el asentamiento —explico en voz baja—. Quiere que Gorath piense que van a ejecutarme... para que venga a por mí antes de que ocurra.

La confusión de Draven deja paso a la incredulidad.

—¿Y por qué demonios querría lograr eso?

Esta es la parte que más me cuesta decir en voz alta.

—Tengo que volver con lord Corwan.

Sus ojos se endurecen de golpe.

—¿Por qué?

Dudo un segundo, pero ya no tiene sentido ocultárselo.

—Quieren que lo mate.

El mundo parece detenerse. Incluso el viento del exterior deja de existir.

Draven no responde, solo me mira con una expresión que no atino a descifrar.

—Que aproveche mi cercanía para verter veneno de mandrágora una noche en su copa.

Las palabras suenan horribles fuera de mi cabeza.

Draven aparta la mirada. Se pasa una mano por la nuca y empieza a caminar de un lado a otro frente a los barrotes.

—Eso es una locura.

—Lo sé.

—Corwan no es un hombre cualquiera, Camila.

—También lo sé.

Se detiene.

—Entonces entiendes que esto puede matarte.

La crudeza de su voz me atraviesa, porque no habla como un miembro de la Resistencia, sino como alguien asustado por quien le importa.

—Catriona ha prometido mantener el contacto —digo—. Usaremos cuervos mensajeros para transmitir información e instrucciones.

Draven suelta una risa amarga.

—¿Y eso te tranquiliza?

No. Pero necesito creer que no estoy completamente sola.

Bajo la mirada hacia mis manos.

—Si lo consigo, me escoltarán hasta el Oeste.

El silencio regresa otra vez. Cada vez es más profundo.

Draven vuelve a acercarse despacio a los barrotes.

—Veo que la decisión está tomada.

Levanto la vista. Sus ojos blancos están clavados en mí.

—Solo me queda disculparme... —Traga saliva—. Por lo estúpido que he sido estas últimas horas contigo.

Comprendo enseguida que se refiere a su ausencia, a la manera en la que ha evitado encontrarse conmigo desde el beso.

—Draven...

Niega suavemente con la cabeza.

—No. Déjame continuar.

Su voz emerge más apagada ahora, más vulnerable.

—De verdad pensé que entre nosotros había nacido algo importante. —El pecho me duele porque yo también lo pensé, o quise pensarlo—. Pero luego te vi apartarte como si besarme hubiera sido un error.

Cierro los ojos un instante. La culpa me aplasta.

—No fue un error, Draven.

Él compone una sonrisa triste.

—No, tienes razón. No lo fue. Al menos para mí. Y me ayudó a comprender lo que pasaba... que hay alguien más.

Mi primer impulso es negarlo. Asegurar que Corwan no significa nada. Que solo es miedo, confusión... Pero entonces su recuerdo me acecha otra vez. La forma en la que mi cuerpo reacciona incluso cuando intento apartarlo de mí. La violencia de ese vínculo.

Y el silencio se convierte en mi respuesta.

Baja la mirada despacio y toma mis manos entre las suyas. Están frías, pero el gesto es cálido y hace que el nudo de mi garganta apriete más fuerte.

—Draven... yo nunca quise hacerte daño. De verdad, quise intentarlo.

Él alza la vista de nuevo y sonrío con una dulzura que me destroza.

—Lo sé.

Entonces se lleva mis manos a la boca, entre los barrotes, y las besa con cariño.

—Solo desearía haber llegado antes que él.

El nudo aprieta tan fuerte en la garganta que termina soltándose, y las lágrimas desbordan mis ojos.

—Ten mucho cuidado, Camila.

Se da la vuelta para marcharse, pero antes de desaparecer por la abertura de luz, se detiene un instante.

—Me equivoqué cuando dije que las rosas de invierno no existían.

La luz de la entrada le recorta la silueta entre la nieve y la oscuridad de la Celda. Sus ojos blancos se clavan en los míos una última vez.

—Solo que nunca fueron una flor, sino alguien capaz de seguir levantándose en un mundo empeñado en destruirla.

Y entonces se marcha, dejándome sola en la oscuridad, con el corazón roto y la extraña sensación de que, por primera vez en mi vida, alguien me ha visto de verdad.

## La ejecución

El tiempo dentro de la Celda no avanza.

Sin luz, sin referencias visuales, no sé si han pasado horas o días. Lo único que siento es la humedad, colándose en la ropa, en la piel, en los huesos. El ojo vendado late con una insistencia cruel y el frío del suelo parece alimentarse de mí cada vez que me muevo.

Hukus dijo que necesitaban hacerlo creíble, y creo que lo ha conseguido.

No viene nadie a verme. Ni Draven, ni Helena, ni Catriona. A veces escucho voces lejanas en los límites del asentamiento, el golpe lejano de alguna puerta, pero nada se acerca a mi celda.

Estoy sola. Y esta soledad tiene dientes.

Durante el primer día me aferro al plan, a la certeza de que todo es una mentira construida para los espías de Gorath. Al segundo, esa certeza empieza a flaquear.

¿Y si Gorath no manda a nadie? ¿Y si Hukus y Catriona calcularon mal? ¿Y si el rey decide que no merece la pena sacarme de aquí?

Sin embargo, hay algo peor que todo eso.

¿Y si finalmente sí vienen... y tengo que cumplir mi cometido y matar a Corwan?

Aprieto los dientes hasta que el dolor del ojo se vuelve insoportable. No puedo pensar en eso ahora... pero mi mente no obedece. Corwan está en todas partes. En la oscuridad de la Celda,

en el frío que me muerde los dedos, en ese vacío entre latidos donde mi cuerpo parece esperar algo que mi razón teme.

La puerta se abre al amanecer.

La luz entra de golpe y me obliga a cubrirme el rostro con un brazo.

—Arriba.

Es la voz de Hukus.

No me sorprende. Aun así, no puedo evitar que el estómago se me contraiga.

Levanto la cabeza y lo veo. Está frente a la entrada, envuelto en pieles. La cicatriz de su rostro es una línea roja brillante que divide su mentón en dos. Lleva una espada al cinto y una expresión que no revela nada. Detrás de él hay varios soldados.

Demasiados para una mentira.

—Ha llegado el momento —dice.

La boca se me seca.

—¿Ya?

—¿Esperabas una despedida?

No respondo. Me niego a darle la satisfacción de mostrarle mis temores.

Dos hombres entran en la Celda y me levantan con brusquedad. Las piernas me fallan al principio, entumecidas por el frío, la humedad y el encierro. Uno de ellos me arrastra con la fuerza suficiente para hacerme daño.

Hukus observa sin intervenir.

Empiezo a pensar que todo tiene un aspecto demasiado real.

Me sacan al exterior.

El amanecer aún no ha terminado de romper. El cielo es una lámina gris y sucia sobre la ciénaga helada. La nieve cae despacio, en copos pequeños, casi delicados. Un contraste cruel con el círculo de soldados que me espera en mitad de la superficie helada.

Hay gente observando desde el asentamiento. Rostros medio ocultos tras las pieles. Muchos ojos.

Todos saben quién soy ahora. La princesa Camila del Oeste, la que se negó a colaborar con su causa. La condenada.

Hukus camina delante y a cada paso intento convencerme de que todo sigue formando parte del plan. Los espías han llevado la noticia y los soldados de Gorath solo están esperando el mejor momento para atacar.

Sin embargo, cuando los ecos del asentamiento quedan demasiado atrás, el miedo empieza a vencer a la lógica.

La extensión blanca se abre ante nosotros como una boca. No hay braseros, ni refugios, ni voces... solo hielo, niebla y el crujido de nuestros pasos.

Me obligan a detenerme en el centro del círculo de soldados. Creo que es el mismo lugar donde el grizzly murió, solo que hoy el espectáculo no es para todos los públicos.

Todavía creo ver una mancha más oscura bajo la nieve nueva.

Hukus se vuelve hacia los soldados.

—Proceded.

El sonido del acero al desenvainarse me vacía por dentro.

No puede ser.

Me giro hacia él

—Hukus. —Mi voz suena demasiado débil.

Él me mira.

—Esto es una mentira, ¿verdad?

—Lo es.

Un soldado se acerca con la espada en alto.

—Pero las buenas mentiras necesitan sangre.

El pulso me golpea en la garganta.

El soldado me obliga a ponerme de rodillas. La nieve atraviesa la tela del vestido y me muerde la piel. Levanto la cabeza hacia el horizonte, hacia la estepa que se extiende más allá del asentamiento.

Y no veo nada.

Solo el blanco de la ventisca que comienza a arreciar. El vacío. No viene nadie.

Por primera vez desde que me encerraron en la Celda, la idea me atraviesa por completo: no van a rescatarme. Hukus lo sabe y ha

decidido poner fin a mi problema con esta ejecución limpia.

El soldado alza la espada.

Cierro el ojo sano.

Entonces el viento cambia y el olor llega hasta nosotros. Primitivo. Salvaje. Es el rastro de un animal enorme.

Los soldados también lo notan. La espada titubea en la mano.

Hukus levanta la cabeza hacia la ventisca.

Y entonces aparece la sombra. Una forma enorme corriendo sobre la nieve. Lo único que se distingue con cierta claridad es el brillo de dos ojos naranjas. Profundos.

Un aullido precede su aparición. Emerge entre la ventisca. Enorme, colosal.

Un huargo.

Su lomo sobrepasa la altura de los hombres. El pelaje oscuro está cubierto de escarcha. Sus colmillos sobresalen entre las fauces abiertas. Cuando el brillo naranja se posa sobre mí, siento que el aire se me escapa de golpe.

—Atrás —ordena Hukus.

Pero no hay tiempo para obedecer. El primer soldado cae antes siquiera de bajar la espada. La bestia se mueve demasiado rápido para el tamaño que tiene. Un borrón oscuro. Unas garras brutales. Sangre sobre la nieve.

Los gritos llegan después.

Los soldados atacan.

El huargo se lanza contra ellos con la violencia de una tormenta. Sin elegancia, solo fuerza salvaje, desesperación y rabia.

La punta de una espada le alcanza el costado. La bestia ruge y su sonido me sacude por dentro. Hay algo extraño en él. Algo... casi humano.

Retrocede un paso, herido. Un segundo soldado trata de clavarle su espada en el lomo, pero el huargo lo derriba de un zarpazo tan brutal que el hombre sale despedido varios metros.

Yo no consigo moverme.

No debería importarme aquella criatura. Sin embargo, siento la necesidad irracional de detener esto antes de que todos acaben

muertos. De utilizar el poder de mi sangre ahora que soy más consciente de lo que puedo hacer.

El tirón me arranca del pecho, me lanza hacia la mente del huargo... y choco contra un muro desconocido.

No encuentro la furia animal, ni los pensamientos salvajes. Dentro de su cabeza hay una barrera oscura contra la que mi habilidad se estrella.

Retrocedo mentalmente con un jadeo.

¿Qué...?

Vuelvo a intentarlo, pero la pared sigue ahí. Negra. Imperturbable. Es como si la mente del huargo fuera algo más que una consciencia animal. Algo que no estoy preparada para invadir.

Entonces la bestia gira la cabeza y se lanza hacia mí.

La sangre de su herida cae sobre el hielo en gotas negras.

Un soldado intenta interponerse y el huargo lo aparta de un golpe. Antes de que pueda darme cuenta, está plantado frente a mí.

Su respiración sale entrecortada, formando densas nubes de vaho. La sangre resbala por su pelaje oscuro.

Es tan grande y está tan cerca que la vista no me alcanza a abarcarlo.

Y entonces inclina el cuerpo, como obedeciendo una orden silenciosa. Mi corazón late tan fuerte que apenas puedo pensar. No entiendo qué está pasando, pero sí sé una cosa: si no me muevo ahora, vamos a morir todos.

Me aferro a su pelaje y trato de subir, pero no deja de moverse y pegar dentelladas para defenderse de las espadas. Resbalo al primer intento. Tengo las manos entumecidas y el ojo me late con fuerza.

Lo intento otra vez.

Consigo izarme sobre su lomo justo cuando una flecha silba junto a mi cabeza.

Han llegado arqueros del asentamiento para apoyar a las espadas.

Hukus se ha esmerado en hacerlo muy real.

En cuanto me aseguro sobre su lomo, el huargo se eleva y echa a correr. El mundo desaparece bajo nosotros. La ciénaga se

convierte en una mancha blanca y gris. El viento me golpea el rostro y me obliga a esconderme contra el cuello de la criatura.

Está caliente. Es una calidez agradable.

Intento contactar con él otra vez. Necesito entender qué quiere de mí, pero la barrera sigue ahí. Sin embargo, encuentro una leve grieta y percibo el agotamiento que hay detrás de ella. Una rabia contenida durante demasiado tiempo.

Y una sensación terrible de soledad.

El huargo salta sobre una grieta en el hielo y aterriza con un gruñido ahogado. Unos metros más adelante aparecen los primeros árboles de troncos blancos y sombras largas.

La criatura empieza a perder velocidad.

Su respiración sale entrecortada entre los dientes.

Da unos pasos más y cae de golpe. Yo salgo despedida de su lomo y ruedo sobre la nieve. Acabo golpeándome el costado con el tronco de un árbol.

Gimo.

Cuando consigo incorporarme, veo al huargo tambaleándose frente a mí. La sangre le cubre un costado.

—No te muevas —susurro sin pensar.

La criatura alza la cabeza y sus huesos empiezan a quebrarse bajo la piel como ramas secas.

Su cuerpo se contrae de forma antinatural. Los músculos se parten. El pelaje oscuro se deshace en sombras que se desprenden de él como el humo de una hoguera.

Retrocedo aterrada.

El sonido que sale de su garganta ya no es un aullido. Es un grito de dolor humano.

La criatura se retuerce sobre la nieve y, poco a poco, el monstruo desaparece.

Mi corazón late desbocado.

Donde antes había un huargo gigantesco ahora hay un hombre de rodillas sobre la nieve, desnudo y cubierto de sangre. Aunque todavía respira como una bestia salvaje.

Levanta lentamente la cabeza.

Y cuando sus ojos negros encuentran los míos... el mundo  
entero se rompe bajo mis pies.  
Es Corwan.

# PARTE III

El bosque amortigua el sonido de mi respiración.

Todo parece irreal.

Los árboles blancos se alzan a nuestro alrededor como fantasmas inmóviles y, entre ellos, Corwan permanece de rodillas sobre la nieve, desnudo y cubierto de sangre.

Su pecho sube y baja con la misma violencia que el huargo. El vaho escapa entre sus dientes apretados. Una de sus manos está hundida en la nieve, con los dedos crispados como garras aferrándose al suelo.

No puedo dejar de mirarlo.

El animal ha desaparecido, pero, de alguna manera, todavía sigue ahí... en el tatuaje de su espalda. El enorme lobo que vi dibujado en Glasgow es más nítido ahora. Parece haberse completado un poco, aunque sigue inacabado.

Retrocedo un paso sin darme cuenta y él reacciona al instante. Sus ojos negros se clavan en mí y un gruñido leve vibra en su garganta.

Mi corazón se dispara.

Intenta levantarse, pero un gesto de dolor le cruza el semblante. Se lleva una mano al costado y empieza a temblar.

Entonces veo la herida.

La sangre se cuela entre sus dedos y cae lentamente sobre la nieve, oscura y abundante. Si no hago algo, va a morir allí. Eso

debería facilitarme las cosas. Sin embargo, el pensamiento me atraviesa como una cuchilla y me obliga a moverme.

Me quito la capa de pieles con dedos torpes y avanzo despacio hasta él.

—No voy a hacerte daño.

La frase suena absurda en cuanto abandona mis labios, porque él podría partirme en dos con las manos desnudas.

Aun así, me aseguro de que permanece inmóvil antes de dar el siguiente paso.

Corwan sigue cada uno de mis movimientos con la intensidad de un depredador. Parece estar conteniéndose para no atacar.

Me acerco hasta una distancia prudencial y, cuando intento colocarle la capa sobre los hombros, su mano se cierra alrededor de mi muñeca. Tan fuerte que el dolor me obliga a gemir.

Sus ojos negros se alzan hacia los míos y, durante un instante aterrador, vuelvo a ver al huargo. Su instinto salvaje, su furia, su violencia...

—No... te acerques. —La voz sale grave, rota.

Sin embargo, no me suelta. Permanece aferrado a mi muñeca, temblando. Como si necesitara ese contacto para seguir anclado a la realidad.

Su mirada se fija en la venda de mi ojo y algo parecido al horror cruza su rostro. La presión sobre la muñeca desaparece de golpe y aparta la mano, abrasado por el contacto.

—¿Qué te han hecho?

El viento atraviesa los árboles y levanta copos de nieve entre nosotros.

No sé qué responder porque no estoy segura de qué parte de todo esto empezó por él.

—Fue un error de cálculo.

Sus ojos se oscurecen todavía más. Mira las marcas de las garras del grizzly que asoman bajo la venda y luego desvía la vista hacia la nieve, como si no soportara verlas.

Aprovecho ese instante para colocarle finalmente la capa sobre los hombros. Corwan no se aparta esta vez. Permanece inmóvil

mientras las pieles cubren parte de su cuerpo y el vapor se eleva desde su piel caliente.

Entonces veo algo que hasta ahora había pasado desapercibido: las decenas de cicatrices que surcan su cuerpo. Marcas finas, quemaduras, cortes, símbolos extraños grabados cerca de las clavículas.

Heridas antiguas y recientes.

Su cuerpo ha sido usado tantas veces que puede que haya perdido la cuenta.

No necesito preguntar de dónde vienen esas marcas. El nombre de Cráneo surge en mi cabeza de manera espontánea.

Corwan percibe mi mirada y tensa la mandíbula.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Con compasión.

El dolor en sus palabras me atraviesa de lleno.

Me arrodillo frente a él pese al frío que atraviesa mi vestido al instante.

—Déjame ver la herida.

—No.

—Te estás desangrando. Si no detengo la hemorragia, vamos a morir los dos en el hielo.

La manera en la que me mira hace que el mundo entero desaparezca.

Parece evaluar cuánta razón hay en mis palabras. Finalmente aparta la mano del costado.

La herida es horrible.

La espada le abrió un tajo profundo bajo las costillas y la sangre brota sin detenerse.

Arranco un trozo de tela del interior de mi vestido y lo apoyo sobre la herida. Corwan se tensa de golpe y su brazo atrapa mi cintura por puro reflejo. Un jadeo escapa de sus labios.

El calor de su contacto me atraviesa entera en mitad del frío de la estepa.

Levanto la vista.

Estamos demasiado cerca. Puedo sentir su respiración contra mi rostro.

Su olor me envuelve por primera vez: tormenta, humo, nieve y sangre fresca... Sus dedos siguen aferrados con fuerza a mi cintura. Los siento crispados, como si estuviera haciendo un esfuerzo enorme para no perder el control.

—Lo siento... sé que duele —susurro.

Una sombra de sonrisa amarga cruza su boca.

—No tienes idea.

Presiono la tela contra la herida y Corwan aprieta los dientes. El músculo de su mandíbula tiembla bajo la piel, pero no se aparta ni me suelta.

Intento concentrarme en detener la hemorragia y no en el calor de su mano atravesando la tela de mi vestido. En el modo en que me mira... luchando consigo mismo.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo... eso?

La pregunta queda suspendida entre ambos. Corwan tarda en responder.

—El suficiente para olvidar que una vez fui solo humano.

Un escalofrío me recorre la espalda. Observo sus cicatrices.

—¿Te hizo Cráneo todo esto?

—Él solo obedecía órdenes.

—¿De tu hermano?

Él asiente y yo recuerdo mis propias cicatrices...

El viento vuelve a soplar entre los árboles mientras comprendo una verdad incómoda: Corwan no nació monstruo, lo crearon.

Ahora empiezo a entender su actitud, su violencia, la oscuridad que siempre parece desgarrarlo por dentro. Es todo supervivencia.

Mis dedos rozan de forma accidental su piel cerca del pecho. Corwan se queda paralizado. El aire cambia entre nosotros. Se vuelve eléctrico.

Mi pulso se acelera. El tirón nace en mi pecho con una violencia que no había experimentado hasta ahora. Es porque no procede solo de mí, también viene de él. Es algo invisible que nos arrastra el uno hacia el otro...

Sus pupilas cambian y se encienden en tonos naranjas, como los del huargo.

Corwan aparta la mano de mi cintura de inmediato y se incorpora de forma brusca. Se aleja.

La pérdida de su calor me deja helada.

—Corwan... —Gira apenas la cabeza hacia mí—. ¿Por qué me dejaste marchar en Glasbow?

Arruga el gesto, lo suficiente para que sea consciente del conflicto brutal que habita dentro de él.

—No sé qué eres Camila... ni por qué le importas tanto a mi hermano...

Me quedo paralizada.

No lo sabe. No le han dicho que procedo del linaje de Aethryon. ¿Por qué? ¿No se fía Gorath ni de su propio hermano?

—Pero deberías tenerme miedo, porque lo que despiertas en mí no se puede controlar... Y lo peor es que no quiero alejarme.

El viento vuelve a soplar entre los árboles blancos. Sin embargo, ninguno de los dos se mueve.

Quizás debería haber huido en este momento, porque comprendo que el verdadero peligro no es Corwan, sino el interés que empieza a surgir en mí.

\* \* \*

El bosque se vuelve más oscuro conforme avanza la noche.

La nieve cae lenta entre las ramas blancas y el viento silba entre los troncos como un animal herido. Hemos encendido un fuego pequeño, apenas suficiente para combatir el frío sin delatar nuestra posición. Corwan permanece al otro lado de las llamas, sentado sobre una roca cubierta de escarcha y bajo la protección de un árbol.

No habla.

Me ha pedido unas horas para reponerse, pero no me parece que mejore.

Tiene la capa cerrada alrededor del cuerpo, pero aun así percibo cómo tiembla de vez en cuando. Su respiración se ha vuelto irregular

y el sudor le humedece el cabello negro a pesar del frío.

Apoya los antebrazos sobre las rodillas y agacha la cabeza. Durante un instante creo escuchar un gruñido contenido vibrando en su garganta.

—¿Estás bien? —pregunto.

Él tarda en responder.

—Sí.

La mentira resulta tan evidente que me ofende.

El fuego crepita entre nosotros. Corwan aprieta la mandíbula y se lleva una mano al costado herido. La capa de pieles se abre y contemplo su torso desnudo, brillante por el sudor. La herida ha dejado de sangrar, pero su aspecto empeora por momentos.

Entonces se pone de pie sin decir nada. El movimiento parece costarle más de lo que quiere evidenciar.

—No te muevas de aquí —murmura.

Y se interna entre los árboles con paso desigual.

Frunzo el ceño.

No sé a dónde va, pero no llegará muy lejos en ese estado.

Aguardo unos segundos, pero la inquietud y la preocupación terminan venciendo. Corwan se ha convertido en mi única opción para sobrevivir en la estepa. No me puedo permitir que muera ahora.

Me levanto y sigo sus huellas.

El susurro de la nieve bajo mis botas me persigue mientras avanzo entre los árboles. El bosque es más espeso a medida que me interno en él y la oscuridad se acumula entre las hojas heladas.

Lo encuentro junto a una roca partida. Está inclinado hacia delante, con la respiración entrecortada.

En el hueco, oculto bajo la piedra, veo el brillo de una caja metálica. Corwan saca algo de su interior y el brillo blanco destaca sobre la nieve.

Materia líquida. Dentro de una jeringuilla de cristal.

Corwan no repara en mí. Está demasiado concentrado intentando controlar el temblor de sus manos.

Saca el brazo de la capa de pieles y veo las marcas. Pequeñas cicatrices alineadas a lo largo de las venas. Recientes y antiguas.

Mi estómago se contrae.

Corwan intenta clavarle la aguja, pero el pulso le falla. Maldice entre dientes y vuelve a intentarlo, pero no lo consigue.

El temblor empeora y clavar la jeringuilla en su vena empieza a antojársele una misión imposible.

Grita. Se desespera. Y golpea con fuerza la roca. Un crujido de huesos reverbera en el bosque.

Salgo de mi escondite y me acerco. Él se gira tan rápido que el reflejo animal vuelve a aparecer en sus ojos. Durante un instante creo que va a atacarme.

—Te dije que no te movieras.

La advertencia se eleva en nubes de vaho desde su boca.

Miro la jeringuilla. Luego sus manos temblando. Y, por último, las cicatrices.

—Déjame ayudarte.

—No. —Responde demasiado rápido. Brusco—. Vuelve al fuego.

—No puedes ni sostenerla.

Sus ojos negros relampaguean.

—He dicho que no.

Bajo la agresividad hay algo que reconozco demasiado bien. Vergüenza.

Aprieto los labios y me acerco sin esperar su consentimiento. Él no se mueve, aunque todo su cuerpo se tensa.

Le tiendo la mano.

—Dámela.

Corwan mira la jeringuilla como si fuera un enemigo. Luego vuelve la vista hacia mí y, finalmente, me la entrega.

La materia líquida brilla dentro del cristal como una estrella atrapada.

—¿Dónde?

Corwan aparta la mirada.

—En la vena.

Saca un poco más el brazo. Los músculos están tensos bajo la piel.

Me aproximo todo lo que puedo y le sujeto el antebrazo. El contacto me golpea de lleno. Está demasiado caliente. Tiene fiebre.

Corwan contiene el aliento. Sus ojos permanecen clavados en mi rostro mientras apoyo la aguja contra su brazo.

—¿Estás enfermo? —pregunto en voz baja.

Él sonríe con pesadumbre.

—De una enfermedad que no se cura.

Levanto la vista hacia él.

—Es la sangre de huargo... mi cuerpo lucha contra ella. Intenta destruirla todo el tiempo.

El horror me recorre despacio.

La fiebre, los temblores, la violencia contenida... Corwan vive librando una guerra constante contra su propia sangre. Su cuerpo intenta destruir aquello en lo que lo convirtieron.

—La materia ralentiza el proceso —continúa—. Me ayuda a mantener el control. A llamar a la bestia y someterla a mi voluntad.

—¿Y si no la tomas?

Una leve brisa se cuela entre los árboles y agita su cabello oscuro.

—La bestia me devorará —sentencia—. Terminaré convertido en eso para siempre.

Mi respiración se atasca. Miro la aguja entre mis dedos y comprendo la realidad: Corwan no usa la materia para convertirse en monstruo, la usa para seguir siendo humano.

La tragedia me golpea tan fuerte que me comprime el pecho.

Con cuidado, apoyo la mano sobre su brazo y busco la vena.

Corwan cierra los ojos cuando la aguja le atraviesa la piel. El músculo se contrae bajo mis dedos. Luego empujo lentamente el émbolo.

La materia desaparece dentro de él.

El efecto es inmediato. El temblor disminuye poco a poco. La tensión brutal de su cuerpo empieza a relajarse. Un jadeo grave escapa entre sus labios y el sonido me atraviesa entera.

Mis dedos siguen sobre su piel, conscientes de su contacto, que arde bajo mis dedos. Y el modo en que me mira hace que apartarme parezca mucho más difícil de lo que debería.

Cuando abro la mano para apartarme, Corwan me atrapa la muñeca.

No es un gesto violento. Es casi desesperado.

Sus ojos negros vuelven a abrirse despacio y, durante un instante, parecen menos salvajes, aunque igual de peligrosos.

Su mano sube hasta la herida que asoma bajo el vendaje de mi ojo. La acaricia despacio y mi piel se eriza.

—Siento no haber llegado antes —susurra.

Sé que el anhelo que percibo en él es debido a mi sangre. A aquello en lo que Gorath lo convirtió. A la necesidad enfermiza de materia que vive dentro de él.

Eso es todo.

Tiene que serlo.

## 31

### El regreso

La noche avanza sobre la estepa mientras el huargo corre.

He perdido la cuenta del tiempo.

El viento me golpea el rostro sin descanso. Mis dedos permanecen enterrados en el espeso pelaje oscuro de la criatura... y el calor de su piel sigue adherido a ellos. Debajo de mí, el cuerpo del huargo se mueve con una potencia descomunal. Cada zancada devora metros de nieve y bosque.

Trato de entrar en su mente de nuevo, pero el muro sigue ahí. Infranqueable.

La herida del costado sigue abierta bajo el pelaje. A veces noto que la debilidad se apodera de él y un leve temblor atraviesa sus músculos. Pero intento no pensar demasiado en ello.

Ni en él.

Ni en lo que pasó junto a la roca.

Me obligo a recordar quién es, lo que es. Lo que he venido a hacer.

La ventisca empieza a disiparse cuando aparecen las primeras luces a lo lejos. Pequeños puntos anaranjados en mitad de la oscuridad.

Una aldea.

El huargo reduce la velocidad.

Varias casas bajas emergen entre la nieve, protegidas por empalizadas de madera. Algunas ventanas permanecen iluminadas

pese a lo avanzado de la noche. El olor a humo y comida caliente flota en el aire helado.

Antes de alcanzar la calle principal, el huargo se inclina para que lo desmonte y desaparece entre las sombras antes de que nadie pueda verlo. Unos segundos después, Corwan reaparece caminando entre la nieve.

Cubre su cuerpo con una capa. Está más pálido que antes.

Se dirige a una construcción de doble altura. Sobre su puerta, un cartel anuncia «camas y comida».

El interior está en penumbra. No hay nadie en la recepción y, en la sala que se abre a la derecha, las brasas de la chimenea alumbran a la única persona que aguarda sentada en los sillones.

Keira se pone en pie y corre hacia mí. Yo apenas tengo tiempo de reaccionar antes de que su mano impacte contra mi mejilla.

El golpe me hace girar el rostro.

—¿En qué estabas pensando?

Sus ojos brillan llenos de furia... y algo mucho más potente. Miedo.

—Creíamos que habías muerto.

Y acto seguido me abraza con fuerza. Tanta que por un instante me quedo inmóvil entre sus brazos. Suspira, y ese alivio me desarma más que la bofetada.

—Yo también me alegro de verte —murmuro.

Ella se aparta enseguida y su mirada se detiene en el vendaje sobre mi ojo.

—¿Qué te ha pasado?

—Es una larga historia.

Keira me conduce hasta el centro de la pequeña salita y me señala uno de los sillones. Corwan, pese al cansancio, permanece de pie cerca de la puerta. En silencio, pero en alerta.

—Necesito que nos lo cuentes. —Hay urgencia en su tono—. ¿Dónde demonios has estado?

Bajo los ojos hacia mis manos y repito lo que he ensayado durante el trayecto.

—La Resistencia me capturó y averiguaron quién era.

Los ojos de Keira se oscurecen.

—Quisieron saber por qué Gorath me mantenía con vida, qué quería de mí...

—¿Y qué les dijiste?

—Nada. Porque no sé nada.

Y es verdad. Solo que no es toda la verdad.

—Pero no me creyeron. Pensaron que les estaba ocultando algo, que le era leal a Gorath y decidieron librarse de mí.

El silencio se instala en la estancia y aprovecho para preguntar.

—¿Cómo supisteis dónde estaba?

—Nos llegó un aviso —responde Keira—. La princesa del Oeste reaparecía en el asentamiento de Catriona Le Far e iba a ser ejecutada.

Princesa. La palabra suena tan lejana que me parece que se refiere a otra persona.

Me remuevo incómoda.

—Corwan era el único que podía llegar a tiempo.

Giro la cabeza de forma imperceptible hacia él.

Sigue inmóvil junto a la puerta. Observándome desde las sombras.

El recuerdo de su piel caliente me asalta de nuevo. El férreo abrazo de su mano sobre mi muñeca. Sus dedos deslizándose por la herida de mi rostro...

Aparto la mirada antes de pensar demasiado.

Keira suspira.

—Deberías descansar.

Eso es exactamente lo que necesito. Tumbarme en una cama caliente, bajo el peso reconfortante de las mantas y olvidarme de todo durante unas horas.

Empiezo a levantarme cuando una voz que creía olvidada atraviesa la habitación desde la puerta.

—¡Alabado el dios del Fuego Antiguo! Estás de vuelta.

Un escalofrío me recorre entera. La insidiosa voz de Cráneo se filtra por mis poros como un veneno.

Bajo la tenue luz de las brasas, su calavera brilla como una aparición espectral.

No soy la única que reacciona a su presencia. Me doy cuenta de algo que hasta ahora me había pasado desapercibido. Corwan también se tensa, como si el huargo hubiera levantado la cabeza dentro de su piel.

—Podemos retomar los experimentos donde los dejamos.

Me sonrío y yo siento que el pánico lacera cada terminación nerviosa.

—Estoy herida —trato de justificarme.

—Eso es perfecto para la investigación. Como comprenderás, vamos bastante atrasados con el trabajo.

El sudor frío amenaza mi frente.

Entonces Corwan habla por primera vez desde que entramos.

—¿Es necesario hacerlo esta noche?

La sala entera queda en silencio.

Cráneo gira la cabeza hacia él despacio.

—Dímelo tú, Corwan. ¿O es que te has olvidado de cuál es su función en toda esta historia?

Las palabras se clavan como alfileres.

Y, por el modo en que Corwan aprieta la mandíbula, me queda claro que, aunque me haya salvado la vida hoy, sigue siendo una pieza más dentro de la misma maquinaria que quiere utilizarme.

\* \* \*

Cráneo me conduce escaleras arriba sin molestarse en comprobar si lo sigo.

Sabe que lo haré. Ya he averiguado lo que hay cuando escapas y la respuesta es frío, hielo y muerte.

La ventisca arrecia fuera mientras la posada duerme. Apenas un resplandor fugaz de velas encendidas en los pasillos y el crujido de la madera vieja que acompaña nuestros pasos. Los mismos dos soldados que partieron con nosotros del Vhalzar no siguen detrás.

Los mismos que me sujetaron y me desnudaron mientras Cráneo me vaciaba la sangre.

El pasillo del piso superior es estrecho y oscuro. Al fondo, una puerta permanece entreabierta, y una luz anaranjada se derrama

desde el interior.

Las cicatrices de mi cuerpo empiezan a picar.

No necesito entrar para saber el aspecto que tiene lo que hay dentro.

El olor es lo primero que percibo: alcohol, metal caliente, humo... Y también el aroma lechoso de la materia.

Cráneo empuja la puerta con un entusiasmo infantil.

—Nuestro pequeño santuario.

La palabra *nuestro* me provoca una náusea. La idea de que pueda considerar algo de todo esto parte de los dos me horroriza y me repugna a la vez.

La habitación ha sido transformada de nuevo en un laboratorio improvisado. Ya conozco los utensilios alineados sobre una mesa, el orden con el que todo está colocado. Como si los actos demenciales pudieran volverse aceptables si se clasifican bien.

La devoción con la que Cráneo se mueve entre los objetos es enfermiza.

—He tenido que improvisar con lo que ofrece esta aldea, pero creo que podremos continuar el trabajo sin demasiados inconvenientes.

No me muevo de la puerta y uno de los soldados tiene que empujarme para que entre.

—¿Qué vas a continuar exactamente, Cráneo?

Él sonríe sin levantar la vista de los instrumentos que está seleccionando.

—La investigación, mi lady.

—¿El intento de convertir mi sangre en sustituto de la materia?

La habitación queda en silencio.

Cráneo se detiene muy despacio y alza la cabeza hacia mí.

La calavera parece más blanca bajo la luz de las velas.

—Parece que tu incursión en terreno rebelde no ha sido en vano. ¿Qué saben ellos de todo esto?

Se aproxima con las manos entrelazadas a la espalda.

—Lo mismo que Corwan. Nada. ¿No es así?

Por primera vez, la sonrisa de Cráneo vacila.

—Lord Corwan conoce perfectamente cuál es tu utilidad. —Sus ojos brillan debajo de la máscara ósea.

—No es verdad.

Cráneo ladea ligeramente la cabeza y su rostro queda en sombras.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Si lo supiera, me trataría de otra manera.

—¿Y cómo te trata, mi lady?

El alquimista permanece inmóvil, y aunque no puedo verle el gesto, siento que ha tocado algo importante. Algo que no debía.

Rompe el silencio con una pequeña risa seca.

—Tu empatía con el hermano del rey resulta... fascinante.

No respondo. No sé qué decir a eso.

Se vuelve hacia la mesa.

—Tumbadla.

Los soldados se aproximan y uno de ellos intenta agarrarme del brazo, pero me aparto de golpe.

—Vas a matarme antes de llegar a las instalaciones de tu mentor.

—¡Oh! No tengo intención de hacerlo. Sé exactamente el punto en el que tengo que parar. Pero necesito saber qué teclas tocar para extraer el mayor potencial de tu sangre. —Se pone unos guantes—. Ahora que sabes la verdad sobre tu linaje, recordarás de los libros que la sangre de Aethryon solo se activa bajo sensaciones extremas: tensión, miedo... Dolor.

Se gira y me mira, y siento que es la mismísima encarnación del mal la que lo hace.

Toma una de las jeringuillas y la observa contra la luz.

—Sujetadla —repite, y esta vez su tono no admite demora.

El primer soldado me inmoviliza los brazos por detrás.

El miedo intenta abrirse paso dentro de mí, pero algo ha cambiado desde mi paso por el asentamiento de la Resistencia.

Desde las historias de Draven.

Desde Hukus y Arleen.

Desde el ojo perdido.

Ya no soy la chica aterrada que fue sacada a la fuerza de Taurenhold.

Cráneo me clava la aguja y extrae la sangre, pero su tono es apagado. Sin fuerza.

Chasquea la lengua.

—Golpeadla —ordena.

El segundo soldado no lo duda y lanza el puño contra mi estómago.

El aire abandona mis pulmones y me doblo con un jadeo, pero sigo sin sentir el calor en las venas. El tirón en el pecho que provoca la sangre reaccionando.

—Otro —dice.

Esta vez es en las costillas.

El dolor me atraviesa, pero aprieto los dientes.

Sigo sin notar nada.

El siguiente impacto me abre el labio. La sangre cae al suelo de madera. Y, aun así, no reacciono, porque ahora este tipo de dolor ya no es suficiente para afectarme.

He sobrevivido a cosas peores.

El soldado que me sujeta me lanza contra la pared. Mi cabeza golpea la madera y un pitido me perfora el oído.

Entre la neblina del golpe, creo distinguir una sombra al final del pasillo. Una mandíbula tensa... unas manos cerradas con rabia. Un gruñido grave y gutural que se escapa tras unos dientes apretados.

—¡Más fuerte! —insiste Cráneo.

Un puño impacta contra mi rostro. Y luego otro. La habitación empieza a inclinarse. Escucho mi respiración arrastrándose y el sabor metálico inunda mi boca.

Cráneo se acerca de nuevo y me extrae sangre. No me hace falta ver su color en el émbolo, la frustración en los ojos del alquimista es suficiente.

—¿Qué te hicieron allí?

Sonríó a pesar del labio partido.

—Enseñarme que el verdadero dolor no procede de los golpes.

El rostro de Cráneo se tiñe de rojo. La furia le alcanza los ojos y sus dientes crujen.

—Quitadla de mi vista.

Uno de los soldados me agarra con violencia y me arranca parte del vestido. La tela cede desde el hombro hasta la cintura. El aire helado me golpea la piel desnuda. Trato de zafarme, pero me empujan con fuerza hacia la puerta.

Caigo de rodillas en el pasillo.

Medio desnuda. Sangrando. Humillada.

Los soldados salen al pasillo detrás de mí. No sé si piensan seguir golpeándome allí.

Pero, entonces, una sombra alargada crece sobre las paredes. Un gruñido profundo sacude la posada entera.

Los soldados se congelan y Cráneo se detiene bajo el umbral de la puerta.

Levanto despacio la cabeza y ahora sí lo veo con claridad al final del pasillo.

Corwan está de pie junto a las escaleras y aprieta la barandilla con tanta fuerza que la madera cruje.

—Salid de aquí —dice.

Sin embargo, la voz ya no parece la suya. Sus ojos negros han desaparecido bajo un brillo naranja abrasador. Todo su cuerpo está en tensión. Puedo ver los tendones de su cuello sobresalir de la camisa como cables de acero.

Su mirada me recorre: la sangre, el vestido roto, las mejillas marcadas... Y el crujido de huesos inunda el pasillo.

Los soldados retroceden entre maldiciones.

Corwan cae de rodillas mientras su cuerpo empieza a deformarse. La espalda se arquea, los músculos se expanden bajo la piel, los dedos se convierten en garras. La transformación es mucho más salvaje que en el bosque. Más violenta. Parece haber perdido el control.

El huargo emerge entre sangre y sombras.

Enorme. Más que en la ciénaga. Su cabeza casi toca el techo del pasillo.

Uno de los soldados desenvaina la espada y la bestia se lanza contra él. Le arranca la garganta de un mordisco. La sangre salpica las paredes.

Yo estoy paralizada por el miedo. Porque Corwan no está ahí. Lo que veo detrás de los ojos del huargo es puro instinto.

Y entonces, lo noto. El muro ha desaparecido. La parte racional no está y solo queda una mente animal. Una consciencia con la que sí puedo conectar.

El tirón del pecho se convierte en un impacto que me atraviesa.

*Furia.*

*Dolor.*

*Muerte.*

*Pero también soledad, protección... nostalgia.*

El huargo avanza hacia la habitación y obliga a Cráneo a retroceder. Es la primera vez que no veo una sonrisa de hiena en su rostro. Está asustado.

Antes de que pueda atacar, un silbido atraviesa el aire y un dardo se clava en el cuello de la bestia. En la boca de Cráneo ha aparecido una cerbatana.

El huargo ruge y trata de avanzar, pero otro dardo se lo impide. Y un tercero.

El cuerpo gigantesco se tambalea. La furia sigue ahí, luchando, pero el veneno es más rápido. La bestia cae con estruendo sobre el suelo de madera y hace temblar toda la posada.

El silencio posterior resulta monstruoso.

Cráneo observa a la bestia dormida desde el interior de la estancia. Y, luego, con curiosidad, vuelve la cabeza hacia mí. Sus ojos reparan en la sangre que todavía gotea de mi labio partido.

Es roja. Vibrante.

Una sonrisa malsana se ilumina en su rostro.

—Interesante —susurra—. Por fin entiendo qué enciende tu sangre.

## El peaje de la bestia

Keira me obliga a sentarme junto a la chimenea mientras aparta con brusquedad la tela rasgada de mi vestido para examinar los moratones. Sus dedos son rápidos y expertos, pero nada delicados.

La habitación de la posada huele a hierbas hervidas y vino caliente.

—Yo creo que esto va a dejarte marca —murmura al observar una de las heridas que se ha abierto bajo mis costillas.

—Una más... poco importa.

Ella se queda en silencio. No sé si es indiferencia a mi sufrimiento o fidelidad extrema a su padre y a todas las órdenes que procedan de él, por muy crueles que sean. En cualquier caso, me molesta.

La luz anaranjada del fuego se refleja sobre los frascos y los paños blancos que ha colocado sobre la mesa. Fuera, el viento golpea las contraventanas con violencia. A pesar de ello, la aldea entera parece dormida.

Keira humedece un paño en agua caliente y limpia la sangre seca de mi rostro. El escozor me hace tensarme cuando pasa por encima del labio. Suelto un siseo.

—No te muevas.

—Eso quisiera.

Me mira de reojo.

—Puedo atarte, si lo prefieres.

—Creo que ya he tenido suficiente tortura por hoy. Gracias.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotras y no volvemos a hablar hasta que termina de vendarme las costillas. Después deja el cuenco sobre la mesa y se queda de pie frente a la chimenea con los brazos cruzados.

—Ten cuidado con Corwan.

La frase llega tan directa que tardo un instante en comprender a qué se refiere.

—¿Qué te hace pensar que no lo tengo?

Keira compone una sonrisa amarga.

—He visto la forma en la que te mira... Podría confundirte. Hacerte olvidar lo que es en realidad.

—¿Y qué es?

—Una bestia, Camila. —La dureza de sus palabras hace que tenga que girar la vista hacia otro lado—. Creada para destruir, para cumplir la voluntad de mi padre.

—Quizás solo es lo que le habéis obligado a ser. Tal vez cree que no tiene alternativa.

Keira tarda en responder. Parece debatirse entre callar o arrancarme la venda de golpe.

Al final suspira.

—Te dije que Corwan había perdido a su mujer y a su hijo. —Me tenso de golpe—. ¿Sabes lo que ocurrió esa noche?

Niego despacio, sin atreverme a hablar por miedo a no poder hacerlo.

Keira se aproxima al fuego y remueve las brasas con un hierro largo. La luz naranja se intensifica y alarga las sombras sobre las paredes. El metal cruje entre las ascuas incandescentes.

Tengo un mal presentimiento reptando bajo la piel.

—Aquella noche Corwan perdió el control.

El aire parece desaparecer de la habitación.

—¿Cómo?

Keira deja el hierro a un lado.

—La transformación empezó mientras los sanadores intentaban salvar a su mujer después del parto. Él tenía a su hijo muerto entre sus brazos. Nadie entendió lo que estaba ocurriendo... Quizá él

tampoco. Por entonces aún había *materia* suficiente para tener controlada a la bestia.

El mundo a mi alrededor desaparece. Solo está Keira y su historia.

—Fue la primera vez que el huargo tomó el control... y destrozó media fortaleza.

El sonido del fuego crepitando rellena las pausas.

—Mató a criados... guardias... sirvientas...

Traga saliva.

—A todos cuantos se cruzaron en su camino. Por Mae, había sangre hasta en los techos. —Cada palabra es un bloque de hielo que cae a plomo dentro de mí—. Cuando lograron reducirlo... seguía aferrando el cuerpo del niño entre sus fauces.

El silencio posterior resulta insoportable.

Intento reconciliar esa imagen con el hombre del bosque: el que soportaba el dolor en silencio, el que temblaba mientras luchaba por seguir siendo humano, el que me dejó vendarle las heridas pese a sentir vergüenza...

Entonces otro recuerdo me asalta: los ojos naranjas, la garganta arrancada del soldado, la violencia salvaje del huargo.

Son dos realidades conviviendo dentro del mismo cuerpo y no existe un control real sobre la bestia. Solo la contención de una *materia* cada vez más pobre que empieza a desaparecer.

Y el monstruo está ahí. Esperando.

Keira percibe el miedo atravesándome y asiente con lentitud, satisfecha de que al fin comience a entender.

Recoge los vendajes manchados de sangre y se dirige hacia la puerta.

—Descansa un poco. Partiremos al amanecer. Apenas quedan dos jornadas de viaje para Kulum.

—Keira...

Se detiene con la mano sobre el pomo.

—Cráneo me va a matar allí, ¿verdad?

Ella me mira por encima del hombro, pero no dice nada. Abre la puerta y la cierra tras de sí.

Me quedo sola otra vez con una opresión que me aplasta el pecho.

El fuego ilumina tenuemente la habitación. La historia de Keira me ha removido tanto que puedo escuchar mi propio corazón latiendo bajo las vendas.

Corwan, el hombre que me ha protegido de la violencia de Cráneo; el monstruo que despedazó a su propia gente.

Cierro el ojo sano y apoyo la cabeza contra la pared.

Necesito recordar quién soy, por qué estoy aquí, lo que he prometido hacer para volver a casa.

Entonces escucho un leve golpeteo en la ventana.

Frunzo el ceño. ¿Lo he imaginado?

Pero el sonido se repite.

Me levanto despacio y aparto la contraventana. Al otro lado distingo la silueta de un cuervo, tan negra que se confunde con el perfil de la noche. Sus ojos brillan atentos a la ventisca.

Es un mensajero de la Resistencia.

Abro la ventana y el animal extiende una pata. Veo el pequeño cilindro atado con hilo oscuro.

Mis dedos tiemblan de excitación e impaciencia mientras desato el mensaje. Junto a él aparece un pequeño vial de cristal. No me hace falta leer lo que pone para saber que se trata de la infusión de mandrágora.

El líquido oscuro se agita denso en su interior.

La nota es breve.

“Hazlo en Kulum. Una partida te recogerá en la empalizada exterior en cuanto lo hayas completado. Después te llevaremos al Oeste.”

El calor parece extinguirse de golpe.

El vial pesa demasiado entre mis dedos.

Esto va en serio. De verdad esperan que mate a Corwan.

Mis ojos se deslizan de forma involuntaria hacia la puerta cerrada de la habitación y el recuerdo vuelve: sus manos temblando, el calor de su piel, la contención para no perder el control.

Aprieto el vial con fuerza.

No.

No puedo olvidar quién es. Ni lo que hizo. Ni lo que sería capaz de hacer.

Yo soy quien puede pararlo. Represento la resistencia, la supervivencia, la posibilidad de volver a casa...

Soy la Rosa de Invierno. No he llegado hasta aquí para perderme dentro de un monstruo.

\* \* \*

Me quedo sentada en un sofá contemplando el fuego. No tengo sueño ni interés en perderme en él. La cama se me antoja un objeto extraño al otro lado de la estancia.

El fuego de la chimenea se ha consumido casi por completo cuando escucho pasos fuera, en el pasillo. No son firmes, pero tampoco pausados.

La madera cruje de forma irregular.

Me incorporo sobre el sofá.

Durante un instante pienso que es Cráneo otra vez y noto cómo el cuerpo entero se me contrae de terror. Pero entonces los pasos se detienen frente a mi puerta y el silencio reemplaza su lugar.

Lo reconozco antes de que hable.

—Camila.

Mi corazón da un golpe violento dentro del pecho.

Es Corwan.

El monstruo que despedazó al soldado en el pasillo se ha calmado. Solo queda esa voz grave, rota por el cansancio.

Aun así, mi miedo no desaparece. Me descubro mirando la puerta como si esperara verla saltar hecha astillas.

Él tarda unos segundos en volver a hablar.

—No sé si estás despierta.

Su respiración atraviesa la madera.

—Lo estoy —respondo al fin.

Escucho un roce áspero al otro lado, como si apoyara una mano sobre la pared para evitar caerse.

—¿Te encuentras bien?

La pregunta me pilla desprevenida. Después de todo lo que ha ocurrido, del pasillo cubierto de sangre, de las garras, de los rugidos... él sigue preguntándose si estoy bien.

Cierro los ojos un instante.

—Sí.

Corwan no responde de inmediato. Y, cuando lo hace, su voz emerge todavía más rasgada.

—No es necesario que me mientas.

Un escalofrío me recorre despacio.

El viento golpea las contraventanas y durante unos segundos solo escucho eso... y el susurro de su respiración detrás de la puerta.

Entonces la madera cruje de nuevo. Parece que sus dedos acabaran de clavarse demasiado fuerte en el marco.

El silencio cambia. Se vuelve tenso. Peligroso.

—Corwan... —Me levanto del sofá.

Un jadeo atraviesa la puerta.

—No te acerques.

La advertencia llega con demasiada urgencia. Me deja congelada, de pie junto al sofá.

Escucho otro crujido más fuerte, como si el marco hubiera cedido bajo su agarre.

El miedo reptando dentro de mí se mezcla con algo mucho peor, porque aun sabiendo lo que habita dentro de él... una parte de mí desea abrir.

Desea verlo.

Corwan vuelve a hablar antes de que decida moverme.

—¿Te... te hice daño?

Por la diosa Mae... Ni siquiera recuerda lo que pasó.

—No —respondo deprisa.

El pecho me duele porque siento que debajo de toda esa oscuridad lo que arde es la culpa. Y entiendo que quizá Corwan no teme lo que pueda hacerme Cráneo, sino lo que pueda hacerme él.

Me levanto despacio y avanzo hacia la puerta.

Cada paso se me antoja una locura.

Cuando llego, apoyo la palma sobre la madera fría. Al otro lado, el silencio se vuelve absoluto. Enseguida la temperatura de su

cuerpo atraviesa la madera como si la puerta no fuera suficiente barrera para sujetarlo.

Corwan deja escapar el aire lentamente, como si mi cercanía le doliera.

—Camila...

Nunca había escuchado mi nombre así. Tan quedo, tan íntimo... tan expuesto.

Cierro los ojos.

—¿Tienes miedo de mí?

La pregunta atraviesa la madera y se clava directamente en mi pecho.

Aprieto los dedos contra el marco.

Quiero decir que no. Mentir. Abrir la puerta.

Sin embargo, el recuerdo de la bestia me asalta y no consigo responder. El silencio lo hace por mí.

Al otro lado escucho un leve golpe, como si hubiera apoyado la frente contra la puerta un segundo.

Después se aparta y los pasos retroceden por el pasillo.

No abro la puerta. No corro tras él.

Me quedo allí, inmóvil, con la mano apoyada sobre la madera todavía caliente... tomando consciencia de que lo más peligroso de Corwan no es el monstruo que vive dentro de él. Es la parte de mí que sigue esperando sus pasos al otro lado de la puerta.

## El camino hacia Kulum

El viaje hacia Kulum dura dos días.

Dos días de nieve, viento y silencios largos.

La estepa ha quedado atrás y el paisaje cambia poco a poco. Los árboles vuelven a aparecer, oscuros y altos, formando bosques espesos que amortiguan el sonido de los cascos de los caballos sobre la nieve. A veces el viento agita las ramas y una lluvia blanca cae sobre nosotros.

Cabalgamos en fila porque el terreno ha comenzado a volverse escarpado. Pequeños desfiladeros se abren a un lado y a otro del camino.

Cráneo va siempre delante, abriendo la marcha y asegurándose de que no nos detenemos.

El soldado superviviente va tras él. Después cabalga Keira. Y finalmente yo. Corwan lo hace varios metros por detrás, manteniendo la distancia. Apenas habla, pero su presencia me envuelve en todo momento. La noto en cada pausa del trayecto, en cada vez que reduce la velocidad de su caballo para conservar la distancia con el mío, en la forma en la que vigila el bosque a mi alrededor.

Odio ser consciente de todo ello, porque cuanto más lo observo, más difícil me resulta creer que hombre y monstruo sean la misma cosa.

—¿Quieres que paremos a descansar?

La voz grave de Corwan se abre paso entre mis pensamientos.

Apenas soy consciente del gesto que llevo dibujado en el rostro. Cada vez me resulta más difícil ignorar el dolor de las costillas.

—Estoy bien.

Él me mira un segundo.

—Sigues mintiendo fatal.

Espolea su caballo y se acerca a Cráneo. Cinco minutos más tarde hacemos una parada breve junto a un riachuelo helado.

Keira aprovecha para revisar las cinchas de los caballos. Y yo permanezco inmóvil junto al mío, tratando de encontrar la mejor postura para respirar sin sentir que un agujón me atraviesa las costillas.

Corwan también está junto a su caballo, a una distancia prudencial. Lo observo sin querer mientras revisa las patas. Sus movimientos son tranquilos y precisos. El animal resopla y empuja ligeramente el hombro de Corwan con su hocico, y Corwan acaricia de forma distraída su cuello.

—Es raro verlo así, ¿verdad?

La voz de Keira me hace girarme.

No me había dado cuenta de que había ido acercándose.

—¿Así como? —pregunto, como si no supiera a lo que se refiere.

—En calma.

Sus ojos lo miran con una mezcla de tristeza y pena.

Y yo no sé qué responder.

\* \* \*

El cielo empieza a oscurecer cuando hacemos la última parada antes de llegar a Kulum. Cráneo insiste en descansar unas horas antes de entrar en la aldea.

El soldado retira los caballos mientras Keira monta un pequeño fuego entre unas rocas. Yo me siento cerca de las llamas y estiro poco a poco las piernas. El cansancio del viaje me pesa en los huesos.

Corwan desaparece unos minutos entre los árboles. Odio la manera en la que su ausencia me inquieta.

Cuando regresa, lleva un conejo entre las manos.

Se sienta cerca del fuego y empieza a prepararlo en silencio. Sus dedos expertos lo despellejan y limpian la carne. Luego lo atraviesa con una varilla improvisada. El fuego ilumina parcialmente sus manos cubiertas de sangre.

Nadie habla. Todos estamos absortos en su ritual.

Entonces añade unas hierbas secas a la carne y el aroma cambia. Se vuelve más cálido, más intenso.

—Jamás habría imaginado que supieras cocinar.

El tono de Cráneo es de burla. Sin embargo, no veo descrédito en lo que hace. Al revés, me parece hermoso.

—No estoy seguro de que a esto se le pueda llamar cocinar.

Keira sonríe desde el otro lado del fuego.

—No seas humilde. No te pega.

Corwan le lanza una mirada cansada.

—Keira... —le reprende.

—¿Qué? —Se encoge de hombros—. Hubo un tiempo en el que cocinabas tú más veces que el servicio.

En el rostro de Corwan aparece una leve mueca. Casi imperceptible.

El fuego chisporrotea entre nosotros.

—Tu abuela odiaba cómo cortaban las verduras en las cocinas —le dice a Keira de pronto—. Se quejaba de que parecían enemigos destripados.

En su boca se dibuja una mínima sonrisa torcida. Rota. Terriblemente humana.

—Aprendí a cocinar por ella.

Mi corazón se contrae de una manera peligrosa porque por un instante dejo de ver al huargo, solo al hombre sentado junto al fuego hablando de la infancia que una vez tuvo.

El calor me abrasa el pecho.

El vial de mandrágora sigue escondido entre mis ropas, aguardando la llegada a Kulum.

Aprieto los dedos sobre mis rodillas y vuelvo a recordarme mi misión.

Sin embargo, cuando Corwan alza los ojos hacia mí al otro lado del fuego, su brillo me obceca el pensamiento y solo puedo pensar

en ayudarle a recuperar la vida que le arrebataron.

\* \* \*

La noche ha caído sobre el campamento y ha sumido todo en sombras.

Cráneo y Keira duermen cerca del fuego ya consumido. El soldado superviviente se ha envuelto en varias mantas junto a los caballos. Solo quedan brasas rojizas respirando débilmente entre las cenizas.

Yo no consigo dormir.

La herida de las costillas me duele demasiado cada vez que me muevo y el pensamiento de Kulum pesa sobre mí como una piedra enorme. A veces tengo la sensación de que el vial de mandrágora late pegado a mi piel.

Me incorporo un poco sobre la manta y miro alrededor.

Corwan no está junto al fuego.

La inquietud me obliga a enderezarme del todo. El bosque permanece inmóvil bajo la nieve. El viento apenas susurra entre las ramas. Durante un instante creo que ha desaparecido otra vez. Pero entonces veo su silueta.

Está apoyado contra un árbol a pocos metros del campamento, casi oculto entre las sombras. Vigilando.

La luz de la luna dibuja su perfil de forma parcial: el cabello oscuro, los hombros anchos cubiertos por la capa, la línea severa de la mandíbula... No sé cuánto tiempo llevo observándolo cuando él habla sin apartar la vista del bosque.

—Deberías estar durmiendo.

Su voz grave rompe el silencio de forma tan repentina que me sobresalto.

—Tú tampoco lo haces.

Corwan tarda unos segundos en responder.

—Alguien tiene que vigilar.

Me abrazo las piernas debajo de la manta.

—¿Qué podría asustarte a ti?

El bosque vuelve a quedar en silencio un instante antes de que el cuerpo de Corwan se tense. Su espalda se yergue y gira la cabeza apenas unos grados hacia la oscuridad entre los árboles que crecen detrás de mí.

Sus ojos negros se clavan en los míos.

—No te muevas.

Su tono me atraviesa, frío y cortante como una cuchilla.

El miedo me inmoviliza de golpe.

—¿Qué pasa...?

Pero él ya se está acercando.

Cruza la distancia entre nosotros en apenas dos zancadas silenciosas y me agarra antes de que pueda reaccionar. Una mano se cierra sobre mi cintura y la otra cubre mi boca.

El mundo estalla de golpe.

Caigo de espaldas sobre la nieve y Corwan queda encima de mí.

El aire abandona mis pulmones.

Su cuerpo está pegado al mío. Caliente. Su olor salvaje me envuelve de nuevo. Siento el peso de sus músculos tensos, su respiración agitada rozándome la frente.

Mi corazón se descontrola.

—No hagas ruido —susurra contra mi oído.

Estoy paralizada. No sé si está protegiéndome de algo o si se trata de otra lucha interna suya por no hacerme daño.

Sin embargo, escucho el siseo cerca de mi costado.

Giro la cabeza y mis ojos se abren de golpe.

La criatura emerge elegante de entre la nieve. Es fina y translúcida, casi invisible bajo la luz azulada de la noche. Su cuerpo parece formado por hielo y sus ojos blancos reflejan el resplandor de las brasas.

Es una serpiente del hielo.

La he visto dibujada en los libros de la biblioteca de Taurenhold. Su veneno paraliza el cuerpo antes de detener el corazón.

La criatura alza apenas la cabeza y siento el terror reptando por mi espalda.

Corwan no se mueve. Permanece inmóvil sobre mí, sujetándome con fuerza contra la nieve mientras observa acercarse a la serpiente.

Su lengua blanca vibra en el aire... y ataca.

Todo ocurre demasiado rápido.

Corwan aparta mi cuerpo de un tirón brutal y el vestido se me sube hasta dejar al descubierto la pierna.

El cuchillo aparece en su mano, listo para utilizarse. El acero atraviesa la cabeza de la serpiente y la clava contra el suelo helado.

El siseo se interrumpe de golpe y regresa el silencio.

La respiración de Corwan retumba sobre mí. Agitada.

Sigue encima de mi cuerpo. Una rodilla entre mis piernas. Una mano aún aferrando la empuñadura del cuchillo. La otra alrededor de mi cintura.

Mi pecho sube y baja con violencia.

Corwan vuelve el rostro hacia mí... y todo lo demás desaparece. Porque nunca lo había tenido tan cerca.

La nieve se derrite en algunos mechones de su cabello oscuro. Su respiración febril choca contra mis labios. Sus ojos negros recorren mi rostro con una intensidad que me deja sin aire.

No hay monstruo ahora. No hay huargo.

Solo él.

Y, aun así, jamás me había sentido tan vulnerable.

—¿Te ha mordido?

Niego despacio. Pero Corwan no parece convencido.

Su mano abandona mi cintura y se eleva un poco sobre mí. El frío ocupa al instante el lugar donde me estaba sujetando. Recorre mi cuerpo buscando marcas de colmillos: el cuello, el hombro, el brazo, mi mano...

El roce de sus dedos me incendia bajo la ropa.

Cuando llega a mi muslo, mi respiración se quiebra de forma involuntaria.

Corwan se detiene como si acabara de darse cuenta de lo que está haciendo. Sus ojos regresan a los míos y la distancia se vuelve insoportable entre nosotros. Su mano sigue sobre mi pierna y la violencia vibra contenida bajo su piel. Y también bajo mi cuerpo; porque debería apartarlo, pero lo único que puedo pensar es que nunca nadie me había tocado como si mi vida importara tanto.

Corwan baja la mirada hacia mi boca y, por un instante terrible, creo que va a besarme. Una parte de mí desea que lo haga.

Entonces el caballo más cercano resopla y el sonido rompe la urna de cristal invisible que nos aislaba de todo.

Corwan se aparta de golpe, como si acabara de recordar quién es y lo que se espera de él. Se pone de pie con rapidez y me da la espalda. Aunque su respiración sigue estando agitada.

—Intenta dormir, Camila. —Su voz emerge grave, rasgada.

Tarda unos instantes en marcharse, como si alejarse de mí le costara más de lo que debería.

Yo permanezco quieta sobre la nieve, sintiendo todavía el calor de su cuerpo atrapado contra el mío.

Sé que tengo un problema y no es el monstruo que vive dentro de Corwan, es que empiezo a desear al hombre incluso sabiendo que ambos pueden destruirme.

## El vial de mandrágora

Kulum aparece al caer la tarde del segundo día.

Es pequeña y oscura; y está prácticamente sepultada bajo la nieve. Las casas se agrupan alrededor de un canal helado y las chimeneas expulsan columnas de humo gris que desaparecen enseguida entre el gélido viento. Está protegida por una alta empalizada de madera que la protege de las tormentas de nieve.

Memorizo el lugar. Se supone que será aquí donde me recogerá la partida de la Resistencia después de... Prefiero no pensarlo.

No hay demasiada gente en las calles. Los pocos habitantes que nos cruzamos bajan la cabeza al reconocer a Corwan. Incluso en aquellos territorios apartados, el miedo es la respuesta a su presencia.

La posada donde nos detenemos es más humilde que la anterior. Las paredes crujen con el viento y el olor a humedad se mezcla con el de la sopa caliente y la leña mojada. La posadera, de pelo blanco, piel arrugada y ojos pequeños, pero vivaces, nos mira de arriba abajo antes de darnos las llaves de las habitaciones. En especial a mí. Mi pelo rubio sigue siendo el foco de atención.

—Hace años que no veíamos por aquí hombres del rey —dice la mujer, sin dejar de mirarme—. ¿Qué os trae hasta Kulum, lord Corwan?

Sin embargo, Corwan no se molesta en responder. Coge las llaves de su habitación y se dirige al salón principal de la posada.

—Sírvenos la cena —dice Cráneo mientras recoge las suyas.

El salón está vacío.

Hay dos mesas ubicadas bajo las ventanas y una chimenea apagada. La posadera se afana en encenderla durante un buen rato. Cuando por fin el fuego arde, desaparece por una puerta y regresa enseguida con varios tazones de caldo y una olla con carne guisada que huele bastante bien.

Cenamos en silencio. Corwan y Cráneo en una mesa y Keira, el soldado y yo en otra.

Noto los ojos de Corwan posarse en mí de vez en cuando. Miradas rápidas mientras remueve el caldo y la carne sin probar bocado. Lo cierto es que yo también intento comer algo, pero apenas puedo tragar.

El vial escondido entre mis ropas parece quemarme la piel.

—Mañana a medio día llegaremos al laboratorio de mi mentor —dice Cráneo, dirigiéndose a Corwan—. Si el tiempo nos concede esa cortesía.

El estómago se me encoge.

El final del trayecto.

No quiero pensar en lo que me espera allí. En los nuevos experimentos a los que me someterá Cráneo; en las diferentes formas de tortura que se le ocurrirán para conseguir que mi sangre se encienda.

Corwan responde, pero habla demasiado bajo para escucharlo.

Después la conversación deriva hacia la tormenta, el estado de los caminos, el plan de Gorath, la necesidad de *materia*...

Siempre la *materia*. Como si todos estuviéramos condenados desde que empezó a agotarse.

Cuando se vacía su plato, Keira se pone en pie.

—Con vuestro permiso, me retiro a descansar.

El soldado la sigue.

Cráneo y Corwan se demoran unos segundos más mientras apuran sus copas.

—Pasaos por mi cuarto, Corwan —dice el alquimista cuando se levantan—. Es hora de una nueva dosis.

Los músculos del cuello de Corwan se tensan, pero no responde. Finalmente, la sala se queda vacía.

Solo quedamos el fuego, yo... y el vial de mandrágora oculto entre mi ropa.

Me levanto y me acerco a una de las ventanas empañadas. La tormenta azota el exterior mientras la luz anaranjada del hogar ilumina mi perfil.

No sé cuánto tiempo permanezco inmóvil, escuchando mi propio corazón.

Luego saco el vial despacio de entre las costuras del vestido.

El líquido oscuro brilla entre mis dedos.

Esto es lo que quería la Resistencia. Lo que Draven espera. Lo correcto, lo que me llevará de vuelta a casa.

¿No?

Corwan es peligroso. El brazo ejecutor de Gorath. El Azote del Norte. La pieza que puede desestabilizar la balanza de la contienda que se avecina contra el Oeste.

Cierro los ojos y respiro profundamente.

Si me concentro un poco, todavía puedo recordar el eco en los salones del palacio después de un baile, los rododendros en flor de la alcoba de mi madre, las risas y confidencias con mi hermana junto a la gran chimenea...

—¿Va a querer algo más, sureña?

La voz de la posadera me saca de mis pensamientos.

—¿Me podéis traer dos copas de *krüsh*?

La mujer asiente. Desaparece y regresa desde la cocina un minuto después. Me deja una jarra con dos copas sobre la mesa.

—Tenéis buena pronunciación para no ser de aquí —dice—. Si no fuera por vuestro pelo... cualquiera diría que peleáis por los intereses rebeldes.

Fija su mirada en mí y aguarda mi reacción. Yo me quedo paralizada. No sé qué espera, ni lo que debo decir a continuación.

—Me han pedido que te comunique que la partida ya aguarda en la empalizada —dice al fin.

Noto que la tensión de mi pecho se relaja. Pero el nudo en el estómago permanece.

—Gracias —digo.

—Lo que vas a hacer es muy valiente.

Toma mis manos entre las tuyas y las aprieta. No hay ternura en su gesto. No hay cabida para ella en estas tierras.

—Lo voy a intentar —digo, siendo consciente de que el fracaso sigue siendo una opción.

Quizás Corwan me descubra, quizás no quiera tomarse el *krüsh*, quizás mi determinación se quiebre al tenderle la copa...

—Lo tienes fácil, cariño —dice la posadera—. He visto cómo te mira. No dudará de ti.

Noto que esa frase me incomoda más de lo que habría esperado.

Quizás ella atisba parte de mi tribulación porque añade:

—Recuerda por qué lo haces. Todo el dolor que has visto... todo lo que puedes evitar.

Asiento.

—Su habitación es la primera de la derecha —susurra—. Te facilitará salir rápido.

Después se marcha.

Contemplo la jarra y las copas durante un rato. Los segundos pasan y cada vez se me antoja más larga la distancia que separa mi mano de ellas pese a que nada se ha movido en la habitación. Incluso las brasas parecen haber dejado de palpar.

Finalmente levanto la mano. Tiemblo mientras sirvo el *krüsh* en las copas.

Abro el vial y lo observo largo rato. El tiempo se dilata y se contrae.

El sonido del viento golpeando las ventanas me obliga a alzar la cabeza y, cuando la bajo, mis dedos ya están cerrando el vial.

Inhalo profundamente. No permito que mi mente piense demasiado.

Cojo ambas copas y subo hacia la zona de las habitaciones. Cada escalón es una palada de tierra sobre mi tumba.

Me detengo frente a la puerta y llamo despacio.

No tarda en abrir.

La habitación está en penumbra y él no parece sorprendido de encontrarme allí plantada. Sus ojos negros descienden hacia las copas.

—¿Qué es eso?

Trago saliva.

—*Krüşh*.

Frunce el ceño, aunque se hace a un lado para dejarme pasar.

Cruzo el umbral y avanzo hasta una pequeña mesa situada junto a la chimenea. Dejo ahí las copas mientras siento que el silencio crece entre nosotros sin saber qué decir o cómo actuar.

Tengo la sensación de que esta noche está suspendida fuera del tiempo, que sucede en otra esfera del espacio.

Corwan se aproxima despacio. Lleva solo unas calzas negras y una camisa blanca ligera que acentúa más la oscuridad de su pelo y de sus ojos. Su aura de misterio es magnética, cautivadora... imposible de ignorar.

—¿Qué quieres, Camila? —Sueno cansado. Triste—. Sabes que esto no es ningún juego.

Cojo su copa y se la tiendo. No la miro. No pienso. Si lo hiciera, aunque solo fuera un segundo, me pondría a temblar.

Durante un instante, temo que no la acepte... pero lo hace. La coge y la gira lentamente entre los dedos, con la mirada perdida en el líquido que baila en su interior.

Luego se aproxima la copa a los labios... pero la baja antes de beber.

Alza la vista hacia mí. Hay un brillo nuevo. Dolorido. Muy peligroso. Y enseguida comprendo que, de alguna manera, lo sabe.

Entonces coge la copa que queda sobre la mesa y me ofrece la que él tenía. Las intercambia.

El ambiente se enrarece de golpe. Mi pulso se acelera.

—¿Por qué has hecho eso? —digo, sin aceptar el ofrecimiento.

Gira la cabeza y señala un papel que yace en un taburete junto a las ropas del viaje que se ha quitado.

Yo me acerco, con el corazón latiendo desbocado, y lo abro despacio. Es un mensaje.

*«Intentará envenenarte esta noche. Ten cuidado.*

*No seas duro con ella.*

*Es importante para mí.*

*Draven.»*

El mundo entero se diluye bajo mis pies y siento el vértigo de una caída libre. Un dolor profundo y lento se abre paso bajo mi piel. Ardiente. Desgarrador. Porque en ese mensaje hay muchas cosas que me lastiman: traición, cobardía, despecho... y lo peor de todo es que están disfrazadas de amor. Pero el amor no hace eso. El amor no traiciona ni se esconde.

Ahora lo sé porque lo siento.

Corwan me observa en silencio. No hay furia ni rabia en su gesto, solo esa profunda soledad anidada en cada ápice de su existencia.

—Y aun sabiéndolo —digo—, me has dejado pasar.

Una sombra oscura cruza su rostro.

—Necesitaba dudar de que lo harías hasta el último momento.

Mi mirada desciende hasta las copas que todavía sujeta. Hacia el *krüsh* oscuro que se agita en su interior. Hacia el reflejo tembloroso de las brasas sobre el cristal.

No quiero seguir dudando, ni huyendo, ni fingiendo que esto no existe.

Me acerco hasta Corwan, decidida, y le quito de las manos ambas copas. Y me las bebo.

El *krüsh* arde en mi garganta mientras lo abrasa todo a su paso.

Corwan se queda inmóvil. Por primera vez desde que lo conozco parece verdaderamente desconcertado.

Dejo las dos copas vacías sobre la mesa.

—No había veneno.

El silencio posterior resulta insoportable.

No se mueve, apenas respira. Solo me mira con una intensidad que me acelera la respiración. Parece que acabara de verme por primera vez y no entendiera qué hago ahí.

—¿Por qué...

Su voz sale rota y eso termina de quebrarme a mí también. Las lágrimas me arden detrás del ojo sano.

—No soporto la idea de que mueras.

La confesión abandona mis labios antes de poder detenerla.

—He intentado odiarte y temerte... —Mi voz empieza a quebrarse—. Pero luego vuelves a mirarme así, y ya no sé dónde termina el monstruo y dónde empiezas tú.

Corwan cierra los ojos un instante como si mis palabras le provocaran dolor físico.

—Es que contigo, Camila, siento que el monstruo puede descansar. —Traga saliva—. Y no sabes cuánto lo necesito.

La distancia entre nosotros se vuelve insoportable.

La tormenta golpea las ventanas, las brasas crepitan, pero ya nada existe fuera de nosotros dos.

—No quiero seguir luchando contra esto también —susurra.

La honestidad de su voz me destroza porque yo tampoco quiero seguir haciéndolo.

Levanto una mano despacio y la apoyo sobre su pecho. Su corazón late fuerte bajo las cicatrices que marcan su piel.

Corwan contiene el aliento.

—Dime que esto no es solo un impulso —dice.

El dolor que atraviesa su rostro resulta casi insoportable. Entonces su mano cubre la mía y la presión de sus dedos tiembla un poco.

—Ojalá lo fuera.

La contención se rompe y lo beso. Sin miedo, sin interrupciones, sin dudas.

Corwan responde con la avidez de quien lleva demasiado tiempo sujetándose. Sus manos rodean mi cintura y me atrae contra él con una necesidad tan brutal que siento que la barrera de nuestros cuerpos desaparece.

El beso sabe a alcohol, a nieve, a hambre. A todas las cosas que no debimos permitirnos sentir.

Sus labios descienden lentamente hacia mi cuello y el temblor que me atraviesa no tiene nada que ver con el frío.

Mis dedos recorren su pecho bajo la camisa de lino y Corwan se estremece. Un brillo naranja se enciende en sus ojos, pero no es peligro. Es pura excitación.

—Si vas a querer que pare, será mejor que te marches de aquí.  
—Lo dice medio en broma, pero sé que habla en serio.

Me sonrojo.

—No quiero que pares —digo—, pero es la primera vez que...

Él sonríe y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—No te preocupes. Llevo toda la vida conteniéndome.

Me acerco a su oído y le susurro.

—No quiero que lo hagas.

Entonces es él quien me besa con mucha más fuerza, más pasión.

Su mano desciende y recoge poco a poco la tela del vestido hasta que consigue colarla debajo. Sus dedos febriles recorren mi muslo mientras su boca sigue bebiéndose la mía. Cuando noto su calor sobre mi sexo no puedo evitar dejar escapar un jadeo.

El deseo es tan grande que va a partirme por la mitad.

Sus dedos me acarician, aprietan y aflojan con una cadencia medida. Y, cuando siento que no puedo más, que la excitación no me deja ni respirar, me levanta del suelo y me sienta sobre la mesa.

Las copas caen al suelo y estallan en mil pedazos, pero yo no oigo nada. Solo soy consciente de mi jadeo, del suyo, del cruce de nuestras respiraciones agitadas y del calor compartido.

Me atrae de nuevo hacia él hasta que quedo en equilibrio perfecto entre la mesa y la sujeción de su cuerpo.

Desciende la mano y me mira fijamente a los ojos. Su pupila apenas deja hueco al aro naranja.

—Perdón ahora. —El jadeo apenas le deja hablar.

Entonces lo siento. Él entrando en mí. Conectándonos de la forma más íntima que puede existir.

El gemido nos desgarr a los dos. Corwan apoya un instante la cabeza contra mi frente y me acaricia la mejilla.

Yo siento que llevo anhelando esto desde el momento en el que su mirada me atravesó en las murallas del Vhalzar.

Él comienza a embestir y, con cada empujón, yo desciendo a un nivel más profundo de consciencia. Me vuelvo salvaje con él. Nos convertimos en una sola mente.

El placer me sacude en oleadas tan brutales que me hace estremecer.

Y cuando él también estalla, los dos nos tumbamos sobre la mesa. Sudando, exhaustos.

Aquella noche dejamos de pertenecer al Norte, al Oeste o a la guerra. Solo nos pertenecemos el uno al otro. Aunque yo sabía que eso solo podía significar el principio de nuestra condena.

## Todas las cartas

El amanecer llega cubierto de niebla.

La tormenta de la noche anterior ha desaparecido y el pueblo emerge soterrado en un infierno blanco. Desde la ventana de la habitación veo las chimeneas humeando, los tejados nevados... y la empalizada al fondo.

Y entonces recuerdo todo.

El brazo de Corwan me rodea la cintura y su sabor aún endulza mis labios. Sigue dormido a mi lado. El cabello negro cae parcialmente sobre su rostro y la luz gris del amanecer suaviza parte de la dureza de sus facciones.

Así casi parece alguien capaz de tener una vida normal.

El pensamiento me quiebra un poco por dentro porque sé que eso nunca va a ocurrir.

Me incorporo despacio para no despertarlo, pero en cuanto aparto las mantas sus ojos se abren.

Vuelven a ser negros, pero siguen igual de alerta, conscientes de mi presencia. El huargo nunca duerme del todo.

Durante unos segundos, ninguno de los dos habla, solo nos miramos, y el calor de la noche anterior vuelve a instalarse entre nosotros con una violencia silenciosa.

Corwan se incorpora en la cama y me atrae de nuevo hacia él. Me envuelve entre sus brazos y me besa con avidez.

—Temía que hubiera sido un sueño.

Agacho la cabeza, sonrojada, y sonrío. Pero después, el peso de la realidad me aplasta.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Él mantiene su abrazo. El calor me resulta reconfortante.

—Hablaré con mi hermano para que detenga los experimentos de Cráneo. Me da igual cuál sea su finalidad. Nada puede ser más importante que esto...

Una sombra cruza mi rostro al recordar que no sabe la verdad. Si la supiera, comprendería que Gorath jamás se detendrá.

—Corwan... en cuanto a eso...

No me da tiempo a decir nada más. Una especie de silbido parte en dos la quietud exterior.

Los músculos de Corwan se tensan de inmediato. Ya no luce como un hombre recién despierto. Ahora vuelve a ser un arma lista para atacar.

Se levanta y se viste rápido antes de acercarse a la ventana. Yo recojo mi ropa del suelo con el corazón acelerado.

Una voz se alza sobre el silencioso amanecer.

—¡Caaamiilaaa!

La reconozco antes de unirme a Corwan en la ventana.

Abajo, sobre la nieve, entre la neblina, está Hukus. La cicatriz de su barbilla parece más roja bajo la pálida luz del amanecer. Lleva nieve sobre los hombros y una expresión extrañamente tranquila. Junto a él, diez de sus hombres. Helena está entre ellos.

Sin embargo, no es ella quien hace que todo mi cuerpo se paralice. Es Keira. Se alza altiva al lado del guerrero y no parece una prisionera.

—Llevamos toda la noche esperándoos, princesa. —Hay un tono de mofa prepotente en sus palabras que me revuelve el estómago—. Creo que será mejor que salgáis si no queréis que incendiemos este lugar.

Y sé que habla en serio. He visto de lo que es capaz.

Me separo de la ventana y me dispongo a bajar, pero Corwan me sujeta de la muñeca.

—Yo iré primero.

Yo me suelto con delicadeza.

—Esto no va de ti, Corwan. Es conmigo con quien quieren ajustar cuentas. —Me adelanto un paso—. Yo voy primero.

\* \* \*

Hukus nos observa salir en silencio. Sus ojos rapaces se fijan en todo: la manera en la que Corwan se sitúa detrás, su respiración acompasada con la mía, su postura protectora...

Y sonrío.

—Debo admitir que al principio me engañaste. —Clava su mirada en mí—. Pese a los informes de advertencia de Keira, creí que se trataba de una manera inteligente de acercarte a él.

Siento un escalofrío. No puedo saber cuánto sabe realmente ni cuánto está fingiendo saber.

Pese a todo, lo que más me sorprende es que Keira haya traicionado a su padre por un miembro de la Resistencia, por un soldado...

Y entonces lo comprendo.

—Él es el soldado que tu padre obligó a marchar a Bröswick, ¿no es cierto? —me dirijo hacia Keira—. El que amabas con todas tus fuerzas... y que no murió como todos pensaban.

Ella gira la cabeza y evita mirarme.

La rabia me sacude.

—Precisamente tú, que has amado y has sufrido, ¿nos traicionas así? Me compadezco de tu alma.

Keira se adelanta, dispuesta a responderme, pero Hukus la detiene.

—No dejes que te envenene con su retórica.

—Aquí el único que ha de callar eres tú, escoria rebelde —gruñe Corwan.

La voz ha dejado de sonar del todo humana.

Hukus dirige su atención entonces hacia Corwan y lleva su mano a la empuñadura de su espada.

—¡Qué noble pareces ahora, Azote del Norte! —escupe—. ¡Qué pena que todo sea un espejismo!

La boca se me vuelve amarga.

—¿Nunca te has preguntado por qué no puedes resistirte a ella?  
—Los ojos de Hukus siguen clavados en Corwan.

El silencio se vuelve insoportable.

—Toda tu vida creyendo que eras un monstruo imposible de controlar... y de repente aparece una chica capaz de calmarte, de acercarse, de hacer que olvides lo que eres...

Siento que, detrás de mí, Corwan se remueve incómodo.

Yo apenas consigo respirar, porque entiendo lo que está haciendo. Está infectándolo todo: cada mirada, cada recuerdo, cada beso.

—¿Nunca pensaste que quizá no era amor? —continúa Hukus—. Que quizás seguía tratándose solo de *materia*.

Corwan se adelanta y me sobrepasa. Soy consciente entonces de la violencia que rige sus movimientos. Atisbo el reflejo naranja que comienza a teñir sus ojos.

—No te atrevas a sembrar dudas en algo tan puro.

Hukus sonríe. Y entonces se gira hacia mí.

—No se lo contaste, ¿eh? —dice con una suavidad que hiere—. ¿No le hablaste de tu linaje? ¿De la sangre de Aethryon que corre por tus venas?

El corazón me golpea tan fuerte que duele.

Corwan gira la cabeza despacio hacia mí y sus ojos naranjas me encuentran. Me destrozan. Porque no veo rabia —no todavía, al menos—. Veo algo peor: miedo. Terror a que lo que está diciendo Hukus sea verdad.

Intento acercarme.

—Corwan...

Pero Hukus vuelve a hablar.

—Gorath no la conserva viva sin ningún motivo. Quiere extraer su sangre y aprender a sintetizarla para crear un sustituto perfecto de la *materia*. ¿Te das cuenta de la ironía? —La sonrisa de Hukus se ensancha hasta colapsar todo su rostro—. La única manera de que sigas siendo humano es que la persona que amas sufra hasta el límite de la locura para que tú puedas consumir su sangre potenciada.

Corwan retrocede un paso como si acabara de ser atravesado por una espada.

Siento la vibración del aire a su alrededor. La Bestia despierta.

Veó cómo Keira palidece. Posa una mano nerviosa sobre el brazo de Hukus.

—Es suficiente —murmura.

Sin embargo, él no escucha porque ahora solo quiere destruir.

—Y en el caso de que la elijas a ella, ¿sabes qué pasará cuando ya no puedas controlarte? —susurra—. ¿Cuándo descubras que cada vez que la tocas no eres tú quien la desea... sino el animal?

Corwan gruñe y el sonido hace temblar los cimientos mismos del pueblo.

Sus manos empiezan a deformarse, las uñas crecen, las sombras vibran bajo su piel.

Comprendo entonces que Hukus no ha venido a hablar. Lo único que buscaba era provocar al huargo, obligarlo a salir. No sé si para matarlo o para demostrarle a todos que el Azote del Norte sigue siendo un monstruo.

Corwan intenta respirar. Controlarse.

Pero Hukus asesta el golpe final.

—Preguntaos una cosa, milord, y en vuestro interior encontraréis la respuesta: ¿seguiríais deseándola si no tuviera esa sangre?

La duda termina de envenenarlo.

Corwan ruge y la transformación se completa. El crujido de sus huesos me retumba en el pecho.

Keira grita. Yo retrocedo. Y Hukus... sigue sonriendo mientras desenvaina la espada. Sus diez hombres lo imitan.

El huargo emerge entre sangre y oscuridad. Enorme, salvaje y hambriento.

Keira intenta intermediar y grita el nombre de Corwan, pero el huargo no entiende de nombres. Avanza hacia Hukus y el soldado rebelde alza el arma. No tiene miedo, no le importa morir si con eso se lleva al monstruo con él. Es un fanático y el monstruo de Corwan es su obsesión.

Y ahora la mía es devolverle todo el daño que nos ha hecho. Porque Corwan ya no va a confiar en mí, va a creer que lo he engañado, que lo he manipulado para que interceda por mí ante su hermano... Y nada de eso es cierto.

Cierro los ojos y encuentro la grieta para escapar. No hay barrera en el huargo, Corwan no está.

*Rabia.*

*Furia.*

*Y también un ápice de duda. Una brecha a la que podría agarrarme para contener su ataque enloquecido.*

*Sé lo que debería hacer: detenerlo. Ser mejor que todos en esta guerra. Pero Hukus acaba de destruir la última esperanza que tenía de recuperar un hogar... y no quiero sujetarlo.*

*Me acerco a su mente y susurro: Mátalo. Mátalos a todos.*

La Bestia obedece.

El impacto que resulta es brutal. Prácticamente a ninguno de los soldados les ha dado tiempo a levantar la espada antes de que el huargo les atravesase el pecho con las garras. La sangre mancha la nieve.

El cuerpo de Hukus cae de rodillas mientras Keira grita. Es la única a la que el huargo ha perdonado, quizás porque no empuña ningún arma.

El monstruo ruge sobre él antes de arrancarle el brazo de un mordisco. Y yo no lo detengo. Podría hacerlo, pero no quiero.

Hukus alza apenas la vista hacia Keira. La boca se le llena de sangre y, aun así, consigue sonreírle una última vez. Luego cae muerto sobre un lecho de sangre y nieve.

El paisaje que nos rodea es aterrador: cuerpos mutilados, vísceras y sangre caliente derritiendo la nieve, estertores agónicos... Y en pie solo Keira, el huargo y yo.

La Bestia está cubierta de sangre y sigue respirando con violencia. Entonces gira su cabeza hacia mí y los ojos naranjas se clavan en los míos. Corwan sigue sin estar ahí dentro, pero de alguna forma siento que ha trasladado su dolor al monstruo.

El huargo alza el hocico al cielo y emite un aullido largo y profundo que me atraviesa la piel. Luego echa a correr y desaparece

entre la niebla.

Keira me mira horrorizada, temblando de pies a cabeza. Rodeadas de cadáveres, comprende exactamente lo que ha pasado, lo que he permitido que suceda. Tiene miedo y yo también, porque la Rosa de Invierno acaba de cortar su propio tallo... y ya no hay vuelta atrás.

## El principio del fin

El trayecto hasta el laboratorio abandonado de Concilius Klan lo hago a rastras sobre la nieve.

Me he negado a caminar. Prefería morir en Kulum que enfrentarme a lo que sea que me espera en aquel lugar.

Sin embargo, no me han dado el gusto. El soldado me ha atado las muñecas y las ha enganchado con una cuerda a la grupa de su montura. La nieve fría me muerde las piernas y la cuerda me lacera los antebrazos. Voy dejando un rastro de sangre sobre la capa blanca.

Antes de marcharnos de Kulum, Cráneo ha reunido a los lugareños y les ha dado instrucciones de encontrar a Corwan. Ha repartido cerbatanas entre ellos y ha prometido una gran recompensa económica a quien se lo entregue vivo.

Keira viaja en otro caballo al lado de Cráneo. No ha vuelto a hablar desde la muerte de Hukus.

Cuando Cráneo ha salido de la posada, la hija de Gorath se ha apresurado a dar su versión de la historia.

—Los rebeldes han atacado —ha dicho, y luego me ha señalado—. Querían recuperarla. Corwan ha perdido el control. Los ha

matado a todos y ha desaparecido.

Por supuesto, el alquimista la ha creído. ¿Qué motivos tendría para no hacerlo?

Yo he guardado silencio. No me importa su mentira, no me importa que me arrastren sobre la nieve hasta perder la sensibilidad de las extremidades... lo único que desgarrá mi alma en estos momentos es saber que Corwan está ahí fuera, en algún lugar, pensando que lo he manipulado.

Las montañas aparecen al anochecer. Gigantes negros recortados contra un cielo gris. Y allí, incrustado entre el hielo y la roca, emerge el laboratorio abandonado, la antigua fortaleza pionera en experimentación alquímica.

Cuando nos detenemos ante la rampa empinada que da acceso a la puerta principal, el soldado me desata y puedo contemplar el deformado y monstruoso perfil de sus torres estrechas, del centenar de tuberías metálicas que apuñalan sus muros, de los puentes suspendidos sobre abismos helados.

Y, sobre todo ello, el silencio sepulcral que domina el ambiente. Es un cementerio sombrío al amparo de las montañas.

Veó a Cráneo sonreír.

—Es más hermosa de lo que recordaba.

Comienza el ascenso seguido de Keira, que continúa sin decir una palabra.

El soldado me empuja y me pateá sin ninguna piedad para que camine por la rampa. De vez en cuando giro la cabeza hacia el desierto blanco y espero ver una mancha negra agitarse entre la nieve. Pero mi esperanza muere aplastada en cada nuevo vistazo.

Cuando llegamos arriba, mi cuerpo es un amasijo insensible de marcas, hematomas y sangre reseca. Apenas logro mantenerme en pie.

—Te estás esforzando mucho por no llegar. —El comentario punzante de Cráneo llega a través del pitido infernal que reverbera en mi cabeza.

No me molesto en responder.

Alzo la cabeza hacia las torres y una oleada de emociones me golpea tan fuerte que casi me derriba. Soy capaz de percibir el

sufrimiento acumulado entre esos muros. Todos los experimentos, los gritos de miles de norteños asesinados en favor de la experimentación, condenados a sufrir para extender la vida de una única persona...

Este es el verdadero corazón enfermo del Norte.

Cruzamos un puente levadizo sobre un foso helado. Los eslabones de las cadenas que lo sujetan son tan grandes como un hombre. De ellos cuelgan delgadas agujas de hielo.

Cráneo empuja las puertas y se abren en silencio. Nada osa perturbar la paz de este lugar, quizás para no despertar a los fantasmas que duermen en su interior. Pero me temo que yo ya he llamado su atención.

El olor a muerte y degradación me golpea en cuanto cruzo las puertas.

El interior es oscuro. La luz entra inclinada a través de estrechas ventanas en la parte superior de los muros. Una especie de madreselva negra se ha adueñado del lugar, escala las paredes y se enrosca alrededor de las balaustradas y columnas.

La piedra oscura con la que está construido el lugar confiere a todo un aspecto asfixiante y claustrofóbico.

Cráneo enciende una antorcha y nos conduce hacia las cámaras inferiores a través de un pasadizo. Tengo la sensación de estar adentrándome en el propio corazón de la montaña.

Miro a Keira y trato de que vea pese a que el soldado me vigila muy de cerca, pero la hija de Gorath tiene la mirada perdida y camina como un autómata. En el fondo, soy capaz de empatizar con ella. No tiene la culpa de haberse enamorado de un monstruo... y yo tampoco.

El pasadizo termina en una sala central cuya bóveda se eleva diez metros por encima de nuestras cabezas.

En el centro, ocupando todo el espacio, hay una máquina. Es mucho más grande de lo que nadie podría imaginar.

Las estructuras metálicas ascienden hacia el techo como raíces deformes. Tubos transparentes recorren las paredes y dentro se agolpa un líquido denso que apesta a podredumbre.

Mi estómago se revuelve.

La expresión de Cráneo, sin embargo, refleja una devoción que raya el fanatismo.

—Esto va a ser legendario.

El timbre de su voz me molesta más de lo habitual.

—Encerradla mientras lo dispongo todo.

El soldado me sujeta antes de que pueda retroceder y me encierra en una especie de jaula con barrotes oxidados en un rincón apartado de la estancia.

Y, allí dentro, en el suelo, entre el chillido de las alimañas que pueblan las sombras del laboratorio, el tiempo se dilata. Se extiende. Se eterniza.

Oigo a Cráneo maldecir... luego celebrar... luego golpear la máquina con violencia...

Tengo tanta hambre que me duele el estómago y la palpitación del ojo herido es tan insistente que creo que terminará por taladrarme la cabeza.

Empiezo a alternar periodos de consciencia con otros de inconsciencia.

Las antorchas a veces están encendidas y a veces apagadas... a veces hay ruido, otras un silencio atronador... en ocasiones veo a Keira sentada en el suelo abrazándose las piernas, otras está de pie frente a la jaula y me mira con los ojos rojos y enfermizos...

Y, entonces, en cierto momento todo termina.

O empieza.

\* \* \*

Escucho la voz de Cráneo demasiado cerca de la jaula.

—Súbela a la plataforma y átale las correas.

El gemido oxidado de la puerta de la jaula me perfora los oídos. El soldado —puedo reconocer su olor rancio y picante— me levanta del suelo y me suelta sin contemplaciones sobre una plataforma metálica. Me golpeo la cabeza, pero estoy demasiado exhausta para quejarme.

A mi lado, Cráneo prepara cables y agujas con movimientos casi amorosos. Luego los clava por mi cuerpo y el sonido infernal de la

máquina se activa. Ruge como un animal salvaje. Y mi sangre comienza a fluir.

—No vas a lograr que brille. —Y sonrío.

Sonríó con la seguridad plena de que no van a obtener de mí lo que quieren. Sé que, aunque me muelan a golpes, mi poder permanecerá dormido.

—Eso ya lo veremos. —Y ahora el que ríe es él—. Traedlo.

Un ruido de cadenas inunda la sala, seguido de un gruñido gutural que me eriza el vello de la nuca.

Keira hace su aparición arrastrando una jaula metálica sobre una plataforma de ruedas. En su interior reconozco a Corwan. Todavía tiene sobre la piel los dardos tranquilizantes que han usado para detener al huargo.

Está cubierto de sangre, le han encadenado las muñecas y lleva el cuello sujeto a la jaula por un hierro negro.

Cuando se acerca lo suficiente para ver sus ojos, descubro con horror que no hay nada. No hay hombre, ni huargo. Solo un velo gris.

—¿Qué le habéis hecho?

Pese a mi debilidad, me agito para intentar soltarme. Necesito llegar hasta él.

—Lo necesario para que coopere.

Cráneo se ríe, pero no es por la situación, sino porque algo en la sangre que drenan los tubos empieza a refulgir.

Entiendo demasiado tarde lo que se propone. Y el horror me paraliza.

—No te atrevas... —Aprieto los dientes.

Como respuesta, Cráneo hace una señal y el soldado acerca una vara metálica al interior de la jaula. La descarga atraviesa a Corwan y su gemido desgarrador sacude la sala entera.

Y mi sangre explota dentro de los tubos. Refulge con un resplandor que ciega.

Cráneo estalla en júbilo.

—¡Lo sabía! —Y luego se dirige al soldado—. ¡Más! ¡Más!

El brillo de mi sangre arroja sobre su rostro un resplandor diabólico que marca el perfil anguloso de su calavera.

El soldado vuelve a descargar la vara sobre Corwan, que vuelve a gritar y a retorcerse de dolor. Pero está tan drogado, que ni el humano ni la bestia pueden reaccionar.

Cráneo se acerca entonces a la jaula.

—Mírate. —Su voz rezuma fascinación enfermiza—. Mi obra maestra.

Corwan alza lentamente la cabeza y Cráneo sonrío todavía más.

—Después de lo que descubriste en Kulum sobre la chica, ¿no te has preguntado por qué Gorath jamás compartió esa información contigo?

En los ojos de Corwan atisbo un leve brillo. Es apenas una chispa, un destello. Pero me permite mantener la esperanza.

—Un monstruo real no siente culpa, no duda... —El alquimista se acerca aún más a la jaula—. Y, por supuesto, no ama. Y Gorath necesitaba exactamente eso para destruir a la Resistencia. Para conquistar el Oeste y llegar a las Tierras Baldías.

Mi respiración se entrecorta a la vez que la de Corwan se agita.

Permanece inmóvil, pero sus ojos ya no están nublados.

Cráneo continúa, disfrutándolo.

—Tu hermano nunca quiso salvarte del monstruo. —La sonrisa de Cráneo se ensancha—. Quiere que te conviertas en él.

El rugido que emerge de Corwan ya no es humano. Es un alarido de dolor, un puñal clavado a traición. Toda una vida convertida en mentira.

Intenta reaccionar, pero la droga sigue ahí, inhibiendo sus reacciones, manteniendo cautivo al huargo.

Sin embargo, algo ha cambiado. Una mínima parte de la bestia ha despertado, y yo percibo la grieta por la que entrar en su mente.

Y proyectar.

*Mi mano sobre su frente. Acariciando su lomo. Enredada entre su pelaje.*

*Paz. Calma.*

*No más lucha. Ni sangre. Ni odio.*

*Solo descansar.*

*—Levántate, criatura hermosa —le susurro a su mente—. Terminemos con esto.*

Un gemido de metal marca el momento exacto en el que las cadenas empiezan a romperse.

Cráneo retrocede por primera vez, alarmado por el brillo naranja que ve en sus ojos.

Corwan agarra la argolla que sujeta su cuello y la dobla como si se tratara de papel. Un instante después, la transformación comienza y el huargo emerge por completo.

El caos estalla.

La jaula explota hacia fuera cuando el huargo atraviesa los barrotes.

El soldado muere al instante, atravesado en el pecho por uno de ellos. Keira es golpeada por otro y sale despedida contra la máquina. Su cuerpo queda inerte en el suelo.

Cráneo se libra por poco de acabar también ensartado y huye hacia los entresijos de su máquina, donde cree que estará a salvo.

*Síguelo.*

El huargo obedece.

*Los sonidos revientan como golpes secos: el chillido de los engranajes, el siseo de los tubos, el crujido metálico de las pasarelas suspendidas sobre el vacío. Mi sangre circulando entre todas aquellas estructuras con el único objetivo de convertirla en algo estable y consumible por Gorath.*

*Cráneo huye entre las entrañas de la máquina mientras lo persigo a toda velocidad. Las zarpas golpean las plataformas metálicas con un estruendo salvaje. Las estructuras tiemblan bajo mi peso.*

*Ascendemos. Arriba de la máquina.*

*Me muevo entre tuberías ardientes y ruedas dentadas gigantescas persiguiendo una sombra. Chispas azules estallan alrededor. Debajo de nosotros, un generador central palpita con la energía de un enorme corazón. Una esfera inmensa de energía líquida gira dentro de un entramado de anillos metálicos.*

*Cráneo alcanza la última pasarela suspendida sobre el núcleo.*

*Está acorralado.*

*Su respiración agitada resuena en mi mente igual que el latido de un animal moribundo.*

*Avanzo hacia él, sintiendo la debilidad de mi presa.  
Cráneo alza las manos delante de su rostro deforme.*

—Corwan... espera.

*Enseño los colmillos y doy unos pasos más. La plataforma sobre el núcleo cruje y se tambalea.*

—Todavía podemos alcanzar un trato. —Retrocede un paso más sobre la pasarela—. Puedo convencer a Gorath de que todavía te necesita humano.

*Gruño y las sombras vibran sobre el pelaje negro... pero entonces percibo algo. Una vacilación, una conciencia atrapada detrás de toda esa rabia.*

*Corwan sigue ahí, muy al fondo. Herido y roto, pero está ahí.*

*Cráneo también lo nota y sonrío con desesperación.*

—Te prometo que me aseguraré de que tengas tu ración de sangre de Aethryon para que no tengas que seguir luchando contra el monstruo.

*Siento la esperanza de Corwan reaccionar dentro de la Bestia como una cuchilla y entonces comprendo lo que debo hacer: dejar el control, permitirle elegir incluso aunque eso signifique perderme yo. En eso consiste el amor de verdad.*

*Sujeto al huargo, lo reprimo para que Corwan pueda salir de las profundidades de su consciencia. Y durante un tiempo que se me antoja eterno, no veo nada. Solo percibo oscuridad y la respiración agitada del huargo.*

Asumo que Corwan ha elegido. Que ha aceptado el trato de Cráneo y ha optado por vivir. Y no puedo reprochárselo. ¿Por qué sacrificaría su esencia humana por mí? No me debe nada...

Entonces siento que Corwan se retira y vuelve a darme paso.

Su voz me acaricia la mente.

—Es nuestro turno.

*La oscuridad se disipa y vuelvo a ver a Cráneo sobre la pasarela. Su rictus de rabia es suficiente para comprender que Corwan ha rechazado su ofrecimiento.*

*El rugido que emerge de mi pecho sacude la fortaleza entera. Del techo se desprenden algunas rocas que impactan sobre la plataforma y la vuelven aún más inestable.*

*Me lanzo hacia Cráneo con toda la rabia. Con el recuerdo de cada herida infringida, de cada humillación causada, de cada gota de sangre y cada lágrima derramadas... no solo por mí, también por él. Por Corwan.*

*Cráneo grita y saca algo de entre sus ropas.*

*Una cerbatana.*

*Trato de esquivarla, pero el dardo atraviesa el aire y se me clava en el cuello.*

*Sin embargo, no es suficiente para detener nada.*

*La inercia me empuja e impacto contra él. Ambos atravesamos la barandilla de la pasarela. Cráneo intenta aferrarse desesperadamente al borde de la plataforma, pero yo aún tengo energía suficiente para clavar mis garras sobre su brazo y alzarlo sobre el vacío.*

*Antes de soltarlo, me aseguro de que me mire a los ojos. De que comprenda que soy yo la que ejecuto el último movimiento.*

*«Elegisteis a la princesa equivocada.»*

*Y entonces el terror real aparece en su rostro, porque comprende que su creación, su monstruo, ha escapado por fin de su control.*

*Lo suelto y el cuerpo del alquimista cae directamente sobre el núcleo del generador. La esfera de energía se agita y estalla en una tormenta de luz blanca.*

*Las estructuras empiezan a chirriar, los tubos silban por la presión descontrolada y un líquido negro se derrama por las paredes como sangre hirviendo. Todo tiembla.*

*La máquina parece a punto de estallar. Pero el tranquilizante del dardo empieza a hacer efecto y mi mente se fragmenta. Trato de sostenerlo... pero lo pierdo...*

*La conexión se rompe de forma violenta y regreso de golpe a mi cuerpo atado a la plataforma.*

*Los tubos siguen drenando mi sangre y la debilidad es cada vez mayor. Pronto me costará incluso respirar.*

*El laboratorio entero se derrumba a mi alrededor y yo soy incapaz de mover un dedo.*

Arriba, sobre los restos de la pasarela, veo al huargo convulsionar. Los huesos crujen y la Bestia desaparece en sombras. El cuerpo desnudo de Corwan emerge en mitad del caos, humano otra vez, aunque apenas consciente.

Hago acopio de las escasas energías que me quedan y tiro de las correas con desesperación. Las hebillas me arrancan la piel de las muñecas, pero no ceden.

El techo vuelve a temblar y una tubería cae a pocos metros de mí envuelta en llamas azules.

Vamos a morir aquí.

Lo comprendo con una certeza que me hiela la sangre.

Entonces unas manos agarran las correas y las aflojan.

Parpadeo y levanto la vista.

Es Keira. Tiene sangre en la frente y apenas puede mantenerse en pie. Sus dedos tiemblan mientras suelta las hebillas.

—Keira...

Ella evita mirarme.

—No digas nada.

La última correa se libera y consigo levantarme. Los tubos caen al suelo. La sangre deja de salir de mi cuerpo, pero puede que sea demasiado tarde. Las piernas apenas me sostienen.

—Tenemos que sacar a Corwan de ahí.

Keira alza la vista hacia la plataforma que se balancea de forma peligrosa sobre la esfera de energía. El laboratorio entero vuelve a rugir.

Nos ponemos en movimiento.

Subir hacia él resulta una pesadilla. Las estructuras se desploman, el calor del generador nos abrasa la piel, las chispas azules atraviesan el aire... Y el agotamiento es devastador. Cada escalón es un atentado a mi cordura.

Cuando llegamos arriba, Corwan apenas está consciente.

Le sujeto el rostro.

—Mírame.

Sus ojos negros se abren un poco, confusos... rotos.

—Camila... —jadea.

Keira coloca una manta de pieles sobre su cuerpo desnudo y lo levantamos como podemos. Conseguimos pasar sus brazos sobre nuestros hombros.

Abajo, el núcleo emite una descarga de energía que hace temblar toda la estructura. Caemos por las escaleras metálicas mientras la fortaleza empieza a derrumbarse sobre nuestras cabezas.

Corremos. O lo intentamos.

Ninguno de los tres se sostiene bien. Yo apenas veo con mi único ojo sano. Pero seguimos avanzando. En eso consiste. En eso ha consistido siempre mi vida.

Cuando conseguimos cruzar el umbral del corredor, percibo que Keira no nos sigue.

Me doy la vuelta y la veo parada dentro de la sala. Tiene lágrimas en los ojos.

—¿Qué haces, Keira? Hay que salir —le grito.

—Alguien tiene que quedarse a clausurar esta sala. —Hay una serenidad en su voz que me resulta demoledora—. De lo contrario, cuando esto estalle, arrasará kilómetros a la redonda.

—No digas tonterías, Keira, conseguiremos ponernos a salvo.

Retrocedo hacia ella, pero levanta su mano.

—Ve, salva a tu monstruo —dice—. Yo no pude salvar al mío y ahora ya no hay nada que me interese ahí fuera.

—No... —Las lágrimas anegan también mis ojos.

Corwan tira de mí hacia la superficie.

Keira sonrío, y quizás sea la primera sonrisa sincera que me muestra desde que la conozco, y cierra la puerta. El sonido del cerrojo clausurando su tumba me estremece las entrañas.

Grito y siento que el dolor me desgarrar por dentro.

Corwan vuelve a tirar de mí, me arrastra hasta que atravesamos las puertas principales y nos precipitamos sobre la nieve.

Detrás de nosotros, el mayor laboratorio de alquimia del Norte colapsa.

Las torres se derrumban entre fuego azul y piedra negra. El rugido de la explosión sacude las montañas y una nube desciende por las laderas.

Después, todo termina.

Regresa el silencio, el frío... y la respiración de Corwan contra mi cuello.

Durante unos segundos, ninguno habla. Solo observamos la devastación que hemos dejado atrás y tomamos consciencia de que seguimos vivos, de que lo hemos logrado.

Corwan gira despacio la cabeza hacia mí. Tiene sangre en los labios y la mirada nublada por el efecto del tranquilizante. Aun así, cuando me mira, veo algo que jamás había visto antes.

Paz.

—Lo comprendí mientras me alejaba por la estepa rumbo a Vhalzar —susurra—. Antes de que me apresaran.

Le acaricio el rostro con manos temblorosas.

—¿De qué hablas?

Sus ojos negros recorren los míos.

—De que Hukus estaba equivocado.

El viento agita la nieve alrededor de nosotros.

—Porque cuando recordé el mensaje de Draven... cuando pidió que no fuéramos duros contigo... supe que él también te había tenido cerca, te había deseado... y sentí celos.

Una sonrisa débil aparece en su boca.

—Nadie que no ame más allá del impulso de la sangre puede sentir celos.

El corazón se me rompe y se recompone en el mismo instante.

Corwan apoya la frente contra la mía.

—Te amo, Camila.

Esta vez no hay monstruos, ni guerra, ni *materia*. Solo nosotros.

Y mientras el fuego azul consume las montañas, me abraza como si en el mundo todavía quedara algo que merece la pena salvar.

## Epílogo

Los primeros rayos de la primavera se posan en silencio sobre el bosque.

Los haces de luz juegan entre las ramas oscuras y terminan incidiendo en el tejado de madera de la pequeña cabaña aislada junto al lago.

Es un lugar salvaje, intransitable, y así debe seguir siendo.

Aparto la manta de pieles de mis piernas y me acerco a la ventana. El cristal empañado refleja de forma parcial mi rostro y la cicatriz que atraviesa mi ojo izquierdo.

Todavía no veo bien por él. Quizás nunca vuelva a hacerlo, pero ya no me importa tanto porque he aprendido que hay otras formas de observar el mundo.

Fuera, el bosque permanece inmóvil bajo las últimas nieves, que ya empiezan a derretirse.

Sin embargo, la quietud no es absoluta. Siento esa presencia enorme moviéndose entre los árboles.

El huargo emerge en el claro pocos segundos después.

Incluso ahora, meses después de que todo acabara, sigue quitándome el aliento.

Su pelaje negro brilla bajo los rayos del sol y el polen de las plantas cubre de motas doradas su lomo. Sus ojos anaranjados relucen mientras se aproxima lentamente a la cabaña.

Ya no intenta acercarse demasiado a los pueblos ni a las personas. Sabe lo que podría ocurrir si pierde el control. Fue su elección acabar convertido en bestia. Lo hizo para salvarme.

Salgo al exterior con el fino vestido de gasa que compré en mi última visita al pueblo más cercano. La suave brisa acaricia mi rostro al instante y el olor de las flores me embriaga.

El huargo se aproxima y siento el calor que desprende su cuerpo atravesarme con la calidez de una hoguera.

Se detiene frente a mí y me clava sus ojos anaranjados.

Levanto una mano y apoyo los dedos sobre su pelaje.

El vínculo se abre inmediatamente; ya no necesito buscarlo. Está siempre ahí, listo para conectar.

Siento su hambre, su cansancio... su lucha constante contra el instinto, pero me sigue transmitiendo la paz con la que descansa su espíritu.

La brisa nos acaricia mientras apoyo la frente en su cabeza enorme.

—Hoy ha sido un buen día, ¿verdad? —susurro.

El huargo resopla suavemente. Casi parece una respuesta.

Meto la mano en el bolsillo del vestido y agarro el pequeño cuchillo que llevo siempre a mano. Su hoja brilla bajo el sol.

El huargo se tensa nada más verla. Ya sabe lo que viene a continuación.

Cierro los ojos un instante y hago un pequeño corte sobre la palma de mi mano. El dolor es mínimo y la sangre aparece enseguida. Es dorada. Brillante. Porque no sabía que se podía amar tanto que doliera; que desgarrara el alma verlo convertido en una bestia en lugar de tenerlo a mi lado cada segundo de existencia.

Levanto la mano hacia el huargo.

—Ven.

La Bestia no duda y acerca el hocico despacio. Su lengua caliente roza la herida. El poder de la sangre de Aethryon entra en él y lo atraviesa como fuego líquido. La transformación empieza casi de inmediato.

El aire vibra alrededor de su cuerpo mientras el bosque entero parece contener la respiración.

El pelaje desaparece y la figura gigantesca empieza a contraerse poco a poco sobre la nieve.

Él regresa.

Corwan cae de rodillas frente a mí. Desnudo, temblando y respirando con dificultad, pero humano de nuevo.

Sus ojos negros se alzan lentamente hacia mí y el amor que encuentro en ellos sigue resultándome más aterrador que cualquier monstruo, porque soy consciente de todo lo que ha costado conservarlo.

Me arrodillo frente a él y me hundo en el barro de la nieve deritiéndose.

Corwan apoya su cabeza sobre mis hombros y cierra los ojos. Creo que este instante sigue pareciéndole imposible.

—Hola —susurro.

Una sonrisa cansada aparece en su boca. Pequeña, pero real.

—Hola.

El pecho me duele de felicidad. De esa felicidad extraña que solo existe después de haber sobrevivido al horror.

Corwan abre los ojos y desliza una mano sobre mi cintura, atrayéndome hacia él.

—¿Cuánto tiempo tenemos esta vez?

La pregunta encierra toda la tragedia de nuestra historia.

Lo cierto es que no lo sabemos. Horas. Quizás un día entero... Nunca más de eso. Pero, aun así, merece la pena.

Porque seguimos aquí, y después de todo lo que el mundo intentó utilizarnos, eso ya parece un milagro.

Sonríó y apoyo mis labios sobre los suyos. Su beso sigue sabiendo a nieve y peligro, pero también a hogar.

El viento sacude los árboles alrededor de la cabaña mientras el invierno abandona el mundo. El olor a bosque húmedo nos envuelve.

Y, alrededor de la cabaña, las rosas han comenzado a florecer.

## Nota de la autora

Querido lector:

Esta novela forma parte de un universo de ficción que tengo a bien llamar Reinos en Llamas. Si te ha gustado la historia y quieres seguir indagando en los tejemanejes de este Continente, te invito a entrar en la trilogía Un Reino en Llamas —Un Reino en Llamas, Un Reino Tatuado y Un Reino Oscuro—, donde se narran las aventuras de la reina Genoveva al heredar el trono del Oeste y que suceden tres años antes de la historia que se ha desarrollado en estas páginas.

Las aventuras del Continente no terminan aquí. Tengo previsto sacar una ambiciosa saga de 7 libros cuya historia tendrá un punto de partida dieciocho años después de esta novela.

Espero que volvamos a encontrarnos en las siguientes páginas.

---